



La sangre de los ángeles
Eugenio Fuentes

Lectulandia

Aturdido por el abandono de su mujer, Julián Monasterio vive solo con su hija Alba, una niña en exceso callada a la que cuida de modo entrañable. Al morir su madre, recibe en herencia, entre otros objetos, una pistola cuya procedencia resulta intrigante. Más misteriosamente aún, la pistola desaparece de la caja fuerte de un banco donde estaba depositada. Y, poco después, un profesor del colegio de Alba muere de un disparo en la nuca. Julián recurre a un detective, Ricardo Cupido, para que le ayude a desentrañar el misterio y a disipar las sospechas de que la bala asesina pudiera proceder de su pistola. Escrita con el mismo rigor que una tragedia griega, con el predominio de los personajes sobre la acción, La sangre de los ángeles constituye un penetrante estudio psicológico de las pulsiones que nos inclinan al bien y al mal y de lo enigmático de algunas reacciones del hombre.

Lectulandia

Eugenio Fuentes

La sangre de los ángeles

Ricardo Cupido 3

ePub r1.0

Mangeloso 20.12.13

Título original: *La sangre de los ángeles*

Eugenio Fuentes, 2001

Diseño/Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Guillermo y Jorge, en el futuro

Nota

Si bien el oficio de maestros y profesores de instituto es uno de los más afectados por el acoso de la depresión —cuando el daño se vuelve contra uno mismo—, en cambio, entre sus miembros hay poca gente que se haya saltado la ley —cuando el daño es dirigido contra los otros—. En general, es un oficio de gente apacible, una profesión donde no ha habido apenas delincuentes, y a nadie del gremio se le pasa por la cabeza la idea de usar la violencia para conseguir sus propósitos.

Dicho esto, es casi superfluo añadir que la historia y los personajes que aparecen en esta novela no tienen ninguna correspondencia con la realidad y que todas las situaciones planteadas son fruto exclusivo —aciertos o errores— de la imaginación del autor.

Me resulta gozoso manifestar mi agradecimiento a Paloma y Maite Osorio, a José Antonio Leal, a Marciano de Hervás y a Fernando Alonso, que leyeron el manuscrito y lo mejoraron; a Miguel Costero Cortón, por su asesoramiento en todo lo relativo a las armas; a Tomás Alegre, por su paciencia y sus enseñanzas sobre el sonido y uso del clarinete, y a María Antonia de Miquel, por la sabiduría de sus consejos.

Para escribir esta novela conté con la ayuda de una beca de la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura.

Capítulo 1

Apartó un poco las flores para verle el rostro endurecido por la muerte, por la sangre pudriéndose bajo los párpados, asombrada de que el corazón ya no la empujara por las venas. En los últimos veinte años nunca la había mirado durante tanto tiempo a la cara. Se preguntó cuánto habría echado ella de menos esos encuentros ante una taza de café o de infusión, sentados a la mesa redonda de la salita de la que había huido especialmente en esos meses, desde que Dulce se fue. La casa de su madre, el último lugar del mundo adonde acudiría a buscar consuelo. Pero si no apareció más a menudo por allí fue para que ella creyera que todo iba bien, que también aquel dolor su hijo podría soportarlo, que no se sentía solo y que, por tanto, no había que preocuparse por él más de lo necesario. Su madre pertenecía a una generación y a un país donde la palabra divorcio era lo más parecido a una tragedia, un hecho desolador que, independientemente de cuáles fueran sus causas, llenaba a ambos cónyuges de dolor, deshonra y vergüenza. Y él había evitado mirarla para que sus ojos no corroboraran esa creencia.

Cuando era niño y alguna cosa pequeña —una prohibición o el no comprarle algún juguete o alguna ropa de marca que le gustaba— le hacía enfadarse, al cabo de unas horas ella aprovechaba cualquier excusa para ponerse frente a él, levantarle el rostro que buscaba el suelo y, sonriendo, le decía: «Déjame que te mire, que estás muy guapo con esa cara de enfado». Entonces no podía mantener su malhumor por más tiempo y también él terminaba riendo, dejándose besar y buscando su cercanía y su dulzura, como para compensar aquellas horas alejados. Recordó una ocasión en que iba con su clase a pasar unos días en un campamento en El Paternóster. No disponía de un equipo adecuado y, una semana antes, se encaprichó de una mochila de color rojo que había visto en un escaparate: gorra, cantimplora, vaso plegable, un diminuto botiquín y, sobre todo, una navaja suiza provista de tal cantidad de artilugios que haría que uno se sintiera seguro en una isla desierta. Su precio, sin embargo, era muy alto, y su madre, limitada a la pensión de viudedad, se negó a comprársela. Aunque él no era de esas personas capaces de estar enfadadas durante mucho tiempo, su pulso duró tres días. Tres días sin apenas hablarle en las comidas, rehuyéndola, escabulléndose en cualquier momento libre hacia su habitación con la excusa de estudiar y con la necesidad de que ni su madre ni su hermana la creyeran.

La víspera de la excursión entró en su cuarto a llamarlo, porque la cena ya estaba en la mesa. Una vez más se agachó hacia él, lo miró con una sonrisa y le levantó la barbilla para repetirle: «Déjame que te mire, que estás muy guapo con esa cara de enfado». Era lo que había estado esperando desde las últimas horas, porque lo aterrorizaba la posibilidad de irse al campamento sin haberse reconciliado con ella. De modo que, a pesar de aquella resistencia y dureza que con la llegada de la

pubertad iba sintiendo crecer en su interior, también él sonrió. Se olvidó de la mochila y de la navaja suiza y lo dispuso todo para el día siguiente.

Por la mañana, cuando abrió los ojos con el ruido del despertador, vio sobre su mesa los objetos nuevos y brillantes, la gorra, el vaso plegable, la cantimplora, la navaja abierta con todos sus artilugios, con la misma exhibición un poco ostentosa con que ella disponía la noche del cinco de enero los regalos de Reyes. Saltó de la cama y se vistió rápidamente. En la cocina se oía ruido y corrió hacia allí: su madre estaba preparándole los bocadillos y la fruta. «Llena de agua la cantimplora», le dijo, como si no pasara nada. Abrió el grifo, pero lo cerró enseguida y se secó las manos en su delantal, como hacía de pequeño, antes de abrazarla con una ternura infantil que ya estaba perdiendo. Desayunaron juntos y cuando ya iba a marcharse, su madre le puso en las manos unas monedas para los pequeños gastos. Él comprobó que era demasiado dinero y le dijo: «Con la mitad tengo de sobra», porque después de haberle comprado el equipo se hubiera conformado con una propina miserable y simbólica. Su madre le cerró los dedos y le respondió: «No tienes por qué gastártelo todo, pero puedes necesitarlo para algún imprevisto. Tengo confianza en ti».

No hubo después otras muchas efusiones como aquella, tan llenas de emoción y de confianza. La adolescencia iba llegando vertiginosa y dura con su carga de crítica y de oposición a cualquiera que tuviera más de veinte años y había que soltarla para no hundirse bajo su peso e ir más deprisa, como el patinador que siente la fragilidad del hielo del lago bajo sus pies y se lanza a una mayor velocidad para huir del pánico a las profundidades.

Por entonces había comenzado a echar de menos a su padre. Preguntaba cómo era, miraba despacio sus retratos, individuales o en familia, aquellas fotografías casi todas en blanco y negro en las que un hombre de aspecto sereno y atractivo lo tenía en brazos, a él solo, o a él y a su hermana, cada uno sentado en una de sus rodillas, la madre al lado. Fotografías sencillas, con los cantos blancos y rectos, sin firma, sin retoques a mano para embellecerlas o darles un poco de color, hechas para el recuerdo o tal vez para cualquier gestión administrativa, el libro de familia o algo así. Observaba con atención sus rasgos y en ocasiones, encerrado en su habitación o en el cuarto de baño, se ponía frente al espejo, con el retrato encajado en un rincón del marco. Se peinaba como él y estudiaba el parecido resultante, seleccionando los rasgos donde había una estructura ósea común y donde los genes de su madre no se habían colado como intrusos a variar la línea de los pómulos, la inclinación de la nariz o la anchura de la frente. En aquellos momentos —que tenían un sabor clandestino, como si estuviera cometiendo una pequeña traición— lo echaba de menos, aunque no se atreviera a contárselo a nadie.

Años después descubriría que un padre muerto casi en la juventud termina siendo más influyente que una madre siempre presente, que da órdenes y pregunta qué tal el

colegio y qué ropa te vas a poner y con qué amigos sales esta noche. Porque ella estaba en casa y vivía y no era necesario preguntar cómo era su rostro o su carácter, ni preocuparse mucho por su salud o por todo lo que le faltaba: la brutal y repentina ausencia de un hombre junto a ella desde que tenía treinta y seis años. Hasta hacía cuatro meses, cuando Dulce se marchó, no fue consciente de lo que eso significaba. La misma edad que él tenía ahora y la misma soledad. Porque aunque a lo largo de las tres décadas que los separaban se habían sucedido una serie de cambios tan profundos que casi hacían irreconocible la vida de la anterior generación —el paso de una dictadura grotesca a una democracia, la revolución sexual y los anticonceptivos, Internet y el convulsivo imperio de la informática, el mapa genético y la clonación—, la soledad seguía siendo la misma, resistiéndose a ceder ninguno de sus atributos.

Se preguntó cuántos recuerdos que creía perdidos volverían ahora que su madre había muerto, cuántos desplantes o desilusiones o pequeños desprecios, para morderle cuando ya no había una forma posible de corregirlos. Quizá el tiempo mitigue la pena, se contestó, esforzándose por hacer convincente el consuelo, y hasta entonces también ese dolor podría soportarlo. Aunque la otra herida, el abandono de la que aún, a efectos burocráticos, era su mujer, seguía allí, inquebrantable ante el paso de las horas, sin apenas remitir su intensidad. Sus pupilas volvieron a enfocarse sobre el rostro de su madre. Había sido María quien determinó que el ataúd permaneciera abierto durante el velatorio, y se alegró de aquella decisión de su hermana que le permitía verla aún un tiempo más, cuando en Breda sólo los hombres recibían ese trato de ataúdes abiertos; los cadáveres de las mujeres nunca eran expuestos, como si las rígidas costumbres del decoro en vida se extendieran también al tiempo de la muerte.

Por fortuna, no había fallecido de un cáncer ni de una de esas largas enfermedades degenerativas que van erosionando al enfermo al mismo tiempo que a quienes lo cuidan. Una trombosis se había presentado como un heraldo compasivo del paro cardíaco que sólo esperó seis horas más para llegar. A pesar de todos los esfuerzos que María y los operarios de la funeraria habían hecho para disimularlo, la boca había quedado ligeramente torcida, y un párpado más elevado que otro, como si los músculos, ya fríos, hubieran seguido ofreciendo una testaruda resistencia al último maquillaje. *Se los han cerrado. No ha sido ella, ella murió con los ojos abiertos, dedujo. Sus manos, en cambio, cruzadas sobre el pecho, agarrando un crucifijo de marfil, conservaban una extraña naturalidad, como si en cualquier momento pudieran comenzar a moverse. Extendió el brazo y acarició levemente el lado herido de su cara. Tenía una textura de hongo recién surgido de la tierra, suave al tacto, pero daba la impresión de que, si apretaba un poco, el dedo se hundiría en la carne. Las narinas habían adelgazado, tensas, como olisqueando la llegada de su propia corrupción. La suave luz de las bombillas embutidas en el techo rebotaba en*

la frente y en los pómulos, que parecían haber comenzado a exhalar esa especie de fosforescencia que se les atribuye a las espinas y a los huesos. La muerte de los padres es como la muerte de las estrellas. Nos llega lo mejor de su luz cuando ya no existen, pensó.

La niña no había hecho ningún ruido y estaba de pronto junto a él. ¿Quién la había dejado pasar? ¿Por qué siempre hay un niño alrededor de la muerte? Notó los párpados y las mejillas empañados por las lágrimas y se los limpió rápidamente, con disimulo, para que ella no lo advirtiera. La niña lo estaba mirando con sus grandes ojos desconcertados y tristes, pardos y con manchas verdes, como el color de las hojas de los chopos cuando están a punto de caer. Extendió su manita y la puso en su brazo, en un contacto leve y cálido como el de un pájaro. Con aquel gesto le estaba diciendo que lo había visto llorar. Había llorado otras veces en los últimos meses, pero nunca lo había hecho delante de su hija. Julián Monasterio hizo un esfuerzo por sonreír; sabía que ni en las horas que habían pasado desde la muerte ni en las que todavía faltaban hasta el funeral iba a encontrar un gesto de pésame que le llegara tan adentro.

—¿Quién te ha dejado pasar? —le preguntó dándole un beso.

—Nadie. Entré yo sola. —El sonido de las volvió a silbar en las encías sin dientes. Hacía ya muchas semanas que se le habían caído los de leche, pero los nuevos no aparecían. Adivinaba cómo lo había hecho. Se habría quedado inmóvil y callada hasta hacerse casi invisible, hasta que los demás dejaron de preocuparse por ella. Luego había que preguntarse en qué momento había desaparecido.

La niña se levantó un poco sobre las puntas de sus pies para mirar dentro del ataúd. Una mezcla de avidez por ver el rostro de su abuela y de miedo por su inmovilidad la mantuvo tensa unos segundos. Él la abrazó: no debía estar allí, pero ya era tarde para impedirselo.

Julián Monasterio oyó un ruido a sus espaldas y miró hacia atrás: su hermana le hacía un gesto de preocupación señalando a la niña, haciendo evidente que no era ella quien la había traído ni quien la había dejado pasar.

—Anda, vete con tu tía. A la abuela no le gustaría que la vieras así.

La niña agachó la cabeza y caminó unos pasos. Se detuvo y se volvió para preguntarle:

—¿Tú cuándo vienes?

—Enseguida. No tardaré mucho.

Se quedó de nuevo solo. Dio un beso lento a la frente de su madre y luego posó la mano en su mejilla para dejarle la evidencia de una última caricia.

En la sala de espera se oían los murmullos de las conversaciones, que poco a poco habían ido elevando la voz. Quizá todos estaban comenzando a impacientarse, pero en ese momento le resultaban indiferentes. Sólo su hija le importaba: lo único que

hasta entonces había sabido hacer bien en su vida. Cuando salió afuera, un poco deslumbrado por la claridad más intensa de las bombillas, recibió las condolencias de algunos más que habían llegado. Su hija estaba sentada junto a su hermana y lo miraba con ojos desconcertados, ávidos de algo que él ignoraba y que a menudo no sabía darle.

El ruido repentino de la atornilladora eléctrica con que los empleados aseguraban en la otra habitación la tapa del ataúd acalló todos los susurros. Como si fuera una señal, María comenzó a distribuir los grupos para ir en los coches y todos salieron hacia el cementerio. Julián Monasterio esperaba que el oficio no fuera demasiado largo ni lleno de lágrimas; que el sacerdote no mencionara demasiadas veces las palabras cielo o infierno; que no hablaran demasiado de Dios.

* * *

Esperó a que Alba se abrochara el cinturón para arrancar el motor del Audi que habían comprado un año antes. Ahora que estaban ellos dos solos, el coche les resultaba demasiado grande. Nadie se sentaba nunca en el asiento del copiloto y sobraba espacio en el maletero, de modo que algunas veces había pensado cambiarlo por uno más modesto, más manejable y cuyo mantenimiento no fuera tan costoso. Al marcharse, Dulce se había llevado el pequeño Rover que sin duda le daba un renovado aspecto de mujer independiente, sin hijos, con poco equipaje tras ella. Hasta el brillante color carmesí de la carrocería aportaba un aire juvenil que estaba muy lejos del serio azul del Audi.

Tardaron diez minutos en llegar a casa de su hermana, un adosado en una de las urbanizaciones con las que Breda se había ido expandiendo en los últimos años en un intento vano de ocultar sus orígenes rurales y adoptar hábitos urbanos. Una gran parte de la población joven prefería irse a vivir a aquel extrarradio de arquitectura ligera y clara donde la piedra de las fachadas sólo era un simulacro, donde los árboles podían cambiarse de lugar y donde las geométricas manzanas no tenían misterios ni secretos: cada tres calles una avenida. Pero las rancias cafeterías del centro seguían siendo el punto neurálgico de la villa, concurridas por gentes afectas al habano y al mus, su juego predilecto: un trío de doses siempre vale más que un par de ases. A Alba le gustaba mucho ir allí, sobre todo en verano, atraída por la piscina comunal de la urbanización. La natación era el único deporte que la atraía. Las primeras veces, cuando la veía hundirse en el agua, nadando con la rapidez y facilidad de una pequeña ranita que se zambulle huyendo de los peligros de la superficie, se quedaba vigilando sus movimientos, un poco inquieto cuando tardaba mucho en salir a respirar, pero admirado de la habilidad que mostraba allí abajo. El nunca había sido un buen nadador y aquella capacidad suya lo llenaba de asombro y de orgullo.

Llegaba a imaginar que un día no demasiado lejano su propia hija —ahora tan débil y tan acosada por la fragilidad y el miedo— lo salvaría de morir ahogado.

María los estaba esperando y salió a la puerta a recibirlos. Le dio un beso a la niña y le preguntó:

—¿Te has traído el bañador?

—Sí —respondió, siempre el monosílabo, apenas incapaz de contener el impulso de salir corriendo hacia el agua. Era el mes de agosto y hacía mucho calor.

—Pues corre. Luis y Pedrito te están esperando.

La niña alzó la cabeza hacia su padre, esperó su beso y comenzó a caminar por la calle que llevaba a la plaza interior de la urbanización, al pequeño parque infantil y a la piscina. De repente se detuvo, volvió corriendo hacia él y, sin poder ocultar un tono de ansiedad, le preguntó:

—¿Vas a tardar mucho?

—Un poco. Pero vendré yo a buscarte.

María y Julián Monasterio subieron al coche. Era la primera vez que se veían desde que arreglaron los últimos trámites del funeral. Al detenerse en el primer semáforo, a la entrada del casco viejo de Breda, la observó de perfil. Llevaba una camisa blanca y una falda que dejaba ver sus rodillas duras y angulosas, difíciles de acariciar. De sus brazos desnudos y de su cuello al aire emanaba un perfume tan suave que sólo lo advertía ahora que estaban en el coche. En su rostro ya no se apreciaban las huellas de las lágrimas que había vertido aquellos días, sólo las leves ojeras de quien duerme poco. Parecía muy recuperada. Julián Monasterio se miró furtivamente en el espejo para comprobar si también él tenía el mismo buen aspecto. Sin embargo, encontró unos ojos demasiado abiertos y expectantes, como los de quien observa atentamente un cuadro abstracto que le gusta, pero que no acaba de comprender del todo.

Subieron hasta el piso en ascensor. La escalera había quedado abandonada desde que lo instalaron, hacía pocos años, cuando ninguno de ellos dos vivía ya allí. Pero aquella escalera oscura y ancha del fondo del pasillo había sido el escenario de muchos de sus juegos infantiles, de los primeros escauceos amorosos, de huidas precipitadas cuando alguno de los vecinos salía al rellano para reñirlos por su alboroto. Durante algunos años los dos habían bajado corriendo por aquellos escalones a recibir a un hombre que venía del trabajo con una cartera de cuero en la mano. Al llegar hasta ellos, el hombre sacaba del bolsillo unas golosinas para cada uno y se las entregaba con una sonrisa que iba a ser borrada demasiado pronto... Cuando fue a abrir, vio que María ya había introducido la llave en la cerradura. Encendieron las luces. En aquel piso de gruesas paredes, de techos altos y amarillentos y decoración demasiado oscura habían nacido ellos dos. En la misma cama con cabeceros de barrotes metálicos y muelles ruidosos y con cinco años de

diferencia, un intervalo de tiempo que siempre le había permitido a María ejercer el papel de hermana mayor. Julián Monasterio sabía que no existía en el mundo un plato de lentejas capaz de hacerle vender su primogenitura, pero en ocasiones había agradecido aquel privilegio que, al mismo tiempo que le permitía imponer sus criterios en cualquier menudencia, la obligaba a ejercer una labor protectora. Con Alba le había ayudado muchas veces y esa misma tarde seguía haciéndolo.

Pero nunca habían sido verdaderas camaradas. La diferencia de edad era demasiado grande para haber tenido intereses simultáneos y amistades comunes en los únicos años en que puede forjarse una amistad. Y demasiado corta para haber visto en su hermana mayor a una persona adulta y sabía a quien pedir consejo o consuelo cuando lo necesitaba. Cuando le presentó a Dulce, se había limitado a decir: «Es una chica muy guapa. Me cae bien». Pero luego nunca hizo nada especial que lo demostrara. Ciertamente que no había esperado que se hicieran amigas íntimas. María no había cambiado de amistades desde que entró en el colegio, y todas eran de Breda, chicas a cuyos padres conocía y la conocían a ella y ninguno de los cuales tenía nada que oponer. A él siempre le había sorprendido y admirado aquella capacidad de su hermana para mantenerse fiel a sus amigas, formando un grupo reducido y compacto por encima de avatares de trabajo, viajes, matrimonios, hijos, diferencias personales o económicas. Y Dulce había venido de fuera, de una ciudad del norte, a trabajar en el laboratorio del hospital. Julián Monasterio se hubiera conformado con que entre ellas se estableciera alguna afinidad en los gustos que hiciera agradables al menos las fiestas de asistencia obligatoria: los cumpleaños, los aniversarios, las fechas de Navidad. Pero siempre habían mantenido una cautelosa distancia que apenas lograba disimular su mutua antipatía, como si ambas estuvieran esperando que la otra cometiera el primer error, la primera pequeña ofensa, y diera así la excusa necesaria para no tener que mantener aquella educada cortesía con que se trataban.

El olor a moho y a cerrado parecía provenir tanto de la oscuridad de las persianas bajadas como de los millones de partículas en descomposición que ya estaban cubriendo las paredes, los muebles, los armarios, los cuadros, acumulando una capa de polvo sobre la cual desplegaban su agresividad las telarañas.

María había hecho ya una primera limpieza de cosas inservibles, de las ropas de la madre que no querían volver a ver para no recordar demasiado, de sus útiles de aseo, de los frascos de medicinas misteriosas y reveladoras de males y molestias que nunca le habían imaginado. Pero todo lo demás estaba allí.

María buscó un bolígrafo y un cuaderno y escribió sus nombres en dos hojas distintas.

—Bueno, ¿cómo hacemos? —preguntó.

Lo más valioso era el propio piso, pero ambos habían acordado no venderlo de momento y esperar un tiempo hasta tomar cualquier decisión.

—Como mamá había dicho muchas veces. Podemos empezar por las joyas.

—Es lo mejor.

María fue al dormitorio y volvió con un cofrecito de madera. Al abrirlo se oyó la musiquilla que Julián Monasterio siempre asociaba, más que al valor monetario de las joyas, a fiestas y conmemoraciones, porque su madre sólo lo abría ante ellos cuando se vestía y se engalanaba para una celebración especial. La recordó con el cofrecito abierto sobre la cama, probándose un collar de perlas para ir a una boda y preguntándoles si le quedaba bien, fingiendo una coquetería exclusivamente destinada a ellos dos. Ahora fueron extrayendo todo su contenido y lo colocaron sobre la mesa: el collar de perlas naturales, anillos, pendientes, pulseras, broches, relojes, dos gemelos, varios pasadores de corbata y algunos adornos más. Casi todo era de oro antiguo y sólido y con piedras de moderado valor. Pero lo que destacaba por encima de todo lo demás era un juego de pendientes y gargantilla de brillantes ocultos en el doble fondo. María no pudo resistir la tentación de acariciarlos durante unos segundos, como si la intensa belleza de los brillantes no pudiera ser captada únicamente por la vista y necesitara la ayuda táctil de los dedos para apreciar las aristas de la talla holandesa, la suavidad y la temperatura del cristal. Julián Monasterio creyó ver que, de alguna manera y durante unos segundos, el fulgor de los brillantes se había instalado también en sus ojos, como los de un pájaro hambriento mirando su comida. Luego, como si ella se hubiera percatado de su precipitación, abrió un saquito de tela y vació en su mano el contenido: trece monedas de oro que durante varias generaciones habían servido de arras. El rostro de Isabel II brillaba en todas ellas, rodeado por la leyenda y la fecha de su acuñación: 1845. Estaban nuevas, como si acabaran de salir de la Fábrica de Moneda y Timbre, sin esa mezcla de suciedad y desgaste que las va puliendo al rodar de mano en mano.

Ninguno de los dos sabía los detalles de su origen. Su madre siempre había sido evasiva al referirse a cómo llegaron a su marido e insistía en la conveniencia de ser discretos sobre su posesión. Julián y María Monasterio habían crecido sospechando que había algo turbio en ellas, un perfume de robo o ilegalidad que las dotaba de una mayor seducción, una de esas historias de amores trágicos y unas gotas de sangre que tan bien encajan con la belleza de algunas joyas. Pero sí sabían que su valor era muy alto.

—Aquí está todo —dijo María, como si le ofreciera la posibilidad de elegir primero.

Julián Monasterio cogió las monedas. Un puñado de oro que apenas cabía en su mano, trece arras que su padre había puesto entre los dedos de su madre y que habían atravesado una generación para dar testimonio de una pareja feliz. Curiosamente, las monedas no despertaron en él ningún sentimiento de codicia: su mente comparaba la vida de sus padres con su propia vida. Sin duda, también ellos habrían tenido

discusiones, malos momentos; acaso se habrían herido con pequeñas ofensas y rechazos, pero la adoración que su madre siempre había mantenido a la memoria de su esposo, la viudedad prolongada con esa decisión de quien no siente remordimiento ni afán de revancha y los testimonios documentales —unas cuantas cartas y un puñado de fotografías— que conservaban de su relación demostraban que ninguno de ellos se había arrepentido de casarse con el otro.

En la ceremonia de su matrimonio, él no le había entregado arras a Dulce. Su madre se las había ofrecido, pero ellos las rechazaron como si fueran un símbolo arcaico que, no sabían explicar bien por qué, les sonaba a algo judío y bíblico. Se habían limitado al cruce de unas sencillas alianzas, incluso dudando si prescindir también de ese gesto que tenía un aroma caduco. Porque entonces él creía que serían tan inseparables como las estrellas de una constelación, y que ni los símbolos ni las promesas ni los testigos ni las palabras que juraron les iban a ser necesarios para seguir brillando juntos. No acudieron a ninguna iglesia, y en el juzgado la ceremonia fue demasiado rápida y un poco triste. Cuando evocaba su propia boda, Julián Monasterio no sentía la nostalgia de quien se ha visto joven, hermoso y feliz, no encontraba en ella esos momentos de solemnidad que otorgan la música de órgano y la aparatosa lentitud de las palabras del rito religioso.

Se miró la mano, procurando que María no advirtiera su gesto y no pudiera adivinar el cauce de sus pensamientos. En el dedo anular ya no llevaba anillo, pero aún permanecía una leve señal: la piel era un poco más blanca, sólo un poco. Un verano de cien días casi había eliminado aquel pequeño vestigio exterior de cien meses juntos.

María apartó los gemelos de oro, los alfileres de corbata, un reloj y algunas otras joyas que habían pertenecido a su padre.

—No le des más vueltas. Mamá no querría que estuviéramos tristes —dijo, esforzándose por ejercer con eficacia su papel de hermana mayor, serena y responsable ante el hermano más frágil.

—Claro.

Atrajo hacia ella las joyas femeninas y empujó las del padre hacia él, que las guardó en el saquito con las trece monedas. Aquélla era la voluntad de su madre y así querían cumplirlo.

María se levantó y sacó del mueble dos cajones donde estaba toda la cubertería de plata. Por la cabeza de Julián Monasterio pasó una ráfaga de celebraciones, cumpleaños y fiestas de Navidad en las que se usaba. Le pareció extraño que, precisamente en aquellos momentos de tristeza, todos los objetos evocaran horas de esplendor y de gozo, como si quisieran remarcar el valor de lo perdido. Era la primera vez que heredaba algo —también sería la última— y pensó de pronto, con un gran desconcierto, en gentes que había conocido que recibían con alegría el legado de sus

deudos, porque habían estado esperándolo durante mucho tiempo y ya sabían qué hacer con él y cómo invertirlo. Pero él lo único que ahora sentía es que, en cualquier herencia, la ganancia es siempre menor que la pérdida que la ha provocado.

—De esto no hemos hablado. Pero, si te parece, tú te llevas los libros y yo me quedo con la cubertería. Tú ya no la necesitas tanto —dijo María.

Enseguida se dio cuenta de su error. Su hermano la estaba mirando desde la cercanía del reproche, pero sin decidirse a manifestarlo. Los dos sabían que sus palabras no sólo habían aludido a su soledad desde la marcha de Dulce, a cenas rápidas sin salir de la cocina, a noches rasgadas por los cuchillos del insomnio, a la indiferencia al pasar junto a una tienda de perfumes o de flores, al miedo a estar solo y enfermo con el termómetro roto y los cristales de la fiebre ocultos entre las sábanas, a la facilidad con que toda la maldad de los otros se encarna un día en una risotada; las palabras de María también parecían sugerir —y eso era más duro de aceptar que su primera alusión— que no preveía un cambio de aquella situación en un futuro cercano.

—Perdona, Julián, no quería decir eso.

—No importa —concedió, incapaz de seguir mostrándose ofendido en cuanto llegaba una sugerencia de disculpa.

A pesar del gesto conciliador, la incomodidad se había instalado entre ellos. De repente parecían tener prisas por terminar y cada uno aceptaba sin protestas las sugerencias o peticiones del otro respecto al reparto de los demás enseres de la casa, del infinito ajuar de objetos y adornos con que un hogar va llenándose en cinco décadas de vida. Luego, demasiado deprisa, decidieron que cada uno de ellos vendría a llevarse sus cosas en cuanto pudiera.

Estaban a punto de marcharse cuando María dijo:

—Falta algo.

—¿Qué?

—La pistola de papá. ¿Qué hacemos con ella?

Julián Monasterio no supo contestar enseguida a su pregunta. Si alguna vez su padre tuvo necesidad de un arma, ese momento pertenecía a un pasado lejano, anterior a su matrimonio. Los dos hermanos sabían que nunca había tenido licencia para usarla y que por eso su madre no la había entregado cuando murió.

Él la había descubierto muchos años antes, cuando aún era un adolescente, escondida en un libro hecho ex profeso para ocultarla. Lo vio colocado en la balda más alta, cuando buscaba algo para leer que no fueran novelas de aventuras, que ya comenzaban a resultarle insípidas. Se quedó atónito con el descubrimiento, porque todas las imágenes que recordaba de su padre correspondían a la de un funcionario gris, honesto y puntual, que cada mañana a lo largo de décadas acude a su mesa en un despacho de los juzgados de la ciudad. Conservaba alguna fotografía suya realizada

en el trabajo, rodeado de compañeros en alguna celebración o sentado ante una máquina de escribir que precisamente a él le parecía prehistórica, y en todas se le veía con el aspecto de un empleado servicial que incluso parece preguntarle al fotógrafo en qué puede serle útil. Un padre pacífico y rutinario que sólo se emocionaba con un deporte, el ajedrez, que odiaba comer fuera de casa y que siempre se había negado a conducir un automóvil. La imagen opuesta a la de un hombre armado.

Cuando le contó a su madre el descubrimiento, ella le dijo que la pistola había sido una especie de donación que un superior agradecido le había hecho a su padre bajo cuerda, sin tramitar los permisos reglamentarios, por si en algún momento el desarrollo de su trabajo le causaba problemas. Aquello debía de haber ocurrido a principios de los sesenta, en la época de mayor estabilidad de la dictadura, y el uso clandestino de armas en determinados ambientes cercanos al poder debía de ser algo frecuente, porque su madre lo contaba como si no fuera un hecho anómalo ni delictivo. Regalar una pistola como quien regala un libro o un ramo de flores o dos entradas para una función de teatro.

Imaginaba la primera reacción de sorpresa de su padre sosteniendo en las manos aquel objeto bello y duro que le entregaban, quizá atreviéndose a empuñarlo por la culata, pero sin introducir el dedo en el guardamonte, quizá oliendo el cañón con un gesto de temor y recelo antes de volver a embutirlo en el libro. Lo imaginaba aceptándolo, sin atreverse a rechazar el regalo del superior familiarizado con las armas y un poco agresivo o fanfarrón, guardándolo en la cartera negra de cuero para traerlo a su hogar, firmemente aferrada la mano al asa, como si transportara diamantes o documentos muy valiosos, y luego, al llegar, escondiéndolo en la balda más alta de la pequeña biblioteca con el gesto furtivo de quien esconde un veneno o una novela pornográfica.

Eso era lo que imaginaba.

Después había vuelto a verla algunas veces más, cuando se hacía limpieza general o cuando venían los pintores y su madre le pedía que la escondiera, como se esconde algo que no es peligroso, pero sí incómodo ante la infatigable curiosidad de los otros. En una ocasión en que su madre había salido de viaje con María y se quedó solo, incluso había intentado desmontarla; había extraído el cargador —que estaba vacío, como imaginaba— y lo había rellenado con los cartuchos que se guardaban en una cajita, junto al hueco para la culata. Pero, enseguida, asustado de su propia temeridad, retrocedió en el juego y, haciendo presión sobre el muelle, lo descargó hasta dejarlo otra vez vacío.

Hacía mucho tiempo que se había olvidado de ella, y ahora María, la eficaz María primogénita que todo lo organizaba tan bien, sin dejar ningún cabo suelto por la casa, se lo estaba recordando.

—¿Qué hacemos con ella? —repitió.

—No lo sé. ¿Seguro que todavía la guardaba mamá?

—Vamos a verlo.

En el estudio, María se subió en la escalerilla para alcanzar la balda.

—¿Qué libro era?

—Uno de Pío Baroja.

Nada peculiar lo diferenciaba en su aspecto de los demás tomos, libros viejos y gruesos, pardos de tiempo, como los libros que uno no ha comprado, sino que ha recibido en herencia de sus padres o abuelos y entre los que se suelen encontrar autores olvidados y títulos tan mediocres que siempre causan extrañeza y plantean la incógnita de cómo en su momento lograron un éxito, unas tiradas y un prestigio que se les negó rotundamente a obras más valiosas de aquellos mismos años. María abrió la presilla y levantó la tapa: la pistola, el silenciador y la pequeña caja de balas aparecieron ante sus ojos. Sin tocarla, empujó el libro hacia su hermano, procurando que el cañón no apuntara a ninguno de los dos, como si fuera un pequeño animal venenoso que le diera asco o miedo.

Julián Monasterio la cogió, la sopesó unos instantes mientras volvía a pensar en aquellas dos imágenes irreconciliables: su padre y el arma. Un hombre apacible y un perfecto y sofisticado objeto de matar. Un hombre nada proclive a sacar provecho de su trabajo en los juzgados, aquel cargo que tan fácilmente —y aún más en aquellos años de dictadura— podía utilizar como instrumento de prestigio, amenaza o cohecho. Nunca lo había oído presumir de su oficio, nunca lo había visto enarbolar su cercanía a los jueces —y a la autoridad, esa palabra vaga y amenazadora que servía tanto para designar al último alguacil como al gobernador provincial— para facilitarse un provecho o evitar un trámite. Sin embargo, ahora, al tenerla tan acogedoramente entre las manos, dormida y bella, la imagen de su padre empuñándola en la soledad de su estudio no le parecía tan inaudita. ¿La habría sostenido alguna vez así, como él lo hacía ahora, admirando su equilibrio, su sólida perfección? Su mano, ¿se adaptaba con la misma idoneidad a la culata rayada en pequeños rombos para impedir que resbalara por el sudor o la grasa? Su dedo índice, un dedo pulcro que él nunca vio manchado de tinta o carboncillo, ¿de verdad habría resistido la tentación de introducirse en el guardamonte y presionar muy ligeramente el gatillo? ¿No habría pensado que una pistola es la intersección perfecta entre el odio y la sangre, que no se necesitan más que unas pistolas para que judíos y árabes se maten por las azoteas de Jerusalén? ¿Y no habría pensado también que acaso esa pistola podría haber matado a un hombre, como piensa todo aquél a cuyas manos llega un arma así?

—¿Qué haces? —oyó que le preguntaba su hermana, impaciente.

—La miraba. Es bonita.

—Julián, por favor, ¿cómo puedes decir que es bonita una pistola? ¿Qué hacemos

con ella? ¿No podríamos llevarla a la Guardia Civil?

—Creo que no. Nos traería complicaciones. Papá nunca tuvo licencia para usarla.

—Podemos decir que no sabíamos que existía. Que la hemos encontrado al morir mamá —insistió.

—¿Tú sabes si la han usado alguna vez?

—Papá seguro que no.

—Pero en el pasado. ¿Cómo podemos estar seguros de que nadie ha disparado con ella contra otro? —arguyó, porque la posibilidad de un peligro era lo único que podría hacer que ella desistiera.

Unos segundos antes había tomado una decisión: no iba a entregarla. Se quedaría con ella y la guardaría en la caja fuerte que tenía alquilada en el banco. Su tenencia durante tantos años no les había ocasionado ningún inconveniente a sus padres y tampoco tenía por qué acarrearle a él. ¿Por qué iba a entregar, sin lograr nada a cambio, un objeto que en esos momentos le parecía una obra de arte? Aunque no ganara nada con su posesión, si la entregaba perdería irremediablemente algo que nunca más tendría ocasión de poseer.

—Seguro que en la Guardia Civil puede arreglarse todo eso. Creo que hasta nos darían las gracias.

—Tendré que pensarlo —concedió—. Pero de momento voy a quedarme con ella.

—Haz lo que te plazca. Pero yo no quiero saber nada. Para mí, como si no existiera.

Mientras salían a la calle y montaban en el coche, Julián Monasterio notaba el peso de la pistola y de las arras en los bolsillos de su chaqueta, cerca del corazón.

Alba respondió a sus preguntas con monosílabos para afirmar que lo había pasado bien en la piscina con sus primos. A pesar de todo lo que le gustaba el agua, no se explayaba en su alegría y mantenía aquella reserva lejana y apagada, como si desde tan niña se estuviera fortificando contra la tristeza y liquidando anticipadamente el entusiasmo de la infancia para entrar en la madurez. Porque, pensó, no era cierta esa creencia tantas veces repetida de que la niñez termina cuando aparece la conciencia de la muerte. La infancia acaba, se dijo, cuando un niño descubre por primera vez que un adulto de quien lo espera todo —la protección y el alimento, el beso y la salud— puede dejar de quererlo, una posibilidad que nunca antes había imaginado siquiera. Ya veces sospechaba que su hija lo había descubierto demasiado pronto. Besó su pelo mojado que olía a cloro y dejó que se abrazara a él y apoyara la cabeza en su cintura, prescindiendo de los demás ahora que había llegado. Se despidió de María y quedaron en llamarse.

Capítulo 2

Se despertó temprano a la mañana siguiente y telefoneó a Ernesto para que abriera la tienda, porque él, le dijo, tenía que hacer unas gestiones en el banco.

Acababa de colgar cuando sonó como si estuvieran esperando a que terminara. Era Rocío, la mujer que venía todos los días a hacer la comida y la limpieza de la casa, a cuidar a su hija mientras él estaba en la tienda. Había tenido fiebre y vómitos toda la noche y no podría ir a trabajar. Sólo se había levantado de la cama para avisarlo.

Aunque su ausencia lo contrariaba especialmente ese día, le dijo que no se preocupara, que él se encargaría de todo, que lo importante era que mejorara. Estaba muy agradecido hacia ella, una mujer de unos cuarenta y cinco años, casada, sin hijos, pero que había demostrado con Alba la paciencia y la habilidad de una matrona. No quería perderla. Sin Ernesto en la tienda y sin Rocío en casa todo se volvería aún más caótico. Mantenía con ambos unas relaciones más profundas que las derivadas de un simple compromiso laboral. A ella la había contratado por medio de su madre —a cuyo piso iba a hacer ocasionales limpiezas— y de alguna forma consideraba su eficacia y su cariño como una parte más de su herencia.

Sin ninguna prisa, se preparó las tostadas, el café y el zumo de naranja. Luego encendió un cigarrillo y dejó que la nicotina lo invadiera, provocándole una sutil sensación de mareo. Siempre tenía la impresión de que ese primer cigarrillo de la mañana no se detenía en sus pulmones; notaba cómo el humo seguía viajando por todo su cuerpo, adormeciendo sus párpados, removiendo su estómago, debilitándole un poco las rodillas, pero ayudándolo a organizar su cabeza.

Hizo un esfuerzo para levantarse de la silla e ir hasta la habitación de su hija. Esa mañana confiaba en que no hubiera vuelto a hacerlo. La tensión por la muerte y el funeral de la abuela comenzaba a parecer algo conclusivo, y la tarde anterior se lo había pasado bien en la piscina con sus primos.

Alba dormía abrazada a la almohada y con el cuello un poco torcido, una costumbre que ningún muñeco de ningún tamaño había podido desterrar. Desde que era pequeña le habían ido comprando peluches con la esperanza de que le tomara cariño a alguno, lo arropara con ella bajo el edredón y la ayudara a combatir los miedos a las sombras cuando se despertaba en medio de la noche. Se los habían regalado de todos los tamaños y colores, de diferentes texturas y expresiones, mudos y con sonido, inmóviles y capaces de vibrar, pero siempre los había dejado tirados en cualquier rincón, como si aquel sucedáneo del contacto con sus padres fuera un engaño demasiado evidente para aceptarlo. Él mismo había terminado pensando igual que ella: todas aquellas sólidas bolas de lana eran en el fondo vulgares y ni siquiera dejaban una posibilidad a la malicia infantil para desmembrarlas como las muñecas o

los juguetes articulados. Hasta que cumplió los cuatro años, al acostarla tenían que quedarse junto a ella, esperando a que el sueño le llegara, y fue por entonces cuando se aficionó a dormir abrazada a la almohada donde Dulce o él se habían recostado, en la que debía de encontrar el olor y los ecos de sus cuerpos.

La contempló desde el quicio de la puerta, sin decidirse todavía a despertarla. La persiana entornada dejaba entrar unos renglones de luz que permitían ver toda la habitación: la alfombra de alegres colores rojos, verdes y amarillos, el cesto de mimbre tan útil para guardar muñecos y para jugar al escondite, la cenefa de ositos que él le había colocado simulando un zócalo cuando Dulce la trajo un día, poco tiempo antes de marcharse, el armario de cálida madera vista, el alargado perchero con la figura de un tren en el que cada vagón tenía un gancho, la estantería atiborrada con los juguetes que le compraba, a veces sin que ella se los pidiese, siempre con la excusa de que todo lo que tuviera era poco para compensar la ausencia de su madre.

La niña seguía profundamente dormida, con ese sueño pesado al que por fin se accede en la madrugada después de una noche agotadora de amor o pesadillas. Pero tenía que despertarla si quería aprovechar la mañana. Se arrodilló junto a ella y deslizó su mano bajo la sábana, a la altura de sus caderas. Otra vez estaba allí la humedad, el olor a pis le llegó inmediatamente después. ¿Qué más podía hacer para evitarlo? La había llevado a su pediatra que la envió a un psicólogo que le puso un pequeño aparato que activaba un timbre en cuanto detectaba la humedad. Pero aquella prolongada sucesión de remedios había sido peor, porque, después de las primeras noches en que Alba y él se despertaban sobresaltados por los timbrazos, la niña parecía haber radicalizado su enuresis y, si antes lo hacía ocasionalmente, durante el tratamiento de represión se orinaba con más frecuencia y cantidad, como si hubiera decidido declarar la guerra al detector hasta ahogarlo o ignorar sus avisos.

Luego, tras el fracaso de los profesionales, él había optado por la reacción opuesta: no decir nada cuando ocurría, ignorar la mancha como si fuera una secreción tan natural y vinculada a la noche como los pelos o el círculo de saliva que al despertar aparecen en la almohada, y mantener una aparente indiferencia para que su hija no adivinara cuánto estaba preocupándolo. Pero tampoco aquello había resuelto nada.

Lleno de pesadumbre, apoyó la cabeza en el colchón, los ojos abiertos en la penumbra. No era él quien se había ido de casa, pero se sentía en parte responsable de que todo aquello ocurriera, aunque no supiera encontrar las palabras que explicaran la culpa, porque las palabras que él conocía, en el caso de usarlas, sólo falsearían aquella peculiar y dolorosa responsabilidad. Se levantó del suelo y se acostó en la cama junto a ella, abrazándola y acariciándole el pelo con persistencia y dulzura, para hacerle sentir desde el primer momento en que se despertara que tampoco esa mañana habría ningún reproche, que no le importaba mancharse un poco, porque era su hija y

nada de lo suyo le era ajeno ni rechazable ni, mucho menos, le daba ningún asco.

La niña, al sentirlo a su lado, se giró para abrazarlo y lo besó en la mejilla. Así estuvo durante unos momentos, relajada por su contacto, aceptando las caricias de sus dedos entre su pelo sudoroso. Luego, como si de pronto lo hubiera descubierto, Julián Monasterio notó la tensión repentina que endurecía su pequeño cuerpo, el sutil movimiento separándose de él. Su hija lo había notado y también ella se sentía avergonzada e impotente. Le dio un beso y la apretó de nuevo contra él, intentando que no huyera hacia aquella distancia abismal en que se refugiaba, tanta pena y resignación en una cabecita tan pequeña, dando tiempo a que fuera ella quien hablara primero y le contara por qué, qué pesadillas o terrores o preocupaciones la asaltaban cada noche para hacer aquello, qué perseguidores y con qué armas. Esperó así unos minutos, hasta que comprendió que otra vez el hermetismo de su hija seguía siendo mayor que su paciencia, una barrera infranqueable a todos sus esfuerzos.

—Tenemos que levantarnos —le dijo—, Rocío no puede venir a trabajar. Se ha puesto enferma. Hoy estaremos todo el día los dos juntos.

La niña, obediente y callada, salió rápidamente de la cama huyendo de la suciedad y la culpa, cogió la ropa que la tarde anterior Rocío le había elegido y fue al baño. Las delgadas piernecitas desnudas caminando por la alfombra acentuaban su aspecto de fragilidad y desamparo. Julián Monasterio oyó los ruidos que hacía dentro, siempre el mismo ritual: lavarse los muslos y el culito en el bidé, tirar de la cadena y salir vestida, en las manos la bola del pijama manchado que llevaba al cesto de la ropa sucia.

En los peores momentos, cuando se sentía muy cansado, cuando tenía mucho trabajo en la tienda o cuando Alba se ponía enferma, había llegado a pensar que él solo no era capaz de atenderla bien, de cuidarla, de educarla, de devolverla al estado de dos años atrás, cuando aún tenía unos padres que se amaban y una infancia que conocía la felicidad.

También el problema de los dientes había quedado sin resolver cuando se marchó Dulce. Los dos incisivos superiores se le habían caído al comenzar la primavera y pensaron que se debía al empuje de los definitivos que enseguida asomarían por debajo. Sin embargo, habían ido pasando las semanas y los meses y los nuevos dientes no afloraron. Cuando ya estaba solo, había ido con ella al dentista y Alba, a pesar del miedo que apareció en sus ojos al descubrir las herramientas brillantes y metálicas colocadas en aquella especie de encimera de cocina, se dejó recostar en la camilla con la docilidad de quien ve todo aquello como algo que no es peor que lo que le está pasando. El médico la había examinado con una espátula y una linterna y se volvió hacia él para preguntarle si los dientes de leche se le habían caído a causa de algún golpe, porque los definitivos aún no estaban cercanos a salir. Le respondió que no. Aunque reconoció su extrañeza y no encontró ninguna explicación razonable,

les dijo que debían esperar, que sin duda todo se solucionaría con el paso del tiempo, que la naturaleza de los niños no siempre seguía leyes lógicas, que su organismo estaba lleno de alarmas, pero también de prodigios. Los había citado de nuevo para dentro de seis meses, pero él tuvo la impresión de que se los estaba quitando de encima.

Había llegado a pensar que, del mismo modo que la enuresis solía tener una causa psíquica, también ésta podía estar actuando sobre la dentición. Porque cuidaba mucho su dieta y estaba seguro de que no se debía a falta de minerales o vitaminas. Alba era una niña perfectamente sana, con un peso y una estatura normales, con su pequeño organismo fortificado a base de vacunas contra el asalto de todos los virus evitables. Era como si los dientes se hubieran paralizado dentro de las encías por algo más turbio y oscuro que una simple combinación de moléculas. Como si la propia niña hubiera decidido que aún no debían aparecer en su boca y dejar las rosadas encías tiernas y mellucas.

Se lo había comentado varias veces a Dulce cuando venía a buscarla los fines de semana, pero también ella se negaba a darle importancia. «Ya le saldrán. Cada niño es diferente. Además, tú me contaste que a ti también te tardaron mucho en salir», respondía siempre, con el pertinaz optimismo de quien está inmerso en una excitante aventura y rechaza cualquier problema secundario que intente detenerlo. «Porque también tardaron mucho en salirme los de leche» —replicaba—. «Ya verás cómo cualquier mañana le han aparecido», concluía de un modo abrupto que hacía inútil seguir insistiendo.

Evitó mirar la ropa manchada que llevaba hacia el cesto y le preguntó:

—¿Te apetece venir conmigo a hacer unos recados?

—¿Qué recados? —dijo, oscilando entre la alegría de estar con él y la desconfianza. Julián Monasterio sabía lo poco que le gustaba caminar deprisa por las calles para ir a varios sitios diferentes, o esperar mientras él entregaba una factura o iba al domicilio de algún cliente que lo llamaba aterrorizado por la repentina aparición de un virus en su ordenador que él eliminaba en unos pocos minutos. Sabía cuánto odiaba que la gente a quien él saludaba se inclinara hacia ella para hacerle cualquier pregunta tonta que la obligaba a asentir o negar con la cabeza, o para darle un beso o acariciarle el pelo con una conmiseración que incluso ella advertía.

—Nada de ordenadores. Tengo que ir un momento al banco a guardar unos papeles y luego nos vamos al híper a comprar cosas ricas de comida. Hoy que no está Rocío tenemos que encargarnos nosotros de todo.

—Vale.

—¡Qué bien! —le dijo, como si su compañía fuera lo más importante que le podía suceder esa mañana—. Primero, tienes que desayunar todo el tazón.

Le preparó el Cola Cao y las tostadas y se demoró unos minutos junto a ella

tomándose el segundo café. Luego fue al estudio y guardó en el maletín las arras, las joyas y la pistola de su padre.

En el banco no estaba el director, que siempre le daba la otra llave necesaria para abrir, sino un sustituto a quien no conocía. La chaqueta y la corbata de ejecutivo hacían necesario que el aire acondicionado estuviera demasiado frío para su hija y él, con manga corta. Comprobó que su carné de identidad coincidía con los datos del propio banco y lo acompañó hasta el búnker con la segunda llave, los gestos resueltos simulando eficacia.

No quería que Alba entrara con él, porque podría ver las monedas y el libro que enfundaba la pistola y prefería mantenerla al margen de todo aquello. Además, el búnker, tan estrecho, agobiante y falto de aire y luz, no era un sitio apropiado para una niña. Le pidió que se sentara en uno de los sillones de fuera, que él no tardaría nada.

Era una habitación muy pequeña, de siete u ocho metros cuadrados, con las paredes cubiertas desde el suelo al techo por hileras de cajas fuertes que provocaban una intensa sensación de claustrofobia e inquietud propias de las cuevas llenas de misterios y tesoros. Unas ciento cincuenta, volvió a calcular, excesivas para una modesta sucursal de una ciudad provinciana, un exceso sólo explicable por la maligna y obsesiva inclinación de sus habitantes a guardar secretos y a desconfiar de la honradez de testaferros y albaceas. Algunas se veían semiabiertas, con las llaves colgando en las llaveras, porque no estaban contratadas. En un rincón del techo, una cámara de vídeo podía grabar todo lo que ocurría dentro, pero supuso que sólo funcionaría con la oficina cerrada o cuando se produjera alguna alarma. En aquel momento estaba apagada: ni el propio banco debía de saber lo que cada cliente escondía allí dentro.

El empleado abrió su cerradura, dejó la llave puesta —que debía recoger luego— y se marchó. Julián Monasterio se quedó solo.

Abrió su caja y comprobó que el contenido estaba en regla: dos millones de pesetas en dinero negro por las últimas ventas que no había declarado y un cuaderno y varios disquetes donde llevaba las trampas de la contabilidad de la empresa. Pequeños fraudes que nunca ascendían a mucho y a los que lo empujaban los propios clientes, siempre astutos y reacios a pagar cualquier tipo de impuestos. Hojeó la última fecha y la apuntó en un papelito de su cartera. Pronto tendría que actualizarlo, en cuanto se abriera el plazo de la tercera declaración trimestral.

Se estaba demorando y Alba seguía sola allí fuera, esperándolo entre desconocidos. Recordó lo que le había prometido en el desayuno y comenzó a darse prisa. Abrió el maletín y extrajo el saquito con las arras y las pequeñas joyas. Una vez más contó las trece monedas brillantes y amarillas, nuevas en su oro viejo. Las empujó hasta el profundo fondo de la caja y luego sacó el libro. Antes de abrirlo, y

aunque la cámara de vídeo estaba apagada, se puso de espaldas a ella, ocultándolo. De nuevo, como el día anterior, no resistió al deseo de empuñar la pistola, admirando su equilibrio, su amenazadora perfección. Cerró el libro precipitadamente cuando oyó unos pasos que se acercaban a la puerta. Debía de ser el empleado. ¿Qué pensaría si lo viera con una pistola entre las manos? Reconoció su voz por la abertura, diciéndole a alguien:

—Hay que esperar unos minutos, porque está dentro un cliente.

—Ya salgo —dijo en voz alta mientras guardaba la pistola y cerraba el libro con un golpe que sonó demasiado.

—De acuerdo. Deje la llave del banco en la cerradura. Luego la recogeré yo.

Cerró precipitadamente, con los dedos temblorosos, haciendo girar su llave, pensando que, aunque el empleado no cerrara en ese mismo momento con la del banco, nadie podría abrirla ya.

Salió del búnker sin fijarse en quién esperaba, porque rio al fondo a Alba que se había puesto en pie y parecía nerviosa y desconcertada por su tardanza. Murmuró un rápido adiós y se apresuró a coger la mano que le tendía su hija.

Regresaron a casa y desde allí fueron al híper en el coche. Ahora que había guardado en el banco aquellos últimos restos de la herencia, se sentía más tranquilo, como quien se dispone a disfrutar de todo su tiempo libre después de alojar en una residencia canina a un perro hermoso y delicado, de una raza valiosa y un avalado pedigrí, pero que también puede ser feroz en caso de amenaza.

No supo en qué momento se había adelantado empujando el carro y alejándose de Alba, pero cuando oyó su grito comenzó a retroceder de prisa, antes incluso de haber visto dónde estaba y qué le sucedía. Alba, distraída o entorpecida por alguien —esa gente que se ve a veces en los grandes almacenes, que va clavando dolorosamente el filo del carro en los tobillos de los demás, sin pedir disculpas, obnubilada por las ofertas o por el oropel de lo que allí se ofrece, gente ansiosa que acapara víveres como si hubiera estallado una guerra—, se había quedado muy atrás, y en su afán por llegar hasta él por un atajo había intentado subir por la rampa mecánica que iba en sentido contrario. Cuando comprobó que la cinta la alejaba aún más, había gritado. Los más cercanos la miraron sin entender por qué gritaba. Julián Monasterio tardó sólo unos segundos en llegar hasta ella, pero supo que pasaría algún tiempo antes de olvidar la expresión de terror que había aparecido en su rostro. La cogió en brazos, la besó y le secó las lágrimas ardientes y repentinas que le humedecían las mejillas, sintiendo que aquel abrazo, aunque fruto de un episodio doloroso, lo acercaba a ella más que miles de palabras amables o protectoras. La llevó hasta donde había abandonado el carro y durante todo el tiempo que emplearon en la compra su hija no le soltó la mano.

* * *

Esa noche, ya en la cama, intentando conciliarse con el sueño, pensó que la vida es eso, una serie de rampas mecánicas que nunca se detienen y que nadie sabe quién y desde dónde las maneja, aunque parece cierto que lo hace sin amor ni piedad ni lógica ni propósito. A veces nos llevan en la dirección correcta y durante un tiempo logramos ser felices. Pero en otras ocasiones, porque nos equivocamos al elegir, o porque los demás nos empujan, o simplemente por azar, subimos en la que nos arrastra lejos del lugar adonde pretendíamos ir. La vida se convierte entonces en una lucha vana por no descender hacia los sótanos, como le había ocurrido aquella mañana a su hija: el intento de correr contra la goma y no ser más rápido que ella; la angustia de querer aferrarse al pasamanos y ver que también el pasamanos se desliza hacia tu espalda; la esperanza de un descansillo donde corregir el rumbo equivocado y al llegar descubrir que es sólo un espejismo.

Incapaz de dormirse, se levantó y fue a la habitación de su hija. Alba dormía como solía hacerlo, un poco atravesada en la cama, la cabeza tocando la pared, como si aún conservara el instinto de los bebés de apoyarse en el tapón de la vagina materna. Deslizó la mano bajo sus caderas, pero la cama estaba seca. Aún.

Encendió un cigarrillo en el salón, sin dar la luz. En la penumbra todo se veía ordenado, limpio, a pesar de la ausencia de Rocío ese día. Pero era fácil mantener aquel orden en una casa casi vacía, donde faltaba la mitad de sus ocupantes adultos. Cuando también Dulce vivía allí, el amplio salón se convertía en el epicentro del hogar, el lugar adonde Alba traía sus juguetes y él leía el periódico o un libro mientras sonaba el televisor. Pero ahora se iba al estudio y encendía el ordenador para terminar alguna tarea atrasada o simplemente para hacer solitarios, mientras Alba jugaba en su cuarto o junto a él, a sus pies, como si ambos hubieran de la amplitud del salón que parecía remarcar su ausencia. Apenas veía la tele y algunas noches, cuando su hija ya estaba dormida, se conectaba a Internet y chateaba buscando mujeres tan tristes y solitarias como lo estaba él, o contactos eróticos que no fueran demasiado decepcionantes.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Volvió a la cama pensando que si pudiera remediar de algún modo la tristeza de su hija, tal vez a él no le importaría soportar su propia tristeza.

* * *

A la mañana siguiente, cuando estaba duchándose, Rocío golpeó con los nudillos la puerta del baño.

—Lo llaman por teléfono.

—¿Quién?

—No lo sé. Preguntan por don Julián Monasterio. Una voz de hombre. Dice que es importante.

Inquieto por el don y el apellido, se puso rápido el albornoz y entreabrió la puerta para que Rocío le pasara el inalámbrico.

—¿Sí?

—Buenos días. Perdona que le moleste tan temprano. Le llamo desde el banco. Estuvo usted aquí ayer, utilizando su caja fuerte, y creemos que la dejó abierta. Dio la vuelta a su llave, pero la cerradura no quedó encajada.

—¿Cómo? —preguntó. No comprendía bien lo que le estaba diciendo.

—Creemos que dejó abierta su caja fuerte cuando vino ayer a utilizarla. Creemos que hizo girar su llave fuera del marco.

La comprensión le llegó al mismo tiempo que reconocía la voz del empleado.

—Pero ¿no cerró usted luego con la suya? ¿No lo comprobó?

—No. Ha sido un error lamentable por el que le pedimos disculpas —oyó la voz bien entrenada en el trato con los clientes, una de esas voces tan aptas para ser dóciles como exigentes, según el interlocutor con quien se crucen—. Se produjeron dos casualidades al mismo tiempo. Algo poco probable, pero fue así. No sé si recuerda que otro cliente estaba esperando. Como hay cajas vacías que también tienen la llave puesta, debí de creer que la suya era una más de las desocupadas. Y luego lo olvidé. Hasta esta mañana no lo hemos advertido, al hacer la revisión. Insisto en mis disculpas —repitió—. Lo mejor sería que se pasase enseguida por aquí, aunque ya puedo decirle que creemos que estas casualidades no han tenido consecuencias desagradables: su caja no está vacía. Dentro se ven papeles, una pequeña cartera de piel y un saquito de tela. No hemos querido tocar nada.

¿Y la pistola?, se preguntó, reacio a participar del optimismo de la voz. ¿Y la pistola? Pero creía haber guardado el libro bajo toda la documentación de la contabilidad y, si era cierto que no habían tocado nada, ellos no podían verlo.

Se vistió rápidamente, le dijo a Rocío que la llamada era algo sin importancia y, sin desayunar, fue al banco. Todavía no habían abierto al público, pero lo estaban esperando y el empleado que lo había atendido el día anterior vino a abrirle. Procuraba simular calma y sus palabras sonaban con la misma firmeza que al teléfono, pero su cara no lograba disimular la preocupación y la ansiedad, sus ojos inquietos no tenían el eficaz entrenamiento de la voz y Julián Monasterio pensó que deseaba tanto como él que no faltara nada.

Lo siguió hasta el búnker y el empleado le mostró el pestillo pasado, pero en el vacío, sin haber encajado en su sitio. Él tenía que haber cerrado después, pero como había gente esperando para entrar, lo pospuso para candar las dos al mismo tiempo. Y

luego olvidó hacerlo con la primera. Estaba allí sustituyendo al director titular durante ese tórrido mes de agosto, no conocía bien todas las rutinas y cualquier trámite le exigía un doble esfuerzo, añadió a modo de tibia justificación.

Lo dejó solo para que comprobara con tranquilidad el contenido. Julián Monasterio miró hacia la cámara de video del techo: ya la habían apagado. Sin preocuparse de nada más, levantó los papeles de la contabilidad y no vio otra cosa que la base metálica de la *caja*, fuerte. El libro había desaparecido. Todo lo demás estaba intacto: la pequeña cartera de cuero con los dos millones y el saquito con las joyas de su padre y las trece monedas de oro que, al contarlas con dedos temblorosos, entrechocaron con un ruido que en el silencio de la pequeña habitación acorazada parecía escandaloso. ¡Se habían llevado la pistola y habían dejado cosas que tenían cincuenta o cien veces más valor! Lleno de incredulidad, introdujo el brazo hasta el fondo e intentó extraer toda la caja para ver si el libro había caído detrás, como a veces ocurría en algunos muebles. Pero cada caja iba empotrada en un compartimento estanco con fondo de acero que no admitía ningún hueco, ningún resquicio. El corazón dentro de su pecho era un potro al que le faltaba aire. ¿Por qué? ¿Y quién? ¿Para quién tenía más interés un arma que el dinero y las joyas, en una ciudad tranquila y en una época de paz? A menos que, se dijo con un voluntarioso optimismo, con un afán desesperado de no perder la iniciativa, quien se llevó el libro ignorara que dentro de él había una pistola. Claro, así debía de haber sido. No se trataba de un ladrón profesional ni de nadie familiarizado con el robo o la delincuencia —alguien así hubiera prescindido de Baroja y hasta del más valioso códice—, sino de un aficionado a la lectura para quien robar las arras y el dinero le hubiera supuesto miedo a la policía, a verse involucrado en una investigación. ¡Pero un libro! Al cogerlo pensaría que nadie iría a denunciar el robo de un libro; ya casi nadie leía. Él mismo hacía varias semanas que no abría ninguno, ni siquiera una de aquellas mediocres novelas negras reducidas a la simplicidad de un acertijo que Dulce había comprado semanalmente para una colección de la que no tardó en aburrirse.

Cuando el autor del hurto abriera la tapa y viera su contenido, sin duda se desharía de él, quizá aterrorizado por lo que había hecho. Entre la poca gente aficionada a la lectura que conocía no había nadie violento o con una clara capacidad de hacer daño. Era más bien gente apacible y cortés, de movimientos pausados y miradas miopes, muchos de ellos predispuestos a la melancolía. No sabrían qué hacer con una pistola.

Aquella era la única explicación razonable que encontraba y con ella comenzó a tranquilizarse. Oyó tras la puerta la voz del empleado:

—¿Todo bien? ¿Está todo?

Dudó unos segundos. Si le decía que faltaba algo, enseguida se vería obligado a

precisar qué era, y aunque así quizá lograra averiguar la identidad del cliente que había llegado al búnker tras él, tampoco tendría ninguna seguridad de que precisamente ése lo hubiera cogido, porque a lo largo de la mañana podrían haber entrado varios más. No tenía nada que ganar, de modo que mintió, intentando que su voz no sonara velada por un presagio de desgracia inevitable y cercana:

—Está todo.

—¿Seguro?

—Claro.

El empleado entró en el búnker y entre los dos cerraron y comprobaron que la caja quedaba cerrada y bien cerrada. Luego, cada uno de ellos guardó su llave. Volvió a pedirle disculpas, lo acompañó hasta la puerta y le estrechó la mano al despedirse, aliviado porque no hubiera ocurrido nada irremediable.

Julián Monasterio entró en un café y pidió un desayuno. Mientras se lo servían, impaciente, encendió el primer cigarrillo de la mañana. Otra vez le volvían las dudas, la explicación que se había dado unos minutos antes sobre un posible bibliófilo ladrón ahora le parecía débil y forzada, una coartada ingenua para no sucumbir al desaliento. Después de tomarse el café muy caliente dudó en acercarse al cuartel de la Guardia Civil a contarlo todo. Había desoído el consejo de María, la eficaz y primogénita María, y había guardado la pistola en la caja fuerte de un banco. Ahora podía ser contraproducente denunciar su desaparición, porque cualquiera podría sospechar oscuros motivos e intenciones en toda una serie de actos contrarios a la lógica y a la buena ciudadanía. Acarrearía sobre él demasiadas preguntas que no sabría responder: ¿de quién era el arma?, ¿cómo se la había procurado?, ¿por qué no la entregó antes?, ¿con qué propósitos la había guardado en una caja fuerte?, ¿quién más lo sabía?

Se había levantado del taburete, pero volvió a sentarse. Breda, se dijo buscando un nuevo argumento para dejar pasar el tiempo y no hacer nada, era un lugar tranquilo —la capital de la malicia, sí, pero un lugar tranquilo—, y no una gran ciudad proclive a la violencia. Nadie salía a la calle con una pistola guardada en el bolsillo. Quien hubiera robado el libro, al ver su contenido posiblemente lo habría arrojado al Lebrón o enterrado bajo la tierra. ¿Para qué iba a querer nadie una pistola?

Llegó a la tienda decidido a trabajar, porque tenía asuntos pendientes y Ernesto no tomaba decisiones importantes sin consultarlas con él.

Era un buen ayudante, con el que mantenía una excelente relación laboral. Tenía veinticinco años y llevaba dos contratado. Un poco gordo, moreno, alto, con una calvicie prematura que estaba a punto de dejar monda toda la parte superior de su cabeza. Aquel trabajo sedentario con los ordenadores había contribuido a hacerle engordar un poco más y a sudar excesivamente en cuanto se veía obligado a realizar algún esfuerzo físico. Pero era muy eficaz con todo lo relativo al *software*, mejor de

lo que se hubiera pensado viendo su expediente académico mediocre. Lo había contratado poco después de terminar sus estudios de Informática y rogaba a veces que no se marchara, que todavía no emprendiera la aventura de montar su propia empresa, como solía ocurrir con muchos técnicos cuando comprendían que ya sabían más que quienes les pagaban. Porque ningún otro tipo de empresas evolucionaba y generaba arqueología a tal velocidad. Dos años bastaban para convertir en arcaico todo el *software* que en un primer momento parecía una solución brillante y duradera. Y dos meses de ausencia del trabajo bastaban para convertir a un experto en alguien necesitado de urgente reciclaje.

Lo saludó afectuoso, dejó el maletín sobre la mesa y le preguntó por lo más urgente. Durante el día anterior no había pasado por allí. Después del susto de Alba con la escalera mecánica del hipermercado, le había dedicado toda la tarde: la había llevado a la piscina y luego se habían ido al cine a ver una película de *Manolito Gafotas*.

Ernesto, sin abandonar el ordenador en cuyo interior manipulaba, le señaló el papel de pendientes encima de su mesa.

Lo hojeó, todavía desconcertado por lo ocurrido una hora antes, incapaz de centrar en él su atención. Se encontraba aún demasiado agitado y sus ojos resbalaron por las notas hasta que se detuvieron en una de las palabras que Ernesto había escrito varias veces: *pecé*, escrita así, sin reducirla a iniciales.

De un modo imprevisto, aquellas cuatro letras abrieron una senda en su mente para ofrecerle el tránsito adecuado entre su ofuscación y el trabajo. Sin ser consciente del cambio, comenzó a pensar en cómo en muy pocos años había cambiado radicalmente su sentido sin cambiar su fonética. Cuando conoció a Dulce, él estaba afiliado al Partido Comunista, un detalle que siempre había ocultado a su madre. No era un militante distinguido de los que pasaban la mitad de su tiempo libre en la sede, ni levantaba la voz en las asambleas a las que de vez en cuando asistía, ni llevaba las carpetas forradas de pegatinas ni los jerséis acribillados por *pins* con las siglas, ni mantenía otras relaciones con los principales dirigentes locales que un saludo afectuoso y cortés. Se había negado siempre a engrosar cualquier lista y lo más lejos que había llegado era a pegar carteles durante las campañas electorales, cuando se necesitaban todas las manos. Pero había sido un militante de base callado y fiel, hasta que poco a poco fue sintiéndose lo bastante escéptico y desengañado como para que mantener el carné no fuera una incoherencia. Durante todos aquellos años, la palabra *pecé* tenía un único sentido que todos usaban y reconocían sin dudar: Partido Comunista. Ahora, sin embargo, estaba seguro de que para la mayoría sólo significaba *Personal Computer*. Y ese significado era revelador de qué cosas estaban ocurriendo en la calle, de qué era lo que a la gente le importaba y conocía y qué era lo que ignoraban o despreciaban: la tecnología antes que la política, el juego virtual

desde el confort doméstico antes que el contacto —a veces duro y contagioso— con el mundo exterior, el simulacro antes que la piedra, el individualismo antes que el viejo compromiso colectivo. Paradójicamente, la unidad de la aldea global se estaba haciendo a base de individuos cada vez más solos.

Ernesto había terminado con el ordenador y lo estaba observando, a la espera de sus indicaciones. Volvió a leer el listado de pendientes: algunos arreglos de aparatos personales, una empresa que pedía presupuesto para renovar y mantener todos sus equipos, varias demandas para conectarse a Internet. Nada excesivamente complicado que no pudiera poner al día con algunas horas extras.

Cuando llegó la noche estaba agotado, pero el trabajo le había hecho olvidar a ratos el robo de la pistola y pensó, al tumbarse en la cama, que también aquel problema era cuestión de tiempo, y que hasta su disolución en el fluir de los días también podría soportarlo. Olvidarlo del mismo modo que, cada vez con más frecuencia, iban transcurriendo horas enteras en que no pensaba en Dulce, del mismo modo que irían pasando las semanas y terminaría olvidando —o recordando, pero ya sin dolor— que su madre había muerto.

Esperó la llegada del sueño pensando que, sin dudarlo, cambiaría todas las ventajas del mundo y de la época en que vivía por un poco de orden. Hacía años, un compañero del partido le había preguntado: «¿Si te vieras forzado a hacerlo, tú qué elegirías: el caos o la injusticia?». Había intentado escabullirse y no responder, porque la pregunta en sí ya era una trampa. Pero su amigo había insistido tanto que terminó contestando lo que se esperaba de él: que era preferible el caos. A veces todavía se acordaba de su respuesta y sabía que mintió. Eran otros tiempos, pero incluso entonces él hubiera preferido la injusticia, porque lo injusto era una categoría moral contundente y clara contra la que se podía combatir. Pero contra el caos él nunca había sabido cuáles son las armas eficaces, ni dónde está realmente el enemigo, ni si la permanencia del desorden termina generando a la postre una injusticia mayor que la que se pretendía evitar.

Ahora, sin embargo, no hubiera mentido. Ahora cambiaría la longevidad, la diversión, los ordenadores, las medicinas para detener la enfermedad, la anestesia, los electrodomésticos, la seguridad en la vejez, los viajes... por un poco más de orden en su vida. Por rodearse de un mundo lógico —no necesariamente feliz ni paradisiaco, sólo coherente y lógico— en el que la cama de su hija estuviera seca cada mañana, en el que la mujer a la que amó no lo hubiera abandonado sin un porqué convincente, en el que las rosas tuvieran perfume y las frutas sabor, en el que nadie necesitara una pistola.

* * *

Unos días más tarde volvió a la casa de su madre. Era domingo, el último de agosto.

Desde que dejó abierta la caja de seguridad del banco tenía una intensa conciencia del hecho de abrir o cerrar una puerta. Un acto tan sencillo, que se repite tantas veces al día, a la semana, al año —se decía—, termina haciéndose reflejo, como esos movimientos que, precisamente por pasar a la zona del inconsciente, nos dejan libres para pensar y nos permiten que nos dediquemos a cosas más importantes que serían imposibles si prestáramos atención a cada paso de las piernas o a cada gesto de las manos. Pero ahora había vuelto a fijarse en él cada vez que lo ejecutaba, y a veces de una manera obsesiva. En ocasiones había llegado a desandar el camino para comprobar que una puerta había quedado cerrada, porque su cabeza no había retenido el momento de girar la llave y asegurarse de que ya no podía abrirse. Un acto tan sencillo, pensaba, y sin embargo hay tanto que ganar o perder en él, dejar cerrada o abierta una casa donde se guarda todo lo que se ha ido acumulando en cincuenta años de vida, dejar abierta o cerrada una pequeña caja fuerte donde se guarda una pistola.

De modo que abrió la puerta sabiendo que la abría y que tenía que dar tres vueltas a la llave para franquearse el paso. María lo había llamado por teléfono para decirle que ya se había llevado lo acordado, que él recogiera lo suyo. Dejarían lo demás hasta pensar qué hacían con el piso: alquilarlo, acaso venderlo.

Recorrió las habitaciones semivacías con una extraña inquietud, sin poder detenerse en ningún sitio, sin sentarse en las sillas que aún quedaban. Algo quería retenerlo y a la vez lo expulsaba de allí, como si el menguado mobiliario, los techos sin las lámparas que María se había llevado, ahora con la tristeza de las bombillas sucias y desnudas colgando del cable, algunos pequeños electrodomésticos antiguos y eficaces, los huecos de algunos cuadros en las paredes le gritaran: *Ya tampoco éste es tu sitio.*

Al abrir un armario vio que aún quedaban algunos vestidos de su madre colgados en las perchas. No pudo evitar acariciarlos, a pesar del dolor que le transmitían las telas huecas, porque mientras otros objetos sólo evocaban el uso o el contacto, los vestidos remarcaban cruelmente el vacío de la forma humana que los había habitado, destacaban lo que fue y ha sido y ya no es. Sus dedos chocaron con una cremallera de una blusa azul y recordó que él la había ayudado a cerrarla algunas veces en su espalda. Ahora ya, botones, lazos y corchetes con los que las manos habían luchado para cubrir el cuerpo, todo era inútil.

Sacó de allí una vieja maleta y fue recorriendo de nuevo las habitaciones, introduciendo en ella los objetos que iba a llevarse: libros —pero ninguno ya con un hueco camuflado donde embutir una pistola—, fotografías, adornos, viejos papeles y documentos, cartas —algunas escritas por él a su madre—, antiguos discos de vinilo que ya no escucharía, algún juguete de su infancia que Alba miraría con una tibia

curiosidad antes de arrinconarlo con indiferencia.

Quedaban cuadros y algún mueble pequeño, pero para trasladarlos necesitaría fuerzas que él no tenía.

Capítulo 3

La tarde en que lo iban a matar, Gustavo Larrey fue el primero en llegar al colegio. Consideraba que la puntualidad no era un mero ejercicio de cortesía o educación, sino una condición inexcusable de solidaridad hacia los otros. Era un hombre madrugador, a quien ni siquiera los dos meses de vacaciones estivales habían podido acostumar a la pereza, a quedarse en la cama cuando los ruidos de los coches y los pasos de los primeros viandantes comenzaban a resonar en las calles. No fumaba. La buena forma en que se mantenía como profesor de Educación Física y una cierta energía interior también lo empujaban fuera del lecho, aunque se hubiera acostado tarde, y no porque se lo hubiera propuesto como un hábito de salud, sino porque su cuerpo parecía pedirle una actividad que su cabeza no rechazaba. A menudo, antes de desayunar, salía a correr unos kilómetros hacia la Fuente de Chico Cabrera, casi siempre el mismo itinerario, del que conocía la distancia hasta cada hito, las subidas y las bajadas, los baches y las piedras que debía evitar para no tropezar y caer.

También aquella mañana se había levantado temprano. Empleó las horas en limpiar la casa, hacer la compra y preparar la comida, de modo que, a las dos, cuando su mujer llegó del hospital, encontró la mesa puesta, los manjares olorosos y recientes y una fragante rosa roja en un violetero. Comieron, recogieron todo y tomaron café en la cocina. Ese era un momento delicioso que les gustaba compartir, sobre todo en las semanas en que ella tenía guardia nocturna en el hospital y disponían de menos tiempo para estar juntos. Luego se habían ido a la cama, porque ella entraría de nuevo a la noche para un turno de doce horas. Hicieron el amor y él se levantó poco después, mientras su mujer se adormecía escuchando en la radio las primeras noticias de la tarde, las tertulias cuyos miembros a menudo convertían la noble tradición del diálogo al servicio de la sabiduría en un rastrero oficio al servicio de la difamación.

Gustavo Larrey procuró no hacer ruido con las puertas y con la ducha para no despertarla y se preparó para salir. Siempre que iba al colegio llevaba chándal, necesario para el trabajo en la pista, pero ese último día antes del comienzo de las clases aún se vistió con ropa de calle, un pantalón oscuro y una camisa clara. La reunión del Consejo Escolar estaba convocada para las seis de la tarde y, si bien con los compañeros apenas cuidaba su aspecto, el chándal parecería un gesto de mal gusto, si no de desprecio, al lado de los padres.

Cuando llegó al colegio, la valla exterior ya estaba abierta, pero no la puerta del edificio. Abrió con su llave y se dirigió al despacho reservado al profesor de Educación Física, una pequeña habitación junto al cuarto donde se guardaba el material deportivo. Se sentó ante la mesa y, sin prisas, hojeó el periódico regional que compraba todos los días. Se detuvo en las páginas culturales y deportivas y durante algún tiempo estuvo leyendo algunas crónicas.

Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. De un cajón extrajo una carpeta con la programación de la asignatura que debía llevarse después a casa y, para que no se le olvidara, la colocó encima del diario. Luego volvió a leer la convocatoria del Consejo Escolar donde venía expuesto el único punto del día: la elección del nuevo director para el próximo cuatrienio, una vez concluido el periodo de mandato del anterior. Dos eran los candidatos: Jaime De Molinos, que lo venía ejerciendo desde hacía ocho años y quería continuar en el cargo hasta jubilarse con todas las ventajas administrativas y económicas, y Nelson. La continuidad frente a la renovación, pensó. O, al menos, así lo habían presentado ellos dos en sus proyectos.

Pero los había leído con atención y en realidad no había muchas diferencias entre uno y otro. Quienquiera que resultara elegido, nada cambiaría apenas en el colegio. Por eso no iba a ser fácil la elección. Ambos tenían un grupo de partidarios muy igualado y sólo los indecisos como él podrían inclinar el triunfo hacia uno u otro. Él todavía no había decidido a quién votar. Le molestaba la actitud y el tono autoritario habitual en De Molinos, pero no tenía ninguna confianza en las dotes de gestión de Nelson, en su capacidad para tomar decisiones frente a la inspección o frente a la ocasional arbitrariedad de los padres, en su energía para resolver los pequeños asuntos casi domésticos que tanto influían luego en el buen desarrollo de las clases: las obras de reparación, la elección de editoriales o las contrataciones de material, el control de la calidad en los menús del comedor escolar, las actividades extraescolares.

Ya había comenzado a llegar gente, porque oyó los murmullos de las conversaciones que parecían amplificarse en el edificio vacío de niños. Desde su despacho reconoció la voz de Rita, la última incorporación al centro, una logopeda con quien había encontrado afinidad desde el principio. Su voz, ahora, tras el verano, volvía a ser agradable, parecía haberse limpiado de aquella tristeza que tuvo durante el último trimestre del año anterior.

Cogió la convocatoria del Consejo Escolar y se levantó para ir a saludarla. Al asomarse al pasillo, la vio entrar en el despacho de dirección y fue hacia allá, porque quería sentarse junto a ella en la reunión. Estaba haciendo unas fotocopias. Larrey se dio cuenta de que, al coger de su mesa la convocatoria, se había traído también el periódico y la carpeta, pero decidió dejarlos allí y, cuando acabara el Consejo, volver a recogerlos.

Rita terminó con las fotocopias y se fueron juntos hacia la sala de profesores. Ya estaban casi todos. Jaime De Molinos hablaba con la secretaria, Julita Guzmán, y con Corona, el jefe de estudios. Nelson bromeaba con el grupo de padres.

Rita estaba especialmente guapa. El bronceado del verano aún no había comenzado a apagarse en su piel y algunas pecas en la nariz y en los pómulos personalizaban su rostro de un modo fresco, casi infantil.

—¿Ya has decidido a quién vas a votar? —le preguntó, sin interés por forzar la

confidencia. Sospechaba que escribiría en la papeleta el nombre de Nelson, pero tenía la suficiente confianza con ella para que ambos supieran que no le estaba pidiendo ningún nombre.

—Sí. En blanco.

—No, por favor. Tenemos que hacer que esto sea lo más corto posible. Va a estar tan igualado que es mejor decidir de una sola vez.

Se callaron, porque en ese momento, como si hubiera sonado el timbre que al día siguiente convocaría a los alumnos a las filas, entraron los miembros del Consejo Escolar que faltaban.

Generalmente, De Molinos tenía que pedir silencio antes de comenzar cualquier reunión, porque las conversaciones y los comentarios intrascendentes se demoraban y se resistían a morir. Pero ahora no fue necesario. Enseguida se hizo un silencio expectante, sólo roto por los ruidos de las sillas que se ajustaban ante la gran mesa rectangular de la sala, por algún bolígrafo que tamborileaba suavemente, por algún encendedor al prender un cigarrillo.

Nadie puso ninguna objeción al acta de la reunión anterior, como si su lectura fuera un prólogo aburrido e innecesario que, sin embargo, había que cumplir para darle a lo que vendría después un marchamo reglamentario de orden y legalidad. La propia voz de la secretaria, Julita Guzmán, una voz sin matices, plana y seca, poco hospitalaria, parecía oponerse a cualquier comentario.

Mientras leía, Larrey se fijó una vez más en su rostro, intentando encontrar el perfil de los labios muy finos, o hallar alguna emoción en sus ojos exprimidos de luz. Era una figura gris que fuera del colegio a nadie llamaría la atención, soltera y, según los comentarios de todo el mundo, irremisiblemente virgen a sus cincuenta y cinco años. Pertenecía a ese tipo de mujeres que, a fuerza de ser castas, terminan idealizando su propia castidad. Pero no ocupaba el cargo de secretaria sólo por su afinidad a las rígidas ideas de Jaime De Molinos; también porque su eficacia y su obsesión por el orden la hacían la persona idónea para aquel puesto. Administraba el dinero del colegio con tanto rigor como administraría su propio dinero. Controlaba con precisión las fotocopias particulares que hacía cada profesor o los pasos del contador del teléfono, y pasaba el coste de las llamadas con la misma puntualidad que la compañía de teléfonos. Distribuía el material escolar de manera ecuánime, para que cada aula tuviera todo lo necesario sin que sobrara nada. Despachaba al día toda la correspondencia, todos los expedientes de los alumnos, todas las faltas de los profesores y toda la documentación, sin cometer errores, con un orden que en el colegio era necesario para no perderse entre tantos papeles. Por eso aceptaba mal los errores de los demás, las tachaduras al rellenar un libro de escolaridad, una equivocación en un acta. Algunos profesores la odiaban con un odio perseverante y a menudo ella, más que De Molinos, era el objetivo de las críticas por un malestar

provocado por cualquier exigencia nimia. Rita, contra quien había manifestado alguna vez su intransigencia y su incomprensión por el trabajo que desarrollaba, le había dicho en una ocasión a Larrey: «Odia a los niños. Odia que ellos, día a día, vayan haciéndose más fuertes, más autónomos, más sabios, mientras ella, día a día, va haciéndose más vieja, más torpe, más débil».

Alguien muy diferente a Manuel Corona. Aunque todos los que lo conocían pensaban que su carácter era lo contrario al exigido para un jefe de estudios —es decir, alguien dinámico y creativo, hábil y dialogante, que supiera ejercer la delicada labor de correa de transmisión entre la directiva y el claustro—, llevaba también varios años en aquel puesto y nunca había existido una razón poderosa para que alguien protestara contra él. Su modo de organizar los aspectos académicos —inclinado a un *laissez faire* y a revestir de un carácter sagrado la libertad de cátedra para que cada profesor hiciera dentro de su aula lo que quisiera— no coincidía del todo con la rígida concepción disciplinaria de De Molinos, pero desde el principio éste lo había incluido en su equipo, como el líder que cede una parcela de poder a sus adversarios políticos para aparentar que no sólo es generoso y condescendiente con quien no piensa como él; también esa cesión le sirve de amenaza para sugerir que si no aceptan aquello no habrá ningún otro gesto.

Era casi obeso, algo raro en una profesión de gente magra a quienes el esfuerzo diario con los niños, la tensión permanente y el continuo agacharse hasta su altura les impide engordar, y se hacía fácil pensar en él como futura víctima de una apoplejía fulminante. Tenía esa figura de gordo que sufre dificultades para comprarse ropa adecuada a su talla y para atarse los zapatos. Bajo su barbilla, una papada como la papada de las ranas latía con los mismos espasmos. Iba al colegio vestido siempre con chaqueta y corbata, lo que le servía como excusa para evitar cualquier contacto físico con los alumnos. Su obsesión por la limpieza le hacía lavarse continuamente las manos, y, cuando no podía, usaba esas toallitas jabonosas aptas para bebés que guardaba en un cajón de su mesa. Llevaba gafas de montura mínima y se le veía siempre recién afeitado, aumentando así la prominencia de su labio inferior, que parecía aplastado bajo el peso del superior y de las gruesas y brillantes mejillas.

—Si no hay alegaciones, vamos a pasar al único punto del día: la elección de director para un nuevo periodo de cuatro años —dijo la secretaria.

Leyó los nombres completos de los dos candidatos —don Jaime De Molinos Díaz, don Luis García Nelson— y mencionó sus proyectos, que posiblemente muchos no habían leído. Pasó las papeletas para la votación y explicó los detalles del procedimiento.

Fueron necesarias dos votaciones. En la segunda, con la voz recorrida por un temblor de inquietud cuando leyó el nombre escrito en el último papel, la secretaria proclamó que don Luis García Nelson había resultado elegido director para un

próximo periodo de cuatro años.

Larrey miró extrañado a Rita y encontró la misma expresión en los ojos de ella. Los dos lo habían votado en la segunda ronda, pero aun así no esperaban su triunfo. La propia dinámica de la elección estaba hecha de tal modo que era muy difícil revocar a un director en ejercicio, quien, una vez en el cargo, podía fácilmente perpetuarse hasta su jubilación si no cometía errores graves y evitaba los escándalos. Incluso sin contar con el apoyo de los profesores, únicamente con los votos de los padres —siempre faltos de información detallada sobre el trabajo interno y, por ello, proclives a aceptar el pequeño grado de autoridad que emana de un puesto así— se podía salir nuevamente elegido. Porque, al contrario que en el desempeño del poder político, donde hay que tomar decisiones que van provocando irremisiblemente su erosión, en un centro escolar el desempeño del poder va afianzando a su titular, lo va revistiendo de un prestigio y una jerarquía que serán las mejores armas para su continuidad.

Larrey y Rita vieron cómo Jaime De Molinos se levantaba para estrechar la mano del vencedor, murmurando una felicitación que apenas lograba entreabrir sus labios. Enseguida, la secretaria concluyó oficialmente la reunión. Debía de estar pensando que era la última a la que asistía y su voz, al leer el acta de la votación, tenía el tono ceremonial de una despedida.

Todos comenzaron a levantarse, comentando las incidencias ocurridas. Al salir, Larrey oyó que De Molinos le decía a Nelson:

—Supongo que podrás esperar un día para ocupar el despacho. Tendré que llevarme algunas cosas.

—Claro, el tiempo que necesites —respondió—. Pero ahora creo que deberíamos tomar todos una cerveza. Ya hemos hablado mucho.

Salieron del edificio. El sol ya se había ido y la oscuridad del cielo quedaba mitigada en el patio por los focos que iluminaban la pista central. De Molinos cerró la puerta y, poco después, todos los miembros del Consejo Escolar estaban ante la barra del bar donde cada día solían tomar café los profesores que no tenían guardia de recreo. Nelson se sintió obligado a imitarlos, acaso él también asombrado de su triunfo, pero satisfecho de la dosis de venganza hacia quien le había vetado cualquier posibilidad de cambio y de ascenso en los años anteriores.

Efectivamente, no quedaba mucho que hablar y Julita Guzmán, que nunca participaba de aquellas celebraciones, fue la primera en anunciar su marcha. Los demás pronto la fueron imitando. Al día siguiente comenzaban las clases y era necesario llegar con puntualidad. El grupo de padres, sin embargo, aún se quedó en el bar, excepto uno de ellos, que pretextó asuntos urgentes para irse.

Larrey acompañó a Rita hasta su coche y allí se demoraron unos minutos hablando del resultado de la votación, de lo que Nelson podría mejorar si en verdad

se decidía a hacerlo y de una cierta lástima hacia De Molinos.

—Si quieres te llevo a casa —le dijo Rita.

Él solía hacer el trayecto caminando, pero ya iba a aceptar su invitación cuando recordó algo.

—Tengo que volver. Me he dejado el periódico y la carpeta en el despacho de dirección.

—Te espero —insistió.

—No, no merece la pena.

Desanduvo los ochenta metros que lo separaban del colegio. La valla seguía abierta, pero le extrañó que también lo estuviera la puerta principal del edificio, porque media hora antes De Molinos la había dejado cerrada. Alguien había dicho que esa tarde el conserje no estaba, que había tenido que ir al hospital con un familiar enfermo. Sintió envidia de él, porque era posible que se cruzara con su mujer caminando por un pasillo o cuidando a un paciente, y la echó de menos. Llevaban ocho años casados y seguía tan enamorado de ella como al principio. Aquellas noches en que tenía guardia se le hacían largas y tediosas, no sabía bien en qué emplearlas y al acostarse añoraba su contacto tibio, íntimo y suavemente perfumado. Su recuerdo le trajo una oleada de bienestar y paz que hundió en el olvido las tensiones de la reunión. Pensó que al día siguiente comenzaban las clases y estaba seguro de que también durante el próximo curso sería feliz.

Entró y, sin encender los tubos fluorescentes del largo pasillo, que en la oscuridad del edificio tendrían algo de escandaloso y alarmante, guiándose por los pilotos de emergencia y por la claridad que llegaba de los focos del patio, avanzó hacia el despacho de dirección. En un lugar generalmente tan ruidoso, el silencio parecía más hondo y, de algún modo, triste. La llave se colgaba en un clavo tras el tablón de anuncios. Todos los profesores lo sabían, porque cualquiera podía ser el primero en llegar o el último en irse, por tener cualquier reunión o por haberse demorado preparando las clases. Abrió la puerta. Las persianas de las ventanas estaban levantadas y no necesitó encender la luz para identificar en la penumbra su carpeta y el periódico encima de la mesa, donde los había dejado. Avanzó unos pasos, estiró el brazo para cogerlos y en ese momento sintió un golpe en la nuca y vio que todo se iluminaba con una intensa luz blanca.

* * *

Siempre solía ser el primero en entrar al despacho. Pero aquella mañana él era ya un simple profesor y se quedó en el vestíbulo con todos los demás, forzando el gesto para disimular la frustración que la pérdida de su anterior jerarquía le ocasionaba. Respondería con una mueca desdeñosa e indiferente cualquier comentario de

condolencia o solidaridad que recibiera; nadie, ni los mejor intencionados, iba a tener la satisfacción de verlo herido, crispado o convulso. *El poder, cómo satisface* —pensó—, *el pequeño poder que permite ser el primero y el último en hablar y que los demás te escuchen y obedezcan tus decisiones, el poder que otorga prerrogativas cuyos beneficios no son tanto las mezquinas prebendas concedidas, sino el placer mismo de concederlas o negarlas. Porque la satisfacción que emana de ocupar las alturas no depende tanto de la amplitud de su órbita, sobre cuarenta personas o sobre cuarenta millones, cuanto de su propia esencia. ¡Cómo odiaba ahora, no sólo a Nelson, sino a todos los que habían alimentado sus expectativas y su seguridad en el triunfo! ¡Cómo despreciaba a quienes, aun estando a su lado, como Corona o Julita Guzmán, no habían sabido prever el peligro que se le echaba encima ni ayudarlo a idear una reacción para atajarlo! ¡Habría sido tan fácil destrozar al otro candidato con sólo airear aquel rumor entre los padres del Consejo!*

Todavía no había llegado Nelson, aunque estaban a punto de dar las nueve, y no alimentó con una palabra ni un gesto el comentario que alguien hizo sobre su tardanza en su primer día en el cargo, la primera crítica risueña y leve —pero también venenosa— que se le hacía, como, estaba seguro, le habrían hecho a él por cualquier motivo durante los ocho años anteriores.

Luego, alguien más se extrañó de que tampoco Larrey, que siempre era de los más puntuales, hubiera aparecido todavía.

Tenía que recoger algunos objetos personales del despacho, los despojos después de la batalla, pero no iba a entrar hasta que no llegara Nelson. Había perdido, pero no iba a facilitarle las cosas ejerciendo una camaradería que todos ponderarían como falsa y que, al no poder disimular la humillación, no haría sino aumentarla. Porque nunca sabe perder con deportividad quien no ha contemplado previamente a la lucha la posibilidad de la derrota. Nelson tendría que venir a preguntarle cada duda y él respondería, o no respondería, simulando ignorancia, y entonces tendría que descubrir por sí solo la larga lista de pequeños recursos necesarios para agradar a los padres o para agilizar la burocracia que Julita y él habían ido perfeccionando en aquellos ocho años. No le iba a ser fácil, porque, como todo aquél que tiene una fe ciega en su capacidad de improvisación, no era especialmente ordenado. El mismo detalle de que aún no hubiera llegado, el primer día de clases y de cargo, cuando el patio hervía de madres y niños excitados por la vuelta al colegio, era sintomático del desorden en que vivía.

Vio cómo el conserje se acercaba a pulsar el timbre a cuya llamada los alumnos se ordenarían en filas, una por cada clase, e irían entrando acompañados por su profesor, que conduciría a cada grupo hasta su aula.

En el momento en que sonaba el repiqueteo lo vio aparecer por la puerta, respirando agitado, como si hubiera tenido que correr. Por un segundo —pensó— no

has llegado tarde en tu primer día como director, por un segundo. Apuesto a que lo estuviste celebrando anoche con quien tú y yo sabemos.

Nelson recibió las felicitaciones de quienes aún no lo habían llamado por teléfono o no lo habían visto. Venía vestido de un modo menos *sport* del que solía hacerlo y De Molinos, apoyado en el inicio de la barandilla de la escalera, tuvo que reconocer que el nuevo cargo le sentaba bien: un hombre casi veinte años más joven que él, con el bronceado del largo verano todavía en su rostro y en sus manos, con un atractivo físico que el pequeño poder que asumía parecía multiplicar. Hasta su condición de zurdo le otorgaba una originalidad añadida. Y no sólo originalidad; también demostraba su fortaleza de carácter y su resistencia a las presiones externas.

Los niños habían comenzado a entrar, los más pequeños siempre los primeros, y se iban dirigiendo hacia sus aulas, guiados por sus tutores. Rita, que, como logopeda, no tenía un grupo a su cargo, se admiró una vez más del valor de la educación, no sólo por los conocimientos que con ella se adquirían, sino sobre todo por aquellos detalles que les mostraban a los niños desde el primer momento que el caos del mundo podía ser ordenado: cómo seiscientos alumnos que un minuto antes se saludaban, corrían, chocaban, gritaban, lloraban y peleaban ruidosamente en la abigarrada confusión del patio, ahora iban acomodándose sin demasiado esfuerzo dentro de las clases, iban ocupando sus sitios y alcanzando un moderado silencio que hubiera parecido imposible viendo su excitación anterior. Para los más pequeños, aquélla era su primera salida solos fuera del hogar. La escuela, pensaba, es el primer lugar donde el niño se queda aislado y se ve obligado a trabajar sin el amparo de sus padres, sin rostros conocidos a quienes pedir auxilio o consuelo ante una caída dolorosa o ante el primer golpe que otro más fuerte le inflige. Si esa primera salida al mundo, a los tres años de edad, resulta dolorosa durante un tiempo demasiado prolongado, cabe la posibilidad de que ya siempre vea el mundo como un lugar inhóspito y lleno de enemigos.

Nelson se dirigió hacia Corona y De Molinos:

—¿Vamos al despacho?

—Sí. Te estaba esperando —dijo el ex director.

—Rita —la llamó Nelson—, si no tienes clase ahora, ¿puedes venir con nosotros un momento?

—Claro —respondió. Adivinaba lo que iba a pasar, la propuesta a la que diría que no, sin arrogancia y sin desprecio, un solo *no* tranquilo y convincente que impidiera la insistencia o el ruego.

Caminaron por el pasillo y De Molinos esperó a que fuera Nelson quien cogiera la llave tras el tablón de anuncios, como el invitado que, a pesar de sentir en su espalda la mano hospitalaria del anfitrión, se niega a girar el picaporte antes que él.

—No está la llave —dijo Nelson con un poco de extrañeza.

—En la llavera —la vio Corona.

La puerta estaba cerrada, pero sin pasar el cerrojo, como la deja alguien que sale pensando volver enseguida. Nelson la empujó y dio dos pasos antes de detenerse paralizado por el asombro, sólo el asombro antes de que llegara la comprensión y el estupor y el miedo.

—¡Dios Santo! —exclamó De Molinos a su espalda, mirando por encima de su hombro, también paralizado por el mismo asombro, y luego, enseguida, por un oscuro sentimiento de venganza, como si en el cuerpo tendido ante la que había sido su mesa durante ocho años estuviera, a pesar de todo, su primera satisfacción: Esta es tu bienvenida por atreverte a usurpar lo que te era ajeno, esto es lo que te espera, la confusión y el caos.

—¡Gustavo! —sonó tras ellos el grito de dolor de Rita.

Anticipándose a los tres hombres, se agachó sobre el cuerpo, como si aún pudiera prestarle alguna ayuda, cuando todos habían adivinado desde el primer momento que aquella inmovilidad era irremediable. No era necesario haber visto antes un cadáver para saber que la sangre coagula en minutos, que aquella mancha en el suelo que había salido de la herida en la nuca podía haber sido roja en algún momento, pero tenían que haber transcurrido varias horas para secarse y adquirir aquel color amarroñado y sucio, para pasar de la categoría de savia a la condición de excremento. Entre su brazo derecho y la mesa estaban caídos el periódico del día anterior y su carpeta. Había regresado a recogerlos y no había querido que ella lo esperara mientras tanto en el coche. Aturdida por aquel detalle, le tocó la frente y notó su frialdad. Luego retiró la mano, como si advirtiera que no debía haberlo hecho. Pero aún se inclinó para observar su nuca.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó en voz casi inaudible, no a ellos, que la miraban paralizados; parecía que se lo preguntaba al propio cadáver, como buscando una explicación que negara que la herida que estaba viendo, redondeada y negra, con algunos pelos incrustados en su contorno, había sido causada por el impacto de una bala.

Nelson pareció salir de su estupor, descolgó el teléfono y llamó al hospital para pedir una ambulancia.

—Creo que también deberías llamar a la Guardia Civil —dijo De Molinos.

Nelson lo miró unos instantes y, sin añadir nada, buscó en la guía el número del cuartel. Tuvo que repetir dos veces lo que había ocurrido y el lugar desde donde llamaba para que al otro lado alguien creyera que no estaba bromeando. En una pequeña ciudad provinciana que no se resignaba a perder su rancia denominación de villa, donde ocurrían ocho o diez muertes no naturales al año, y todas ellas por accidentes, suicidios o sobredosis de drogas, una llamada así, anunciando un homicidio por disparo de bala en un colegio el día en que se iniciaba el curso, parecía

la broma de un alumno para impedirlo.

—Creo que deberíamos mandarlos a todos a casa —dijo De Molinos.

—¿A quiénes? —preguntó Nelson, sin comprender de nuevo.

—A los alumnos. Los mayores pueden irse solos. Seguro que en el patio todavía hay muchas madres de los más pequeños. A las otras habrá que avisarlas. En cualquier caso, sólo se necesitarán unos minutos para que lo sepa toda la ciudad.

* * *

El juez, el teniente Gallardo y dos guardias, un hombre y una mujer, esperaban en el pasillo a que dentro del despacho tres agentes especiales hicieran su trabajo. Eran expertos en análisis de pruebas y de cadáveres, una más de las múltiples secciones que en los últimos años habían ido apareciendo en el Cuerpo en su afán por modernizarse, hacerse autosuficiente y no depender en su trabajo de otras ramas de la administración: técnicos en delitos informáticos, en delitos ecológicos, en ayuda a mujeres maltratadas, en inmigración, en fraudes fiscales, en genética, en protección al turismo. Agentes dedicados a un único campo, especialistas jóvenes y con un brillante expediente universitario que cada día sabían más y más de menos y menos.

El teniente estaba seguro de que él no podría apreciar nada que los que estaban dentro no hubieran visto antes. De modo que no se impacientaba. Por otra parte, las nuevas instrucciones sobre su actuación eran tajantes: en casos así, delicados y con repercusión ante la opinión pública, nada debían tocar los agentes locales si no era estrictamente necesario. Bastaba una llamada a Madrid para que en menos de dos horas apareciera aquella selecta brigada de técnicos que eran muy mal vistos por los números de a pie, porque, teniendo su mismo grado, aparentaban una superioridad difícil de digerir por viejos guardias curtidos para quienes la única superioridad era la de los galones. Nunca iban armados ni sucios, como si las armas o el sudor fueran vestigios bárbaros de épocas pasadas; nunca emitían hipótesis apresuradas ni daban detalles de lo que estaban haciendo; se resistían a entablar relaciones cordiales con los demás agentes y a pernoctar en los cuarteles, aunque tuvieran que pagar de su bolsillo el alojamiento; parecían tener tantas dificultades para tratar con la gente como facilidad para relacionarse con los objetos o con los desperdicios: un diminuto trozo de papel, una mancha de semen en el cabecero de la cama o un pelo en el sifón del desagüe; y no ocultaban las prisas por abandonar aquellas ciudades provincianas que parecían agobiarlos. La *brigada de los sabios*, solían llamarlos aparentando desprecio, pero convencidos de su eficacia, de lo imprescindible de su tarea y del rigor con que la ejecutaban.

Él se había limitado a preguntar a la profesora joven y a los tres hombres las primeras cuestiones rutinarias: si cuando encontraron el cadáver todo estaba como lo

habían visto el día anterior y si habían tocado algo más que el teléfono para hacer las llamadas. Comprobó que el *rigor mortis* era uniforme en todos los miembros y que, por tanto, nadie lo había movido después de dispararle.

Al mirar alrededor, en la primera inspección visual, la agente había visto brillar algo entre dos pilas de libros de cuentos infantiles y lo habían observado sin tocarlo: un casquillo de pistola, calibre 7,65 mm, marca FN.

En la habitación no había otras señales de violencia o desorden: los libros y papeles, la fotocopidora, los archivos y el ordenador tenían la sólida placidez de los objetos burocráticos en descanso, sin contagiarse de la imagen casi truculenta del cuerpo tendido junto a ellos. Luego había cerrado el despacho y había esperado hasta que llegaron.

Los flashes que de cuando en cuando iluminaban la habitación y rebotaban por el pasillo ya no estaban al servicio de un negativo de celuloide, sino de sofisticadas cámaras para ordenadores que permitirían luego ampliar cualquier detalle con rapidez y claridad. Las minúsculas huellas de dedos, pelos y pestañas, o de una mota de caspa o de piel en el casquillo no serían únicamente observadas al microscopio, sino analizadas en un laboratorio genético. En los últimos cuatro años habían cambiado por completo las técnicas de análisis, pero el teniente seguía manteniendo alguna desconfianza en los resultados finales. Si había casos en los que la ciencia ayudaba, en esta ocasión era muy escéptico. Quien hubiera disparado contra la nuca del hombre que aún permanecía tendido en el despacho probablemente sabía tan bien como ellos qué tipo de cosas no se debían hacer nunca, qué huellas evitar, los recursos de que ellos disponían y, por tanto, la manera de contrarrestarlos. Al final, se dijo, sólo el tesón y la inteligencia y las palabras adecuadas contribuirían a aclararlo todo.

Capítulo 4

Tal vez si no hubiera muerto su padre cuando él sólo tenía once años no hubiera llegado a ocurrir nada de todo aquello. Pero es muy difícil desprenderse de lo que deja un padre que agoniza cuando el hijo apenas ha tocado la adolescencia. Rechazar cualquier objeto o recuerdo suyo le hubiera parecido una especie de traición.

El signo de los tiempos había sido diferente para muchos de sus compañeros y amigos, hijos de hombres que tuvieron algún tipo de poder o influencia durante la dictadura y sospechaban que no siempre lo ejercieron de la manera más limpia. Para ellos quizá habría sido fácil desprenderse de un residuo heredado que un día cualquiera aparecía embutido en un libro de Baroja, fácil reprobar la bofetada injustificada que en una ocasión se recibió, reprobarla con virulencia para que un día de años más tarde no se reproduzca en el hijo del hijo. Pero a él no se le había concedido el tiempo en que el enfrentamiento facilita el rechazo, y mantener a raya aquella parte oscura de su herencia le había resultado mucho más laborioso. ¿Cómo escupir sobre la tumba de quien sólo le había dado beneficios?

Algunas veces, años atrás, había sentido envidia cuando sus amigos contaban las dificultades que tenían en casa, las discusiones para retrasar la hora de llegar por las noches, para recibir un aumento de la paga semanal, para esquivar las represalias por unas malas notas. Las discusiones de sus amigos casi siempre eran con el padre, pocas veces con la madre, más proclive a la concordia y al perdón. Cuando alguno de ellos le decía: «En eso tú tienes mucha suerte, no tienes un viejo que te amargue la vida», Julián Monasterio asentía con la cabeza y amagaba una media sonrisa, pensando que algunas noches hubiera preferido tener que llegar una hora antes a casa y mantener algún enfrentamiento con su padre a encontrar siempre la comprensión y la confianza que le otorgaba su madre. Porque era un buen estudiante y un buen hijo, y aprovechaba el tiempo y no derrochaba su dinero. Ella lo sabía y, a cambio, nunca coartaba su libertad y sólo se permitía darle consejos que no llegaban a ser órdenes.

De ese modo, él mismo había tenido que marcarse los límites en el momento de beber o de montar en un coche con alguien poco sobrio, él mismo —a una edad en que lo habitual era el desconcierto y la turbulencia— se había ordenado el mundo que lo rodeaba.

En ocasiones se imaginaba como el protagonista de un cuento oriental que ya no sabía si había leído en algún libro o si lo había inventado: un hombre que va por un desierto llevando un tesoro que no es suyo, del que no puede disponer porque alguien que no conoce le pedirá finalmente las cuentas. Así era para él aquella libertad, un bien que le habían concedido sin haber hecho nada para merecerlo y que, por tanto, no podía dilapidar. Entonces recordaba las lejanas palabras de su madre, cuando le apretó la mano para que empuñara un dinero excesivo: «No tienes por qué gastártelo

todo, pero puedes necesitarlo. Tengo mucha confianza en ti». Había regresado del campamento con casi todas las monedas. Tardó algún tiempo en comprender que con ese tipo de palabras su madre había ido inculcándole para siempre un profundo sentimiento de custodia y responsabilidad sobre lo que le entregaban, dirigido mucho menos a cuestiones materiales que a su propio carácter: *aunque lo tengas, no lo gastes todo, guarda siempre algo por si un día vienen a pedirte lo.*

Con el paso de los años, había conocido a otros chicos que habían quedado huérfanos a una edad similar a la suya. Y a fuerza de observarlos había llegado a la conclusión de que la ausencia temprana de un padre provoca dos comportamientos muy distintos, sin apenas término medio: aquéllos que convertían su vida en un carrusel sin orden ni guía, entregados a cualquier estímulo o tentación del momento, y los que se forjaban su propio freno de un modo excesivamente responsable. Él estaba entre los segundos. Ciertamente alguna vez había cedido al impulso de correr y había hecho algunas tonterías estrafalarias e inofensivas, pero incluso en los momentos más frenéticos había mantenido a la vista el punto de regreso. En muy pocas ocasiones se había atrevido a salir más allá de las murallas a enterrar el cadáver de su hermano, contraviniendo las leyes de la ciudad. En general había sido un adolescente sumiso, y sólo mucho más tarde descubrió que los adolescentes sumisos devienen adultos inseguros.

Sólo recordaba una época en que había renegado del recuerdo paterno. Fue la época en que, sin que su madre lo supiera, se afilió al Partido Comunista, poco después de la muerte de Franco. Siempre ocultó ante sus camaradas que su padre había trabajado en los juzgados, como si aquel edificio ante cuya fachada solían terminar las primeras manifestaciones de protesta, aquel edificio que veían como el símbolo de resistencia más tenaz a la llegada de la democracia, segregara un fluido que hubiera contaminado a todos los que trabajaban dentro. Sólo a Dulce le había contado el oficio de su padre desde el primer momento, convencido de que si no podía confiar todo su pasado —con las vergüenzas y los complejos adolescentes, con las pequeñas maldades infantiles y con los terrores más absurdos— a la mujer que amaba, con la seguridad de que iba a encontrar en ella la comprensión y la benevolencia, es que ni siquiera el amor merecía la pena. Pero por entonces ella parecía tan enamorada de él que cualquier cosa que le contara no hacía sino acrecentar su amor. ¡Era tan diferente a todas las demás!

Desde el primer momento le había parecido excepcional. La mayoría de las muchachas que conocía en aquel tiempo tenían un aspecto casi uniformado. Sus rasgos individuales se difuminaban en la *marca* generacional: pelo largo y casi siempre alborotado, cejas anchas que apenas se depilaban, como tampoco lo hacían con las axilas o las piernas, ausencia de cosméticos, zapatos sin tacón, faldas holgadas o vaqueros y anchos jerséis con un vago olor a curry y a henna en sus

costuras. Dulce, en cambio, se diferenciaba de ellas, aun participando de su ambiente y de muchos de sus rasgos, en un cierto atildamiento que podía llegar a ser refinado y en una firme resistencia a dejarse encajar en el conjunto.

Sin embargo, y a pesar de sus confidencias, Dulce nunca se había entregado a él de la misma forma, como en un salto al vacío. Si bien le había ido confiando todo su presente en una época feliz y satisfecha, siempre había sido cauta al tratar de su pasado. Después de su marcha, Julián Monasterio comprendió que ella siempre había mantenido un pozo de reserva al que nunca le permitió la entrada. Desde que un año atrás comenzó a sentirla como una extraña, a sospechar que algo le estaba ocurriendo, sin que él supiera cómo abordarlo, sólo habían tenido una conversación larga: aquella noche en que le dijo que a la mañana siguiente se iba. En los últimos meses no sólo se habían apagado los besos —hacían el amor sin besarse, como esos animales que se aparean sin mirarse en ningún momento a los ojos—, también las palabras se habían ido cubriendo poco a poco de cenizas y se habían limitado a hablar de Alba y del colegio, de los respectivos trabajos de cada uno, de algún programa de televisión que veían sin aburrirse demasiado, como dos extraños que han coincidido en el mismo departamento de un tren para un largo viaje y la cortesía los obliga a no permanecer callados. Cuando alguna vez le preguntó qué le pasaba, Dulce respondió con evasivas y casi con agresividad, como si él no tuviera derecho ni siquiera a hacerle esa pregunta. Sólo la última noche exhibió ante él un amplio repertorio de esas razones para abandonar de las que tan bien saben proveerse los que abandonan. Hasta unos días más tarde, cuando definitivamente tuvo que aceptar que estaba solo, no comprendió la trampa con que ella lo había reducido al silencio: ¡con qué frecuencia un conjunto de medias verdades bien hilvanadas pueden llegar a redondear la más rotunda de las mentiras! Porque sin ser completamente falsas todas sus razones —la falta de entusiasmo, la monotonía, la necesidad de comprobar si de verdad estaba enamorada de otro hombre—, había dibujado con ellas un panorama desolador que se alejaba de la verdad más que de la mentira.

Apagó el ordenador. Lo había tenido encendido sin saber lo que estaba haciendo, porque mirar la pantalla y teclear algo era la mejor manera de que Ernesto no lo interrumpiera. Se levantó de pronto y se puso la chaqueta.

—Tengo que salir un momento —le dijo—. No tardaré mucho.

La mañana de septiembre era clara y fresca. Caminó un trecho, compró el periódico regional en un quiosco y entró en una cafetería. Cuatro días después, la noticia del asesinato había abandonado la portada y había sido reducida a una columna de la página de sucesos. Como no se había hecho público nada nuevo, las crónicas se limitaban a repetir lo sabido: la bala era de calibre 7,65 mm, marca FN y fabricada en Bélgica en 1958. Incluso habían publicado un dibujo del culote con toda aquella información grabada. Pero la pistola o el revólver que lo había disparado

seguía sin aparecer y la Guardia Civil de Breda, con la colaboración de otros expertos, seguía investigando.

¿Qué podía hacer?, se preguntó. Cuatro semanas antes él había tenido una caja de aquella misma munición entre las manos. Demasiadas coincidencias. No podía seguir escondiendo la cabeza y esperar que sus problemas se resolvieran ellos solos. Incluso en el caso de que no se tratara de su arma, eliminar aquella posibilidad le ayudaría a serenarse. No tenía pruebas irrefutables, pero cada día transcurrido, cada hora, cada minuto lo iban reafirmando en la sospecha de que el proyectil y la pistola eran los suyos. Y entonces cada minuto y cada hora y cada día en silencio lo habían hecho un poco más culpable, hasta el punto de no poder ir ya a hablar con el teniente de la Guardia Civil a confesarle que él era el dueño de una pistola de confuso origen que había sido robada y que además lo había callado durante los cuatro días posteriores al asesinato, si es que era un asesinato, como todo parecía indicar. Cabía la posibilidad de que no lo creyeran, y entonces —pensaba— podría llegar a pasarse en una cárcel la mitad de su vida.

Cerró el periódico y volvió a plantearse la duda de los últimos cuatro días, irritado consigo mismo, porque seguía siendo incapaz de decidir nada. No sabía calcular las consecuencias de decírselo a un agente de la ley, pero tampoco lograba adivinar qué pasaría si seguía callado. Un año antes habría ido corriendo desde el banco hasta el cuartel nada más conocer el robo, habría resuelto aquel problema imprevisto en el mismo momento de producirse. Pero las repentinas desgracias de los últimos meses lo estaban convirtiendo en un hombre inseguro, demasiado dubitativo, que sopesaba una y otra vez sus decisiones temiendo que en cualquiera de ellas se escondiera una nueva trampa. Sólo en la tienda y en el manejo de los ordenadores seguía sintiéndose seguro y dando pasos firmes.

De pronto recordó que uno de sus clientes, el dueño de una gestoría inmobiliaria, había contratado en una ocasión a un detective para averiguar quién de sus empleados se divertía introduciendo virus en los ordenadores de la empresa. No recordaba el nombre del detective, pero sabía que era un apellido extraño que le había llamado la atención. Había resuelto el problema sin ruido y sin demasiado esfuerzo, y todo se había arreglado con un despido. Su cliente no había querido acudir a la ley para que nadie preguntara demasiado ni metiera los dedos en las tripas de los ordenadores, en un campo especulativo, el de la compraventa de viviendas, donde el dinero negro formaba una corriente demasiado poderosa.

Julián Monasterio dudó unos instantes, mientras apuraba el café. Vivía en un país avanzado, con una policía en teoría solvente, al servicio del ciudadano. Cuando lo supo, le había parecido extraño que existieran detectives; extraño también que hubiera gente que confiara en ellos. Pero ahora descubría su necesidad. A un detective se acudía cuando la ineficacia de la ley, la vergüenza o un asunto no

demasiado limpio impedía acudir a un juzgado. Era un mundo que imaginaba confuso y algo turbio, cuyo contacto podría acarrear consecuencias desagradables. Pero ¿acaso no era confuso y turbio todo el conflicto en el que estaba envuelto? Decidido, pidió las páginas amarillas. Sólo había un nombre en el epígrafe de *Investigadores*: Cupido, R. Marcó su número y acordó una cita para quince minutos más tarde.

* * *

Su primera sorpresa fue ver que no tenía un local dedicado exclusivamente a su trabajo. El despacho estaba en la propia vivienda, como la consulta de algunos médicos, lo que podía dar la impresión de que era un aficionado; pero también podía ser una garantía de discreción y seguridad. Desdeñó la primera posibilidad mientras se sentaba en una silla frente a la mesa. Al otro lado se sentó el detective.

Su segunda sorpresa fue que por ninguna parte se veía un ordenador, cuando aquél era el espacio adecuado para instalarlo. La amplia mesa de oficina, el archivador metálico, el teléfono, un armario cerrado, un calendario con los números de los días muy grandes y algún cuadro indicaban que era su lugar habitual de trabajo. *Un hombre —pensó—, que ha resistido al delirio del final de siglo por la informática.* No es de los que creen que no podrá vivir en el nuevo milenio quien no tenga un ordenador en el bolsillo. A pesar de su extrañeza, aquella carencia le gustó. Le parecía que su desdén revelaba una gran seguridad para adquirir y manejar por sí mismo la información necesaria, sin acudir a la ayuda de los servidores informáticos.

Por su parte, Cupido aguardó a que pasara la primera oleada de desconcierto o recelo. Con frecuencia ocurría así con sus clientes, como si esperaran encontrarse con un tipo que llevaba una pistola junto a la axila sudada, habitante de un despacho desordenado y caluroso, con un ventilador de grandes aspas en el techo y, en las ventanas, persianas de laminillas que dejaban una penumbra propicia a la intriga y a las confidencias. Pero el hombre que ahora tenía ante él no parecía preocupado por el decorado, sino por algo más profundo y lejano y lastimero.

—Todavía no sé bien qué quiero que haga, si es que aún se puede hacer algo. Quizá me baste con un consejo, con que me explique qué dice la ley, qué pena o qué castigo hay para algo que sólo fue una imprudencia.

El detective asintió con la cabeza, mirándolo a los ojos. Había siempre en las primeras palabras de sus clientes un esfuerzo extra por saltar la barrera de la humillación y la vergüenza que suponía acudir a otro para solucionar un conflicto a menudo íntimo, para reconocer la propia incapacidad de resolverlo. Las primeras palabras débiles, aún veladas por el miedo y la desconfianza. Y él procuraba que les resultara un poco más fácil expresarlas.

—¿Por qué no me lo cuenta desde el principio?

Julián Monasterio dudó un momento, como si aún estuviera arrepintiéndose de haber venido. Pero enfrente tenía la voz de un hombre tranquilo, un tono sereno que prescindía por igual de la astucia y del paternalismo y que parecía augurar que resolvería cualquier problema. No sólo las pequeñas estafas rutinarias o los desconsolados adulterios; también las faltas que no pueden preverse, que ni siquiera se sabe que son faltas. No daba la impresión de dedicarse a aquello sólo porque no había encontrado ningún otro oficio mejor.

—Usted, quiero decir... —vaciló buscando las palabras que no lo comprometieran y pudieran olvidarse—, ¿se vería obligado a contarlo en el caso de que lo considerara algo grave?

—¿Quiere decir contarme algo forzándome al secreto?

—Sí, algo así. Como una confesión.

Cupido lo miró preguntándose hasta dónde podría escucharlo sin comprometerse.

—¿Se trata de un delito?

—No —respondió con rotundidad. Al menos de eso se sentía seguro. *Moralmente* seguro. Todo había sido fruto de una serie de casualidades que habían ido a caer juntas sobre él. Si aparecieran de golpe todas las armas que había ocultas en España, estaba convencido de que se formaría con ellas un auténtico arsenal. Si las fundieran, habría metal suficiente para construir una estatua en todas las plazas de una ciudad como Madrid. Pero las de los demás seguían ocultas. Sólo la suya había desaparecido. ¿Por qué en los últimos meses todo se le escapaba de las manos?

—Cuenta con mi silencio.

—Todo empezó con la muerte de mi madre, hace un mes.

Se detuvo para sacar un paquete de cigarrillos, como si necesitara apoyarse en aquel gesto elemental para organizar su relato. Ofreció a Cupido, que negó con la cabeza, y encendió uno con un mechero de plástico, dándose tiempo para elegir las palabras más precisas que no omitieran nada. Le fue contando todo lo sucedido, repitiendo algunos datos que consideraba importantes, como si no estuviera seguro de que el detective los hubiera comprendido, haciendo algún silencio cauteloso cuando narraba lo más conflictivo, porque desconocía si las normas sobre la inocencia y la culpa por las que él se regía eran las mismas que las de Cupido.

Se sentía mejor cuando terminó de hablar. El detective apenas lo había interrumpido, no había hecho ningún gesto de incredulidad o de duda. Comenzaba a sentir que podía confiar en él, en los gestos de lealtad con que iba asintiendo a medida que su relato se complicaba.

—¿Por qué está tan convencido de que le dispararon con su pistola?

—¿Ha leído las noticias sobre la muerte?

—Sí.

—Entonces sabrá que el calibre del casquillo es de 7,65 mm, no muy común, que

es de la marca FN y que su fecha de fabricación es de 1958, el mismo año que el de la munición de mi padre. No creo que en Breda haya mucho material de ese tipo.

—Supongamos que es así. ¿Qué quiere que haga yo?

Julián Monasterio abrió los brazos en un contenido gesto de desamparo, como si le mostrara las manos vacías para decirle que no tenía nada a que agarrarse, que por eso había venido a hablar con él.

—Se lo dije al principio. Ni siquiera sé si ya se puede hacer algo. Si todavía se puede hacer algo —corrigió—. Pero puedo decirlo en pocas palabras: quiero solucionar este problema.

El detective lo miró pensativo, calculando su desesperación, el pesimismo con que se negaba a confiar en el azar o en la casualidad y que la bala hubiera salido de otra arma, el convencimiento que mostraba en su desgracia, en ese tipo de desdicha que entristece de un modo irremediable al tiempo que corroe cualquier fe en el futuro.

—Quiero ayudarlo si está seguro de que me necesita —dijo—. Pero mi primer consejo es que vaya a contárselo todo a la Guardia Civil. El teniente es un hombre más comprensivo de lo que esta ciudad siempre ha creído. Tal vez le haría sudar durante algunas horas, pero no dudaría de que está usted diciendo la verdad.

Negó varias veces con la cabeza, con una obstinación que indicaba que había rechazado mucho antes aquella posibilidad.

—No. No quiero que mi nombre aparezca por ningún sitio. Tengo una hija de seis años y ella ya tiene bastantes problemas. No quiero que un error de su padre le haga más daño.

Encendió otro cigarrillo, aspiró el humo con la avidez del toxicómano que intenta calmar con el sucedáneo de la nicotina la ansiedad por algo más intenso. La brasa chisporroteó unos instantes, avanzó hacia el filtro como una cuerda impregnada de pólvora. Sin prisas, casi en voz baja, le fue contando los detalles de la marcha de su mujer, la enuresis de su hija, su tendencia a un mutismo que a él le resultaba desolador.

Cuando terminó de hablar, Cupido comprendió por qué al entrar tenía aquella expresión de desconcierto y asfixia, como la de un animal acuático que lleva demasiado tiempo fuera del agua.

—Usted me está pidiendo que recupere la pistola y se la entregue con la máxima discreción para devolverla a la caja del banco de donde fue robada.

—Sí.

—Para recuperarla tengo que encontrar a quien la tiene, que acaso sea quien ha disparado.

—Encuéntrelo. No me importa lo que luego ocurra con él —dijo, y añadió—: Si quiere, podemos hablar de dinero.

* * *

Cupido había aceptado el trabajo sin tener ninguna idea de cómo podía abordarlo. ¿Qué debía hacer? Encontrar al ladrón de la pistola y arrebatársela, claro. Pero ¿y después? ¿Callar su nombre, aunque fuera él quien había disparado contra aquel profesor? Porque si lo revelaba, también terminaría saliendo a la luz el nombre del verdadero propietario del arma. Un asunto complicado, cuya misma dificultad lo seducía al tiempo que lo inquietaba de una manera personal, como si se hubiera contagiado con el sobrante de angustia que emanaba su cliente. Muy pocos de quienes conocían su oficio lo creerían, pero aún seguía conservando un impulso de obligación moral hacia aquellos trabajos donde se vertía sangre inocente que a menudo salpicaba a quien estaba libre de culpa. Sentía como un desafío personal el aclararlos. Muchos no lo creerían, pero seguía pensando que el mundo se pudre un poco más cada vez que un hombre muere violenta y prematuramente.

Cabía alguna posibilidad de que el ladrón fuese alguien distinto del homicida, pero tenía que prescindir de ella y actuar calculando la peor perspectiva. Él también tenía una pistola, una Glock 19 que nunca se había visto en la necesidad de usar. La escondía en el hueco de una persiana empotrada, donde podía acceder fácilmente con una presión de los dedos, y la consideraba como uno más de esos utensilios que se guardan en las cajas de herramientas y que nunca se usan, porque se compraron un día lejano para hacer un arreglo y después están tanto tiempo sin servicio que se llega a olvidar su existencia. La había recordado tras la visita de Julián Monasterio. Había revisado entonces la fecha de su licencia y había comprobado que estaba caducada desde varios meses antes. Su más efectiva y mejor arma habían sido siempre las palabras. Acaso hubo un tiempo y un país donde tuvieron vida detectives privados así, tipos fuertes, cínicos y amargados, casi telúricos en su facilidad para usar la violencia en un ambiente violento. Pero su trabajo en la ciudad donde vivía no exigía esa clase de cualidades.

A pesar de la dificultad del encargo, Cupido estaba seguro de que una vez más llegaría a solucionarlo. Su trabajo consistía en hacer estallar todo el sistema de mentiras, casi siempre complejo, tras el que se esconde y parapeta el culpable. La investigación, si se tienen fuerzas para hundirse en las miserias ajenas y para afrontar ocasionales riesgos, si se tiene resistencia para seguir insistiendo cuando todas las preguntas y respuestas parecen estériles y no se ve ninguna salida, siempre le había dado resultados, como una tierra fértil que al ser removida aúpa el cereal hacia la superficie a pesar de la sequía y de la explotación intensiva a que la han sometido. Sólo había que lanzar la palabra o la pregunta adecuada en el momento propicio, con la misma fe y seguridad con que el campesino derrama la semilla.

Capítulo 5

El colegio era un edificio prematuramente envejecido por la poderosa erosión a que a diario lo sometía la cuádruple estampida de seiscientos niños. Aunque las paredes estaban pintadas hasta media altura de un feo color marrón, con la esperanza de que absorbiera la suciedad, las huellas de manos y patadas habían sobrepuesto unas estelas negruzcas que Cupido observó mientras seguía al conserje por el pasillo hasta llegar a una puerta donde una chapa metálica indicaba DIRECCIÓN. Estaba entornada y el hombre golpeó con los nudillos y la abrió un poco más para anunciar:

—Preguntan por usted.

—Adelante.

El conserje se apartó para que pasara, cerró a sus espaldas y dejó al detective frente al director. Era un hombre de unos cuarenta años y daba la impresión de que cuidaba su atractivo aspecto para seguir aparentándolos aún durante mucho tiempo.

Se levantó de la silla en que estaba sentado, rodeó la mesa llena de papeles y pequeños útiles de escritura y se acercó a él para estrecharle la mano. Observó a Cupido unos instantes, preguntándose quién podía ser, porque su imagen — pantalones vaqueros y una sencilla camisa— no correspondía con la de un vendedor de material escolar ni con la de alguien de la administración. Tampoco tenía ese aire responsable y alerta de los padres que llevan por primera vez a sus hijos al colegio y no pueden disimular la desconfianza y el temor a dejarlos tanto tiempo entre desconocidos.

—¿Sí?

—Me llamo Ricardo Cupido. Soy investigador privado. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre la muerte de su compañero —se presentó, esforzándose por ser neutral y cortés. El principio siempre era lo más difícil, porque su aparición venía a remover el recuerdo del conflicto o del dolor, cuando muchos de sus interlocutores estaban deseando el olvido.

—¿Investigador privado? —repitió con extrañeza, como si fuera una profesión que no existía, que sólo tenía cabida en la literatura, en el cine, en la fantasía o en los sueños—. Todo lo que sabemos ya está en conocimiento de la Guardia Civil. No sé si... ¿Quién lo ha contratado?

—El padre de uno de sus alumnos —respondió, evitando la mentira.

La referencia a un padre lo desconcertó un poco más. Después de todo lo ocurrido, sabía que estaba en sus manos y que debía escuchar y atender cualquier iniciativa que viniera de ellos, porque la muerte de Larrey había tenido un efecto cruel y paradójico: en lugar de extender la condición de víctimas a todos los profesores del colegio, puesto que uno de ellos había sido agredido, los había incluido a todos en la condición de sospechosos. Para la prensa y la opinión pública, las únicas

víctimas eran los alumnos que habían tenido que regresar una semana después a un colegio marcado por la violencia.

A los oídos de Nelson habían llegado las hipótesis más fantasiosas que estaban surgiendo en Breda para explicar la tragedia, y en la mayoría de ellas se señalaba con el índice no a alguien ajeno al centro, como él había defendido siempre ante todos, sino a los de dentro, a cualquier profesor a quien se le hubiera visto hablando en susurros con Larrey. La propia fantasía de los niños, interpretando palabras o medias frases que hubieran oído, contribuía a extender los rumores más excéntricos, a atribuir culpas absurdas y espoleadas por el desconcierto. El claustro de profesores era un claustro de sospechosos. Y cuanto más tiempo se tardara en aclarar aquel suceso, más disparatadas serían las versiones. Había demasiada gente que escuchaba y engullía con avidez cualquier historia, como si se alimentaran de ellas. De modo que no tenía sentido permanecer callado.

—¿Qué quiere saber? —preguntó recuperando la firmeza de su voz, desplazando hacia los ojos la desconfianza.

No fueron necesarias muchas preguntas para completar detalles. Nelson le fue contando el mismo relato que habría hecho varias veces en aquellos días: la reunión decisiva del Consejo Escolar, los miembros que lo componían, el resultado de la elección y la posterior invitación a tomar unas cervezas. Luego, todos, excepto Larrey, decían haber vuelto a su casa. El al menos lo había hecho.

—¿Hubo algo extraño en la reunión que no ocurriera otras veces?

—¿Extraño? Esa tarde todo fue extraño —respondió con los ojos perdidos en algún lugar de la pared, por encima de su hombro izquierdo, con esa mirada sin fijeza que al no enfocarse en ningún punto concreto parece querer borrar el presente para concentrarse mejor en los recuerdos—. Extraño fue que tras ocho años en la dirección De Molinos fuera derrotado en un Consejo Escolar, cuando ni yo mismo pensaba que los demás iban a votarme. Extraño fue que tras la derrota no pareciera enfadado y dominara tan bien la decepción que debía de sentir. Extraño fue que Julita Guzmán se quedara a tomar una cerveza, porque jamás entra en un bar. Extraño fue que Larrey volviera a recoger la carpeta que había olvidado. Extraño que el conserje estuviera ausente precisamente esa tarde, de visita en el hospital... Si un par de esas casualidades no se hubieran dado al mismo tiempo, esa muerte no habría ocurrido.

—¿Quién podía desearla? —preguntó, animado por las mismas confianzas hacia las que Nelson se había ido deslizado, como si el propio director, al añadir aquella última condicional al relato objetivo de los hechos, le hubiera dado pie para abordar los aspectos más íntimos del enigma y no hablar sólo de los policiales: los lugares y las horas del reloj, la ausencia o la presencia, la siempre fácil recurrencia a las coartadas.

—¡Pero si es que también eso es extraño! —enfaticó—. Créame cuando le digo

que si había alguien en el colegio que no tenía enemigos, ni siquiera enemistades, alguien a quien todo el mundo apreciaba, ése era Larrey —dijo. Luego reflexionó unos segundos, como si estuviera evocando los agravios y rencores de todos los demás, y añadió—: Lo malo de la muerte no es que ocurra; lo malo es que nunca elige a aquéllos que estamos deseando que se mueran.

Se quedó inmóvil, con la boca un poco abierta y mirando abstraído hacia la ventana del patio donde no sonaba el silbato del profesor de Educación Física ni las voces ni las carreras de los niños, como si él mismo estuviera sorprendido y asustado por las palabras que acababa de decir y cuya intención completa se le revelaba sólo después de haberlas pronunciado.

Cupido esperó en silencio a que siguiera hablando, pero Nelson se inclinó a leer unos papeles de la mesa.

—¿Puedo ver a sus compañeros, a los que también encontraron el cadáver?

—Dos compañeros y una compañera. Corona y Jaime De Molinos están ahora en clase, saldrán dentro de quince minutos. Rita está en el gabinete de logopedia. Pero son ellos los que tienen que decidir si quieren o no quieren hablar con usted.

Pulsó un botón numerado del panel de un interfono que había sobre la mesa y se inclinó hacia la rejilla del auricular.

—¿Rita?

—Sí —respondió una voz agradable.

—Ha venido un... investigador privado a hablar con nosotros. Le gustaría conversar también contigo.

Al otro lado hubo unos instantes de silencio.

—Dile que suba.

Al despedirse, Nelson añadió:

—No creo que estas entrevistas le ayuden mucho. El autor de la muerte vino de fuera, no me cansaré de repetirlo. La puerta principal del colegio estaba abierta cuando el conserje llegó a las doce de la noche. Pensó que alguno de nosotros se habría olvidado de cerrarla y no miró en el despacho.

Se asomó al pasillo y llamó:

—¡Moisés!

De la cabina del conserje que había junto a la entrada salió un chico joven, de unos veintidós o veintitrés años, y vino hacia ellos. Llevaba el pelo muy corto y limpio y las patillas finas y largas. Al acercarse, Cupido vio el brillo de un pendiente en su oreja. Un rostro atractivo, una cabeza que parecía sostenida no por los huesos de las vértebras sino por los gruesos tendones que esculpían su cuello ancho y duro con una clara imagen de fortaleza. Aquel muchacho no encajaba en el ambiente serio y un poco decadente del colegio: vestía como un alumno, pero ya no podía serlo; tenía edad para ser un profesor precoz y desafiante recién salido de la escuela

universitaria, pero entonces le sobraba su puesto en la cabina acristalada del conserje, la mueca indiferente y burlona, la chispa de desprecio, el leve alzamiento de barbilla que parecía un gesto militar.

—Por favor, acompáñalo al gabinete de logopedia —le pidió Nelson.

El muchacho asintió, pero Cupido vio con claridad su gesto adusto, como el de quien es interrumpido en un ocio placentero para hacer un trabajo ingrato. Dedujo que era alguien a quien no le gustaba recibir órdenes. El detective se despidió del director con unas palabras de agradecimiento y comenzó a subir junto a él.

—¿Trabajas aquí? —le preguntó Cupido.

—¿Aquí? ¡Ni hablar! —exclamó—. Me volvería loco con tantos niños siempre gritando. Y con los maestros no crea que es mejor.

—¿No?

—No —respondió con sequedad.

—¿Entonces? —insistió, desconcertado.

—Soy objetor. Estoy haciendo el servicio social sustitutorio. Pero si lo hubiera pensado mejor quizá me habría ido al cuartel. Incluso allí habrá menos gente para dar órdenes. Menos ganas de removerlo todo.

—No te gusta el nuevo director —sugirió Cupido.

—No. Con el anterior al menos sabías a qué atenerte. No le gustaban los objetores y una vez, al principio, me dijo que aquí no iba a trabajar menos que en el cuartel. A veces se portaba como un sargento, pero luego se olvidaba durante una semana de que yo existía. El nuevo parecía otra cosa, pero ha resultado peor. Lo quiere tener todo controlado.

—¿Conocías a Larrey?

—Claro. Era buena gente.

—¿Lo viste aquella tarde?

—No. Ahora sólo vengo por las mañanas, hasta que comience la jornada partida. Luego mi turno será por la tarde —explicó. Se detuvo un momento en medio del pasillo, de pronto cauteloso—. ¿Usted es periodista, no?

—No. Soy investigador privado —respondió.

Levantó la cabeza con recelo, como arrepentido de haber hablado en exceso. En aquella semana había sido frecuente la presencia de reporteros, de padres curiosos y preocupados y de gente de la administración preguntando por la noticia que había alterado drásticamente la vida del colegio, como si a todos ellos les pagaran por descubrir la identidad del agresor. Pero la intervención de un detective era algo inesperado ante la que había que ser tan cauto como lo fue ante las preguntas de aquel teniente que lo había tratado casi con burla, sin disimular el desprecio por su objeción, haciendo algún chiste sobre su aspecto y los cuarteles, el pelo rapado y el sudor, el pendiente en la oreja y la disciplina.

Enseguida llegaron ante una puerta y llamó con los nudillos.

—Adelante —oyeron.

Cupido entró en una habitación muy agradable que tenía un aire acogedor y doméstico, con una mesa rodeada de sillas, una estantería con libros y juegos didácticos, varias macetas con plantas sin sed, una lámpara con una figura de Pinocho y un espejo vertical que llegaba hasta el suelo, cubierto con una moqueta verde. En las paredes, pinchados con chinchetas, había carteles de fotos de niños, de abecedarios, de campañas de higiene o de solidaridad, todos ellos de colores alegres y brillantes. Aquel despacho no parecía formar parte del colegio. Toda su decoración tenía un tono íntimo, casi familiar, que empujaba a tumbarse en la moqueta, a descalzarse, a escrutar el propio aspecto mirándose al espejo.

La profesora quizá no habría cumplido aún los treinta años, calculó. Iba vestida con vaqueros y una camisa clara de manga corta. Cupido pensó que su belleza sería convencional si no fuera por la boca, una boca que apetecía besar, de labios amplios y estriados que al sonreír —«Me llamo Rita», le había dicho tendiéndole la mano— se volvían lisos y jugosos.

—Creo que yo fui la última persona con quien habló —comenzó a contarle cuando Moisés cerró la puerta y él le hizo las primeras preguntas—. A menos que quien disparó le dijera algo antes de matarlo, lo que no parece probable del modo en que lo hizo. Y a pesar de que durante unos días todos me miraban de un modo extraño, como si aún conservara su imagen en mis pupilas, me alegro de que fuera yo. Gustavo era cordial con todo el mundo, pero nosotros además éramos amigos. — Se detuvo unos instantes, como si buscara uno o dos adjetivos no demasiado gastados ni jactanciosos. Al fin añadió—: Y por amigos entiendo algo menos simple que tomar café juntos, reír los mismos chistes y tener unas ideas similares sobre el trabajo y los compañeros.

Apoyó los codos encima de la mesa y se cubrió el rostro, frotándose los ojos húmedos con los dedos índice y corazón, como si quisiera borrar de ellos una imagen dolorosa: una nuca ensangrentada, los cabellos apelmazados junto a la herida, la mancha marrón en las baldosas del despacho.

—Esa noche, cuando salimos del bar, le dije que lo llevaba en mi coche. A él le gustaba caminar y siempre iba y venía andando.

—¿Por qué no se fue con usted?

—Había olvidado el periódico y su carpeta en el colegio y tenía que volver a buscarlos. Insistí en esperarlo, pero no quiso.

—¿No le pareció extraño? ¿No podía dejarlos allí hasta el día siguiente?

—No, no me pareció extraño, porque era muy ordenado con sus cosas. Supongo que necesitaría la carpeta. A la mañana siguiente comenzaban las clases —se esforzó por explicar. Sin embargo, tenía la impresión de que todo lo que le estaba diciendo a

aquel hombre alto y atractivo no le serviría para nada, del mismo modo que no le había servido al teniente que llevaba la investigación. Pero a ella le hacía bien hablar, encontraba una especie de consuelo al repetir una y otra vez los mismos detalles, la misma historia, para hacerla cotidiana, para compartir y apaciguar la pena y sentirse un poco menos sola. Y aquel hombre alto que tenía enfrente, sentado en una silla para alumnos de la que le sobresalía la mitad de sus piernas, la escuchaba sin impaciencia, mirándola a los ojos con una atención cortés y cálida que la invitaba a continuar.

—He oído decir que todo el mundo apreciaba a Larrey, que no despertaba malestar en nadie —aventuró Cupido.

—Y era cierto. Porque no es que todos hablen bien de él ahora que no está, con esa indulgencia y compasión que negamos en vida, cuando es más necesaria, y que sólo concedemos a los muertos. Es que él era así. No tenía enemigos, no podía tenerlos —dijo con énfasis—. Yo creo que era feliz, un hombre satisfecho con su trabajo y su familia. ¿Conoce a su mujer?

—No.

—Comprobaré lo que le estoy diciendo cuando la conozca. Y las clases le gustaban mucho —añadió. Miró por la ventana y se quedó escuchando, como si buscara los ecos del silbato y de los gritos de los niños en las pistas del patio ahora vacías—. No estaba frustrado ni amargado, cuando la frustración y la amargura son sentimientos demasiado comunes en nuestra profesión. Muchas veces le oí decir que este mundo que llevamos dos mil años destrozando podría ser arreglado en dos décadas por estas pequeñas criaturas que nos entregan, si supiéramos educarlas bien. Era un buen maestro, en un oficio donde siempre han sido mejores las mujeres, quizá porque tenemos más paciencia o porque sabemos disimular mejor nuestros estados de ánimo y esconder a los alumnos nuestros puntos débiles. Pero Gustavo... cuando un hombre es un buen maestro, lo es mejor que nosotras.

—¿Por qué fueron los cuatro aquella mañana al despacho?

—De los cuatro, yo era la única que no tenía ningún cargo. Por eso supongo que Nelson iba a pedirme oficialmente que me ocupara de la secretaría. Al cesar el anterior director, también cesaba todo su equipo directivo. Por delicadeza, tal vez no quería que estuviera presente Julita Guzmán.

—¿Llegó a proponérselo?

—Entonces no hubo ocasión. Luego... no me ha dicho nada, ni hemos hablado de eso. Supongo que todo lo ocurrido le habrá hecho cambiar" de opinión. O habrá adivinado que yo no iba a aceptar.

—¿Y quién...?

—Sigue la anterior secretaria —se anticipó—. Tiene mucha experiencia, es meticulosa y ordenada y, en ese aspecto, es la mejor elección que podía hacer.

Un timbre resonó por todo el edificio anunciando la hora del recreo. Enseguida

comenzó a oírse un poderoso rumor de sillas removiéndose, de voces y gritos infantiles, de carreras precipitadas por los pasillos hacia la libertad y el esplendor del patío.

—Hoy tengo turno de vigilancia —dijo Rita levantándose de su silla—. Creo que no lo he ayudado mucho.

Capítulo 6

Jaime De Molinos esperó sin levantarse de la silla a que los últimos alumnos salieran al patio. Se sentía exhausto. Las dos horas de clase lo habían agotado más que una mañana entera en el despacho de dirección contestando al teléfono, tramitando papeles y atendiendo visitas de madres agitadas e insolentes. Tenía cincuenta y ocho años y suspiró con cansancio y hastío al pensar en los dos que aún le faltaban para poder acogerse a la jubilación anticipada. En la edad en que las fuerzas comenzaban a fallarle, Nelson le había dado una patada al sillón que ocupaba y lo había enviado de nuevo al aula, donde se necesitaba una energía inagotable para dominar y enseñarles algo a aquellas treinta bestezuelas que a veces parecían mirarlo desde sus pupitres con sonrisas maliciosas y burlonas. Se resistía a creerlo, pero no podía evitar pensar que desde que ya no era director los alumnos lo consideraban de otra forma; ya no callaban cuando él pasaba a su lado en el patio, ni rehuían su presencia, como si hubiera desaparecido el poder que siendo director lo envolvía en un aura de respeto, de temor y de obediencia. Antes, cuando algún profesor llevaba a su despacho a alguno de los alumnos más turbulentos y recalcitrantes en las faltas de disciplina, hasta los más engallados agachaban la cabeza, conscientes de que allí los castigos eran más severos y de que él era el juez supremo que los administraba. En su despacho no importaba tanto de qué se era acusado sino por quién se era acusado. Y aunque él era consciente de lo injusto de tal situación, nunca hizo nada por cambiarla.

Miró a su alrededor, tomando fuerzas para comenzar la limpieza que había ido posponiendo esos primeros días. Aquella clase la había ocupado el año anterior una profesora interina de ideas demasiado insolentes. Y al terminar el curso se había marchado dejando aquella absurda, idiota decoración de colorines en muebles y paredes. *Flores* —susurró con desprecio—, *flores en una clase*. Encima de un armario había dejado un ramo de rosas, acaso una ofrenda de algún padre en agradecimiento por un boletín de notas limpio de suspensos, postergando el fracaso hasta hacerlo irremediable. *Un detalle estúpido. Antes nadie hubiera regalado flores. Si acaso un libro, una pluma y un tintero, una caja de bombones*. Transcurrido el verano, sólo quedaban los tallos secos, con las espinas afiladas por el calor, y una parva de pétalos amarronados alrededor del florero. Se levantó de la mesa y lo vació en la papelería. Escondió en un cajón el bote de cristal: a él no le serviría para nada.

Sobre el armario había también un globo terráqueo y de un golpe seco lo hizo girar rápidamente sobre su eje. La mirada se le nubló en la vertiginosa rotación de los colores sólidos y brillantes y de repente notó un amago de vértigo. Lo detuvo en seco, con la sensación de que el mundo entero, al igual que el globo, giraba desordenadamente por el espacio en un vacío insondable, difícil de comprender, a impulsos de los golpetazos que de cuando en cuando le propinaba una mano airada.

Por un instante le pareció que los puntos cardinales, los trópicos y meridianos, los polos y el ecuador que antes le parecían referencias inamovibles ahora podían ser volteados para llenarlo de penuria y desconcierto. Se sentía como un fraile del medievo que después de estar toda su vida creyendo en la inmovilidad de la Tierra y contemplando el carrusel del sol y las estrellas escucha decir que en verdad es él quien se mueve, que está equivocado y que todo es un espejismo.

Frente a sus ojos había quedado el mapa de España y el del continente africano. De pronto, aún aturdido, sintió que toda la anchura del mundo, y su destino, y sus habitantes, y las miserias, guerras y catástrofes que cada día veía en los telediarios le eran indiferentes y lejanas. Ahora no le importaban nada, no sentía ninguna solidaridad ni compasión hacia el resto del género humano, como si la ofensa que uno de ellos había oficiado contra él contaminara a todos los demás. Su mundo afectivo se reducía a dos lugares: su hogar, donde había entregado toda preeminencia a su mujer, y el colegio, de cuyo sitio más alto había sido arrojado. Aquel despido era como una mutilación y, al igual que los mutilados y sus miembros fantasmas, sentía un confuso dolor físico que no siempre podía localizar en un punto concreto de su cuerpo.

Dejó el globo donde estaba, temeroso de volver a tocarlo, y se dirigió al panel de corcho para continuar con la limpieza. Arrancó los dibujos y pinchó el horario de clases y el folio con las diez normas básicas de disciplina cuya redacción él mismo había impulsado unos años antes —cuando aquel alumno había ahorcado al perro del jefe de estudios—, para poner freno al creciente deterioro del orden dentro del colegio. Había dispuesto que aquellas tablas de la ley estuvieran siempre bien visibles en todas las clases y que de cuando en cuando fueran recordadas, pero la anterior profesora no lo había cumplido. Bien, al menos dentro de su aula él se encargaría de que todos acataran esos diez mandamientos.

Sin detenerse a descansar, animado por ese espíritu de limpieza que, en la misma medida en que avanza, se vuelve voraz y purificador y va creciendo hasta lindar con la destrucción, siguió arrancando murales y carteles sobre la salud bucodental o el racismo o los beneficios de la lectura. Fue arrugándolo todo y arrojándolo a la papelera, aplastando con el pie su contenido cuando ya no cabía más, hasta que comprobó que el aula volvía a ser un lugar espartano donde nada invitaba a la distracción. Todavía faltaba vaciar los cajones de la mesa y de los armarios, eliminar todo lo superfluo, todo lo que no fueran desnudos instrumentos de trabajo: lápices, bolígrafos, figuras geométricas, reglas y escuadras, la bola del mundo, el borrador y la tiza, a cuyo chirrido, antaño insoportable, había terminado acostumbrándose. Pero todo eso lo dejaría para otro momento. También él tenía derecho al descanso durante el recreo.

Fatigado, se sentó ante la mesa y, aunque estaba prohibido fumar dentro de las clases, encendió un cigarrillo y aspiró el humo con delectación.

Mientras fumaba colocó ante él el vade que había traído de su casa, la vieja y querida carpeta de tapas de cartón duro forradas con loneta que guardaba como si fuera una reliquia y que no había vuelto a usar desde sus primeros años de profesión. Allí dentro, en sus hojas amarillentas, estaban escritos todos los saberes que necesitaba manejar un maestro: la regla de tres simple y compuesta, las fracciones, el valor de pi hasta la octava cifra decimal, el sistema métrico y otras tablas de medida y conversión, los mapas de España y del mundo, las reglas básicas de ortografía, los diez mandamientos... Allí dentro estaba la trilogía indispensable: abecedario, números y doctrina. De lo demás podría prescindirse. Acarició de nuevo las tapas. El olor que desprendían le hizo sentirse más seguro, evocando un tiempo lejano en el que aún era joven y fuerte y casi feliz. Ciertamente para completar el nuevo escenario de la clase faltaba la tarima. La tarima de madera seca y dura que no sólo era el estrado donde el maestro se subía para ser mejor visto y escuchado por los alumnos. También era el patíbulo donde, para ejemplo de los demás, se exhibía a quien iba a recibir el castigo. Pero soñar con su recuperación era pedir demasiado.

Volvió a mirar el aula, con las mesas separadas en filas individuales. Cada uno de sus alumnos recibiría lo que se hubiera ganado con su esfuerzo o su inteligencia, sin ayuda de nadie. Llevaba ocho años sin impartir clases, pero ése era un aspecto en el que el tiempo no había transcurrido para él. Volvería a dar sus lecciones como siempre lo había hecho y sus alumnos volverían a escuchar en silencio y a trabajar agachando la cabeza sobre los libros como si fueran a lamerlos. Nada de aquellas últimas modas de aprendizajes comprensivos o atención individual a cada uno de ellos. Nada de explicar al menos tres veces y de distintas formas un concepto o un problema para que todos tuvieran la posibilidad de asimilarlos. Nada de bajar el nivel para que nadie se quedara atrás. La vida era injusta en el reparto de los dones desde el nacimiento y el alumno que no aprendiera eso en la escuela lo aprendería más tarde en el mundo del trabajo de una forma mucho más dolorosa, a fuerza de despidos, de paro o de marginación. Él impondría un ritmo igual para todos desde el principio y los que no quisieran quedarse atrás tendrían que esforzarse por seguirlo, porque no estaba dispuesto a detenerse para soplarle a nadie un poco de aliento en la boca. ¡Como si la posibilidad de enseñar estuviera en la mano del hombre, cuando nadie puede enseñar nada a quien no está dispuesto a aprender o no tiene las capacidades necesarias!

Aplastó la colilla en el cenicero y lo guardó en un cajón de la mesa, donde no estuviera a la vista. Luego, caminando con las manos a la espalda, con un gesto que recordaba el de los sacerdotes, se acercó a la ventana y la abrió para despejar el olor, pero no se asomó a ella, se quedó en la penumbra desde donde podía observar el patio sin ser visto.

Afuera paseaban profesores y profesoras en dos grupos distintos, como si después

de treinta años de convivencia todavía la separación de sexos no hubiera podido ser superada y perviviera la misma cautela provinciana y antigua, los secretos rancios y venenosos de un lado frente a los chistes obscenos y brutales del otro. Como la mañana era agradable, no sólo paseaban aquéllos a quienes les correspondía el turno de vigilancia del recreo. Otros también preferían caminar antes que quedarse en la sala.

Entre el grupo de mujeres estaba su esposa, Matilde Cuaresma. Observó su figura fuerte y arrogante, ya nada atractiva. Aunque había sido una mujer que lo enloquecía en la cama, poco a poco también ella había ido volviéndose anodina, a fuerza de años, de monotonía, de vestirse con ropas de colores pardos que resistieran la suciedad con que los alumnos siempre terminaban manchándolos cuando volvían del patio con las manos llenas de tierra o pringadas con los restos de dulces y bocadillos. Su andar erguido había perdido altivez, su cabeza se había vencido hacia adelante por estar tantas horas agachada sobre cuadernos y fichas escolares. La vio detener sus pasos un momento para hacerse escuchar mejor, gesticulando por algo que acaso la irritaba, y comprobó una vez más que lo que no había perdido —y nunca perdería— era el orgullo del origen familiar, la arrogancia del apellido Cuaresma que, al tiempo que la protegía con un prestigio de riqueza rural, la obligaba a estar continuamente defendiéndolo ante el signo destructor e irreverente de los tiempos.

Supuso que estarían hablando del nuevo director y de su victoria por dos votos, de las novedades que había prometido introducir, porque había comprobado que, una semana después, a todos ellos les inquietaban más los cambios anunciados —y la incomodidad que genera todo cambio— que la muerte ocurrida en el colegio. Incluso él había comenzado a olvidar antes el asesinato que su salida de la dirección. Porque a Larrey no tenía motivos para echarlo de menos. Ciertamente siempre había sido un buen profesor, con quien nunca tuvo el mínimo conflicto: procuraba cumplir con su trabajo, no faltar injustificadamente y llevar sus clases de la mejor manera posible: aquella en la que el director nunca tiene que intervenir. Pero no podría decir que lo echaba de menos. En cambio, cualquier detalle cotidiano le recordaba su expulsión del despacho. En la próxima nómina ya no figuraría el complemento de director, unas cincuenta mil pesetas que hubiera consolidado para siempre si hubiera permanecido diez años en el cargo. Nelson sabía aquello, como sabía que a él sólo le faltaban dos cursos para blindar su vejez, y sin embargo se había atrevido a arrebatarle un sobresueldo que había llegado a considerar como suyo. ¿Por qué no había esperado un poco, por qué tanta prisa? Si hubiera venido a hablar con él, habrían podido llegar a un acuerdo, olvidar la honestidad y la vergüenza y repartirse en secreto los beneficios del poder. Prescindiendo de todas las promesas de sucesión hechas a Corona, le habría facilitado el relevo a cambio de aquella última prórroga.

Volvió a observar a su mujer. En la última semana, Matilde le había reprochado

muchas veces su suficiencia y su obstinación al afirmar que Nelson no representaba ningún peligro para él, cuando ella le había advertido repetidamente esa posibilidad. Había reconocido ante ella su error, su exceso de confianza, su ingenuidad al no advertir la tentación que todo poder, por pequeño que sea, despierta en los arribistas. Y ese reconocimiento, lejos de aliviarlo, lo irritaba aún más contra Nelson.

Para Matilde, ser la esposa del director significaba tanto como para él la dirección. Sabía que tardaría mucho tiempo en olvidar sus palabras de aquella noche, cuando llegó a casa y confesó su derrota. «Tendría que haberme presentado yo. Yo no hubiera permitido que ese mequetrefe se llevara los votos». Ahora se preguntaba cuántas cosas había hecho, empujado por ella, que solo nunca se hubiera decidido a emprender. Sin duda, muchas eran agradables, pero otras le habían dado frutos escuálidos que no compensaban sus denodados esfuerzos. Era ella quien había estado siempre obligándolo a escalar cotas, a abarcar territorios, a seguir haciendo durante toda su vida los esfuerzos necesarios para equilibrar la diferencia inicial y demostrar el agradecimiento del hombre sin patrimonio que es aceptado como esposo por una de las más adineradas señoritas de la villa.

Sin embargo, no podía afirmar que no hubiera sido feliz. Había llegado a sentir junto a ella esa gozosa y tibia felicidad conyugal que emana del contacto prolongado cuando no hay disturbios. Se habían casado jóvenes y en los primeros años habían disfrutado mucho en la cama y habían tenido cuatro hijos que ahora ya estaban fuera de casa. Probablemente hubieran venido algunos hijos más si él no hubiera logrado convencerla de que no era conveniente seguir aumentando la familia. Tras muchas noches hablando suave y persuasivo, Matilde había aceptado que usaran algún método. Al fin, sus rígidas convicciones religiosas terminaron cediendo ante su insistencia y el doloroso recuerdo del trágico antecedente familiar. Muchos años atrás, su propia madre, por indicación del médico de cabecera, había solicitado a Roma el permiso papal para hacerse una ligadura de trompas, como entonces era preceptivo. Su quinto parto se había complicado y el médico no quería arriesgarse a repetir la experiencia. El permiso del Vaticano, sin embargo, no se le había concedido y su madre había muerto al tener el sexto hijo. En aquella ocasión fue una niña: Matilde.

Unos golpes suaves en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Se apartó de la ventana y dijo:

—Adelante.

Un hombre alto avanzó unos pasos hacia él. No tenía aspecto de funcionario de la ley, ni del Ministerio de Educación. Sus ocho años tratando con ellos le permitían identificarlos rápidamente: todos vestían con traje y corbata, todos llevaban un maletín negro cargado de papeles y todos trataban de fingir que en el colegio se encontraban como en su propia casa. Pero era un simulacro vano, porque también a

los inspectores se les notaba el desconcierto que tantas leyes y reformas y disposiciones ministeriales les ocasionaban y a los pocos minutos les aparecía en el rostro la duda sobre qué actitud tomar: si revisar con gesto adusto el cumplimiento de horarios y programas y reprochar las posibles negligencias, o confraternizar cordialmente con los profesores.

—¿Jaime Molinos? —preguntó Cupido tendiéndole la mano.

—De Molinos, Jaime De Molinos. Con mayúscula —corrigió reticente. Aquella partícula era lo único antiguo y prestigioso que había heredado de una familia de campesinos y no aceptaba que nadie la suprimiera.

—Ricardo Cupido. Soy investigador privado.

—Investigador —repitió con un gesto de extrañeza, porque nunca había creído que hubiera otros caminos que los oficiales para indagar en la muerte de Larrey. Y en todo caso, los detectives privados eran algo lejano y exótico, propio de las ficciones que veía por las noches en el televisor mientras se iba adormeciendo en el sillón. Nunca había imaginado que un oficio como ése tuviera sentido en Breda, al fin y al cabo una ciudad pequeña donde un detective resultaba tan fuera de sitio como un agente de bolsa o un capitán de navío. Su presencia allí, sin embargo, introducía un nuevo elemento perturbador en el orden del colegio. De pronto, se alegró de aquella novedad, porque suponía para Nelson un motivo más de conflicto y de preocupación.

—¿Quién lo ha contratado?

Cupido esperaba aquella pregunta. Siempre era así, y el nombre de quien le pagaba a menudo decidía la colaboración o el silencio de sus interlocutores, el patrón a quien servía determinaba la naturaleza de las respuestas: hostilidad o indiferencia si era el de un adversario, amabilidad si su cliente era alguien poderoso o amigo.

—El padre de un alumno que prefiere mantenerse en el anonimato. Ya se lo dije al director.

—¿Ha hablado con él?

—Con él y con otra profesora, Rita. Me ha dicho que usted y el jefe de estudios también estaban cuando encontraron el cadáver en el despacho.

—¿Y por qué quiere hablar conmigo? Supongo que Nelson y ella ya se lo habrán contado con todo tipo de detalles —dijo acentuando la ironía—. Y, claro, también supongo que su relato coincide hasta en las mismas palabras.

Era una insinuación demasiado evidente para no ser intencionada y Cupido comprendió que por primera vez estaba escuchando algo nuevo y dañino, diferente al relato rutinario de los hechos. Uno de aquellos datos que al final resultaban tan reveladores, porque, si a menudo se alejaban de la verdad objetiva, sin embargo iluminaban cómo su interlocutor la interpretaba en su conciencia. No podía pasar por alto aquella invitación a la confidencia.

—¿Quiere decir que ambos...?

—Yo no digo nada —lo interrumpió—, aunque lo diga todo el mundo. Para muchos, esos dos no son precisamente un ejemplo. Imagínese lo que pensarían los padres y los alumnos si se extendiera ese rumor. Imagínese.

Usted no contribuye a silenciarlo, pensó Cupido, que, de un modo instintivo, odiaba ese tipo de veladas sugerencias cuyos autores nunca tenían el valor suficiente para firmarlas con su nombre, pero sí la maligna certeza de que siempre hay alguien dispuesto a creer determinadas cosas que se digan de una mujer. Se preguntó por qué —si era tan decisivo— no lo había difundido antes de su derrota en la elección. Acaso porque entonces estaba seguro de su triunfo.

—No tendría por qué contarle nada a un detective privado —continuó—. Ya se lo dije todo al teniente de la Guardia Civil. Pero si el actual director lo ha hecho, será conveniente que yo también le dé mi versión. Supongo que querrá saber qué hice al salir del bar.

—Sí.

—Me fui directamente a casa. Durante un trecho, Corona, el jefe de estudios, y yo seguimos el mismo itinerario. No era necesario que aquella misma noche comenzara a sacar del despacho mis cosas personales, ¿no cree?

—¿Pudo ser un ladrón?

—¿Un ladrón en el colegio? No. Hemos sufrido algunos robos, más bien pequeños hurtos, posiblemente hechos por antiguos alumnos que creerían vengarse de algún viejo castigo llevándose un aparato de música o de vídeo. En una ocasión, un ordenador. Pero ahora no ha sido un ladrón. Si había logrado llegar hasta el despacho, lo habría registrado. Es muy fácil hallar en el armario una cajita de caudales en la que se guardan pequeñas cantidades. Además, un ladrón, al ver dentro a alguien, habría huido o se habría escondido. Larrey no lo pudo sorprender. Por la forma como le dispararon y el lugar donde cayó, Larrey estaba allí antes.

—¿La luz estaba encendida cuando entraron por la mañana?

—Sí. Debía de haberse quedado así toda la noche. Las persianas estaban bajadas y desde fuera no podía notarse.

Un griterío en el patio atrajo la atención de De Molinos y también Cupido se acercó a mirar por la ventana: dos alumnos mayores, de catorce o quince años, se peleaban golpeándose con una furia propia de los adultos. Los demás habían hecho corro alrededor y por un momento el patío del colegio, con las altas vallas metálicas al fondo, tenía el mismo aspecto que el patio de una cárcel. Enseguida tres o cuatro alumnos más se metieron en medio y la pelea se volvió una frenética masa de cuerpos que caían enlazados al suelo. Algunos profesores corrieron rápidamente hacia allá y con esfuerzo lograron separarlos.

—Este colegio va directamente al caos —dijo De Molinos.

—De niños todos nos hemos peleado. Ya veces nos hacíamos mucho daño.

—Una lucha así, casi colectiva, nunca había ocurrido en este patio —insistió con voz autoritaria—. Nelson no es el director adecuado para llevar este centro. No sabrá imponer la disciplina necesaria. No sabía imponerla ni siquiera en su clase. Ahora mismo debería estar ahí abajo arrancándoles la oreja a los culpables. ¿Lo ve usted por algún sitio?

—No.

—Estará en el despacho esperando que alguien se los lleve para lanzarles un discurso sobre la paz y la concordia. Como si sólo con buenas palabras pudiera conseguirse algo de estas bestezuelas.

Posiblemente más que sólo con sanciones, pensó el detective. A él, los castigos recibidos en la escuela sólo le habían provocado odio hacia ella. Además, no sería fácil impedir que los chicos pelearan en el patio si veían que los mayores empleaban entre ellos otra violencia más dura y resuelta.

De Molinos se apartó de la ventana y regresó a su mesa. Desde el sillón miró el aula vacía de niños como si fuera un lugar ajeno, incómodo y desconocido. Su mirada arrastró la de Cupido, y el detective pensó que, del mismo modo que una casa revela el espíritu de su dueño, así una clase revela el de su maestro. Las mesas individuales estaban separadas en filas rigurosamente rectas, las paredes, desnudas y no había ni un solo adorno que pudiera distraer la atención de los alumnos. El contraste con el gabinete de logopedia que acababa de dejar era muy intenso, y le extrañó que dentro del mismo colegio pudiera haber mundos tan drásticamente opuestos, como si no existiera entre los profesores un proyecto común de educación o, al menos, un esfuerzo por aparentar coherencia, de modo que los niños tuvieran unos referentes parecidos. Lo imaginó impartiendo sus clases desde el sillón, seguramente añorando las viejas y altas tarimas de madera que ya no existían en ningún sitio, impidiendo cualquier ruido, convencido de que el silencio absoluto es el único camino para llegar al aprendizaje, explicando algo con esa forma autoritaria de hablar de quien está acostumbrado a dar órdenes sin necesidad de gritar ni de levantarse del asiento para consolidar su autoridad. Por lo que ya sabía de Larrey, De Molinos y él debían de ser muy distintos.

Cupido esperó unos segundos antes de hacerle la última pregunta, posiblemente inútil, pero de la que no podía prescindir:

—¿Larrey tenía enemigos?

—¿Enemigos Larrey? Entre estas paredes encontrará gente enemistada por todas partes. Pero Larrey era el único que era apreciado por todos.

—¿Y él? ¿Odiaba a alguien?

—Eso temo que ya no podrá saberse nunca.

Cupido se despidió y salió de la clase mientras se oía el potente sonido del timbre marcando el fin del recreo. Desde una ventana vio cómo la turbamulta de los niños se

organizaba milagrosamente en filas. Delante se colocaron los maestros, esperando. La mayoría de ellos ofrecía un aspecto anodino: ni de una pulcritud uniformada, como los empleados de los bancos, ni sucios como los mecánicos o los trabajadores manuales, con esa suciedad que emana de su oficio y que dignifica al tiempo que mancha. Su aspecto era mucho más gris, como si el polvo —de las tizas, de la tierra del patio— los volviera opacos y neutros, sin llegar a provocar rechazo, pero también incapaces de seducir por el atractivo o la elegancia. Los jerséis, los pantalones y las faldas eran de esos colores y texturas capaces de absorber la suciedad sin que apenas se note. Ni siquiera en sus zapatos —también los de las mujeres sin tacones— había ese lustre prestigioso que hace olvidar el desaliño del resto de la vestimenta. Cupido pensó que si uno de ellos hubiera caminado por las calles después de disparar, nadie se habría fijado en él, como si su misma normalidad lo volviera invisible. Y sin embargo, su oficio era el más digno oficio posible, y dentro de ellos latían las mismas pasiones, los mismos miedos y las mismas ambiciones y alegrías que en los componentes de cualquier otro gremio. Desde hacía mucho tiempo sabía que se puede ser maligno en extremo o bondadoso en extremo sin que nada exterior revele una u otra cualidad, sin necesidad de ser brillante ni original ni excéntrico. A menudo, los mejores talentos y los peores monstruos habían escondido su excepcionalidad bajo un aspecto anodino que los protegía del interés y la curiosidad ajenas.

Ya habían entrado los alumnos y el grupo de los hombres se demoraba un poco junto a la puerta, hablando, sin duda perezosos para enfrentarse de nuevo al intenso esfuerzo que supondría interesar, enseñar y mantener en orden, en un reducido espacio cerrado, a tres decenas de niños llenos de energía.

Abandonó la ventana y avanzó por el pasillo, buscando el gimnasio para hablar con Corona. Al bajar la escalera se cruzó con el grupo de maestros. Todos se callaron. Ya debían de saber quién era y qué estaba haciendo allí. Al pasar junto a ellos y saludarlos, Cupido sintió un eco del miedo y del respeto que había sentido de niño, cuando los encontraba por la calle. Porque todavía ahora tenían el mismo olor que él recordaba de sus años infantiles, una mezcla de los olores de la tiza, del sudor y de la madera de los lápices al ser afilados. Y aunque, al verlos tan cerca, todos sus rostros tenían rasgos diferenciados, mantenían sin embargo una cierta uniformidad en su manera de vestir, de cortarse el cabello —ni rapado ni largo—, de moverse y de mirarlo, de evitar cualquier estridencia. Por un momento le parecieron idénticos a los maestros que había conocido en su infancia. Un grupo particular dentro del género humano que no se modernizaba, ni cambiaba, ni aprendía más de lo imprescindible; que permanecía ajeno a la evolución del tiempo, impertérrito en sus gustos, opiniones y creencias y sin establecer verdaderas amistades fuera de su profesión; un grupo al que le pasaba la historia al lado sin afectarlo en su esencia: grises, aferrados a la comodidad de la rutina, resistiéndose a asumir la difícil responsabilidad que se ponía

en sus manos. Y quizá por eso el fracaso de todos los intentos de reformas educativas, porque nunca se lograba contar con la colaboración entusiasta de quienes debían ser sus principales protagonistas.

Al terminar de bajar la escalera vio la puerta abierta de una amplia habitación. El centro estaba ocupado por una enorme mesa rectangular, a cuyo alrededor se colocaban varias decenas de sillas acolchadas. Era la sala de profesores, pero observó que necesitaba una mano de pintura casi tanto como las aulas de los niños. Una cafetera eléctrica con un poco de café aún en la jarra, un pequeño frigorífico, un televisor sobre un mueble bajo y largo y algunos aburridos cuadros de paisajes con montañas y árboles componían una decoración rutinaria y poco acogedora.

Una mujer de unos cincuenta y cinco años, delgada, con el pelo cano, vestida con un grueso traje gris, estaba inclinada sobre unos papeles, en la mano un lápiz rojo subrayando a intervalos, corrigiendo con fiereza los errores. Intuyó que debía de ser la secretaria, liberada por su cargo de impartir algunas horas lectivas, y decidió hablar con ella.

—¿Julita Guzmán? —le preguntó, procurando que sus palabras sonaran amables.

—¡Sí! —se asustó la mujer. No lo había oído llegar, pero en su expresión alterada había algo más que sorpresa. El brusco movimiento de su cuerpo revelaba un estado de tensión presto a saltar ante cualquier estímulo.

Cupido se presentó por quinta vez en poco más de una hora. Cuando la mujer supo su oficio, se negó a seguir conversando con él, amparándose en que todo lo había contado a quien se lo tenía que contar.

—No es de usted de quien quería hablar —explicó el detective, aunque sentía una enorme curiosidad por saber por qué aquel anochecer se había quedado tomando cañas, cuando nunca entraba en un bar—, sino de Larrey. Algunos datos sobre su familia.

Sus palabras parecieron tranquilizarla, porque dijo:

—Sus padres habían muerto y no tenía hermanos. Estaba casado. Visité a su esposa después del funeral y está destrozada. No creo que sea una buena idea que vaya a hablar con ella.

—No lo haré —aceptó.

Y procuraría evitarlo si no era muy necesario. Antes de ir al colegio había pensado en esa posibilidad, pero la había rechazado. No esperaba encontrar ninguna información trascendental y urgente. Una visita precipitada le parecía un modo de incrementar su dolor de forma innecesaria.

—No es aquí, dentro del colegio, donde tiene usted que buscar al... —dudó, temerosa de la palabra exacta—. Es fuera, entre los ladrones, entre los locos, entre los padres de los alumnos.

—¿Por qué entre los padres? —preguntó.

Pero la secretaria no pareció oírlo y se inclinó de nuevo sobre los papeles que leía y tachaba: una figura borrosa, abrigada y seguramente temerosa del invierno.

Capítulo 7

Cuando Nelson le dijo que un detective privado quería hablar con él, Manuel Corona fue directamente a buscarlo, para demostrarle desde el principio que nada temía y que nada tenía que ocultar. Sin embargo, decidió esperar cuando lo vio al fondo del pasillo, entrando en el aula donde De Molinos debía de estar rumiando su fracaso, encerrado, sin salir al patio ni a tomar café. Seguro de no equivocarse, lo imaginó paseando con la cabeza agachada entre las rectas filas de mesas, las manos a la espalda, susurrando en voz baja expresiones coléricas y sórdidas, y hubiera sentido alguna compasión si su fracaso no lo hubiera arrastrado también a él de un modo que sólo ellos dos conocían. Porque varias veces le había dicho en privado que él sería su sucesor, que cuando transcurrieran dos años más sólo tendría que dar un paso adelante y ocupar el puesto que él abandonaría después de una esplendorosa cena de despedida a la que asistirían todos los profesores actuales y los que en lustros anteriores habían pasado por el colegio y aún no habían muerto; en la sobremesa, servidos ya el café y los licores, mientras los hombres fumaban puros y las mujeres cigarrillos, como en las bodas, se leerían telegramas de agradecimiento de las autoridades provinciales y municipales y, al final, coincidiendo con un brindis con champán, le entregarían un juego de gemelos de oro y una encina de plata con su nombre grabado en la base y las fechas de los cuarenta y dos años de servicio entregados a la educación.

Al principio había acogido sus promesas con cierto escepticismo, porque aún faltaba tiempo. Pero al volver de las vacaciones había comprobado de repente que aquél era el penúltimo curso del viejo. La perspectiva de sustituirlo y abandonar las clases, tan conflictivas y agotadoras, había dejado de ser una posibilidad más o menos lejana para convertirse en una próxima certeza de comodidad. Se había imaginado ocupando ya el despacho, con las manos limpias de tiza, con el cuello blanco de su camisa libre del polvo que levantaba el permanente remolino de los alumnos, con la placidez de estar alejado de tantos niños que para hablarle necesitaban gritar junto a su oído. Se imaginaba respondiendo al teléfono recostado en el sillón, o recibiendo de igual a igual a los inspectores, gente siempre vestida con elegancia y pulcritud. Imaginaba también las miradas de los compañeros y de los padres impregnadas del respeto que el poder, por pequeño que sea, termina imponiendo alrededor.

Y ahora la derrota del viejo había cercenado aquel futuro cuando era ya casi tangible, porque Nelson permanecería al menos cuatro años como director y porque, además, sabía que nunca podría competir con él en igualdad de condiciones. No poseía su elocuencia, ni su repertorio de anécdotas para contarlas en el momento adecuado, ni su atractivo físico, ni su manera de sonreír seductoramente un instante antes de saludar, ni aquella seguridad que aparentaba al hablar y que tanto resultado

le había dado entre los votos de los padres. Y cuando un día sus recursos estuvieran agotados y ya no pudiera engañar a nadie, entonces él ya sería demasiado viejo para sustituirlo. No podía esperar tanto tiempo, no lo resistiría. Con su obesidad y un corazón obligado a trabajar como un ilota para empujar su sangre hasta cada una de las células que componían los ciento veinte kilos de su cuerpo, la vejez se le adelantaría diez o quince años y pronto llegaría esa época en que al acostarse por las noches no sabría si a la mañana siguiente iba a despertar o si se quedaría dormido para siempre.

Pero mientras tanto, frente a Nelson él no tenía un pasado lleno de aventuras que le despertaran nostalgia, ni siquiera esos recuerdos de dolores o desdichas que, cuando comienzan a estar lejanos, son siempre preferibles al vacío. Su vida se reducía a una infancia con la única amistad de un perro, a una adolescencia anodina y dolorosa de chico obeso y sin gracia que a menudo tiene que soportar las burlas de los otros, a una juventud desfilando por diez pueblos diferentes sin encontrar en ninguno afectos o razones para quedarse, cambiando cada curso de destino en aldeas de las que cada día que pasaba eran más confusos los recuerdos. Mirando atrás, se sentía como uno de esos viajeros que al volver de un largo periplo —no emprendido por placer, sino por una obligación insoslayable— no logran distinguir qué vieron en cada ciudad, dónde estaba exactamente aquella catedral que tanto llegó a gustarles o en qué lugar se encontraron con una hermosa mujer con quien charlaron una noche, aun cuando saben que nunca más volverán a visitar la ciudad ni a ver la catedral ni a conversar con la mujer. Todo su pasado era una madeja confusa y enmarañada en la que de vez en cuando se pinchaba con una aguja perdida que le hacía un poco de daño. Los nombres de sus alumnos anteriores, los cursos que impartió, los compañeros con quienes cada año entraba y salía a la misma hora, las tristes pensiones o los pisos sucintamente amueblados donde habitó, las estrechas carreteras que recorría para llegar, las fisonomías de las aulas, las fechas..... todo se le confundía en un remolino turbio de donde no lograba extraer los datos precisos que le dieran la sensación de que su vida era la consecuencia de su propia voluntad, no del azar.

Y si miraba hacia adelante, ahora que la sucesión se había frustrado, las perspectivas de un futuro decidido y programado por él también eran improbables. Adivinaba cómo iban a ser sus últimos años, porque ya poco cambiaría. Seguiría cuidando a su padre hasta que a la enfermedad que le limaba las vísceras se le agotara la paciencia y cumpliera su último episodio; seguiría en aquel colegio, en aquel trabajo que lo cansaba y lo ensuciaba de un modo irremediable, porque no creía en la tan repetida crisis de natalidad que le permitiera una jubilación anticipada: cada comienzo de curso, mesnadas de niños seguían llegando a matricularse, como si nacieran, más que por el amor entre hombres y mujeres, por generación espontánea;

seguiría viviendo solo, sin una mujer al lado que no sintiera asco o desprecio hacia él y su cuerpo mal hecho y con las hormonas enloquecidas desde el principio del principio; seguiría engañando su soledad con esporádicas visitas a prostíbulos de los que siempre saldría decepcionado, porque nunca había relación entre la intensidad de su deseo y la satisfacción que recibía; seguiría viviendo en la misma casa oscura y envejecida y moriría en la misma cama en que ahora dormía.

De modo que volvió sobre sus pasos y entró en la sala donde lo esperaba la joven profesora que habían enviado desde la Dirección Provincial para cubrir el puesto de Larrey. Estaba sola —Nelson debía de haber salido al patio o al café— y hojeaba una de las revistas de educación que se recibían en el colegio y que nadie leía.

Unos minutos antes, cuando Nelson le encomendó que le mostrara la pista y el horario, se había sorprendido de que fuera una mujer. Porque si bien los interinos que les llegaban para cubrir bajas temporales eran gente de poco más de veinte años, cuya edad remarcaba cruelmente la vejez de la plantilla del colegio, no había imaginado que para aquella asignatura enriaran a una chica. La educación física siempre le había parecido una materia en la que la fuerza, la rapidez, el vigor y la capacidad de dominar un amplio espacio exterior exigían la condición masculina. Además, era muy guapa. Con el pelo rubio en media melena y el rostro teñido por ese atractivo bronceado que se aleja por igual de la dureza rural y de la falsedad de las lámparas y que él nunca podía conseguir —pasaba y volvía sin transición de la palidez al enrojecimiento—, tenía toda la delicadeza que él admiraba, lejos de cualquier tópico de mujer gimnasta, hombruna, fuerte, de voz ronca y grandes pies anchos incapaces de sostenerse sobre unos tacones.

—¿Te llamas Violeta, no? —le preguntó, aunque recordaba perfectamente su nombre.

—Violeta, sí.

—Si quieres, vamos a ver tu despacho. Está junto al gimnasio. Allí se guardan las que ahora van a ser todas tus cosas.

—Vale —dijo. Se agachó para recoger una pequeña bolsa deportiva que tenía junto a sus pies y se dispuso a seguirlo.

—No habíamos imaginado que enriarían a una chica como profesora de Educación Física —le dijo con amabilidad.

—¿Por?

Enseguida se dio cuenta de su error. Aquel comentario, que había intentado que fuera agradable y mostrara que la sorpresa le satisfacía, en su boca parecía haberse convertido en un reproche, en un indicio de desprecio o de eso que ellas llamaban machismo y que en realidad sólo era una costumbre. A menudo le ocurría así con la gente más joven, le costaba entenderlos y que lo entendieran, como si hablaran idiomas diferentes llenos de trampas para el otro, o tal vez como si hablaran el mismo

idioma, pero separados por una evolución de quinientos años que habían ido cargando las palabras de matices que él desconocía. Sólo había querido ser amable, ni siquiera intentar una galantería, porque era consciente de lo que él representaba para una muchacha así: la fealdad y todos los complejos y pequeñas obscenidades que la acompañan. A menudo, cuando el azar lo colocaba durante unos minutos junto a una de aquellas niñas como cachorros, imaginaba que estaría pensando en lo terrible que sería compartir la cama una noche con él: el colchón hundido hacia su lado por el peso, el sudor, la grasa, los olores, la respiración sonora y dificultosa.

—Bueno, no es habitual encontrar chicas en esta especialidad —explicó.

—No creas —respondió tuteándolo—. Todo eso ha cambiado mucho. Hoy ya nadie asocia la educación física con niños uniformados formando filas ni con una disciplina cuartelera. Es otra cosa muy distinta.

—Claro, claro que ha cambiado, como todo. Pero no me refería a eso. Siempre he oído a tus compañeros quejarse de la dureza de la pista: frío en invierno y calor en verano, además de la dificultad de mantener en orden a los niños en un espacio abierto.

—Pero sí tú estás dispuesta a cansarte más que ellos, a moverte a su lado hasta agotarlos, enseguida comienzan a tranquilizarse. En el fondo, es como impartir cualquier otra asignatura: una cuestión de quemar calorías, de no quedarse quieto sentado en un sillón.

No sabía si aquellas palabras iban dirigidas a él, a su barbilla hundida en la papada, a su estómago directamente vecino de sus muslos, el vientre suprimido, pero se sintió molesto con ellas. También con la aplastante seguridad con que hablaba una muchacha novata e interina que acaso nunca llegaría a tener un trabajo fijo. Pero no iba a discutir, a dejarse arrastrar por el odio repentino.

Llegaron al pequeño despacho que había ocupado Larrey y abrió la puerta con la llave. Aunque la Guardia Civil lo había revisado todo, nada parecía haber cambiado de sitio. La mesa y el armario estaban ordenados, las perchas de los vestuarios vacías y en la habitación aneja todo el material deportivo —colchonetas, cuerdas, caballos y plintos, aros, palos de hockey, balones, pelotas, raquetas, bolos, redes y bancos— dormían con la inquietante placidez de los juguetes de un niño repentinamente muerto o desaparecido.

Vio cómo Violeta cruzaba los brazos y se frotaba lentamente los hombros, como si de pronto sintiera frío. Por primera vez, su expresión había perdido aquella seguridad un poco hiriente en su capacidad y en su atractivo.

—No me asustan los niños ni la pista —dijo—. Me asusta... Al profesor anterior, ¿por qué lo mataron?

La pregunta lo sorprendió, porque en los labios frescos de la muchacha adquiría una brutalidad que no tenía en las bocas de los demás compañeros del colegio. Con

cualquier otro podría alegar un accidente, o una casualidad, o una equivocación, o un ladrón que había entrado a robar, pero ante ella no eran suficientes esas respuestas, porque su boca también estaba preguntando: ¿Puede volver a repetirse?, ¿qué hago yo aquí ocupando el hueco dejado por él?, ¿qué hago yo aquí?

—Otro chico a quien llamaron antes que a mí para hacer este trabajo se negó a aceptarlo. Le asustaba sustituir a alguien muerto de esa forma.

—No debes preocuparte —respondió; pero sentía una confusa satisfacción al ver cómo su seguridad y dominio habían desaparecido—. Aquello fue demasiado extraño para encontrarle una razón, pero todos estamos seguros de que ni al autor ni la causa hay que buscarlos dentro del colegio.

La muchacha cabeceó varias veces, pareció aceptar sus palabras y por un momento le gustó verse ejerciendo un papel de protector. Abrió la carpeta y le fue mostrando los horarios de las clases, los cursos que impartiría, el material disponible y la meticulosa programación quincenal que había elaborado Larrey.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora, después del recreo. Pero si estás cansada puedes esperar a mañana.

—Ahora. Cuanto antes, mejor. Me he traído la ropa —dijo agachándose a recoger la pequeña bolsa deportiva.

Se fue a los vestuarios y unos minutos después apareció de nuevo ante él. Venía ataviada con un elegante chándal rojo y gris y se había recogido el pelo en una coleta que la embellecía y acentuaba su aspecto de frescura y limpieza. Corona sintió que aquellos pasajeros minutos de antes, cuando la había tenido pendiente de sus palabras y de la información de que disponía, habían pasado como un soplo de humo y que la chica volvía a verlo como el compañero maduro, gordo y aburrido que ya no podría añadir nada que le interesara. Ahora, vestida con el chándal y con unas deportivas blancas, parecía impaciente por abandonarlo, por salir del despacho y saltar a la pista como un hermoso animal joven a corretear con los niños. De pronto pensó que la diferencia de años entre ella y los alumnos era menor que la que había entre ella y él. La aparición de aquella chica recién salida de la Escuela Universitaria había bastado para recordarle algo que, riéndose cada día entre sus compañeros, olvidaba a menudo: lo viejos que eran todos en aquel colegio.

El sonido del timbre anunciando el fin del recreo casi lo sobresaltó. La muchacha se acercó a la mesa a consultar el horario y dijo:

—Tercero A. Entonces, salgo al patio y comienzo.

—De acuerdo.

Se quedó sentado en la silla, incapaz de moverse. Sentía las manos sucias por la mezcla de su sudor con el polvo que ya había aparecido en la habitación cerrada. Echó de menos las toallitas jabonosas que guardaba en la mesa del despacho. Siempre era lo mismo, una lucha personal y permanente contra la suciedad del

mundo mientras miraba alrededor y se extrañaba de que hubiera gente que era feliz en medio del fango. Siempre le habían producido una especie de incredulidad las imágenes de televisión que mostraban a niños del Tercer Mundo jugando en la tierra junto a chozas de paja, rodeados de moscas y de perros sarnosos, de excrementos y basura, y que, sin embargo, parecían dichosos y sonreían con unos dientes tan blancos y una risa tan franca que no podía ser fingida ante la presencia de la cámara. Como si la miseria de alrededor y la roña fueran algo inocuo que no podía manchar su inocencia. También con Larrey —y con la muchacha que acababa de salir por la puerta y que, vestida con chándal y deportivas, parecía aún más fragante que con la ropa de calle con que se había presentado— se había preguntado, con un atisbo de envidia, cómo conseguían ser limpios y felices a pesar de su estrecho contacto con tanta gente sudorosa, sucia y desdichada.

Acaso los demás no mentían, acaso él era el único que había odiado a Larrey. Un odio controlado y saludable que lo mantenía vivo, un odio intenso, porque a nadie se aborrece tanto como a quien encarna el ideal al que hemos aspirado y nunca conseguido, el odio del deforme hacia el apuesto, el odio del hombre solitario hacia el hombre que vive en las cercanías de la felicidad. Su tranquilo quehacer profesional, sin pereza y sin ambiciones, el bienestar hogareño que, como un halo, lo rodeaba por las mañanas al llegar al colegio, el esplendor físico en que se mantenía —ese esplendor físico que es tanto más envidiable cuanto que su dueño no hace nada por conservarlo— eran atributos necesariamente dolorosos para quien, como él, nunca podría alcanzarlos. A menudo había comparado su radiante abundancia con la opacidad de su vida y siempre había sentido un sórdido malestar. A pesar de las horas en la pista, del sudor por el esfuerzo, del roce físico con los niños, Larrey nunca tenía aspecto de suciedad. Observándolo, había llegado a pensar que la limpieza no depende tanto de la frecuencia con que uno lava sus manos o sus ropas cuanto de una cualidad interna e intransferible, como la fortaleza del cabello o el ajuste del metabolismo. Había gentes que siempre darían una sensación de pulcritud, aunque no se ducharan todos los días, como si sus cuerpos no destilaran humores y excrecencias. En cambio, otros, entre los que no podía dejar de incluirse, parecían sucios al poco tiempo de salir del baño: su pelo volvía a ser lacio y grasiento, su nariz se llenaba enseguida de gusanos, su piel brillaba al expulsar todo lo que les sobra y sus ropas parecían tener la cualidad de atraer las moscas y el polvo.

Oyó los pasos que se acercaban por el pasillo y supo que ya venía a buscarlo, porque su ritmo lento y dubitativo denotaba la inseguridad de alguien que no conoce la distribución del colegio y tiene que detenerse a leer el cartel de cada puerta. Abrió una carpeta y simuló estar leyendo: aquél no era su despacho y temía que pudiera creer que trataba de esquivarlo. Y algo de eso había en su demorarse en el cuarto, porque si media hora antes se había dirigido a su encuentro, ahora, tras la

conversación con la muchacha, había perdido la audacia de aquel primer impulso. Le gustaría quedarse allí un rato largo, en silencio, sin sentir alrededor la presencia de nadie, a solas con su apatía y su pobreza de alma, alejado de todos los conflictos que siempre le generaba el contacto con los otros.

Porque, ¿para qué quería hablar con los cuatro? Ninguno de ellos era una de esas porteras que disfrutan relatando una y otra vez un acontecimiento trágico del que han sido testigos. El haber encontrado el cadáver de Larrey sólo era una casualidad que nada aportaría a su investigación. Además, ahora que los pasos se acercaban, temía la forma en que aquel hombre alto se dirigiría a él, el tono en que le haría las preguntas, la insistencia con que buscaría sus ojos. Imaginaba las reacciones de sus tres compañeros a su interrogatorio, si podía llamarlo así. Veía a Nelson amable, pero cauto, escapándosele de entre los dedos con su habitual habilidad en cuanto tocara algún detalle espinoso. Veía a De Molinos respondiendo con aspereza, o quizá negándose a responder a alguien que no llevaba uniforme. ¿Y a Rita, tan amiga de Larrey? El detective seguramente sería uno de esos tipos que no le hablan del mismo modo a un hombre que a una mujer hermosa, que evitan con ellas las palabras duras, como si las palabras pudieran herirles la piel. Pero ya estaba allí, oyó los dos golpes suaves en la puerta y una voz que preguntaba: «¿Se puede?» al tiempo que, por el resquicio, aparecía la mitad de su rostro.

—Adelante —respondió, sin levantar los ojos de los papeles que no leía. Se demoró unos segundos antes de cerrar la carpeta y dirigir la mirada sobre el hombre que había avanzado hacia la mesa y ahora estaba en el centro de la habitación y se presentaba diciéndole su nombre y la turbia profesión a que se dedicaba.

—Estaba esperándolo. Aunque no creo que pueda ayudarlo. No conocía mucho a Larrey —añadió, pensando que no sólo a él, que en realidad apenas conocía las pasiones, los deseos o las desdichas de ninguno de los compañeros con quienes llevaba diez años conviviendo.

—Pero como jefe de estudios tendría formada una clara opinión profesional sobre él —propuso el detective.

—Sí, claro. Profesionalmente sí. Era un buen maestro. Nunca faltaba a clase, nunca estaba enfermo, nunca llegaba tarde. A pesar de que su asignatura era una de las llamadas *mañas*, tenía prestigio entre todos nosotros. Y entre los padres.

—¿Este era su despacho? —preguntó mirando alrededor, la ventana con rejas y las estanterías, la mesa casi limpia de papeles, la habitación aneja para guardar materiales, como si de su decorado o de sus dimensiones pudiera deducir datos inimaginables para los otros.

—Sí.

—Aquella mañana, cuando lo encontraron, Nelson les pidió a tres de ustedes que lo acompañaran al despacho.

—Sí —repitió.

—Entiendo que llamara a De Molinos, a quien iba a suceder en la dirección, y a usted como jefe de estudios. Pero a Rita, ¿para qué?

De modo que ya lo has adivinado. Tan pronto, pensó. Tenía que venir alguien de fuera para ver que en aquel cuarteto faltaba Julita Guzmán, si es que Nelson hubiera pensado sustituirla por Rita. Pero no era a la vieja secretaria a quien iba a cambiar, una persona demasiado eficiente para que Nelson, con su tendencia al desorden, pudiera prescindir de ella. Nadie se lo había dicho, y después del asesinato de Larrey todo había quedado en suspenso. Pero estaba convencido de que era de él de quien iba a prescindir como jefe de estudios para poner en su lugar a Rita.

—No lo sé. Supongo que tendría alguna razón para hacerlo —respondió procurando que su tono contuviera un primer matiz de insolencia.

Se quedó en silencio, temiendo la nueva pregunta que podría ponerlo en un aprieto, reuniendo fuerzas para aparentar la audacia suficiente que ocultara su debilidad, pero rio que el detective retenía sus palabras, como si las pospusiera para otro momento.

—La tarde anterior, en la reunión, ¿no ocurrió nada extraño con Larrey?

—No, con él no. Lo único extraño fue que Nelson saliera elegido. Pero nadie levantó la voz ni se opuso al resultado de una elección limpia. Vivimos en una democracia, ¿no?

—Claro.

—Luego estuvimos en el bar tomando unas cañas y todo seguía siendo normal. Ni Nelson hizo alarde de su victoria ni De Molinos parecía demasiado afectado por su derrota. Julita Guzmán fue la primera en retirarse y los demás nos fuimos poco después. Larrey salió con Rita. No hubo nada extraño, ningún indicio que presagara una desgracia —insistió, satisfecho de su explicación. Todo estaría bien si terminara allí y no hubiera más preguntas.

—¿Acompañó a De Molinos a su casa?

Sabía lo que quería decir: una coartada mutua. Supuso que aquella misma cuestión se la habría planteado también al viejo.

—Sólo unos minutos, la parte compartida del trayecto. Al día siguiente comenzaban las clases, y nuestro oficio, aunque a mucha gente no se lo parezca, es un trabajo duro. Posiblemente ahora más duro que nunca. Desde la administración no dejan de enviarnos normas, cartas y circulares obligándonos a hacer tareas que antes eran de los médicos, de los medios de comunicación o de los servicios sociales. Y hasta de las criadas: muchos pretenden que cambiemos la ropa sucia a los niños que se orinan. Los padres ya no esperan respetuosos en la puerta del colegio, avanzan por los pasillos y entran en las clases como si fueran de su propiedad, sin llamar a la puerta, con una actitud cada vez más exigente, como si sus hijos fueran todos

superdotados. Y los alumnos están perdiendo los últimos restos de disciplina. ¿Ha visto las pintadas del muro posterior?

—No.

—Todo un mural de ofensas y desafíos. Para eso les hemos enseñado a escribir.

Podría seguir enumerando las agresiones a su profesión, pero vio que el detective no parecía muy dispuesto a escuchar el largo repertorio de sus quejas. Como si no tuviera nada más que preguntarle, le dio las gracias y salió con una despedida que no parecía mostrar ninguna decepción.

Antes de volver a su despacho pasó por el servicio de profesores a lavarse las manos. Se sentía viejo y fatigado y notaba los primeros avances del sudor haciéndose visibles en las axilas y en la nuca, la presión de la corbata en torno al cuello, molestándolo al respirar, calentando la grasa de la papada. Se demoró en su mesa hojeando papeles que tenía que tramitar, incapaz de concentrarse en ellos, esperando con ansiedad el sonido del timbre que diera por finalizada la mañana.

* * *

Abrió la puerta de su casa y, mientras se quitaba la chaqueta, miró hacia el salón. Una rápida ojeada le bastaba para saber si durante la mañana Petra había estado diligente o si, con la excusa de que su padre no dejaba de requerirla, se había demorado en las tareas. Odiaba llegar al mediodía y encontrar la comida sin preparar, la ropa destiñéndose en la lavadora, las camas sin hacer en las habitaciones. Pero todo aparentaba orden: el suelo brillaba al recibir la luz de la ventana, no olía a cerrado y los cojines estaban ahuecados en los sillones y en el sofá que, bajo su peso, se había ido hundiendo en el centro y había adquirido una extraña forma de barca.

El suelo brillante de la casa, o tal vez la visita del detective al colegio, que aún lo mantenía en un estado de excitación, le hicieron recordar de pronto a *Bruno*, el King Charles spaniel que había tenido hasta tres años antes. Se quedó mirando las baldosas, como si el perro aún estuviera allí abajo, observándolo y moviendo la cola para darle la bienvenida. Con una ternura que no sentía por nadie evocó a aquella bola de pelos suave y caliente que caminaba por el pasillo para seguirlo a dondequiera que fuese, insistiendo en su persecución hasta que él dejaba que le lamiera los dedos. Al perrito no le importaba su gordura, su sudor o el polvo que traía del colegio, no le importaba qué había hecho en las últimas horas la mano que lamía.

Desde el primer momento *Bruno* lo había cautivado con un cariño y una fidelidad incondicionales. Se sentaba a sus pies cuando él se sentaba, levantando la cabeza ante cualquier movimiento suyo, callaba cuando él callaba, gemía cuando tenía que irse y lo dejaba encerrado, giraba de alegría como un trompo cuando oía sus pasos acercándose por la escalera y se lanzaba hacia él en cuanto asomaba por el quicio de

la puerta.

Y sin embargo, no fue él quien lo trajo a casa. Se lo habían regalado a su padre en la central nuclear el día en que se jubiló. Uno de sus compañeros pensó que, ahora que ya no tendría nada que hacer, aquel animalito de pocos días, apenas destetado, pacífico, de raza noble, de simpático aspecto, le haría más compañía que la bandeja de plata —regalo de la dirección— o que el reloj que le habían comprado entre todos. El perro le ayudaría a no encerrarse en casa y a salir a la calle, a mantener un horario de momentos fijos que le impidieran perder la exacta medida del tiempo, a responsabilizarse con una tarea vicaria que hiciera más suave el tránsito entre su ocupación en la nuclear y las dilatadas horas libres de que ahora dispondría. El padre había arrinconado la bandeja en un hueco del mueble donde estuviera visible sin estorbar y había farfullado: *Un reloj*. Siempre un reloj a quien se jubila, para que no pueda olvidar que le quedan pocos años.

Respecto al perro, le había gustado aún menos, pero no se atrevió a rechazarlo ante todos ellos, incapaz de saber si era una burla o sólo una equivocación con buenas intenciones. Había esperado con ansiedad la jubilación precisamente para no tener nada que hacer, para perder sin el mínimo remordimiento todo el tiempo que le sobraba, para quedarse en casa sin salir, fumando y algún día bebiendo, tumbado en la cama o mirando en el televisor las películas de ciencia-ficción y hecatombes futuristas a las que era tan aficionado. Le había contado que, tras la fiesta, al volver a casa, estuvo a punto de tirarlo por la ventanilla del coche cuando el cachorro, al que había colocado en el suelo de la parte posterior, se coló delante, se le enredó entre los pies, le impidió frenar y casi le hizo salirse de la carretera. Pero lo trajo, metido en la bolsa de plástico que también contenía la bandeja, dispuesto a regalarlo o a abandonarlo cerca de El Paternóster a merced de los jabalíes.

Bastaron tres días para que se encariñara con él y decidiera quedárselo, a pesar de la oposición de su padre y de sus augurios de que en poco tiempo estaría aburrido de cuidarlo. No podía arrojar de casa a quien, desde el primer momento que entró en ella, había ido a buscar su contacto y su olor, con una inocencia y una fe de no recibir con él ningún daño que nunca antes le había demostrado ningún ser vivo. Asumió todas las obligaciones de su cuidado, resistiendo una cierta vergüenza cuando salía a pasearlo los primeros días: un hombre alto y gordo llevando un perrito, atado con cadena, deteniéndose paciente y ridículo junto a un árbol cuando el cachorro alzaba la pata, sonriendo con impostura a los dueños de otros animales que se acercaban a olerlo, alguna vez diciéndole palabras de falso reproche en voz demasiado alta. Y todo eso en Breda, en una ciudad pequeña y provinciana que aún no había renunciado a su origen rural donde un perro era a menudo un animal parásito que no merecía mucho más aprecio que un lagarto.

Después, enseguida, vino la búsqueda de un nombre, la necesidad de diferenciarlo

de todos los demás que poblaban las calles. No le resultó fácil encontrarlo, porque ninguno evocaba con precisión aquella figura caliente, glotona y peluda sin caer en lo anodino o en la cursilería. Durante días barajó combinaciones de sílabas que sonaran de forma agradable, aunque no tuvieran ningún sentido, palabras castizas y extranjeras, apelativos rudos y refinados, nombres de árboles y de animales, de fenómenos atmosféricos y de planetas, de héroes mitológicos y de películas, de minerales y de lugares exóticos, de perros ya existentes. A veces lo llamaba repitiendo un nombre que en los primeros momentos le gustaba, pero poco después lo rechazaba definitivamente. Luego, de repente, una tarde al llegar del colegio, el nombre se le apareció con tal evidencia que se preguntó cómo no lo había pensado antes. Lo bautizó *Bruno*, porque aquella palabra evocaba al mismo tiempo el color negro, aunque con algunas manchas rojizas, de su pelambre y un cierto eco de su carácter travieso, alegre y cariñoso.

Y como si el nombre lo hubiera convertido en un adulto, *Bruno* comenzó a aceptar desde entonces el puñado de normas básicas sobre higiene y comportamiento que le impuso. Su vivaz inteligencia para aprender fue otro motivo de admiración. Nunca hubiera creído que un animal tuviera aquella capacidad para escucharlo, levantando la cabeza y mirándolo fijamente hasta que terminaba de hablar, como si entendiera cada una de sus palabras. En el colegio, se dijo, había alumnos cuya memoria y facultad de raciocinio eran inferiores.

Durante cuatro años —cuatro años tan sólo, una vida demasiado corta incluso para un perro—, *Bruno* fue una mezcla de niño pequeño a quien cuidar y compañero que le ayudaba a mitigar su soledad y la árida ausencia de emociones. Luego, de pronto, había ocurrido todo aquello, el cuerpo colgando y aquel muchacho.

Avanzó por el pasillo, saludó a Petra, que ultimaba la comida en la cocina, y entró en la habitación de su padre.

—¿Cómo te encuentras hoy? Cuando me fui estabas dormido.

—Un poco dormido después de toda la noche en vela —precisó; era uno de esos enfermos siempre renuentes a reconocer cualquier mejora en su estado, cualquier episodio de bienestar físico—. Pero enseguida me despertó Petra con los portazos y los golpes. Creo que lo hace intencionadamente.

—No, papá. Tiene que limpiar y ordenar la casa y es inevitable que se produzca algún ruido.

—Pero no tiene por qué encender la radio y poner esa música horrible.

—Hablaré con ella para que baje el volumen.

—No te hará ni caso. Parece que en esta casa ella manda más que nosotros.

Chasqueó la lengua con gesto de fastidio. Todos los días se repetía aquella discusión que no terminaría nunca. Él mismo le había dicho a la asistenta que a las diez de la mañana tenía que despertarlo para darle las medicinas, pero si su padre se

enteraba de aquella complicidad se negaría a tomarlas. Además, la única forma de que durmiera por las noches era mantenerlo despierto durante el día. Al principio se lo había permitido y entonces, en mitad de la madrugada, se levantaba para recorrer la casa como un fantasma, tiraba repetidamente de la cadena del inodoro, encendía el televisor, comía por el pasillo y, cuando al fin comprobaba que él no iba a levantarse, entraba en su habitación para decirle que le dolía algo y que no podía dormir.

Acaso Petra aprovechara sus indicaciones para su propia comodidad, pero no podían prescindir de ella. Llevaba muchos años en la casa y ya era como uno de esos mayordomos ingleses que hacen la compra, limpian, planchan, ceden o impiden el paso a quienes llegan, recuerdan fechas y plazos para las gestiones domésticas, conocen a los mejores técnicos de electrodomésticos y administran la casa de tal modo que se han hecho insustituibles para aquéllos a quienes sirven. Vivía en el mismo edificio, en un oscuro piso del semisótano, y aquella cercanía les permitía requerirla para cualquier imprevisto y a cualquier hora. Además, era una excelente cocinera.

—¿Te has tomado las medicinas? —le preguntó. La mesilla estaba atiborrada de frascos de Nembutal, Zantac, Prednisona, calmantes...

—Sí.

—Entonces, vamos a comer. Te ayudo a levantarte.

Lo condujo del brazo hasta el comedor. A través de la tela del pijama advirtió la delgadez a que lo estaban reduciendo el dolor y la quimioterapia. Notaba los huesos todavía articulados por los finos tendones que, al tensionarse, adquirirían una dureza sorprendente y revelaban las fuerzas que aún empleaba en posponer lo inevitable. Un pájaro aferrándose a la rama de un árbol entre la sistemática destrucción de un huracán.

Se sentaron a la mesa que Petra había puesto mientras tanto y el padre observó con impaciencia la comida que humeaba en la cazuela, una chispa de saliva bollándole en los labios. Era el único placer que aún podía permitirse, el de la lengua y las papilas de la boca que, más que ninguna otra parte de su cuerpo, aún enviaban y recibían mensajes precisos del cerebro. El médico le había dicho que uno de los más frecuentes efectos secundarios de la quimio era la disminución del gusto, la posibilidad de perder el apetito, porque todas las comidas le sabrían a metal. Sin embargo, con su padre aquella regla no se cumplía. Ante el mantel, su rostro se alegraba de manera ostensible.

Le sirvió abundantes verduras y no esperó a que él también se sentara para comenzar a masticar, produciendo chasquidos opacos, como el ruido de una rana al zambullirse en una charca. Le seguía sorprendiendo su apetito, un hambre que no mitigaban ni el malestar ni las medicinas, como si la comida fuera para él el más eficaz antídoto contra la invasión del cáncer. Muchas veces se había preguntado si su

enfermedad no era consecuencia de los treinta años que había trabajado en la central, aunque los médicos que lo atendían negaran una relación directa y demostrable.

Otros días su padre aprovechaba los momentos en que estaban juntos para desgranar todas las quejas por sus dolores, por el trato de Petra o por el estado del mundo según las noticias que veían en el televisor. Pero aquélla estaba resultando una de esas comidas que transcurrían sin apenas hablar, abriendo la boca únicamente para tragar con su mutua glotonería habitual. Habían terminado la verdura al mismo tiempo y se levantó para traer el segundo plato.

Cuando volvía con el asado se detuvo un momento, sorprendido por la violencia con que el cráneo de su padre, limpió de pelos por los efectos de la quimioterapia, se estremecía con el movimiento de las mandíbulas al masticar un trozo de pan. Ninguna otra parte de su cuerpo mostraba un presagio tan claro de su muerte. La piel amarillenta y pálida, surcada por venas oscuras, sin ese saludable lustre de las calvicies andrógenas, las orejas agrandadas por la ausencia de cabello, la nitidez con que se apreciaba la unión entre los diferentes huesos de la caja componían el exacto anticipo de una calavera.

Sintió un brote de piedad tan intenso que la bandeja con el asado le tembló entre las manos. Piedad por su padre y también por sí mismo, porque vio un futuro inminente en el que estaría definitivamente solo, sentado ante aquella misma mesa, con el mismo mantel amarillento y la misma cubertería, con los pies apoyados en la misma alfombra que comenzaba a despellejarse por los bordes y a enseñar la trama. Dejó que su padre se sirviera y él disimuló su temblor bebiendo un vaso de agua, limpiándose la boca cuidadosamente y volviendo a colocar los utensilios frente a él con una meticulosa geometría. Luego cortó un trozo de carne y se lo llevó a la boca, pero, a pesar del hondo apetito con que cada día llegaba a casa desde el colegio, ahora ya no tenía hambre. La carne le pareció dura, fibrosa, y se le hizo una bola entre los dientes que no podía tragar a pesar de las dieciocho veces que se obligaba a masticarla. Cuando miró a su padre, que engullía sus pedazos con una satisfacción que parecía adormecerlo, comprendió que no era la dureza del asado lo que a él le impedía comer, sino la total ausencia de saliva dentro de su boca.

* * *

—Creo que ya tenemos algo, mi teniente —dijo Ortega, uno de los dos jóvenes números a quienes había destinado para que lo ayudaran en aquel caso. Junto a él había puesto a una agente, la primera mujer que tenía bajo su mando directo.

—Dime.

—La única FN 1900 de que se tiene constancia en Breda figura en el registro de los juzgados. Fue confiscada a un contrabandista de café en 1962. Caja de munición y

silenciador.

—¿También silenciador?

—Sí.

—Eso explica que nadie de las cercanías oyera el disparo. Y la fecha encaja con la de fabricación del casquillo.

—Pero de ahí no logramos pasar. Todavía al año siguiente aparece en el inventario. Sin embargo, en el 64 ya no figura. Hemos buscado y tampoco fue vendida en la subasta pública de armas que se hizo aquel año.

—¿Entonces?

—Creemos que la tuvo que coger alguien de dentro. Una pistola así es una auténtica joya, una maravilla de precisión para su tamaño, una pieza de coleccionista —dijo con un entusiasmo que revelaba su afición a las armas. Gallardo miró a la mujer y observó un atisbo de sonrisa y de ironía ante el fervor de su compañero—. Hemos ido a hablar con uno de los dos jueces que trabajaban en aquella época. El otro murió hace siete años. Nos ha contado algo que puede ser interesante.

Miró un instante a su compañera. Parecía dudar si cederle la palabra para que ella continuara la explicación, pero ante su silencio continuó:

—Al parecer, su colega, a quien le gustaban mucho las armas, era poco escrupuloso en estos asuntos. Le consta que, en alguna ocasión, permitió que gente de su confianza se quedara con alguna pieza que les llamara la atención. Nos dijo que se firmaba un papel de puro trámite y el arma ya tenía nuevo propietario. Pero de esos papeles no queda nada.

—Los viejos métodos, ¿eh? —preguntó, porque ante aquel agente que le hablaba, pero sobre todo ante la mujer (ninguno de los dos superaba los veintiocho años, ninguno de los dos había nacido cuando se confiscó la pistola) quería dejar bien claro que tampoco él, un oficial quince años más viejo, había tenido ningún vínculo con la época de la que estaban hablando.

—Sí. Los viejos métodos.

—¿Y no hay ninguna posibilidad de encontrar aquellos resguardos?

—Creemos que no. El actual juez también nos lo ha asegurado. Si quiere, podemos seguir indagando, pero posiblemente en los archivos no quede nada de entonces —intervino la mujer.

—Sí, seguiremos buscando un poco más. Pero ya enviaré a alguien. Vosotros tenéis otros trabajos.

Se recostó hacia atrás en el sillón y miró a los dos agentes, tan distintos entre sí, con unas diferencias que resistían la homologación impuesta por un mismo uniforme y un mismo ambiente. Mientras Ortega era de esos hombres que, indiferentes al frío, llevan las mangas levantadas en cualquier época del año para mostrar los bíceps, con una inclinación a la violencia que lo haría peligroso si no fuera disciplinado y

honesto, Andrea era casi delgada y el teniente se preguntó qué tipo de cualidades que compensaran su fragilidad física habría demostrado para acceder al Cuerpo.

—Habéis hecho un buen trabajo. Ojalá nos lleve a algún sitio, porque cuando encontremos al dueño, es muy probable que hayamos encontrado a quien disparó. Vais a traerme una relación de todos los que trabajaban en los juzgados en 1963 y 1964. Habrá que hablar con todos ellos. Con los que queden vivos.

—Ya la tenemos, mi teniente. Cuando estábamos allí pensamos que podría ser útil —intervino ahora la mujer, tendiendo hacia él un folio impreso. Gallardo volvió a sentir una extraña mezcla de inquietud y bienestar al oírse llamar por ella con aquel posesivo antepuesto a su rango que en su boca se impregnaba de una turbadora intimidad.

—Gracias —dijo inclinándose hacia ella para coger el papel: una docena de nombres con las direcciones que tenían entonces y los años en los que estuvieron trabajando dentro.

La agente se había quedado ahora en primer plano, junto a su mesa, sus caderas casi rozando el tablero y, mientras hojeaba el folio, no podía olvidar su cercanía. Al principio, cuando llegó destinada al cuartel, no le gustó que le hubieran asignado a una mujer, porque imaginaba una fuente de conflictos y tensiones con los demás agentes, todos hombres. Pero en los pocos meses en que la había visto trabajando, su buena disposición para no ahorrar esfuerzos en los entrenamientos ni en el servicio, su perspicacia y su capacidad para organizarse lo habían cautivado. Le gustaba la seriedad con que llevaba a cabo sus tareas, aún las más triviales; le gustaba el modo tan trascendente y vigoroso con que pronunciaba las fórmulas legales al detener a alguien, tan distinto de la cansada rutina de los veteranos; le gustaba incluso su manera de conducir, la atención que prestaba a cada uno de sus movimientos, hasta el punto de que a menudo le permitía llevar un coche en el que él iba dentro, algo que nunca hacía con nadie. Además, cuando estaba vestida de civil, con ropas menos toscas que el uniforme, se convertía en una mujer atractiva. Algunas veces la había visto hablando con Ortega fuera del cuartel. Aunque eran muy distintos, se preguntó si entre ellos dos no habría algo más que camaradería, y se sorprendió al comprobar que una de las posibles respuestas no le agradó nada. Quizá había sido un error por su parte ponerlos juntos tan a menudo: un hombre y una mujer jóvenes haciendo la ronda nocturna por carreteras solitarias. Se dijo que cuando acabara aquel trabajo tendría que replantearse esa situación.

Capítulo 8

Estaba tomando su segundo café en la mesa de la cocina, esperando el momento de ir a abrir la tienda. Rocío acababa de salir para llevar a Alba al colegio y él se había quedado solo en casa, fumando un cigarrillo y repasando las tareas que debía hacer ese día, intentando en vano olvidar que también esa mañana su hija había amanecido mojada. Una vez más se dijo que sus trastornos no eran necesariamente debidos a la separación, que aquella recaída se debía a la tensión de los primeros días de clase con una nueva profesora —¡qué difícil para Alba querer a una desconocida!— y que terminaría pasando en cuanto se acostumbrara a la rutina. También a él, cuando era niño, le temblaban las piernas al comenzar el curso, iba hasta la escuela casi empujado por su madre o su hermana María, había que arrancarlo literalmente de sus faldas, y tardaba algún tiempo en perder el miedo al nuevo profesor que invariablemente cada año le parecía un ogro. Además, había muchos hijos de padres separados que eran fuertes, alegres, brillantes en sus estudios, más serenos y responsables que los padres que los habían concebido, como si con su temprana estabilidad quisieran darles una lección.

Pero sabía que toda la mañana estaría ya perturbada por la imagen de las sábanas mojadas y que su recuerdo se le aparecería en cualquier momento y en cualquier actividad, asociado aún a la ausencia de Dulce, con una persistencia que iba convirtiendo la añoranza en encono, porque cada vez que ocurría ella no estaba allí y era él quien tenía que afrontarlo sin ninguna ayuda. Esas mañanas desaparecía cualquier atisbo de nostalgia o comprensión y sólo le quedaba un sordo rencor contra su ex mujer que no podía desahogar con nadie. Se sentía como el primer hombre que, para probar en vivo la eficacia de un paracaídas, ha sido arrojado desde un avión al vacío. Intentaba convencerse de que, al comenzar el siglo XXI, la humanidad ofrecía recursos suficientes para superar todas las dificultades, o si no, al menos, los placeres adecuados para olvidarlas. Pero mientras caía él no encontraba nada a que aferrarse.

Anhelaba el momento en que le llegara la paz. Como ocurría con otras parejas rotas que había conocido, también él esperaba que los viejos conflictos fueran olvidándose y que pudiera estar un día junto a ella sin odio y sin reproches, como dos viejos camaradas que disimulan y ocultan la profundidad de sus heridas y salvan su amistad culpando a los otros, o al azar, de aquello que los había enemistado.

Sonó el timbre y se levantó a abrir la puerta, pensando que Alba o Rocío habrían olvidado algo y volvían a recogerlo. No eran ellas.

En el descansillo, dos agentes de la Guardia Civil, un hombre y una mujer, muy jóvenes, le preguntaron su nombre y, con una neutralidad administrativa que desechaba por igual la cordialidad y la amenaza, pero no un suave y firme apremio que emanaba más de sus uniformes que de su actitud, le pidieron hablar un momento

con él.

—¿Qué ocurre? —les preguntó cuando ya estaban en el salón.

—Nada especial, no se preocupe —dijo la mujer—. Sólo queremos hacerle unas preguntas sobre su padre. Sobre el trabajo de su padre.

—Mi padre... mi padre murió hace muchos años —dijo sin lograr disimular el temblor de su voz. Por fin estaban allí. A pesar de toda su ocultación, lo habían encontrado.

—Lo sabemos. Por eso venimos a hablar con usted —dijo el hombre ajustándose la camisa con un movimiento de los hombros, como si se sintiera incómodo dentro de ella o tuviera calor en la casa con las ventanas cerradas, aún sin ventilar, donde flotaba ese tibio olor a galletas y a colonia infantil, pero ahora también un leve rastro de orina, de los hogares con niños.

—¿Qué quieren saber?

—Supongo que habrá oído hablar del homicidio que ocurrió hace una semana, en un colegio.

—Claro, como todo el mundo. No se habla de otra cosa en toda Breda.

—Creemos que el arma utilizada salió de los juzgados donde trabajaba su padre —ahora intervino la mujer mientras el hombre lo miraba. No se interrumpían ni se pisaban las preguntas, como si al hablar se turnaran con una estrategia cuyas leyes él no podía adivinar—. Un modelo poco frecuente y una munición de aquellos años.

—¿Y?

—¿Su padre tenía alguna arma?

—No —mintió. Los dos lo observaron en silencio, sin demostrar decepción ni alegría. La mujer apuntó algo en una libreta y luego ambos dejaron pasar unos segundos, como si no supieran bien por dónde continuar, ella desviando a veces la mirada hacia la decoración de la sala; el hombre removiéndose dentro de la ropa vercosa, expandiendo una fortaleza que contrastaba con la feminidad de la mujer.

—¿Está seguro? —preguntó el hombre, con una insistencia que acaso sólo era su manera de advertir que nunca creían nada de lo que les decían la primera vez.

—Mi padre murió cuando yo era un niño de doce años. Si hubiera tenido... un arma —corrigió con precipitación, consciente de qué cerca había estado de cometer un error definitivo: una sola palabra para salvarse o condenarse—, no me lo hubiera dicho. Mi madre murió hace un mes. Conservaba muchas cosas de él, pero entre ellas no había ninguna arma.

—¿Y nunca oyó hablar de algo así? ¿De algún coleccionista o aficionado a ellas?

—No lo recuerdo. Además, ¿no es necesaria una licencia? Estoy seguro de que mi padre nunca la tuvo. Entre sus papeles no figuraba ningún documento de ese tipo.

—Aquéllos eran otros tiempos. Lo que buscamos salió de los depósitos de los juzgados de forma poco... ortodoxa —explicó vagamente la mujer. Y en aquel asomo

de confianza Julián Monasterio creyó adivinar que su visita formaba parte de la rutina de la investigación y que no lo implicaba a él en mayor medida que a cualquier otro.

—No creo que fuera a parar a manos de mi padre. Era un hombre tranquilo, un funcionario gris y siempre he supuesto que honrado y eficaz. Nunca tuvo afición a actividades de ese tipo. Ni siquiera le gustaba la caza.

Se quedó en silencio, con miedo a dejarse llevar y dar excesivas explicaciones que nadie le pedía. Enseguida los dos guardias le estrecharon la mano y comenzaron a caminar hacia la puerta.

—Siento no poder ayudarlos más.

El hombre se volvió para añadir:

—Lo que acabamos de contarle es información confidencial. No debe comentar nada a nadie.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

Cerró tras ellos, escuchó el ruido del ascensor y fue hasta la ventana a mirar tras los visillos. Desde allí vio cómo subían a un coche y arrancaban. Entonces, moviéndose con precipitación y alivio, llamó por teléfono a María y le explicó la visita que había tenido y todo lo que habían hablado. Era probable que también fueran a verla a ella y entonces tendría que contarles lo mismo.

—Te dije que lo mejor era entregarla, aunque hubiéramos tenido que pagar alguna multa —le contestó con aquel tono de reproche de hermana mayor que todavía era incapaz de evitar.

—Lo sé y tienes razón. Nadie podía imaginar que ocurriera una casualidad así. Pero ya no puedo volverme atrás. Sólo te pido que, si van a verte, también les digas que nunca oíste mencionar la existencia de un arma en nuestra casa. ¡Ah!, y no hables de pistola o revólver, sólo arma, porque ellos no lo han especificado.

Al otro lado del teléfono se prolongó el silencio. María, que casi siempre acertaba al predecir las dificultades, pero no era tan certera al imaginar los remedios, aún debía de estar calculando los riesgos y las consecuencias que podían caer sobre ella por haber cedido ante un capricho de su hermano menor. Como todo carácter fuerte y metódico, estaba convencida de que el azar guarda las bolas negras para arrojarlas a las manos de los débiles, de los negligentes, de los infelices.

—Es lo mejor que podemos hacer —insistió.

—¿Dónde la tienes ahora?

—En la caja fuerte del banco, con las arras, las pequeñas joyas de papá y algunos papeles míos —respondió. Aquélla era la mentira más difícil. Cuando decidió esconder la pistola, sospechaba que tendría que engañar a alguna gente, pero no había imaginado que entre ellas estuviera su propia hermana. Pensó en el detective a quien había contratado y rogó en silencio que hiciera pronto algo que detuviera tantas

amenazas. ¿Qué haría su hermana si supiera que la pistola había desaparecido de su caja de seguridad del banco y que probablemente habían disparado con ella contra la nuca de un hombre? No estaba convencido de que se prestara a ocultarlo.

—¿Estás seguro?

—Ya te lo he dicho. Hace dos días fui a guardar unos papeles. La pistola seguía allí, empotrada en el libro.

—De acuerdo —oyó que aceptaba con un suspiro de resignación—, si vienen a preguntarme, les diré que nunca oí hablar de una pistola.

—De un arma —la corrigió.

—De un arma. Pero si todo esto se complica, ten en cuenta que seguiré repitiendo lo mismo. Desde el principio te dije que lo mejor era entregarla y que yo no quería saber nada.

—Gracias, María. No te preocupes más. No merece la pena.

Apenas había colgado y estaba intentando serenarse cuando la señal repiqueteó junto a su oído, como un animal que, al soltarlo, le hubiera saltado al rostro sin darle un respiro, una tregua. No se atrevió a descolgar enseguida, temeroso de otra mala noticia. A su alrededor vivía gente feliz que nunca había sentido la tentación de aplastar de un puñetazo su teléfono, de matar al mensajero. A su alrededor vivía gente feliz que recibía parabienes con cualquier motivo, invitaciones a fiestas a las que ni siquiera había pensado asistir, llamadas de mujeres que sugerían compartir unas horas de risas y placer, requerimientos de amigos para ver una película o un partido de fútbol o para comentar durante unos minutos cualquier banalidad. Pero, para él, en las últimas semanas el teléfono había sido con demasiada frecuencia el eslabón que lo enlazaba directamente con la desdicha. De modo que descolgó con el recelo de quien ya no espera ninguna bienaventuranza.

—Buenos días. ¿Podría hablar con Julián Monasterio? —era una voz de hombre.

—Soy yo.

—Le llamo desde el colegio de su hija Alba.

¿*Qué ocurre ahora?*, se preguntó. Estaba tan ensimismado en las dos conversaciones de aquella mañana que de inmediato asoció la llamada del colegio a una nueva complicación relacionada con la pistola, a algún dato suelto que lo vinculara con la muerte del maestro. Y no sólo a él. Si algo había temido desde el principio, eran las consecuencias que pudieran derivar hacia su hija, el reflujo de la tormenta que él había desatado y que podría mancharla con toda su sórdida bardomera. Porque no podía cargar a Alba con más peso, no podía dejar que creyera que los años de felicidad que les quedaban a todos los niños de su edad ya no existirían para ella. Ya era excesiva su zozobra, la mirada de adulto en una niña de seis años. No podría soportar que su hija fuera más infeliz que él mismo.

—¿Qué ocurre?

—Nada grave, no se preocupe —dijo el hombre. Debía de haber notado el tono de ansiedad y se apresuró a calmar su alarma—. Sólo quería pedirle que se pasara por el colegio para hablar de Alba.

—¿Pero ocurre algo?

—No. Soy el jefe de estudios. Su tutora y la logopeda creen que a Alba le vendrían bien unas clases específicas de ayuda individual. Al menos, por un tiempo. Parece que su hija está un poco rara en clase.

—¿Rara?

—Un poco. Ayer la sorprendió el conserje fuera del colegio, intentando irse a casa en mitad del horario escolar. No le contesta a la profesora y parece que tampoco con sus compañeros habla mucho. Creemos que sería conveniente para ella sacarla durante algún periodo a la semana del aula para intentar ayudarla. Pero sería mejor explicarle todo esto aquí, más despacio. No por teléfono. ¿Podría venir al colegio?

—Sí. ¿Cuándo?

—A la una terminamos las clases.

—De acuerdo. Estaré ahí a la una.

Marcó de nuevo y llamó a la tienda para decirle a Ernesto que se retrasaría un poco. Su empleado no dijo nada, pero por el seco modo de despedirse comprendió que no le había gustado. Esa mañana había varios encargos que resolver y Ernesto tendría que multiplicarse de nuevo en el trabajo. Julián Monasterio sabía que en ocasiones le estaba exigiendo más de lo estipulado y que terminaría marchándose si continuaba aquel ritmo, pero en las últimas semanas no lograba evitarlo. Todo parecía confabularse en contra suya: nunca le había gustado que los demás hicieran lo que a él le correspondía y sin embargo ahora no dejaba de pedirlo; siempre le gustaba hacer las cosas despacio y ahora todo iba demasiado deprisa. Muchas palabras que apenas había oído usar antes en toda su vida —pistola, asesinato, robo, abandono, separación— ahora le estaban siendo tantas veces repetidas que pronto le resultarían dolorosamente familiares.

Se recostó en el sofá y encendió un nuevo cigarrillo. Hacía apenas dos horas que había saltado de la cama y ya había pasado por tantas tensiones que se sentía fatigado. Intentó aislar cada uno de los problemas —las preguntas de los dos guardias civiles, las reticencias de su hermana a convertirse en su cómplice, la llamada del colegio y la tienda— y comprobar si en alguno había hecho o dicho algo mal que aún pudiera corregirse. Pero era incapaz de separarlos en su cabeza. Sobre todos ellos pesaba la sombra de su desdicha cotidiana, la ausencia de Dulce y el sordo dolor que aún le provocaba. Y toda esa pesadumbre lo mantenía en un estado de indecisión permanente y le impedía tener la lucidez necesaria para desentrañar los aciertos o los errores de cada uno de sus actos.

Todo se le había venido encima al mismo tiempo, una carga superior a sus

fuerzas. Volvió a repetirse que tendría que soportarla hasta que desapareciera o se fuera haciendo indiferente. Toda desgracia y toda alegría extremas son intervalos efímeros en la rutina de los días, se decía, y sólo hay que esperar con calma a que el dolor o el gozo se consuman y pasen. Pero, por primera vez, temía que, a fuerza de repetir las, llegara un momento en que no encontrara en aquellas palabras ni la energía ni el consuelo ni la esperanza que hasta entonces le habían dado para seguir adelante.

Poco a poco, cigarrillo a cigarrillo, el problema de su hija fue imponiéndose sobre todos los demás. Ahora se daba cuenta de que lo había postergado demasiado tiempo, asumiendo la misma actitud que su ex mujer, la misma excusa para eludirlo: «Tú tampoco eras muy locuaz cuando te conocí». Sintió un pinchazo de remordimiento por aquel abandono: cinco horas diarias en la vida de su hija de las que apenas sabía nada. De hecho, ni siquiera recordaba el nombre de su nueva profesora. Alba se lo había dicho, pero no le prestó la atención conveniente para retenerlo. Si bien estaba seguro de protegerla y cuidar de todas sus necesidades, tenía la certeza de no haberse ocupado lo suficiente de su educación. Sus comentarios sobre el colegio solían reducirse a preguntas rutinarias por lo que había hecho algún día en clase y a consejos de que trabajara y se portara bien con los profesores y con los compañeros. Era cierto que le compraba puntualmente todo el material que solicitaba, que firmaba los permisos para cualquier salida o actividad extraescolar y que abonaba sin tardanza la cuota de la asociación de padres, pero poco más. En aquellos días que llevaba de clases no le había revisado los cuadernos y libros ni una sola vez, no le había preguntado si necesitaba su ayuda en alguna dificultad.

A la una estaría en el colegio para hablar con la profesora.

Una vez decidido ese primer paso, volvió al teléfono y marcó el número del detective para contarle la visita de la Guardia Civil. Lo que habían descubierto podría traerle complicaciones si encontraban a alguien que recordara y pudiera atestiguar que a su padre le habían regalado aquella pistola. No contestaba y le dejó un mensaje en el buzón de voz diciéndole que necesitaba hablar con él con urgencia.

Capítulo 9

Sé que soy inocente de todo lo que ha pasado. Entonces, ¿por qué no logro desprenderme de esta sensación de culpa?, susurró mirándose al espejo del gabinete. Estaba sentada en la moqueta, la espalda apoyada en la mesa, prematuramente cansada del trabajo, aunque el curso apenas había comenzado. Desde la muerte de Larrey no dormía bien, llegaba fatigada al colegio y le costaba mucho repetir una y otra vez los ejercicios con los niños.

Nunca antes había sentido tanto desánimo por su oficio, porque no era como muchos de sus compañeros que llegaban cada mañana al colegio mirando el reloj y contando ya desde ese momento las horas que faltaban para salir, los días que faltaban para las próximas vacaciones, los años que faltaban para la jubilación.

Sin embargo, no creía haberlo hecho mal hasta entonces. Si había una cualidad necesaria en su especialidad, ésa era la paciencia. Paciencia para conseguir que niños llenos de motivos para ser recelosos se volvieran confiados, paciencia para que abrieran los labios a menudo herméticamente cerrados, para que soltaran la lengua y aprendieran a pronunciar bien todas las palabras que fueran capaces de pensar. Sabía que cualquier alumno, por muy altas que fueran sus capacidades, nunca llegaría socialmente a nada sin una expresión correcta que impidiera la burla y la caricatura ajenas. Conocía a algunos muy inteligentes que habían abandonado los estudios al terminar la etapa obligatoria por no haber sido capaces de superar un defecto en el habla, un poco avergonzados y siempre inseguros por aquella limitación: ver que su sistema fonatorio se quedaba atrás, incapaz de acompañar la rapidez de sus mentes. Era curioso, pensaba, que mientras todos sus compañeros del colegio mantenían una lucha permanente para que los alumnos estuvieran callados, su trabajo consistiera precisamente en hacer que hablaran.

A pesar de que ese contraste provocaba en algunos —Julita Guzmán, Jaime De Molinos— un cierto desdén hacia su especialidad, era consciente de ser una buena maestra, paciente, eficaz, cariñosa y querida por los niños, y de ese mismo prestigio y orgullo emanaba una inercia que la empujaba a seguir siéndolo. Para ella el trabajo no era sólo un medio de cobrar una nómina a final de mes, como podría ser el de un empleado de banco o el de un fontanero, que trabajaban con materiales inertes —el dinero o el agua—, en sí mismos inmunes al dolor. El oficio de maestro exigía una especial delicadeza, porque la materia con que se trabajaba eran los sueños infantiles, y ante todo ella quería que esos sueños retrasaran el mayor tiempo posible su inevitable cosecha de monstruos. A nadie se le podía malograr prematuramente la única y breve etapa de su vida en que se puede ser dichoso, cuando una pelota de goma, un molinete, una bolsa de golosinas o un abrazo y un beso son suficientes para dar la felicidad en estado puro.

Reconocía, sí, que a veces era demasiado presuntuosa respecto a sus cualidades profesionales. Le gustaba que los demás las reconocieran y dejar un buen recuerdo en todos sus alumnos. Nunca había logrado corregir esa manifestación de su vanidad, por más que sabía que la mejor educación es aquella que logra enseñar sin dejar apenas huellas de su paso. Del mismo modo que un pequeño plantón llega a ser un árbol alto y fuerte en el que ya no se ve ni el hoyo que se hizo en la tierra al plantarlo, ni las duras podas ejecutadas hasta configurar la armonía de su copa, ni los cortes para aplicar los injertos, ni las raíces superficiales arrancadas con el arado para obligarlo a buscar en lo profundo su alimento, ni el nombre del jardinero que lo cuidó grabado a cuchillo en su corteza, así la mejor educación es la que logra hacer de un niño un adulto independiente y sereno sin que le queden huellas dolorosas de castigos o humillaciones, ni, por otra parte, de un sello excesivamente marcado con la firma de su maestro.

Como todo aquél que llega nuevo y falto de experiencia a un trabajo, también ella, tres años antes, había intentado paliar su inseguridad buscando los compañeros más afines a sus ideas e inquietudes, a sus gustos. La plantilla de profesores tenía una media de edad muy alta y muchos de ellos estaban próximos a la jubilación, porque el colegio se ubicaba en el centro de Breda y era un destino codiciado por la comodidad del trabajo y por el buen nivel académico de un alumnado proveniente de una clase media culta y consciente de la importancia de una buena educación. El colegio, en general, no sufría los graves problemas de disciplina de otros centros del extrarradio. En las villas provincianas como Breda aún se vivía junto a la plaza mayor, aún no habían sido barridas del centro histórico las viejas familias que siempre lo ocuparon, para dejar paso a esa poderosa, prolífica e imparable corriente de inmigración y a veces de marginalidad que siempre parece estar esperando la aparición de las primeras ruinas de las casonas para instalarse dentro, en el mismo corazón de las ciudades. Ella, a pesar de su poca antigüedad, había conseguido aquel destino gracias a su especialidad, donde no existía la feroz competencia de los maestros generalistas.

Desde el primer momento había establecido una corriente de simpatía con Larrey y con Nelson, y no tanto porque fueran los más jóvenes de la plantilla —aunque ya rondaban los cuarenta años— cuanto porque parecía que también a ambos les gustaba su trabajo y no hablaban de él únicamente para lamentarse. De los restantes no estaba segura. Era cierto que había buenos profesionales, pero la mayor parte lo soportaba como un medio más o menos fatigoso de ganar el dinero necesario, con pocas horas de dedicación y muchas vacaciones.

En el curso anterior, demasiado tarde, había descubierto que Nelson la había engañado, que también él pertenecía a los que sentían su profesión como algo ajeno a ellos, como un trabajo tedioso en el que nunca implicarían otra cosa que su tiempo. ¿Por qué había ido tan lejos con él, por qué no se había detenido antes de llegar a

aquellos juegos peligrosos?

Tuvieron que pasar varios meses para encontrar una respuesta que no le sirvió de consuelo, para comprender que una relación clandestina como aquélla —entre una joven maestra y un atractivo profesor casado, basada también en la ocultación, en los estímulos del riesgo, en besarse a escondidas, en rozarse las manos al cruzarse en un pasillo, en comprender que la cautela puede ser tan estimulante como la caricia, en mirarse furtivamente en un claustro sabiendo que los cuarenta rostros que los rodeaban eran por entero ignorantes de su secreto— no puede detenerse en un punto medio, que siempre tiene que ir más lejos que otra unión canonizada por el sacramento y la costumbre. En una relación clandestina no basta con repetir lo que ya se sabe del amor y del placer, también es necesario inventar lo que aún se ignora. Una relación clandestina apenas puede distinguir la frontera entre los labios y los dientes, entre el beso y la herida, entre la ternura y la ferocidad. Y si un día se detiene en lo cotidiano, en ese mismo momento comenzará a morir, porque aquel miembro de la pareja que ya dispone de otra estabilidad doméstica —acaso rutinaria, pero no tan insatisfactoria ni tan infeliz como para romperla—, ante dos propuestas similares en sus ofrecimientos siempre elegirá aquella que consolida su aceptación social, su comodidad y su descanso.

Además, entonces creía estar enamorada de Nelson y aceptaba todas sus sugerencias. Nunca se haría la víctima, porque también ella había llegado con él a una plenitud e intensidad que casi nunca antes había logrado. Y aunque fuera él quien llevara la iniciativa para arriesgar los pasos, todas las decisiones habían sido comunes, aceptadas por ambos. De modo que no se sentía con derecho a echarle nada en cara. Sólo cuando se quedó embarazada descubrió hasta qué punto, en caso de desgracia, es generalmente la mujer quien pierde más; hasta qué punto al hombre siempre le resulta más fácil y rápido replegarse hacia el cobijo de las sombras ante la súbita explosión de una vaharada de grisú.

Nelson se había negado a aceptar otra solución que el aborto. Cuando ella le dijo que estaba dudando, que no sabía si seguir adelante, sin exigir nada de él —ni ayuda, ni compañía, ni un apellido, ni mucho menos dinero—, los argumentos con que respondió apelaban a su propio bienestar de mujer, como si en realidad todo lo hiciera por su bien y no por el pánico que tenía a afrontar todo aquello ante su mujer, ante los compañeros de trabajo, ante todo su entorno. No habló apenas de él, como si, en el caso de que decidiera seguir adelante, la principal perjudicada fuera ella. Adivinaba que si hubiera argumentado cualquier razón típicamente masculina —la mínima duda de que el hijo fuera suyo, o que a ella le correspondía haber puesto los medios para evitarlo—, entonces no lo habría escuchado y habría continuado hasta el fin.

Una vez resueltas sus dudas —las más dolorosas que había sentido en toda su vida—, programó las vacaciones de Semana Santa para hacerlo: pidió cita en la

clínica para su primer día libre y se reservó todos los demás para que supurara el dolor que imaginaba, para llorar y para borrar las huellas del llanto.

Sin embargo, no llegó a ser necesario. Siempre quiso creer que fue la angustia de aquellas dos semanas de espera, como si por una vez su cuerpo desoyera las reglas de su propio metabolismo y hubiera decidido obedecer sólo lo que la voluntad dictaminaba. Y si bien creyó —cuando, una madrugada, la despertó un intenso dolor en la tripa y vio las sábanas manchadas— que con aquel coágulo oscuro sobre la blancura de la ropa evitaba unos días de miedo, de depresión y de llanto, unas pocas horas bastaron para convencerla de que aún no había terminado el episodio de dolor. Porque la pérdida de aquel diminuto folículo que ni siquiera parecía carne, una membrana como una pequeña legumbre amarronada, le dejó un vacío insoportable que no tenía correspondencia con su tamaño. Se quedaba inmóvil sin motivo y sentía que toda su sangre recorría una y otra vez su cuerpo, cabalgaba desbocada por las venas buscando una perla que se le había perdido. Otras veces, al caminar por la calle, o al esperar ante un puesto del mercado, tenía la sensación de que, sólo con mirarla, las demás mujeres adivinaban lo que le había ocurrido, y entonces apenas lograba resistir el deseo de echarse a llorar ante una frase amable o una sonrisa bondadosa que, en su imaginación, negaban toda acusación, toda severidad.

Pasó las siguientes semanas aturdida, como un pez de agua dulce arrojado al mar que comprueba que aparentemente el fluido es el mismo, que ha sido devuelto al agua y puede nadar, pero que la sal poco a poco va endureciendo sus branquias y le impide respirar. Cada vez que veía a una madre con un cochecito de bebé la embargaba un ambiguo sentimiento de ternura y de vergüenza del que no le resultaba fácil desprenderse. Entonces procuraba no pensar, pero a menudo no lo conseguía. Se imaginaba embarazada: su barriga chocaría contra la encimera de la cocina cuando lavara los platos; ya no podría sentarse con tanta facilidad en la moqueta del gabinete y tendría que atravesar con mucho cuidado el patio del colegio donde los niños jugaban con balones; usaría vestidos premamá, medias sin elástico y zapatos cómodos y planos; tendría un poco hinchados sus labios como arrugados por el frío y de un color más intenso las pecas de la cara.

La vuelta al trabajo la ayudó a salir de aquel estado depresivo. El único que lo sabía todo y podía haberlo hecho, Nelson, sólo tuvo para ella palabras amables, casi siempre dichas con prisa, como si ahora que todo había pasado tuviera miedo de ella, de encontrarse a solas, de mirarla a la cara. Toda su seguridad, su brillantez y su ingenio desaparecían cuando ella estaba presente.

Respecto a Gustavo, nunca supo si llegó a adivinar algo, pero por su conducta hubiera creído que sí. En sus horas libres se acercaba al gabinete a hablar con ella, a contarle cualquier anécdota intrascendente que le hubiera sucedido en sus clases, cualquiera de los pequeños accidentes que ocurrían en la pista y que tanto lo

asustaban. La invitaba a tomar café en los recreos y a veces la esperaba a la salida, y en una ocasión, cuando habían pasado ya varias semanas, la convenció para hacer con él una excursión en bicicleta, a la que era tan aficionado. Su ayuda fue como la de esos médicos que, engañando al paciente con un placebo, van dejando que el tiempo alivie una enfermedad para la que no hay otro remedio que el paso de los días.

Una mañana de mayo, dos meses después, al mirarse al espejo antes de salir hacia el trabajo, la sorprendió la imagen resuelta y atractiva que veía en el cristal, tanto más cuanto que no había sido consciente de aquel cambio ni había hecho nada por provocarlo. Llevaba puesta una camisa de manga corta y una falda por encima de las rodillas que le devolvían un aspecto ingrávito y juvenil propicio al optimismo. De pronto pensó que se puede pasar por una enfermedad dolorosa, por una mutilación o por la muerte de alguien muy querido, y que al cabo de unas semanas se vuelve a sonreír con la misma alegría de antes. Mientras se ajustaba los zapatos de tacón bajo, por un momento aún le vinieron recuerdos dolorosos, pero volvió a contemplarse con decisión en el espejo, rechazándolos. Se veía atractiva y sólo le faltaba comprobar si su cuerpo podía volver a reaccionar a las caricias con la misma facilidad e intensidad que antes. Porque en algún momento había llegado a temer que, del mismo modo que a las mujeres africanas a quienes les extirpan el clítoris les extirpan capacidad de sentir placer, lo que le había ocurrido a ella podría secarla y contraerla de una forma irremediable. Sabía que toda herida deja su cicatriz, que todo accidente vuelve precavido a quien lo sufre; sabía que todo dolor genera el miedo a revivirlo, y sospechaba que ella no iba a poder pasar indemne por aquella desgracia. En las primeras semanas había jurado no volver a acostarse nunca jamás con un hombre. Sin embargo, ahora, en el esplendor de la primavera, dudaba de la conveniencia de su promesa, porque necesitaba comprobar que en el interior de su cuerpo todo seguía funcionando, que no había ningún rincón adonde no llegara la sangre. Se sentía como una niña que, tras una caída dolorosa al correr, recuenta y limpia sus heridas, pero luego extiende otra vez las piernas para comprobar que puede seguir corriendo.

Fue a principios de junio. Dos compañeros que iban a jubilarse los invitaron a todos a una cena y a la fiesta consiguiente. Desde que ocurrió aquello no había vuelto a salir, y si terminó bebiendo más de lo habitual, el alcohol no fue la única razón para que, al final de la noche y disimulando ante los demás, aceptara el repetido ofrecimiento de Moisés de acompañarla hasta su apartamento. Cuando abrió la puerta y lo dejó pasar era plenamente consciente de lo que estaba haciendo. Aquella noche le gustaba Momo, le gustaba mucho. Desde que llegó al colegio, unos meses antes, había notado sus miradas, su interés por hablar con ella, por acompañarla, y en dos ocasiones había rechazado amablemente su ofrecimiento de salir alguna noche juntos. Porque al principio estaba Nelson y, más tarde, los malos recuerdos. De modo que sabía bien lo que iba a ocurrir cuando cerró la puerta a sus espaldas.

Deseaba pasar la noche con él. Habían bailado algunas piezas juntos y se había sentido atraída por la firmeza de sus hombros, por la tibia sensación de limpieza que emanaba y por la frescura de su edad —seis años más joven que ella—, que, en aquella cena donde se festejaban dos jubilaciones entre votos de envidia y parabienes, tenía un contraste casi insultante con la incipiente decrepitud general. A su lado, hasta Larrey y Nelson parecían brumosos, mayores y levemente ajados, como después de haber pasado una noche en vela.

Pero no se trataba únicamente del atractivo físico. Más tarde, al pensarlo, dedujo que en aquel impulso hacia Momo había también una necesidad de regresar ella misma hacia su propia juventud, hacia una Rita de cinco años antes, de negar un presente lleno de ortigas que no le agradaba.

Frente al atractivo de Nelson, de sus manos cuidadas y hábiles, de su experiencia, Moisés representaba la elasticidad y el candor de los cuerpos donde el tiempo aún no ha depositado ninguna adherencia innecesaria. El pelo rapado, las patillas un poco largas y el pequeño aro de plata en la oreja le daban un encantador aspecto de frescura que contrastaba fuertemente con la elegancia estándar, gris y repetida de todos los demás asistentes a la fiesta. Sospechó que estaba allí por ella, porque no tenía ningún otro vínculo con nadie. Quizá lo habían invitado formalmente o de paso, como eventual trabajador en el centro, pero sin un especial interés en su asistencia, y él había aprovechado la ocasión para estar cerca de ella en una velada nocturna y en otro ambiente que no fuera el del colegio, rodeados de niños y de gritos.

No encajaba en ningún corrillo, apenas intervino durante la cena en las conversaciones, pero parecía escuchar con atención y le vio reír los viejos chistes forzando el gesto, disimulando el probable aburrimiento. No estaba sentado lejos de ella, en la mesa alargada, y observó que apenas bebía vino y que se comportaba con tanta moderación que en algún momento le pareció fingida, aunque sin duda convincente para las maduras maestras de las que estaba cerca: un chico fuerte con el pelo rapado como un presidiario que sin embargo no resultaba amenazante; que llevaba un aro en la oreja y sin embargo no resultaba afeminado. En todo momento fue discreto y no manifestó un interés especial por ella que los demás pudieran observar.

En la cama todo había ido bien. No tuvo problemas para humedecerse y seguir el ritmo que casi imponía él: una cierta rapidez y la repetición media hora después. Incluso al amanecer, antes de marcharse, volvió a correrse limpia e intensamente sobre la seca espuma del placer anterior, aunque ése era un momento que nunca le había agradado, porque no le gustaba prescindir de aquel sueño profundo y reparador que siempre la embargaba después. Todo había ido bien, sí, pero, una vez pasada la prueba, no estaba dispuesta a repetirlo otra noche. A su lado, Momo parecía casi un niño y ella era consciente de que aquella efímera aventura nunca podría dar pasos

hacia adelante que llevaran directamente al corazón. Porque no se trataba tanto de una diferencia de edad cuanto de creencias, ideas, costumbres, cultura, desengaños, moral y ambiciones. Momo podría vivir diez años mientras ella estaba en coma y, al despertar, la diferencia seguiría siendo la misma.

Unos días más tarde, ante su insistencia en verse otra vez, le había dicho que aquello no iba a repetirse. Sentía que no le debía nada: nada le había pedido que ella no hubiera también dado. Momo se resistió a aceptarlo, pero parecía resignado cuando se despidió con un último abrazo.

Llamaron a la puerta y se puso en pie antes de decir que pasaran. Matilde Cuaresma traía a la alumna de la que le había hablado el jefe de estudios. Estaba esperándola. La niña levantó unos grandes ojos asustados para mirar la habitación tan diferente de las aulas, la cálida moqueta en el suelo, las macetas, el espejo de cuerpo entero, la lámpara con la figura de Pinocho, la decoración alegre y de colores vivos. Una habitación tan distinta del resto del colegio que parecía que alguien la había incrustado allí después de robarla de un hogar de niños felices.

—Es la alumna que te había comentado. Tienes que verla. —La tutora la empujó un poco hacia adelante, decididamente, pero con prevención, como se empuja a un perro al que se va a abandonar, o a un gato que parece dócil, pero del que se teme que de un modo imprevisto arquee el lomo, erice el pelo y enseñe las uñas y los dientes duros y afilados como agujas—. Yo no sé qué le pasa, porque todavía no la he oído hablar.

—Bueno, aún es pronto. Sólo han pasado unos días de clase —respondió, un poco molesta por aquella costumbre que tenían algunos de sus compañeros de llevar al gabinete a los niños en cuanto detectaban el mínimo problema, como si fueran incapaces por sí solos de imaginar algún remedio y sin darles el tiempo necesario dentro del aula para que rompieran su timidez o su zozobra.

—Corona está de acuerdo en que la veas —replicó—. Ya en los cursos anteriores de Infantil era muy callada, pero ahora parece haber enmudecido definitivamente.

Se agachó frente a ella, le cogió las manos sonriendo y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

La niña siguió con los ojos en el suelo, las largas pestañas casi ocultando el color miel moteado de verde de las córneas, negándose a mirarla a la cara con esa obstinación que tan bien conocía y que, al cabo de unas semanas, casi siempre terminaba rompiendo.

—Yo me llamo Rita, tengo un nombre muy feo. ¿No me quieres decir cómo te llamas tú?

—Se llama Alba Monasterio —respondió impaciente la tutora.

—Alba. Es un nombre muy bonito. Creo que voy a copiártelo. Yo también quiero llamarme así. —Le hizo una caricia en el pelo.

La niña levantó los ojos para mirarla por primera vez, para comprobar que su rostro refrendaba la amabilidad de sus palabras.

—Parece autista —intervino de nuevo Matilde Cuaresma.

Rita miró a la tutora desde abajo, sin disimular ya su irritación por hacer delante de la niña un diagnóstico tan grave sin haber calculado todo lo que aquello representaba.

—¿Y con los demás niños? —le preguntó.

—Tampoco habla. En los recreos se pasa mucho tiempo sola. Además, ayer el conserje la vio hiera de la valla, cuando se iba a su casa.

Quizá no hable —pensó—, pero ahora lo está escuchando todo. ¿Y qué podría replicar a ese tipo de comentarios?

—Es mejor que venga contigo ahora, desde el comienzo del curso, antes de que pase más tiempo y luego no se pueda remediar nada —dijo en un tono más suave, de pronto simulando preocupación. Sin embargo, al intentar ser amable parecía aumentar su desprecio hacia la niña, su odio por tener el coraje de estar sola y en silencio, sin necesitar a los demás—. Es hija de padres separados, ya sabes —añadió.

—Eso no tiene nada que ver —replicó irguiéndose.

—Hemos avisado al padre. Vendrá a hablar contigo. A la una.

Respiró hondo cuando Matilde Cuaresma salió del gabinete. La nueva dirección de Nelson no parecía haber cambiado nada.

Se sentó con la niña en la moqueta y comenzó a hablarle, llamándola por su nombre —Alba, Alba, Alba— cada vez que le decía algo, preguntándole su edad, sus gustos, el nombre de sus amigos. La niña no le respondió una sola palabra y únicamente afirmaba o negaba con la cabeza, los ojos fijos y mansos en el color de la moqueta, los ojos pardos con manchas verdes, del color de las hojas de los chopos cuando están a punto de caer. *¿De qué tienes miedo? —se preguntó—, ¿cómo convencerte de que cuando me lo cuentes comenzará a desaparecer?* Le acarició otra vez la cabeza y, como ya había transcurrido media hora, la acompañó de vuelta a su clase. Hablaría con el padre y le haría un hueco en su horario.

Cuando regresaba al gabinete vio a Moisés esperándola junto a la puerta. Tenía en la mano unos papeles y le entregó uno. Era una convocatoria para la reunión del claustro, y al leer el orden del día vio que no aparecía ninguno de los temas que, en su proyecto, Nelson había propuesto modificar.

Moisés entró en el gabinete tras ella y cerró la puerta a sus espaldas. Rita disimuló un gesto de contrariedad. Desde el comienzo del curso no había hablado a solas con él, y tampoco en ese momento le apetecía hacerlo. Habían tenido una aventura, pero ya antes del verano le había dejado claro que todo aquello había acabado y que no tenía sentido volver a mencionarlo.

—Rita.

—Sí —respondió. Por el tono en que había pronunciado su nombre, como se le habla a alguien dormido a quien se quiere despertar suavemente, podía adivinar lo que vendría a continuación.

—¿Quieres salir conmigo esta noche? —le preguntó, ofreciendo aquella sonrisa que tanto éxito tenía entre las alumnas de catorce y quince años que lo buscaban en las horas de recreo. Fue su primera pregunta, directa, levemente teñida del acoso que el amor y el deseo emanan cuando se atreven a manifestarse sin rodeos. Pero ignoró ese matiz: aún era demasiado ingenuo para pensar aquello, demasiado joven para que no le resultara difícil tener una aventura placentera sin convertirla en un enamoramiento.

—No, Momo. No es una buena idea, ya hablamos de eso.

—¿Estás ocupada? Si es algo de tu casa, puedo ayudarte.

En una ocasión le había ayudado a colgar unos cuadros y a cambiar de sitio algunos muebles, y entonces parecía muy satisfecho de participar junto a ella en aquellas tareas menudas y domésticas. A ella le gustaba mucho tener su apartamento limpio y ordenado y cambiar, quizá con demasiada frecuencia, la decoración, pero aquella forma tan ingenua de intentar ganarse su benevolencia, que en otro momento le hubiera agradado, ahora, después de lo ocurrido en el colegio, le parecía torpe y comenzaba a irritarla.

—No, no tengo nada que hacer en casa. No es eso. No quiero que nos veamos más. No tiene sentido —replicó conteniendo el creciente enfado que todos le provocaban aquella mañana.

—Para mí sí lo tiene.

A cualquier mujer de más de treinta años aquella mirada suplicante y desvalida, húmeda y cargada de inocencia, quizá podría convencerla y hacerle sentir el impulso de abrazarlo contra su pecho y acariciarle los cabellos cortos y limpios. Pero comprendió que su instinto maternal, si es que lo había recuperado después de lo ocurrido, no podía ser despertado por nadie que ya tuviera dientes y hubiera aprendido a hablar y a caminar. Por vez primera, incapaz de conmovirse, pensó en Moisés de otra manera. Lo conocía lo suficiente para sospechar que fingía y que, por debajo de su sinceridad al querer estar con ella, había una calculada manera de comportarse y de poner sus mejores recursos al servicio de un deseo adulto. *¿Por qué se ha hecho objetor?* —se preguntó de pronto—, *¿porque de verdad siente escrúpulos morales para empuñar un arma, o por simple comodidad, para evitar la presión de la disciplina, la dureza castrense y un puñado de noches en vela?* Y del mismo modo que, en clase, con algunos de sus alumnos extraía de sus frases más triviales aquellos sonidos que revelaban dónde estaban sus dificultades de dicción, así extrajo de su pensamiento anterior tres palabras —*empuñar un arma*— que repentinamente, como el efecto de un imán que al pasar bajo un papel eriza las limaduras de la superficie, le

volvieron a traer la imagen de Gustavo Larrey muerto en el despacho, tendido junto a la mesa, con la pequeña herida de bala en la nuca que apenas había sangrado. ¿Sería posible que un muchacho de poco más de veinte años pudiera haber matado y luego hablar sin temblor en la voz y sonreír y pedirle a una mujer que saliera con él y lo abrazara?

¿Pero qué me está pasando? —se preguntó, rechazando una visión que le parecía tan repugnante que tuvo que cerrar los ojos y frotárselos para borrar cualquier señal de que hubiera estado allí—, *¿es posible que a partir de ahora esté muerta para confiar en alguien y que sólo queden libres de sospecha los niños que llegan a esta habitación para que les ponga una chinita en la lengua?*.

—No, Momo —repitió, incapaz de encontrar otras palabras, pensando que en el diálogo entre un hombre y una mujer hay muchas maneras de sugerir la atracción y el deseo, pero muy pocas para negarlos sin hacer daño al otro y sin que, al mismo tiempo, quede ninguna duda ni posibilidad de réplica.

—Es por Nelson, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo? —casi gritó. La condescendencia que había intentado mantener hasta entonces desapareció para dejar paso a una furia sorda. No iba a permitir que un insolente niño invadiera su intimidad, que lanzara al abismo cargas de profundidad para ver con qué monstruos chocaba. Porque él no podía saber nada. Siempre habían sido muy prudentes al ocultarse y, si bien alguien podía llegar a imaginarlo, nadie podía tener ninguna certeza.

—¿Has vuelto con él? —insistió. Su tono también había cambiado, como contagiado de su misma irritación, y ahora casi parecía un novio celoso exigiendo explicaciones.

—No he vuelto con él porque nunca he estado con él. Que te quede claro. Y si un día estoy con alguien, tú no eres nadie para pedirme cuentas de mi vida. ¿Qué te has creído? Ahora, márchate, por favor.

Lo vio demorarse unos segundos frente a ella, dudando, como si aún tuviera algo que decir y tampoco él, como sus alumnos, encontrara las palabras adecuadas. Luego, al fin, agachó la cabeza y salió cerrando la puerta.

Las piernas le temblaban y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. El timbre anunciando la salida le pareció muy lejano, las voces de los niños en los pasillos le llegaban como un eco irreal de caballos desbocados. Se sentó en el sillón, esperando que todos se marcharan y que el colegio entero quedara en silencio, porque no la asustaban los grandes espacios vacíos y retumbantes; al contrario, era en las habitaciones pequeñas y cerradas donde podía llegar a encontrarse mal.

No quería ver a nadie ni despedirse con un rutinario «Hasta mañana» de los compañeros que salían presurosos, aliviados por dejar el trabajo y los incesantes requerimientos de los niños. Se daba cuenta de que no tenía con quien hablar, nadie a

quien confiarle lo que le pasaba y desahogarse en su hombro. Sus padres vivían en otra ciudad —pero tampoco a ellos hubiera podido contarles nada— y las dos o tres amigas con quienes habitualmente salía no la hubieran entendido, la habrían mirado extrañadas y algo ofendidas por mantener ocultos durante tanto tiempo todos aquellos secretos, acaso también un poco irritadas por no haber sido capaces de intuirlos. Le habrían respondido con consuelo y reproches —ninguna le preguntaría si mientras tanto había sido feliz, o si todavía podían hacer algo por ayudarla— y no era ni una cosa ni otra lo que necesitaba. ¡Si al menos estuviera Gustavo allí cerca, en la pista o en el despacho junto al gimnasio, para charlar de cualquier anécdota, mirándola con aquella especie de bondad e indulgencia que siempre le mostraba! Lo echaba de menos con una intensidad insoportable.

Llamaron a la puerta. Temía que de nuevo fuera Moisés. Antes de marcharse lo había visto dudando si añadir algo. Pero quien entró era un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, de una estatura media. Al mirarlo, le resultó familiar algo que no estaba en sus rasgos, sino en la actitud con que observó la habitación antes de avanzar hacia la mesa, con cierta prevención, como se entra en los talleres donde se manipulan materiales muy frágiles o peligrosos. Luego agachó un instante la cabeza hacia la moqueta y entonces reconoció el gesto. Su hija lo había hecho igual media hora antes.

—Soy el padre de Alba Monasterio. Me han llamado esta mañana para que venga a hablar con usted. Espero que no le haya hecho esperar.

—Siéntate, por favor. Y, si te parece bien, nos tuteamos —sugirió.

—Muy bien. Mejor —aceptó. Luego añadió enseguida—: ¿Qué ocurre con Alba?

Su voz revelaba una ansiedad a punto de convertirse en dolor físico. Se había sentado en el borde de la silla, como si temiera escuchar una desgracia que lo obligaría a salir corriendo para remediarla. *También él tiene miedo.* Como su hija. Como yo, pensó dejándose embargar por un repentino sentimiento de simpatía.

—Alba ha estado aquí conmigo esta mañana. Soy la logopeda del colegio. Su tutora está preocupada porque en clase apenas habla. No interviene, no pide nada, se niega a contestar cuando le preguntan algo. Y tampoco con sus compañeros parece que esté muy a gusto.

El hombre asintió, la mirada hundida en la moqueta, la cabeza un poco inclinada hacia un lado, con aquel gesto tan parecido al de su hija.

—Siempre ha sido una niña muy callada. Pero ahora...

Sus dudas impulsaron a Rita a hacerle la pregunta más delicada. No todos los padres reaccionaban bien ante ella; algunos se negaban a responder o mentían, porque suponía penetrar en un terreno delicado y a veces moral, y al fin y al cabo aquello era sólo un colegio, no una iglesia. Pero sabía que era más fácil que se sinceraran con ella —a la que, de algún modo, veían a medio camino entre la labor docente y la

terapéutica— que con los propios tutores, siempre más preocupados por cumplir el programa académico que por las circunstancias personales que en algunos niños lo impedían; siempre procurando en exceso que su clase fuera homogénea y compacta, cuando es imposible que cualquier grupo de más de cuatro niños lo sea.

—¿Le ha ocurrido algo en casa?

El hombre levantó la cabeza y la miró a los ojos para responderle.

—Sí. En los últimos cuatro meses, demasiadas cosas. Ahora vivimos ella y yo solos. Su madre se marchó. Y hace unas semanas murió su abuela, con quien se llevaba muy bien. Supongo que son demasiados cambios para no sentirse desconcertada. Pero en casa sí habla, aunque a veces le cuesta explicar lo que le pasa. Quiero decir que no sé nada de ninguna limitación física, ni de autismo, ni nada de eso.

—Claro que no. —Se alegraba de que hubiera salido de sus labios aquella palabra aterradora. Y le agradecía toda la otra información, consciente del esfuerzo que había tenido que hacer para no ocultarla—. Claro que nada de autismo. Yo creo que no es nada grave. Por lo que me estás contando, no es extraño que Alba se haya replegado sobre sí misma. Pero por su propia felicidad, hay que sacarla de ese encierro.

—¿Cómo?

—Hablando. Hablando mucho con ella. En clase, con una profesora nueva a quien no conoce y con todos los demás niños observándola, es normal que se sienta cohibida. Aquí estaremos ella y yo, solas. Trabajaremos juntas media hora cada día. Quizá tengas que ayudarla un poco en casa si se retrasa en algunas tareas.

—De acuerdo, que venga. Si es lo mejor para ella —dijo al cabo de unos segundos.

—Creo que es lo mejor. Y tampoco en casa hay que dejar de hablarle, de preguntarle qué amigas tiene en el colegio, qué hace en clase, cómo se porta. Hablar con ella de las cosas que conoce y mantenerla alejada de los problemas que aún no puede comprender. Resulta tan obvio que algunas veces lo olvidamos: a Alba, a cualquier niño, es necesario ofrecerle modelos de bondad, limpios de conflictos, en estos primeros años en que se aprende, de una vez y para siempre, qué son los sentimientos.

Se detuvo, temerosa de haber caído en la jerga profesional que siempre intentaba eludir cuando hablaba con alguien que no era de su profesión. Pero el padre de la niña —no había dicho su nombre— asentía con leves movimientos de cabeza.

—No dejar de hablarle —repitió. Se levantó con un gesto de alivio, como si antes de llegar hubiera temido algo más grave—. No sé cómo darte las gracias por tu interés.

—De ninguna manera. Es mi trabajo y ya me pagan por hacerlo. Pero me gustaría que te pasaras por aquí en cuanto vayas notando algún cambio en ella. Para bien o

para mal.

—Lo haré.

Desde la puerta, cuando iba a salir, se volvió para preguntarle, con el mismo tono de ansiedad que había tenido al principio:

—¿Se sabe ya algo de la... muerte? —eligió la palabra menos dura.

A Rita no le extrañó la pregunta, porque cada día se la hacían conocidos con quienes se cruzaba. Una muerte violenta seguía siendo la noticia más interesante en la ciudad, la novedad que convertía el patio del colegio en mentidero público para desesperación de todos los profesores y en especial del equipo directivo, que en todas sus declaraciones seguían insistiendo en que la agresión era una trágica casualidad venida de fuera y, por supuesto, irrepetible. Sin embargo, las madres no parecían tan convencidas y seguían demorándose en el patio después de haber dejado a sus hijos, como si quisieran prolongar su presencia protectora. Incluso había visto a algunas de ellas entrar en el edificio con cualquier excusa y detenerse inquietas y curiosas ante la puerta del despacho que aún seguía clausurado, con la misma curiosidad macabra con que, en un accidente mortal de carretera, los conductores pasan muy despacio junto al coche aplastado y observan los cadáveres sobre el asfalto apenas cubiertos con una manta.

—Nada —respondió—. Todo el mundo está desconcertado. Anteayer incluso estuvo por aquí un detective privado. Pero nadie parece saber nada.

—Ojalá se resuelva pronto.

—Ojalá. Por la tranquilidad de todos.

Cuando el ruido de sus pasos desapareció por la escalera se dio cuenta de que todos debían de haberse marchado y estaba sola. Recogió su carpeta y cuando iba a salir se encontró en la puerta a Nelson. No pudo evitar un pequeño grito y un estremecimiento.

—¡Me has asustado!

—Lo siento. Vine antes, pero oí que hablabas con alguien y esperé abajo a que estuvieras sola.

—Pasa —regresó al gabinete—, ¿Qué querías?

—Nada relativo al colegio. Hablar contigo.

Casi no pudo evitar una sonrisa al pensar en todas las visitas que había tenido esa mañana. Todos iban a buscarla solicitando su compañía, su ayuda o su consuelo, sin tener en cuenta lo que también ella podía necesitar. Y tantas visitas —la de Matilde Cuaresma entregándole a una niña de seis años como si fuera un animalito peligroso con el que no sabía qué hacer, la de Momo mendigando una cita, la de Nelson ahora — no podía dejar de verlas como una invasión.

—Dime.

Nelson cerró la puerta a sus espaldas, para buscar una mayor intimidad, o como si

temiera que alguien —en el edificio que ya debía de estar vacío— pudiera escucharlos.

—Te he estado observando estos días y te noto muy nerviosa. Y preocupada. Todos lo estamos y entiendo que tú especialmente. Sé bien lo amigos que erais Gustavo y tú.

—Sí.

—Si puedo ayudarte en algo.

A pesar de su tono amable, Rita sintió que aquellas palabras eran una mera fórmula, y que tampoco él venía a ofrecer, sino a pedir. Una cierta tristeza fue abriéndose paso entre la sonrisa hasta hacerse dueña absoluta de los labios, de los ojos levemente velados por la caída de los párpados. Se preguntó si la imagen que daba ante él era tan desvalida; si esa tendencia del hombre a acercarse a las mujeres que ven frágiles o desdichadas era un instinto puramente masculino, como si supieran de una manera animal y primaria que las mujeres felices son de muy difícil acceso.

—Si te apetece, podríamos vernos alguna tarde. Para hablar.

Recordó que Moisés había usado casi las mismas palabras y respondió con la misma negación, ahora teñida por una acre ironía:

—No. Creo que no sería una buena idea.

—¿Qué te pasa, Rita? Me hablas como si yo fuera tu enemigo.

—Tú sabes bien lo que me pasa. Lo que me pasó. No quiero volver nunca más a una situación semejante. Y ahora, por favor, vete. Es inútil seguir hablando de esos temas.

Nelson se dirigió hacia la puerta con pasos rápidos y ofendidos. Desde allí le dijo:

—No eres la misma Rita que yo conocía.

—Claro que no soy la misma. Entre todos me habéis hecho cambiar —replicó. La imagen que acababa de presentar de sí misma le provocó de repente unas intensas ganas de llorar.

—¿Entre todos? Hay alguien más, ¿verdad?

Notó que los ojos se le humedecían de un modo incontenible y que dos lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Siempre es lo mismo con vosotros. Podéis perdonarle a una mujer casi todo: que derroche vuestra fortuna y vuestro tiempo, que beba, que sea estúpida o caprichosa. Pero nunca le perdonaréis que atente contra vuestro orgullo. Siempre es lo mismo. Seríais capaces de matar por averiguar algo que una vez sabido os haría mucho más daño.

Se limpió las lágrimas mientras la puerta se cerraba con estrépito.

Capítulo 10

Se ajustó el casco y comenzó a pedalear hacia la carretera de Mayorga. Le habían indicado dónde vivía Saldaña, el único de los padres del Consejo Escolar que, la tarde de la reunión, se había ido del bar al mismo tiempo que los maestros y el único que, por tanto, tenía alguna posibilidad de haber vuelto al colegio.

No sabía qué podía encontrar en aquella entrevista. Frente a las palabras contenidas, ajustadas y prudentes de los profesores con los que habló, sospechaba que, en alguien que vive del trabajo en el campo, el mismo esfuerzo brutal y solitario de la lucha con la tierra sin saber si ese esfuerzo obtendrá fruto termina modulando una forma de expresión que en la mayoría de las ocasiones tiende a reducirse a monosílabos, a enérgicos cabezazos para asentir o negar, a repetir varias veces lo que su interlocutor propone, sin expresar una opinión propia: una mezcla de la prudencia de los topos con la astucia de los sainetes rurales.

Pedaleó suavemente los diez kilómetros previstos hasta llegar a una zona, al otro lado del Lebrón, donde se diseminaban casas familiares en parcelas de ocho o diez hectáreas, con la mayor parte del terreno dedicada al cultivo de maíz, tabaco, tomate, pastos húmedos o árboles frutales, plantas siempre sedientas que hasta treinta años antes —hasta la construcción del pantano— habían sido desconocidas en Breda, para estallar de pronto con un insólito nivel de producción en las tierras regadas, como si el propio suelo hubiera estado almacenando durante siglos un alimento que sólo necesitaba el agua para rendir unas cosechas fabulosas.

La casa de Saldaña, junto a la carretera, no podía confundirse: una esmerada construcción —en dos volúmenes, con porche y terrazas, con pararrayos y antena parabólica— para residencia habitual que la diferenciaba de otras construcciones toscas, sólidas y oscuras, pensadas más como almacén o como lugar de descanso tras el trabajo que como única vivienda. Además, el espacio entre la casa y la carretera, aunque ahora aparecía abandonado, no hacía mucho tiempo había sido destinado a jardín, lo que cualquier otro agricultor de Breda hubiera considerado un ridículo dispendio, y aún revelaba en la disposición, anchura y trazado de sus arruinados parterres una amplitud que nunca suele aparecer en quien considera sus propiedades exclusivamente como un medio de producción agrícola. Algunos árboles de sombra, esqueletos de rosales, lilos sin podar, restos de geranios y plantas de adorno endurecidas que se resistían a morir —con la misma obstinación con que una mujer hermosa resistiría las penurias de un naufragio, con la esperanza de recuperar todo su esplendor en cuanto un barco la recogiese y su capitán la invitase a cenar en la mesa de oficiales—, le daban a la casa más aspecto de chalé que de vivienda rural de un campesino. Al fondo, también, una piscina sin limpiar, en cuya superficie las hojas secas brillaban al sol como pequeñas láminas de oro que se negaran a hundirse.

Cupido observó que una mitad del amplio terreno posterior estaba plantada de maíz, que ya comenzaba a perder la espiga y a mostrar aquel color marrón grisáceo que le daba a sus hojas un aspecto de espadas; en la otra mitad se levantaban filas de árboles frutales —manzanos, perales y melocotoneros— ya vacíos de fruta.

La finca entera daba la impresión de pertenecer a un propietario que, sin renunciar a extraer de la tierra todo su fruto, también conoce y aprovecha comodidades de origen urbano: la piscina y el jardín, la antena parabólica y el pararrayos, el aire acondicionado, el paisaje, el silencio y la independencia. Una combinación de trabajo rural y civilización que, si bien en otros lugares ya no era extraña, allí, en Breda, en una villa levantada desde la primera piedra con una vocación de defensa, dureza y austeridad, no dejaba de resultar novedosa e insólita. Los campesinos que Cupido conocía seguían siendo gente taciturna, testaruda y huraña que presumían de ser capaces de aplastar un avispero entre las manos encallecidas sin sentir el pinchazo de los agujones, de fulminar a un ternero de un puñetazo en la cabeza y de engullir un kilo de cecina sin sentir en los intestinos ninguna molestia.

Bajó de la bicicleta y llamó en voz alta desde la puerta de la verja. Enseguida salió al porche un hombre con esa edad difusa de quien conserva todo el pelo, pero prematuramente encanecido. Le indicó que pasara y el detective avanzó los treinta metros que lo separaban de él. Vestía uno de esos monos azules que hasta dos décadas antes eran exclusivos de los obreros de las factorías o de las constructoras, de donde habían salido para encontrar un práctico y definitivo acomodo entre las gentes del campo. Sin embargo, algo no enejaba en todo el conjunto, como si sus manos fuertes, pero limpias, o su rostro bien afeitado rechazaran de algún modo aquella tosca vestimenta.

El detective le dijo su nombre y el trabajo que lo había llevado hasta allí. Todavía sostenía la bicicleta y Saldaña lo escuchó en silencio desde lo alto del porche. Junto a una de las columnas, colgando desde el tejado, oscilaba con la brisa el cable suelto del pararrayos.

—¿Quién le paga por ese trabajo? —le preguntó al fin—. ¿Los maestros del colegio?

—No. El padre de un alumno.

—Pero no es a un alumno a quien mataron —replicó.

Cupido lo miró sin comprender qué quería decir con aquella respuesta, desconcertado, pero no ajeno a la coherencia de su réplica.

—Pase —dijo de pronto. Desde lo alto le hizo un gesto con la mano y le abrió la puerta de la casa.

El detective dejó la bicicleta apoyada en el porche y entró tras él. Aceptó la invitación a una cerveza y, mientras fue a buscarla a la cocina, observó el interior. Al

contrario de lo que se podía pensar, no había allí ninguno de esos adornos rurales — molinillos antiguos o colecciones de llaves oxidadas, bodegones de caza o cocina, herramientas de uso olvidado, yugos de madera, amarillentos platos de cerámica...— con que muchas casas de campo apelan a una nostalgia y a unos arcaicos modos de vida que, sin embargo, tanto se han esforzado en eliminar. En un mueble junto a la chimenea había al menos un centenar de libros y Cupido hojeó los títulos; muchos de ellos eran de autores que no había esperado encontrar allí: Tolstoi, Cervantes, Eurípides, García Márquez. Extrajo un tomo con las cartas de Kafka y, al abrirlo por una hoja con la esquina doblada, aparecieron ante sus ojos unas frases subrayadas. Leyó: «Pero estoy como en la escuela, el maestro camina arriba y abajo, toda la clase ha terminado ya los deberes y ha regresado a su casa, menos yo que estoy aquí cansándome y consolidando las faltas en mi deber de matemáticas, haciendo esperar al maestro. Naturalmente, una cosa así acaba expiándose, como todas las ofensas infligidas a los maestros». Lo cerró y lo devolvió a su sitio al oír los pasos que regresaban. Sus ojos se detuvieron entonces en una fotografía enmarcada y protegida con cristal, colocada en la repisa de la chimenea, donde sonreían el propio Saldaña, una mujer rubia y, supuso, sus dos hijos: un niño de cuatro o cinco años y un adolescente.

—Mi mujer no está. Trabaja en Breda y espera para recoger a nuestro hijo a la salida del colegio —dijo al llegar y advertir su curiosidad.

Cupido no quería comenzar la conversación como un interrogatorio ni poner en juego aquella habilidad que tenía para empujar a sus interlocutores a hablar incluso cuando su primera intención era evadirse. Sabía que, a menudo, la curiosidad que él sentía por conocer era menos intensa que la curiosidad del otro por saber qué iba a preguntarle. Por tanto, no era necesario comportarse como un inquisidor compulsivo. Cierto que había gente que se negaba a darle respuestas, pero muy pocos se resistían a escuchar sus preguntas, a comprobar cuánto ignoraba. Además, se preocupaba mucho de ocultar esa superioridad que a la postre termina emanando de quien interroga, de quien selecciona qué información le interesa y cuál es la prescindible, de quien decide por qué canales debe circular la conversación.

Con Saldaña, sin embargo, intuía que no valdrían aquellas elementales estrategias. El hombre que tenía ante él parecía indiferente, no receloso ni intrigado, sólo indiferente.

—En concreto, ¿de qué quería hablarme?

—Aquella noche, después de la reunión, usted salió del bar al mismo tiempo que los profesores. No quiso quedarse con los otros padres del Consejo Escolar.

—Es cierto. Me fui muy pronto. No quedaba mucho que hablar con los demás padres. Y tampoco siento hacia los maestros ninguna simpatía.

—Pero forma parte del Consejo Escolar. Y ahí se entra voluntariamente.

—Sí, claro. ¿Qué mejor manera que estar dentro para comprobar si cumplen con su deber?

Cupido lo observó otra vez sorprendido. No era muy común expresar en voz alta un desprecio así hacia una profesión que en todos los medios de comunicación era generalmente valorada y ensalzada en toda su importancia, aunque luego ni el Estado ni la propia sociedad hicieran nada por dignificarla y rodearla de prestigio y de respeto. Público elogio, censura privada. Aquella era una contradicción que seguía sin resolverse: ¿por qué cuando por fin había triunfado el consenso histórico de extender la educación a todo el pueblo como la mejor arma para su redención y bienestar, en ese mismo momento sus principales protagonistas habían llegado al más bajo nivel de consideración social?

—¿Qué tiene contra el colegio?

—¿Eso no se lo han contado?

—No.

—Entre todos ellos mataron a mi hijo.

—¿En el colegio? —preguntó, otra vez desconcertado.

—Usted no tiene hijos.

—No —respondió Cupido.

Saldaña lo miró como si aún estuviera en lo alto del porche y él siguiera abajo, acaso arrepintiéndose de haberlo invitado a entrar, acaso preguntándose si las graves palabras que acababa de decir encontrarían eco en un hombre sin familia que llegaba hasta su casa vestido con un maillot de ciclista y a quien le pagaban precisamente para poner en duda las palabras que le decían. Sin embargo, comenzó a hablar:

—Sé que mi hijo era un muchacho difícil. Desde pequeño había sido demasiado inquieto. Ese tipo de niños que todo lo quieren coger y probar, que arrastran las sillas hasta las ventanas para asomarse al vacío y que se quedan mirando los enchufes como si tras ellos se escondieran tesoros. Ese tipo de niños que aterrorizan a los dueños de una casa cuando se va de visita. Yo mismo tenía dificultades con él, pero siempre terminaba escuchando si se le hablaba con tranquilidad.

Miró a Cupido para comprobar que entendía lo que le estaba diciendo. El detective asintió con un breve cabeceo.

—En el colegio había ido superando con alguna dificultad los cursos más bajos. Repitió un año. Pero en cuanto llegó a los superiores, los problemas se agravaron. No le gustaba estudiar y nadie de allí dentro supo explicarle la necesidad que todos tenemos de hacer muchas veces cosas que no nos gustan. A los suspensos en las calificaciones siguieron pronto las horas de clase expulsado en el pasillo, un castigo que si bien al principio le resultaba humillante y doloroso, no tardó en convertirse en una liberación, porque allí fuera nadie lo controlaba. Él mismo terminó provocando que lo sacaran del aula. La primera vez que lo expulsaron del colegio tres días fue por

insultar a un profesor que, al parecer, lo había humillado previamente. No crea que ahora pretendo excusarlo. Sólo quiero equilibrar las culpas. Al curso siguiente, sus deseos de salir de allí no eran menores que los de sus maestros. Desde fuera, yo me veía impotente para controlar aquella situación y, aunque le pedía que trabajara y tuviera paciencia, sabía que su desencanto ya era irremediable. Un día... —se detuvo, dudando si debía continuar.

—Sí —le pidió Cupido.

—Un día, en clase, con el jefe de estudios, ocurrió algo que no puedo olvidar. Mi hijo se había llevado al aula una escolopendra. Viva, pero encerrada en un tarro de cristal. Siempre le había gustado curiosear con ese tipo de animales. De alguna manera, Corona lo supo y dijo que si alguien tenía algún bicho guardado en la clase, que saliera a tirarlo por el váter. ¿Alguna vez le ha picado una escolopendra?

—No.

—Duele mucho, es como la picadura de un ciempiés. Y deja para siempre una cicatriz parecida a la que queda tras una operación donde te han dado muchos puntos —guardó silencio unos segundos—. Mi hijo la escondió en el bolsillo del pantalón. Aguantó el dolor del veneno antes que ceder ante el maestro. Llegó a casa con el muslo enrojecido e hinchado, pero no le oí ni un gemido ni una queja.

Saldaña miró la foto de la estantería y continuó:

—Poco después lo expulsaron definitivamente y, tal como marca la ley, hubo que buscarle un nuevo centro. Todos los colegios donde podría haber estado más o menos bien le cerraron las puertas. Supongo que habría llamadas de teléfono indagando, conversaciones preguntando qué tipo de alumno era, esas pequeñas suciedades e intrigas del corporativismo. Y un alumno con un expediente de expulsiones es al sistema educativo lo mismo que un hombre con antecedentes penales lo es a toda la sociedad: ya está marcado y no lo aceptarán en ningún sitio. Usted debe de saber de eso más que yo.

Cupido eludió la implicación personal que le proponía y permaneció en silencio. Pero claro que lo sabía. Él tenía una ficha con las yemas de sus dedos manchadas de tinta en los archivos judiciales de Breda y sabía cuánto le había costado instalarse. Y cuánta gente estaba esperando todavía que se buscara otra ciudad para vivir.

—En el propio colegio me sugirieron que lo llevara a un internado, lejos de aquí: un centro casi aislado en el campo, regido con una disciplina de cuartel o reformatorio donde encierran a muchachos que nadie ha podido manejar. Me negué, porque aquélla no podía ser la solución. La otra alternativa eran las viejas escuelas del cementerio, el único lugar de Breda donde lo admitieron. ¿Las conoce?

—Sí —respondió. Estaban en las Casas del Obispo, el barrio marginal de Breda. Al referirse a él, todo el mundo recordaba siempre la anécdota provocada treinta años antes por el error de un linotipista que trastocó dos vocales. El día de su inauguración,

un titular a cuatro columnas en un periódico regional anunciaba: «Un barrio para todos gracias al culo del obispo». Por allí se levantaron ocho aulas que nadie se ocupaba de reformar y que habían quedado húmedas y viejas. Un colegio antiguo y pequeño, con los cristales metódicamente apedreados cada cierto tiempo, con las paredes sucias de pintadas e insultos, con el porche en ocasiones manchado de excrementos, con un reducido claustro de profesores minado por bajas por depresión, incapaces de soportar la tensión de alumnos y padres reunidos en un gueto de míseras viviendas sociales prematuramente envejecidas donde Breda había ido arrojando todo lo que estorbaba en su rancia escala de estamentos aceptados. Una parte de la población del barrio había conocido en algún momento de su vida la cárcel o el prostíbulo.

—Aunque su estancia iba a durar menos de un año, quizá debí oponerme y no permitir que fuera allí. Pero pensé que podría venirle bien ver a otra gente que tenía mucho menos que él y que lo pasaba peor. Además, sólo era el resto de ese curso. Al siguiente iría al instituto.

Se detuvo y se mojó la boca seca con un largo trago de cerveza. Parecía estar tomando fuerzas para afrontar la parte más dolorosa del relato.

—Pero mi hijo era aún demasiado joven para aprender ese tipo de lecciones. Durante los primeros meses le preguntábamos qué tal iba todo. Se quejaba menos, estaba más apaciguado, aquel traslado parecía que lo estaba cambiando. Nos extrañaba un poco su tranquilidad, pero nos engañábamos diciéndonos que así son los adolescentes: se sienten angustiados en el lugar que les hemos preparado para que sean felices, y en cambio parecen dichosos en medio de las ruinas. Cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde. Habíamos confundido la causa de su aparente sosiego. No lo sospechamos al principio, porque siempre le dábamos poco dinero y hasta más tarde no comenzó a robar en casa. Pero ya estaba sacando los propios productos de la parcela: kilos o cajones de las frutas o cosechas que recogíamos. Cuando nos lo contó, nos admiramos de que hubiera podido desarrollar tanta astucia para ocultarlo. Más tarde llegaron los robos sin disimulo, la desaparición de esos objetos de valor que están tan guardados que tardas un tiempo en advertir su falta. Fue un proceso fulgurante. Dieciséis años y en unos pocos meses ya no podía prescindir de pincharse. El mechero, la cuchara y la jeringuilla en un bolsillo de la cazadora. Mi mujer y yo intentamos por todos los medios sacarlo de aquello. Lo vigilábamos, estábamos con él a todas horas, nunca lo dejábamos solo. Le repetíamos el daño que se estaba haciendo, sin conseguir otra cosa que aumentar su inquietud y su remordimiento, pero también, al mismo tiempo, su necesidad de apaciguarlos con una dosis. Llegué a encerrarlo abajo, en el sótano, y parecía que iba a tumbar la pared a cabezazos. Cuando nos convencimos de nuestra incapacidad, lo llevamos a uno de esos centros de desintoxicación. También para que dejara de odiarnos de aquel modo. Y otra vez

era demasiado tarde. Se había contagiado. Quizá ahora habría podido ir viviendo de un modo más o menos soportable, pero hace cuatro años aún no había una terapia adecuada.

De nuevo se detuvo unos segundos, para beber el resto de la cerveza y seguir con aquella expansión que debía de resultarle al mismo tiempo dolorosa y benéfica. El relato de cómo la desdicha había irrumpido en su casa para trastocar los sueños de una vida idílica, para anular la pretensión de no ser un simple campesino encofrado tras una capa de suciedad y sudor que abastece de alimento a la ciudad a cambio de unas monedas que guardará celosamente bajo una piedra. Había comenzado hablando con esa neutralidad de quien sospecha que su interlocutor no podrá comprenderlo ni compartir sus razones, pero la silenciosa atención de Cupido le había hecho ir enfatizando sus palabras. Ahora ya no sólo le contaba su historia: al contarla parecía que de nuevo la estaba sufriendo.

—Al principio, después de su muerte, el aturdimiento no nos dejaba pensar. Era demasiado evidente el hueco en la casa, en la mesa donde comíamos, en su habitación. Una ausencia tan dolorosa que engullía cualquier intento de racionalizarla. Pero con el paso del tiempo se llegan a comprender las causas y a repartir las culpas. Sé la mía. También sé que si en el primer colegio lo hubieran tratado de otra forma no habrían llegado a expulsarlo y nunca hubiera sucedido todo lo demás. Hace cuatro años que lloro a mi hijo y todavía no me perdono a mí mismo, de modo que nadie puede pedirme que los perdone a ellos. Nadie puede pedirme olvido cuando ni siquiera he llegado a la resignación. En el Consejo Escolar donde se decidió su expulsión estaban De Molinos, Nelson, Larrey y alguno más. Pero no saque conclusiones precipitadas. Llegué a saber que, entre todos ellos, Larrey fue el único que abogó por concederle otra oportunidad. De modo que hacia él sólo sentía agradecimiento.

* * *

Tal como había planeado, al salir de la finca de Saldaña tomó la carretera del sur, desoyendo el desafío a sus piernas y pulmones que siempre representaban las duras rampas del Yunque y el Volcán donde la naturaleza no había podido ser vulgarizada por la mano del hombre. Porque, además, la escalada le exigía la entrega incondicional de todas sus fuerzas y una concentración que le impedía cualquier otro pensamiento que no fuera el cálculo del esfuerzo. Y ahora necesitaba remover en su cabeza las palabras de Saldaña, analizar los vínculos entre los maestros del colegio y el único padre del Consejo Escolar que tuvo alguna posibilidad de ver aquella noche la nuca de Larrey.

Había concluido esa primera parte de la investigación que siempre consistía en

hablar con todos los implicados, como el médico que, incluso antes de conocer los resultados de análisis, escáneres y radiografías, interroga al paciente sobre sus síntomas y sus propias sospechas, sus hábitos de vida, sus alergias, sus operaciones, su pasado de salud o de dolor. Y como el buen médico, se cuidaba mucho de precipitarse en el diagnóstico para no iniciar una terapia equivocada cuyos efectos secundarios pudieran retrasar la devolución del bienestar.

Lo cierto es que se sentía desconcertado y no sabía qué camino seguir. En aquella muerte no imaginaba cuál era el móvil, quién el culpable, por qué el disparo. Había visto ya demasiados delitos de todo tipo para saber que no había uno igual a otro, que de todos ellos no se podía sacar una norma común. Cada uno había sido distinto del anterior, cada impulso había buscado un daño o una ejecución diferente. En algunas ocasiones le había resultado fácil encontrar los motivos por los que matar; en otras, lo fácil fue encontrar al homicida, no sus motivos. Pero esta vez se reunían las dos incógnitas: nadie parecía tener ninguna razón para disparar contra Larrey. Si bien era cierto que algunos de los implicados se habían explayado hablando contra aquéllos a quienes odiaban —limitando así el tiempo para elogiar a los que apreciaban, como si el odio ocupara muchas más horas de sus pensamientos que la amistad—, nadie había dicho nada contra él.

Sin embargo, su trabajo consistía en desmentir las apariencias. Sabía que toda vida es siempre demasiado larga para no haber cometido algún error o haber causado algún daño; sabía que no hay nadie que no esconda un secreto más o menos vergonzoso y que muchos serían capaces de hacer cualquier cosa por mantenerlo oculto. Su profesión, como muy pocas, le había hecho conocer la variedad de impulsos que mueven a los hombres a hacer daño a otros hombres y le había planteado algunas preguntas sobre sí mismo: cómo seguir ejerciéndola sin perder los restos de esperanza indispensables para seguir creyendo en la bondad. Penetrar en el corazón de las tinieblas de tanta gente le había revelado que, en ocasiones, los límites del mal se saltan con gran facilidad, incluso por las gentes más normales y tranquilas y anodinas. A veces recordaba la afirmación de Warhol de que a todo el mundo le llega en algún momento de su vida la oportunidad de ser famoso durante cinco minutos. Él no creía en esa afirmación. En cambio, creía que la que sí les llega a todos es la de hacer un daño irreparable —si se sienten seguros de su impunidad— en esos cinco minutos. Y no tener un arma cerca es conveniente para pasar por ellos sin perder la inocencia.

En el trabajo que ahora lo ocupaba, a alguien se le había ofrecido esa ocasión y no había dudado en aprovecharla. Todo indicaba que ese alguien tenía uno de aquellos rostros: el atractivo de Nelson, el afectivo y asustado de Rita, la expresión de víctima herida en su orgullo del anterior director, De Molinos, el gesto receloso de Julita Guzmán o el apagado y triste de Saldaña, el pulcro y pasivo de Corona o el enérgico

de Moisés. Excepto el objetor de conciencia, cuya presencia en el colegio no dejaba de ser incontrolable, anacrónica y extraña, los otros seis habían salido aquella noche del bar antes que los demás y cada uno había terminado —decían todos— yéndose solo a su casa. Cualquiera de los siete podía haber seguido a Larrey hasta el despacho.

Había llegado a una de esas interminables rectas tendidas sobre una carretera que apenas parecía ascender, con una cota que la lejanía hacía parecer suave, pero que en anteriores ocasiones había terminado agotándolo, porque su engañoso aspecto le impedía regular un equilibrado desgaste de sus fuerzas. Para correr, nunca le habían gustado las carreteras con largos tramos rectos: remarcaban la soledad del campo, eliminaban la sorpresa de las curvas y adormecían la atención del ciclista y del conductor de automóviles de forma peligrosa.

Sin embargo, se dirigió hacia ella pedaleando sin levantarse del sillín, con la cabeza agachada y ayudado por la brisa que lo empujaba por la espalda. Aun así, llegó arriba sin aliento. Se detuvo a descansar en la cima que, al contrario de la vertiente por la que había llegado, caía bruscamente hacia el otro lado, en una bajada tan pronunciada que daba la sensación de que, si tomaba velocidad, antes de llegar al fondo podría despegar del suelo y volar sobre los campos de cereales. Las tierras de regadíos quedaban a sus espaldas, las aguas del Lebrón distribuidas desde el pantano habían ido muriendo unos kilómetros atrás, en las últimas acequias que aún alimentaban praderas de pastos o alfalfa y cultivos de poca sed como el girasol o la soja, anunciando así la transición hacia aquellos suelos más pobres y secos extendidos sobre un terreno ondulado por unas fuerzas geológicas debilitadas tras la lucha mantenida para elevar hacia el cielo, treinta kilómetros al norte, las moles casi gemelas del Volcán y del Yunque. Aún se demoró unos minutos en la cima, junto a la cuneta, contemplando al fondo los barbechos, las manchas verdosas de arbustos más duros, ásperos y resistentes que los propios árboles, la aldea bautizada con aquel nombre que siendo niño tanto lo atraía y lo atemorizaba: *Silencio*. Luego, dio la vuelta y se dejó caer de regreso hacia Breda.

No sabía por dónde avanzar. La única posibilidad era buscar en el banco de Julián Monasterio, comprobar si alguien de entre los siete rostros también tenía contratada una caja de seguridad. Si aparecía un nombre, acaso el camino se despejara. Pero para conseguir aquellos datos del banco era necesaria una orden judicial que a él, un detective sin otro vínculo con las instancias de poder que su amistad con un teniente de la Guardia Civil, le estaba vetada. Sólo Gallardo podría tramitarla. Y para eso tendría que contarle cómo sabía que la pistola había salido de allí y, con ello, implicar a su cliente, cuando el secreto había sido la primera condición que le impuso al contratarlo... Demasiados obstáculos para resolver. A menos, pensó, que también el teniente aceptara un secreto de sumario sobre el propietario del arma, un precio que

sólo se avendría a pagar si confiaba en llegar por ese camino hasta el culpable. Bien, podría intentarlo, se dijo al fin, cuando estaba arribando a las primeras casas de Breda. Sólo tenía que convencer a su cliente para que le permitiera iniciar aquella negociación.

Cansado, se bajó del sillín, ya dentro del garaje, miró el controlador del manillar y comprobó que había hecho casi setenta kilómetros. No estaba mal, aunque en aquel momento tuviera la sensación de que, si daba un paso, las piernas se le iban a desprender de las caderas.

Subió a casa, se duchó y calentó una de aquellas comidas preparadas que cada vez consumía con más frecuencia. Antes de marcar el número de Julián Monasterio comprobó los mensajes del buzón de voz. Su cliente se había anticipado: quería hablar con él y le pedía que lo llamara lo antes posible.

Él mismo descolgó al primer timbrazo. Su voz revelaba impaciencia cuando se precipitó a decirle:

—Tenemos que hablar enseguida. Ha ocurrido algo. ¿Puede venir a la tienda?

—En diez minutos estaré ahí.

Dejó el plato sucio encima de la mesa y fue a su encuentro. La puerta ya estaba cerrada, pero Julián Monasterio lo esperaba y le abrió en cuanto lo vio llegar a través de los cristales del escaparate.

Detrás del mostrador había dos mesas llenas de ordenadores, algunos con las cubiertas levantadas, y aunque era una tienda donde se vendía la más sofisticada tecnología, no dejaba de tener cierto aspecto de taller donde la manipulación mecánica aún no había sido borrada de la lista de tareas connaturales al hombre. En un rincón se acumulaba una pila de aparatos viejos, acaso con perfecta capacidad de funcionamiento, pero ya arcaicos y con insuficiente memoria y velocidad para mover los nuevos y exigentes programas. Fugazmente, Cupido pensó que no había otro modo: para avanzar, el hombre necesita abandonar residuos. La civilización se perfecciona en la misma proporción y velocidad con que aumenta la chatarra. La basura es el último precio a pagar por el éxito.

—Esta mañana estuvo en mi casa la Guardia Civil. Un hombre y una mujer, muy jóvenes. Saben que la pistola salió de los juzgados de forma irregular, pero no saben quién se quedó con ella. Están preguntando a todos los que trabajaban allí hace cuarenta años. A sus hijos.

—¿Qué les contestó?

—Lo único que podía decirles. Que no sabía nada, que nunca oí decir que mi padre tuviera un arma.

—¿Cree que los convenció?

—Creo que sí.

Cupido asintió con leves movimientos de cabeza, tranquilizándolo. Sin embargo,

dudaba de que aquel intento de Gallardo hubiera terminado. Lo conocía y sabía que si no encontraba respuestas volvería a insistir una y otra vez desde el punto de partida.

—Luego he seguido pensando. Y no estoy seguro de que algún compañero de mi padre o alguien que trabajara allí no sepa quién se la llevó. Algunos habrán muerto y otros no deben de saber nada. ¿Pero y si encuentran a alguien que recuerda?

El detective supuso que ambos tenían ante los ojos una misma figura, cuya aparente fragilidad e inocencia no eliminaban su condición de amenaza: la de uno de esos ancianos aquejados de achaques que apenas salen de su casa y que, cuando lo hacen, es para recorrer siempre el mismo itinerario; que olvidan el nombre de su interlocutor y tomar sus medicinas, y no recuerdan lo que les ocurrió o vieron el día anterior, pero que conservan una memoria petrificada donde están grabados de forma indeleble anécdotas y detalles de varias décadas atrás: el rayo de sol que iluminaba la mesa que ocupaba en su lejano despacho, el reo al que un día tomó el nombre y lo miró y supo que a pesar de todo era inocente, el destinatario final de una pistola embutida y oculta en un libro.

—Si alguien recuerda —respondió—, no será fácil convencerlos de que usted no sabía nada de ella. Conozco al teniente. No lo soltarían.

Julián Monasterio agachó la cabeza, desalentado, y el detective sintió de nuevo un brote de compasión hacia él, hacia su lastimera incapacidad para enfrentar un problema que nunca tendría que haber sido problema, hacia aquel estado suyo de derrumbe en el que cualquier novedad constituía un sobresalto.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Negociar —dijo, aunque temía que interpretara mal sus palabras. Su cliente le estaba pidiendo una salvación y él sólo podía proponerle una derrota honrosa.

—No tengo mucho que ofrecer.

—Creo que tiene tanto como ellos.

—¿Qué? —Mostró las palmas vacías de las manos, para que viera que no quedaba nada en ellas, ni siquiera la alianza que había dejado un pequeño aro de piel más blanca en el fondo del anular.

—Me contó que el día que dejó su caja de seguridad abierta alguien estaba esperando fuera del búnker, pero que no miró hacia atrás y no puede saber quién ni cómo era.

—Sí.

—El teniente daría cualquier cosa por saber de dónde salió la pistola. Porque debió de cogerla alguien que también tiene contratada una caja de seguridad. Con ese dato, todo le sería más fácil. No hay mucha gente que haya podido disparar contra Larrey. Si alguno de ellos tenía ese mismo servicio en el banco, sería una coincidencia muy reveladora, ¿no cree?

—Pero también verían mi nombre en la lista. Después de la risita de esta mañana,

terminarían sabiendo quién era el dueño. Y se preguntarían por qué no fui a decirlo antes, en cuanto supe que la habían robado. No creo que estén de muy buen humor después de lo que ha pasado.

—Pero eso es precisamente lo que le propongo: negociar. Un trato fuera del cuartel, sin testigos, sin un solo papel firmado. Decirle que sabemos el lugar de donde cogieron la pistola, aunque no sepamos quién lo hizo. Eso tendrá que averiguarlo él y podrá llevarse los laureles. A cambio, le exigiremos que el dueño verdadero a quien se la robaron quede completamente al margen.

—¿Sin que ni siquiera se haga público mi nombre?

—Sin que ni siquiera se haga público su nombre.

—¿Aceptarían eso? ¿La ley aceptaría eso? —preguntó con el mismo recelo que mostró el primer día para admitir que el azar estuviera de su parte.

—La ley pacta con personas mucho menos limpias que usted —dijo Cupido.

A veces tenía que aceptar trabajos de gentes que no le gustaban, que le ocultaban datos o que simplemente lo trataban con la displicencia de quien contrata los servicios de un desinfectador o de un perro, avergonzados de hablar con él e impacientes por terminar su relación. Pero por Julián Monasterio había sentido desde el principio la simpatía que le despertaba la gente desvalida y precaria. Sin conocerlo bien, su actitud le hacía pensar que sus problemas iban más allá de la pérdida de la pistola y que el castigo que estaba recibiendo era muy superior a su culpa.

—¿Está seguro de que me dejarían al margen? —insistió aún.

—Estoy seguro de que podría pactar con el teniente. En cualquier caso, también corre un riesgo si llegan hasta usted por otro lado.

Julián Monasterio se levantó de la silla y se quedó mirando a través del escaparate. La calle estaba casi vacía. Sólo pasaban algunos transeúntes, caminando deprisa. Pensó en su hija. Si no se daba prisa, no llegaría a tiempo para verla, para preguntarle qué tal le había ido con la nueva profesora y para darle un beso antes de que se marchara de nuevo al colegio.

—Lo pensaré —dijo volviéndose hacia Cupido—. Déjeme un día para pensarlo y mañana le daré una respuesta.

Capítulo 11

Sacó todas las piezas del maletín donde iban encajadas, un maletín pequeño, de suave piel negra, como una cartera de cobrador o funcionario que podía llevar a cualquier sitio sin que nadie adivinara su contenido. Las colocó sobre la mesa y comenzó a montarlas, siempre en el mismo orden ritual, tan inquebrantable para él como el orden de las partes de la misa para un sacerdote: la campana, el cuerpo inferior y el superior, el barrilete y la boquilla. Una vez completo, lo acarició con mimo y sólo entonces realizó el movimiento principal: ajustó la caña a la boquilla sin apretar demasiado la abrazadera.

Podría prescindir de muchas cosas en su vida: de una casa propia, de su mujer, del coche, del dinero y del trabajo, de toda aquella lista con que tantos hombres a quienes conocía intentaban rodearse de felicidad, mintiéndose y aceptando la mentira. Pero no podría prescindir de aquel objeto —un trozo de madera de ébano, hueco y acribillado por diecisiete taladros— que tenía entre las manos.

Aquél era el mejor momento de sus días, una hora antes de la caída del sol. Ya había regresado del colegio, había tomado café con su mujer, conteniendo la impaciencia, fingiendo que escuchaba sus rutinarias quejas o murmuraciones, para hacerle creer que también él se interesaba por lo que ocurría en la pantalla del televisor, en cualquiera de los estúpidos programas de media tarde que a ella tanto le gustaban donde aparecían gentes normales relatando sus desgracias más íntimas con un impudor que a él siempre le producía un poco de vergüenza. Cuando calculaba que ya había transcurrido el tiempo suficiente para eludir cualquier reproche de abandono, se iba al estudio insonorizado y la dejaba fumando uno y otro cigarrillo, descalza, nimbada en el sofá con tanta indolencia que daba la impresión de que el máximo esfuerzo que podía hacer era llevarse a los labios la taza de café. Pero la indolencia en una mujer también exige estilo —pensaba mientras se alejaba por el pasillo y veía sus zapatos en la alfombra— y tiene su momento: esos años, cifrados en la cuarta década de vida, en que la mujer madura, sin la energía ya de la juventud, aún sugiere, sin embargo, que puede erguir la cabeza y ser activa y muy activa en cuanto un estímulo de generosidad o una promesa de placer la pongan en movimiento. Antes de esos años, la indolencia habla de amargura; después de esos años pierde cualquier seducción y sólo indica pereza.

Con la puerta cerrada, sacaba de la funda las piezas del clarinete, lo montaba y lo acariciaba unos instantes y adaptaba el oído a la nota de sí. Siempre el mismo rito. Sólo entonces comenzaba a relajarse, presintiendo la llegada del bienestar. El mundo exterior del colegio, con los gritos estridentes de los niños, con las mezquinas envidias y la apatía de los maestros, y también el mundo interior de su hogar, al otro lado del tabique, iban alejándose poco a poco. Las notas que surgían parecían

agruparse como filamentos de una escoba que comenzaba a barrer sin esfuerzo, pero de un modo implacable, toda aquella triste vulgaridad que lo rodeaba. Al lado de aquella música cálida y aterciopelada, los demás sonidos humanos eran ásperos y prescindibles. No sólo los ruidos groseros con que un organismo imperfecto expulsa todo lo que no puede asimilar, también la voz era de una pobreza fonética lamentable. Incluso los ruidos de la naturaleza, los del agua o el viento, ¿qué podían enfrentar al adagio con que Mozart demostró a todas las generaciones de músicos anteriores y posteriores a él que aquel instrumento de viento hasta entonces menospreciado podía llegar allí donde llegaba el clavicordio? La pequeña pieza musical lo llenaba de un bienestar que no había encontrado en ninguna otra actividad, lo envolvía con un efecto sedante y benéfico en una burbuja sonora donde desaparecía el dolor de cabeza o de las cervicales, la tensión de mantener ante los demás su mentira de personaje necesario, la evidencia de su resignada infelicidad. En cuanto comenzaban a surgir de la campana, las notas del adagio empujaban las paredes y levantaban el techo, expandían la habitación y en su poderoso empuje iban borrando el mundo entero hasta que sólo quedaba un prisma infinito, vacío de todo lo que no fuera la melodía, en cuyo centro estaba él soplando, soplando, soplando hasta que sentía que se le desencajaban las mandíbulas y que los labios no coincidían uno con el otro.

Había aprendido a tocar desde muy joven. Su padre era clarinetista en la banda municipal de música de una ciudad de Levante a la que no había vuelto más que en fugaces risitas por motivos familiares. Lo había iniciado con un viejo requinto, sin apenas método, y le había dado los primeros consejos que aún recordaba con cariño. Le insistía en que al clarinete había que comenzar acariciándolo como si fuera una mujer y terminar tratándolo como si fuera un velero. Había que llevárselo a la boca como si se diera un beso, apoyando con dulzura y decisión la caña en los labios humedecidos, pero no llenos de saliva. Luego, a medida que el propio instrumento se envalentonaba, sólo era necesario acompañarlo, dejarlo sonar y darle todo el viento que pidiera, brisa o huracanes, sol o lluvia para una tarde de toros o un concierto.

Cuando tuvo las bases técnicas elementales comenzó a tocar en un grupo aficionado con vocación de jazz, porque veinte años atrás aquélla era la música de una progresía ilustrada que despreciaba con olímpico desdén los toscos repertorios de metales y percusión de las bandas municipales y sólo condescendía, con una mirada por encima del hombro, con los grupos de rock que también por entonces proliferaban antes de que los despedazaran los caballos. Cada temporada, él y sus tres compañeros subían a los festivales de San Sebastián y de Vitoria con ánimos de aprender y de reducir la enorme distancia que los separaba de Paquito d’Rivera o de Perry Robinson. Fueron años de ensayos constantes, de una fe ciega en sus posibilidades.

Sin embargo, el entusiasmo les duró poco tiempo, el suficiente para aceptar que

con sus escuálidos pulmones y su escaso talento nunca llegarían a nada. El grupo se disolvió por derribo al cabo de tres años, aburridos de lo poco que avanzaban, del escaso éxito y prestigio que conseguían entre las chicas, de su incapacidad para componer cuatro acordes originales y vibrantes con los que hacer que los zapatos despegaran del suelo.

Aquel tiempo, sin embargo, le sirvió para descubrir la riqueza de la música clásica, como si el jazz hubiera sido un trampolín que desde Bessie Smith, Duke Ellington o Charlie Parker lo enviara hacia las raíces más antiguas y profundas de cada instrumento. Había comenzado a deslizarse hacia atrás en el tiempo y, acaso porque ahora ya no pretendía ningún objetivo vicario que no estuviera dentro del pentagrama, había encontrado en los clásicos un placer más intenso que el del jazz. Mozart, Schubert, Schuman o Brahms eran como inmensos ríos profundos cuya cuenca, corriente y cauce nunca podrían ser conocidos en todos sus secretos; a su lado, Goodman o Armstrong eran arroyuelos cantarines llenos de limpieza, vitalidad y matices, sí, pero que nunca llegarían al mar.

Un día había escuchado en una audición el adagio del *Concierto para clarinete*, y orquesta de Mozart. Mientras duró la interpretación creyó que estaba rodeado de ángeles. Aquellos escasos siete minutos le parecieron lo más sublime que ningún músico había hecho nunca. El juego melódico entre el clarinete y los violines, el modo en que aquél iniciaba la frase para cederle enseguida el relevo a la repetición de las cuerdas, era de una perfección inefable. Pero incluso cuando el clarinete se retiraba daba la impresión de que seguía allí detrás, al acecho, vigilando el comportamiento de sus compañeros de orquesta. Y todo aquel juego de reto, de pregunta y respuesta, sucedía en la primera parte, en apenas tres minutos. Porque luego era otra vez el clarinete quien ya tomaba definitivamente el mando de la pieza, como si, insatisfecho con el trabajo de los otros, los hiciera callar para quedarse él solo en un glorioso rompimiento de gloria que sólo al final permitía intervenir de nuevo al coro de violines.

Lo estudió con tanto ardor que nunca había vuelto a olvidarlo; no necesitaba mirar la partitura para saber cuándo se equivocaba. Casi todos los días en que se encerraba en el estudio comenzaba sus ejercicios con el adagio. Las notas iniciales del acorde —*do fa la, la sol fa*— tenían la cualidad de un columpio que lo elevaba del suelo y lo lanzaba al aire de pronto y sin pasos intermedios. Ahora también comenzó con él.

Pero esa tarde no encontraba ni el pulso adecuado de la interpretación ni la sensación de bienestar. Abrió y cerró los puños, intentando relajarse, y apretó el cinturón abdominal antes de comenzar de nuevo.

A los diez minutos seguía igual de tenso y torpe. Sus dedos caían sobre espátulas y anillos de una manera rutinaria, parecían los de una mecanógrafa, no los de un

músico.

Al forzar un acorde, notó cómo la caña se rajaba entre sus dientes y cómo una astilla del bambú se le clavaba dolorosamente en la lengua. Apartó la boquilla y se escupió en la palma de la mano: la saliva salía enrojecida. Dejó el clarinete en la mesa con un gesto de asombro —nunca antes le había pasado aquello— y fue a recostarse en la *chaise longue*, dispuesto a cerrar los ojos durante unos minutos y no pensar en nada.

Era imposible, no lograba olvidar el colegio. Desde que se había hecho cargo de la dirección mantenía todo el tiempo allí una actividad incansable, respondiendo con esmero las cartas oficiales, organizando la documentación, las estadísticas de evaluación y los partes de asistencia, calculando las calorías del menú del comedor escolar, preocupándose hasta de los más mínimos detalles. Cuando regresaba a casa, en su cabeza seguían dando vueltas los trabajos dejados a medias, los asuntos y las llamadas pendientes. Tomaba un café con su mujer y le contaba con desgana alguna anécdota ocurrida en el colegio, esforzándose por ocultar que, en el fondo, no le importaba tanto el buen funcionamiento del centro cuanto mantener su derecho a exigir que los demás también fueran activos. Después de haber expuesto ante el Consejo Escolar su proyecto para la dirección y ser elegido, no podía dejar que todas las cosas siguieran igual. Durante algún tiempo tendría que cumplir al menos una parte de lo prometido. Sin embargo, no encontraba el valor suficiente para emprender las reformas anunciadas y enfrentarse a una mayoría del claustro proclive a la pereza. En realidad, estaba haciendo de la continuidad su norma de conducta y ni siquiera había sustituido a nadie del anterior equipo directivo. Y de esa inmovilidad derivaba su nerviosismo y su mala conciencia. Además, desde la muerte de Larrey le parecía que todo el mundo examinaba con lupa cada uno de sus movimientos y que cualquier error que cometiera sería magnificado. Le aterrorizaba la posibilidad de una nueva desgracia, de un accidente de un niño en el patio, del aumento del fracaso escolar, porque podría llegarse a creer que, desde que él había asumido la dirección, todo conducía al desastre.

Había cumplido cuarenta años y ya no iba a moverse de ciudad. En Breda esperaba la jubilación y envejecería. Ya era demasiado tarde para buscar otro destino y comenzar una vida diferente más cercana a lo que siempre había creído que era la felicidad. Durante años había intentado en vano el traslado a Madrid o a una de aquellas ciudades grandes y luminosas de la tierra de donde procedía. Pero entonces no tenía la suficiente antigüedad. Ahora ya sí, pero para qué. Por qué las cosas buenas le llegaban siempre demasiado tarde, se preguntó. Recordó con odio todas las trabas y limitaciones que durante una década le había puesto De Molinos desde la dirección, con una persistencia que él siempre creyó deliberada para que no pudiera ir acumulando los puntos y méritos necesarios, como si desde el primer curso en que

llegó al colegio ya hubiera visto en él la posibilidad del daño, la presencia de un enemigo. Ahora ya lo eran, claro, y ante nadie había disimulado que en todos sus esfuerzos por desbancarlo de la dirección contaban menos el dinero y el afán de poder que la revancha y el rencor que había ido madurando contra él. Porque sin sus impedimentos habría podido conseguir el traslado adquiriendo otra especialidad. La asignatura de inglés ya estaba demasiado saturada, no salían plazas y la competencia era muy dura. Pero él tenía suficientes conocimientos para haberse especializado en música sin demasiado esfuerzo. Y entonces hubiera podido ir a donde quisiera. Había solicitado dos veces la asistencia al curso y en ambas De Molinos, haciendo uso de sus prerrogativas como director, había propuesto a gente afín y torpe que nunca podrían señalar la diferencia entre una corchea y una fusa, que no sabían tocar un instrumento y que posiblemente no conocían de Mozart más que lo que habían visto en *Amadeus*.

¿Por qué entonces el viejo se había atrevido a mostrar aquella expresión de sorpresa y de desprecio cuando, solos los dos en el despacho, le dijo que iba a presentarse a la elección, aquella mueca de burla que hizo definitiva una decisión que todavía entonces hubiera podido ser revocada? ¿Hasta tal punto estaba seguro de su sitial que ni siquiera se tomaba en serio el anuncio de un desafío?

Pero lo peor de todo era haber llegado a odiar así por causas tan pequeñas y mezquinas, haberse dejado invadir por la amargura sin haber mediado, a cambio, un motivo grande y poderoso, una pasión que justificara la intensidad del odio. Si las discrepancias laborales habían llegado a alimentar tanto encono, ese hecho revelaba de forma incuestionable la mediocridad de los impulsos que manejaban su vida.

Se levantó de golpe para evitar la imagen de Rita en la que siempre desembocaban aquellos pensamientos, incapaz de detenerlos antes de llegar a ella y contaminarla. Apoyó las yemas de los dedos en el borde de la mesa y los forzó un poco hacia atrás, hasta sentir que el dolor le alcanzaba las muñecas. Entonces abrió y cerró los puños varias veces antes de coger de nuevo el clarinete. Al escupirse en la palma de la mano la saliva ya no estaba enrojecida por la sangre, como si la acidez de sus pensamientos hubiera operado también sobre su lengua cauterizando la herida. Cogió una nuera caña, más blanda, y la ajustó a la boquilla. Colocó la partitura en el atril por la primera página y se sentó rígido en la silla sin brazos, en el centro exacto de la habitación insonorizada, dispuesto a insistir hasta arrancarle al pentagrama su benéfica capacidad de ensimismarlo.

Al principio, las notas fueron saliendo perezosas, con esfuerzo. Sentía que no tenía aire suficiente para mantener la presión durante un *crescendo*, como si una ancha cinta le apretara el diafragma y no lo dejara abombarse y acumular el oxígeno necesario. Ralentizó aún más el ritmo, hasta que, poco a poco, le fue satisfaciendo. Sólo entonces volvió al principio, a las notas sencillas y primordiales —*do fa la, la*

sol fa— cuando ya cada dedo pulsaba la tecla justa el tiempo necesario y sus narinas se abrían aspirando el aire con codicia y notaba las primeras oleadas del bienestar llegando hasta sus pies, oyó que la puerta se abría un poco y vio a su mujer que se asomaba para preguntarle:

—¿Qué te apetece cenar?

Se sacó la boquilla de los labios, irritado, pero conteniendo la irritación como había aprendido en los últimos años, desde que aceptó la desaparición definitiva de la muchacha que un día soñó o inventó; la muchacha que, al volver de un viaje, se colgaba de su cuello y le besaba los labios y siempre le traía algún disco de importación o alguna partitura; la muchacha con la que, tiempo atrás, mezclando las lágrimas sobre las pieles desnudas, había llorado de tanto placer y tanta felicidad, y ahora, suavemente, casi sin darse cuenta, sin ser capaz de entenderlo, se había convertido en una mujer con la que dormía dándose la espalda y por la que había perdido toda curiosidad con el mismo implacable deterioro con que perdía el pelo y engordaba un poco y le salían las canas impensables unos meses antes.

—Cualquier cosa. No tengo apetito.

La vio volverse de espaldas, sin cerrar la puerta, vestida con un elegante albornoz de color naranja que no podía disimular el inicio de la decadencia de su espalda, de la nuca un poco hundida, de los hombros redondeándose, perdida la geométrica frescura que tanto le gustaba, inclinando la cabeza hacia adelante como si la tela le rozara una herida en la parte posterior del cuello. Desde el año anterior todo se había enfriado definitivamente entre ellos. Apenas hablaban de temas importantes, porque tenían miedo a sentirse aludidos y a ver reflejadas sus miserias; apenas se contaban nada de sus lecturas o sus sueños, de sus idas y venidas, de sus proyectos cotidianos, porque ninguno era compartido. Se habían dado la espalda y hasta en la cama hacía tiempo que no se acercaba al lado izquierdo que ella ocupaba. Tal vez si hubieran tenido hijos... Pero también aquella posibilidad de gozo y de dulzura le había llegado demasiado tarde. Cuando Rita le dijo que estaba embarazada casi no pudo creerlo. Recordó las visitas a las clínicas, quince años atrás, al principio esperanzadas, luego cada vez más breves y más lúgubres, las consultas a los ginecólogos para que los observaran y les preguntaran lo que a nadie le habrían permitido preguntar, y les hicieran desnudarse, y les estudiaran la sangre y el semen, y la sangre. Recordó la sensación un poco humillante de ponerse en sus manos como conejos de laboratorio, porque después de varios años de placer y también de felicidad ella no se quedaba embarazada. Hasta llegar al cabo de una tediosa sucesión de análisis y pruebas, de recuentos y gráficos, a una sola conclusión: era difícil que pudieran tener hijos, aunque acaso dentro de algunos años, con los avances de la ciencia... Eran jóvenes —les habían repetido todos los médicos—, muy jóvenes, y los niveles hormonales variaban misteriosamente con el tiempo. Cualquier cambio metabólico, cualquier

glándula recóndita y caprichosa que un día comenzara a rendir a pleno funcionamiento por un estímulo que la medicina aún ignoraba, haría cambiar la situación. Lo mejor era no obsesionarse —insistieron—, seguir intentándolo, disfrutando con la juventud y la felicidad y esperar a ver las reacciones del cuerpo. Si dentro de tres o cuatro años todo seguía igual, quizá podría intentarse un tratamiento químico. En Estados Unidos y en Italia estaban empezando a conseguir sorprendentes resultados con parejas desahuciadas...

Habían salido de las primeras consultas llenos de asombro y desconcierto. Apenas pisaban la calle se besaban y se deseaban desesperadamente, incapaces de comprender que dos cuerpos hermosos que parecían creados para el placer estuvieran vetados a la procreación. De modo que esperaron aquellos años y, al contrario de lo que habían temido, que su mutua esterilidad se les fuera convirtiendo en obsesión, la fueron olvidando o, al menos, callando. Todavía entonces se querían, vivían bien, sólo algunos días no hacían el amor y nunca prescindían de nada que les procurara bienestar. Y ahora, ahora, ¿cómo habían podido llegar a esta callada hostilidad un hombre y una mujer que quince años antes se amaban de aquel modo y se deseaban y se admiraban y se sentían tan seguros de que su amor era eterno como para decirse que nada, ni un hijo, les era necesario? ¿Dónde había estado la trampa? ¿Qué había ocurrido para que un hombre y una mujer que quince años atrás se hubieran reído de todas las amenazas externas y de todo mal augurio que alguien les hubiera presagiado para el futuro se evitaran ahora y apagaran la luz y se dieran la espalda para no verse? Porque la relación con Rita no había sido una causa, ni siquiera una excusa, sino la consecuencia inevitable de una fatiga que venía de más atrás y más abajo, como el humo lo es del fuego y el dolor lo es de un golpe en el rostro... Claro que sí era demasiado tarde y cuando él le dijo que no le gustaban los niños, su respuesta aún seguía taladrándole los oídos. «Entonces para qué mierda eres maestro».

Guardó el clarinete desmontado en el maletín y fue a la cocina. Su mujer estaba lavando corazones de lechuga y él sacó del frigorífico una rama de apio y un puerro. En el cenicero, junto a la pileta, de un cigarrillo encendido salía un humo negruzco que le molestaba los ojos y la obligaba a entrecerrarlos, endureciendo su expresión. En los últimos meses había engordado más de la cuenta, incluso un poco más de ese extra de carne que no sólo se le perdona a la mujer de cuarenta años, sino que a menudo se convierte en uno de sus principales atractivos. Sus pechos grandes ya no lo excitaban a la gula de los primeros años. Ahora le parecían dos grandes pasteles un poco pasados que sólo le producían empacho. Cada año iba haciéndose más débil, cada año aumentaban sus achaques, sus enfermedades de opereta y su consumo de medicinas, aunque el suyo fuera de ese tipo de organismos que en la misma medida en que reciben alivio de un fármaco sufren sus efectos secundarios, con lo que nunca gozan de un completo bienestar.

En cambio, no pudo evitar pensarlo, Rita, a los cuarenta años, aún sería una mujer muy hermosa. Nunca aparentaría esa edad antes de haberla cumplido. ¿Por qué no se había atrevido a dejarla? No ahora, hundidos ya en la indiferencia; antes, en aquellos años intermedios en que ella pasó por una furiosa época de celos, cuando por primera vez él comprendió que terminaría siendo inevitable la infidelidad con quien quería acapararlo de tal modo que se estaba convirtiendo en su sombra.

—Puedes ir poniendo la mesa. Yo termino con esto —le dijo señalando las verduras.

Llevó el mantel al comedor, casi aliviado de no estar junto a ella, y lo extendió sobre el tablero. Ese era el único tipo de palabras que les quedaban, los comentarios sobre la rutina doméstica, sobre la compra o la administración del dinero, la anécdota contada con desgana sobre unos conocidos o sobre las pequeñas incidencias del trabajo. Llegaría un momento, pensó, en que ninguno de los dos podría soportarlo, disimular que aquellas palabras y vulgares tareas comunes eran necesarias y sustentadoras: lavar unos corazones de lechuga, coser un botón, asistir muy de vez en cuando a un mediocre concierto provinciano. Se quedó un momento mirando sin ver las líneas rojas y verdes del mantel, con el repetido asombro de haberse convertido en otro hombre, en una parodia de lo que fue un día, el resultado de algo que tiempo atrás fue limpio y honesto y ahora era anodino y también un poco sucio, un amasijo de frases eficaces con las que durante unos meses había logrado engañar a una muchacha.

Capítulo 12

—¿Otra vez quieres hablar conmigo? —le preguntó Gallardo tendiéndole la mano.

—Ya lo ve. Parece inevitable que de vez en cuando tengamos que discutir.

Cupido lo había citado en un lugar neutro, en la cafetería del Europa. Transcurridos tres años desde los sucesos de El Paternóster, el hotel se llenaba de nuevo los fines de semana desde que la guía Michelin había vuelto a incluirlo en sus páginas. No quería ir al cuartel. Incluso se había atrevido a sugerirle que sería mejor prescindir del uniforme, porque la propuesta que iba a hacerle era contraria a las rígidas leyes militares que Gallardo tanto estimaba.

—Pero no puedo decir que me alegre de verte. Siempre que apareces de esta forma nos das trabajo extra —dijo forzando un tono irónico que no logró ocultar su curiosidad y su impaciencia.

—Usted sabe bien cuánto me necesitan.

El teniente sonrió sin enseñar los dientes, torciendo la boca a un lado mientras se sentaba en uno de los hondos sillones de la cafetería.

—No por mucho tiempo. A los detectives privados ya no os quedan muchas oportunidades. Del mismo modo que vuestra asquerosa profesión nació hace un siglo y medio, cuando el ejército dejó de ocuparse de los delitos civiles, morirá dentro de pocos años, cuando también a nosotros nos desplacen de estas funciones. Si te sirve de consuelo, los dos tendremos que buscarnos al mismo tiempo otro oficio.

—No creo que os jubilen. Sois el único cuerpo de funcionarios a quienes se les paga el sueldo con tanto mayor placer cuanto menos trabajo hacen.

—Te equivocas. El futuro está en el laboratorio y en los satélites, en el adeene y en los gepeeses. En toda esa mierda de iniciales que ni siquiera forman un nombre.

Un camarero se acercó a ellos y pidieron café. Gallardo esperó a que se alejara para continuar.

—Terminaremos reducidos a la vigilancia del tráfico, a la prevención en las calles y a ejercer de escoltas. Cuando surge algún enigma, ya apenas nos dejan intervenir. La consigna que más veces nos repiten desde Madrid es que no toquemos nada. Ahora las estrellas del espectáculo son los técnicos de laboratorio: cogen una muestra y en pocas horas te dicen a quién pertenece, qué edad y qué sexo, qué alimentación y qué costumbres, cómo fueron sus padres y cómo serán sus hijos. Un asco. A nosotros sólo nos queda ir a detenerlo. Eso de la deducción y la incógnita está pasando a la historia. Y sin embargo, sospecho que habrá casos oscuros que todavía nos harán necesarios. ¿De qué querías hablarme? —cortó.

—Del profesor que mataron en el colegio.

—¿También en eso te has mezclado? —preguntó, a medias entre el malestar por su intrusismo y la curiosidad por ver lo que sabía.

—Sí.

—¿Y?

—Tengo una información y quiero hacer un trato.

El teniente movió de un lado a otro la cabeza, como si se hubiera cumplido su temor.

—Lo suponía. Tanta discreción en este encuentro no podía indicar otra cosa.

—¿Qué quería? ¿Que se lo propusiera por escrito?

—No me toques los cojones, Cupido. Tú, más que un detective, pareces un comerciante. Y lo peor es que nunca es tuya la mercancía que ofreces. ¿Qué mierda tienes ahora para vender?

—Algo que lo acercará a la estrella de capitán —contestó sonriendo, haciendo caso omiso de su exabrupto. Como otros agentes que había conocido, también Gallardo oscilaba sin transición entre los dos extremos: o se esforzaba por hablar como un ministro, citando reglamentos y normativas, o maldecía como un presidiario, dando rienda suelta a la eterna inclinación militar hacia el lenguaje barriobajero.

—Déjate de chorradas. ¿Qué sabes?

—No le diré nada sin una condición.

—Sabes perfectamente que hay cosas que no puedo negociar.

—Y usted sabe que antes que nada sirvo a quien me paga. Y estoy seguro de que es inocente de todo lo que ha ocurrido —replicó. Era consciente de la excesiva solemnidad de sus palabras, pero sabía que aquel tipo de lenguaje que apelaba a códigos de conducta tan rancios como firmes era el que mejor podía convencerlo.

El teniente se quedó mirándolo a los ojos durante un tiempo que a Cupido le pareció demasiado largo.

—En los últimos años, en este país todo el mundo se cree que puede pactar con la ley y cambiar las reglas del juego. Pero que te quede claro que no voy a darte más de lo que ofrezcas —dijo al fin—. Espero que todo esto no sea una tontería. ¿Cuál es esa condición?

—Su nombre debe quedar en silencio. Sin filtraciones a la prensa. Hay más gente detrás que lo pasaría peor que él. Niños. Mi cliente —dijo, aunque aquella palabra siempre le sonaba extraña— aceptará su responsabilidad personal por un error que no debió ser nada. Que debió no ser nada —enfaticó.

—¿Hay algún delito?

—¿Delito? No —mintió. Sabía que la tenencia clandestina de armas por alguien sin licencia sí lo era. En cambio, para gente con permiso sólo era una falta administrativa. Pero aquél era un matiz que en ese momento carecía de importancia.

—Haré todo lo que pueda.

Cupido asintió levemente con la cabeza. Aquella promesa era suficiente.

—Sé de dónde salió la pistola. Una FN belga, modelo 1900. Con silenciador.

Una chispa de astucia y alegría culebreó en los ojos del teniente. Con las pistas embrolladas, sin intuiciones que seguir, con la investigación inmovilizada, aquella noticia era más de lo que esperaba.

—¿De dónde?

—De una caja de seguridad de un banco, donde estaba guardada. Mi cliente cometió el error de dejarla abierta, o mal cerrada. Una casualidad entre mil, entre un millón, pero ocurrió. Alguien la cogió luego, antes de que los empleados del banco vieran abierta la caja. Posiblemente alguien que estaba esperando para entrar en el búnker. Pero mi cliente no se fijó en quién era. No miró atrás.

El detective le fue explicando todos los detalles que conocía —la muerte de la madre y la herencia, la fecha del hurto, la pistola embutida en un libro, el nombre del banco— e intentó justificar por qué no había ido a denunciar su pérdida:

—No podía imaginar que alguien la utilizara de aquel modo. No es de esos hombres que piensan que sólo pueden esperar daño del resto de la humanidad y que, por tanto, viven en una permanente actitud defensiva. No es de esos hombres que nunca olvidan cerrar todas las puertas —concluyó.

—¿Cómo se llama?

—Julián Monasterio. Su padre trabajó en los juzgados hasta su muerte, hace muchos años. Parece que alguien de allí dentro le regaló la pistola, que a partir de entonces pasó a ser un objeto más de la herencia familiar. Para él, un objeto sin otro valor que el recuerdo. Su nombre debe de resultarle conocido: dos de sus agentes fueron a interrogarlo hace unos días.

—Y volvió a callarse.

—¡Claro que volvió a callarse! Ya había ido demasiado lejos para retroceder tan fácilmente. Después de todo lo ocurrido, ¿quién iba a creer aquella historia: que había cerrado mal su caja fuerte en un banco y que alguien le había robado una pistola camuflada en un libro y había dejado dentro todo lo demás, algo de dinero y un saquito con monedas y joyas? Nadie lo creería. Y sin embargo, acaso sea lo más cierto de toda esta historia. Además, es un hombre aturdido que duda sobre cada uno de sus pasos. Su mujer lo abandonó hace unos meses. Él se ha quedado cuidando a una niña de seis años.

—De acuerdo, de acuerdo. Un padre entristecido y desconcertado y temeroso que quiere proteger a su hija. Como miles de padres desde que las mujeres descubrieron que también ellas pueden marcharse del hogar sin que las devolvamos esposadas al marido. Pero no es mucho lo que me estás ofreciendo. Eso todavía no aclara nada —regateó.

—Puede ayudar a aclararlo. El autor del robo es alguien que también tiene contratada una caja de seguridad en el mismo banco. Habría que comprobar si alguno

de los clientes coincide con los implicados del colegio.

El teniente por fin se recostó hacia atrás en el hondo sillón de cuero. Las lámparas acentuaron el brillo de la piel de la cabeza por la que avanzaba la implacable herradura de la calvicie, en la que a Cupido siempre le era difícil imaginar un tricornio. Gallardo había sabido adaptarse al nuevo formato de una Guardia Civil purgada de adherencias oscuras y sangrientas. Una especie de cálculo y satisfacción le rondaba ahora la cara y el detective supo que todo lo que le había propuesto iba a ser aceptado.

—Esos datos sólo puede pedirlos un juez. Necesitaré un par de días para hacer un informe y convencerlo de que solicite una lista. No hay nada peor que un banco para soltar información sobre sus clientes. Miento —corrigió—, hay alguien peor: tú.

—No puede quejarse —replicó el detective—. Siempre le ofrezco más de lo que pido.

* * *

Había trabajado sin descanso toda la mañana y había resuelto muchas de las pequeñas tareas pendientes. Iba a ser la una, la hora en que Alba salía del colegio. Le había prometido ir a recogerla en lugar de Rocío. Le pidió a Ernesto que cerrara la tienda y caminó el corto trayecto que lo separaba del centro escolar.

En el patio, muchas madres esperaban a sus hijos. Aunque había también algún hombre, la mayoría eran mujeres, como si el cuidado y la atención a los niños siguiera siendo fundamentalmente una responsabilidad femenina. Casi todas jóvenes, charlaban en grupos y parecían alegres y felices. Tal vez lo eran, tal vez se sentían satisfechas con aquella existencia tranquila y sosegada donde sus hijos acaparaban todo el protagonismo e imponían el horario y la forma de sus vidas.

En las pocas ocasiones, en cursos anteriores, en que él había ido a buscar a Alba, el regreso hasta su casa, caminando, siempre se le había hecho muy grato. Su hija, contenta de tenerlo a su lado, le contaba lo que le había sucedido ese día, su satisfacción por la alabanza de la profesora ante un dibujo bien hecho, o su enfado en el recreo con alguna compañera. Ahora que estaban ellos dos solos, pensó que debería repetir con más frecuencia esos paseos.

Sonó el timbre y enseguida comenzaron a aparecer los niños. Los más pequeños, los primeros, salían aturridos, mirando alrededor como quien sale de un cine o de un teatro a una calle que desconoce. Pero tan pronto como localizaban entre los adultos el rostro familiar que los estaba esperando, perdían toda inseguridad y corrían hacia él para recibir el abrazo y el beso, la sonrisa, las palabras cargadas de entrañables diminutivos. Enseguida, a medida que aumentaba la edad de los cursos, su actitud iba cambiando. Ya salían hablando entre ellos, ajenos a todo lo demás, mirando con una

cierta displicencia a los pequeños que aún necesitaban a sus padres para volver a casa.

Alba venía de las primeras de su grupo y Julián Monasterio quiso creer que se debía a que era él quien la esperaba. Se agachó para besarla, le quitó la pesada mochila que debía de ser una tortura para su frágil espalda y salieron del patio cogidos de la mano.

—¿Qué tal el colé?

—Bien —respondió con aquel laconismo en que se encerraba ante cualquier pregunta que apuntara a sus emociones o a sus experiencias.

—¿Hoy también has estado con Rita?

La niña alzó sus grandes ojos —las largas pestañas que él le alababa a menudo diciéndole que parecían abanicos, las pupilas del color de las hojas de los chopos cuando están a punto de caer— para mirarlo preguntándose qué sabía él de su nueva profesora para llamarla por su nombre, qué confianza había establecido con ella cuando en todos los cursos pasados siempre era su madre la que conocía a los profesores y quien se encargaba de hablar con ellos.

—Sí —volvió a limitarse al monosílabo.

—¿Y qué habéis hecho? —insistió, procurando que su tono sólo revelara interés, que estuviera limpio de vigilancia y de preocupación y de acoso.

—Hemos hablado un poco.

Bien, muy bien, se dijo, cediendo a una oleada de gratitud hacia la profesora. Dudó si preguntarle de qué habían hablado, porque sentía curiosidad por saber cómo Rita había logrado derribar tan pronto las murallas de resistencia con que se blindaba su hija, pero se contuvo. No quería atosigarla.

—Creo que es un poco amiga mía —añadió de repente, todavía las palabras cautelosas y limitadoras, todavía la desconfianza sobre la fe. Pero aquel pequeño avance era ya un avance triunfal.

—¡Qué bien! —exclamó, y le propuso—: Antes de ir a casa con Rocío, vamos nosotros dos a tomar un aperitivo. ¿Quieres?

—Vale.

Se sentaron a la mesa en una terraza y pidieron un vermut, un refresco y un platito de aceitunas. Julián Monasterio vio a su hija picar con apetito, manchándose los dedos y las comisuras de la boca con el líquido de las olivas mientras observaba con atención a unas niñas que jugaban en el parque, al otro lado de la calle.

—¿Por qué no vas a jugar un ratito con ellas? —le preguntó.

Alba negó con la cabeza, sin hablar.

—Anda —insistió—. Yo te miro desde aquí.

—No las conozco.

—¿Qué importa? Así os hacéis amigas.

—No —dijo con firmeza.

Estaba pensando en pagar y marcharse, para pasar por la tienda antes de que cerrara Ernesto, cuando vio venir a Rita caminando por la acera. Traía una carpeta de color azul en las manos y cuando llegó junto a ellos se detuvo a saludarlos.

—¿Qué tal, Alba? —Le hizo una caricia en el pelo.

—Bien —susurró la niña con un hilo de voz.

—¿Estás tomando un refresco?

La niña asintió sin mirarla a los ojos, sin hablar. Julián Monasterio esperó unos segundos antes de intervenir.

—¿Te apetece un vermut, una caña?

Rita inició una protesta, temerosa de que él hubiera interpretado mal su comentario anterior, y arguyó algo de tener prisa, pero Julián Monasterio se levantó para acercarle una silla.

—Supongo que después de varias horas en el colegio hablando con los niños te vendrá muy bien a la garganta algo líquido —dijo, un poco sorprendido él mismo de la decisión con que estaba actuando.

—De acuerdo.

Se sentó con ellos y, mientras el camarero traía las consumiciones, le hizo a Alba algunos comentarios agradables a los que la niña apenas respondía, como si ahora que estaba junto a su padre relegara en él toda la responsabilidad de mantener la conversación, todas las respuestas.

Rita, sin embargo, no parecía sentirse defraudada. La siguió tratando con amabilidad y paciencia, aceptando sus breves movimientos de cabeza para afirmar o negar como si fueran tan dignos de consideración como la frase más elaborada.

Julián Monasterio se recostó hacia atrás en la silla y las estuvo observando. Recordó sus palabras durante la entrevista: «Y tampoco en casa hay que dejar de hablar con ella, de preguntarle cómo le va en el colegio, qué amigas tiene, qué hace en clase, cómo se porta». Le daba la impresión de que la profesora tenía en el trato con su hija algo benéfico o medicinal que le salía de dentro de un modo tan fácil que no podía ser únicamente fruto de su pericia profesional. En las ocasiones en que él mismo se había visto obligado a ser amable con algún niño con síndrome de Down o limitado por algún otro problema, siempre había sabido que su amabilidad era impostada, ficticia, y que todos —también los propios niños objeto de su atención— se estaban dando cuenta de que no actuaba con naturalidad. Ante aquellas criaturas siempre se había sentido incómodo. En cambio, la actitud de Rita hacia su hija no parecía conllevar ningún disimulo.

—¿Por qué no te vas a jugar un poquito? —volvió a insistir cuando el camarero llegó con las bebidas.

Alba aceptó ahora la invitación, como si comprendiera que los dos tenían que

hablar de algo que ella no debía oír. La ayudó a cruzar la calle y regresó a la terraza. Su hija llegó frente al grupo de niñas que jugaban en un rectángulo de arena y se agachó cerca de ellas, hundiendo también sus manos en la tierra, pero sin atreverse a abordarlas, esperando en vano que hieran ellas quienes vinieran a invitarla. Julián Monasterio pensó en ese momento que su actitud era la de quien ha decidido no pedirle nada al mundo para no recibir sus negativas y aceptar sólo aquello que le ofrecen.

—¿Cómo va Alba? —le preguntó.

—No es fácil —dijo mirándola, sola al otro lado de la calle, esperando sin fe la invitación—. Hoy hemos hablado un poco. De sus juegos. Me ha dicho que le gusta mucho bañarse en la piscina y en el mar.

—Es cierto. Como si flotando en el agua se sintiera más segura que pisando tierra firme. Antes, en los veranos, solíamos ir un mes a la playa. Pero este año, al quedarnos solos, no me pareció conveniente —añadió, consciente de que estaba entrando en un terreno conflictivo cuyo paso le había vetado a mucha gente.

—¿Fue en esos meses cuando Alba comenzó a hablar menos?

—Nunca había sido una de esas niñas parlanchinas que en la cola de los supermercados o en las salas de espera hacen sonreír a los adultos. Pero sí, cuando se fue su madre —continuó, y se dio cuenta de que al citarla no había dicho su nombre, Dulce, ni ninguna de aquellas palabras marcadas por el prefijo *ex* que de algún modo todavía sugerían algún tipo de vínculo— acentuó su tendencia al silencio. Supongo que los dos tenemos alguna culpa en no haber sabido evitarlo.

—Su madre, ¿vive en Breda?

—No. Se fue a otra ciudad. Dos fines de semana al mes viene a buscarla.

Su respuesta la sorprendió, porque normalmente eran los hombres quienes un día hacían la maleta y se marchaban dejando a la mujer el cuidado de los niños. La misma corriente de simpatía y el impulso de ayudarlo que había sentido por él cuando fue al colegio la empujó a decirle:

—Supongo que no es fácil. Que habrá momentos duros.

—¿Duro? Siempre es duro —respondió, evitando mirarla, desviando los ojos hacia su hija, que seguía jugando sola en la arena—. Pero puede soportarse. Uno se siente como un trozo de madera cuya mitad está hundida en el agua. Se mira desde arriba y parece que está partido por el medio. Sin embargo, aún está entero. Empapado, pero entero. No recuerdo cómo llaman a eso, tú debes de saberlo.

—Creo que se llama refracción.

—Refracción —repitió lentamente la palabra—. Te miras al principio y ves que estás roto, o torcido. Entonces te llevas la mano al lugar aparente de la herida y compruebas con un poco de incredulidad que, a pesar de todo, aún sigues entero, que todo está dentro, las vísceras y las glándulas, el corazón y los huesos.

Se detuvo, sorprendido de estar hablando así, de haberse saltado tan de pronto el terreno de prudencia o recelo que hay entre un hombre y una mujer casi desconocidos. Cogió el vaso de vermut, menos para calmar la sed que para ayudar al disimulo de su sorpresa por aquella confianza que había surgido entre ellos en un encuentro casual. Estaba vacío.

Desde la marcha de Dulce era la primera vez que hablaba así con alguien, íntima y serenamente, sin buscar el consuelo y la compasión ajena, huyendo de la imagen de ser un animal herido que gime para que lo acaricien, pero también sin la frivolidad que en ocasiones había visto en mujeres y hombres separados que bromeaban sobre su fracaso matrimonial y relataban anécdotas privadas con una alegría forzada muy cercana al ridículo. La primera vez que aceptaba hablar de su ex mujer con alguien que no la había conocido y que, por tanto, aceptaba el pasado como él lo contaba, sin hacer correcciones. La primera vez que ese mismo pasado parecía quedar atrás, enterrado en el calor insoportable de aquellos meses de verano, y no saltaba a contaminar el futuro como un perro rabioso.

Por un instante, sin embargo, aún se preguntó si la intimidad que la conversación había creado entre ellos no tendría su base en un simple atractivo físico. A él, Rita le gustaba, le gustaba mucho, desde sus jóvenes uñas sin esmalte a las pecas de la nariz y los pómulos, desde el movimiento de sus manos al coger el vaso a la forma de su boca: si bien sus labios podían dar la impresión de estar ateridos, en cambio la lengua que de cuando en cuando se atisbaba entre ellos era una promesa de calidez y dulzura que terminaba acrecentando el deseo de besarlos. Pero ella, ¿por qué lo escuchaba con tanta atención? No sabría decir si era la simpatía o una cierta obligación de su oficio lo que la había mantenido aquella media hora junto a él, pero se dijo que su forma de mirarlo, de escuchar y de hablar, que la falta de cautela en sus preguntas denotaban un interés que trascendía la simple curiosidad profesional.

* * *

Rita lo había escuchado al principio con sorpresa, extrañada de estar así, de pronto, sentada en una terraza y tomando un aperitivo con un hombre a quien apenas conocía. De hecho, no recordaba su nombre, sólo el apellido de Alba, y aunque en aquella media hora hizo esfuerzos por evocarlo —lo había leído en la ficha escolar de su hija—, cuando se despidió de él seguía sin saberlo. Pero lo verdaderamente extraño, y a la vez reconfortante, era la dignidad que transmitía al contarle su complicada situación personal. Las confidencias habían surgido de un modo natural, sin que ninguno de los dos las hubiera forzado. Y pese al triste contenido, su relato no había sido deprimente, porque la honestidad y delicadeza con que lo narraba habían neutralizado la incomodidad que sin ellas habría sentido.

Su sorpresa venía acrecentada, además, porque aquella conversación era el polo opuesto a su rutina diaria. En el colegio había un tácito acuerdo de no inmiscuirse en la vida privada —y en esa palabra se incluía cualquier cuestión que tocara aspectos sentimentales, familiares e ideológicos: es decir, casi todo lo importante— de los compañeros. Allí estaba prohibido hacer preguntas que pudieran contener una alusión a un conflicto personal, a un estado de ánimo. Los comentarios se reducían al tiempo meteorológico y a la actualidad deportiva, a los achaques de la salud, a la pereza por el lento desarrollo del curso, a quejarse de las dificultades disciplinarias con algunos alumnos, a lamentar la injerencia de los padres, aun cuando ella creía que la mayoría de los padres participaban demasiado poco en la vida escolar. Por eso, o quizá a consecuencia de eso, en el colegio no existían, salvo excepciones, amistades verdaderas. Ella la había sentido únicamente por Gustavo Larrey, pero él ahora estaba muerto. Y durante un tiempo había creído sentirla —y se había equivocado— con Nelson, porque hasta entonces pensaba que es inevitable que surja cariño entre quienes conviven varias horas al día. Pero no. En el colegio había aprendido que cuarenta personas pueden vivir veinte o treinta años juntas sin que entre ellas nazca una relación que vaya más allá del protocolo y la cortesía. De modo que también ella había terminado aceptando que aquél no era el lugar idóneo para dejar que los sentimientos se expandieran. Sólo con los niños, con los alumnos casi aterrados que llegaban a su gabinete, podía dar cauce libre a su afectividad y a su excedente de cariño sin que la miraran extrañados, a los breves y reconfortantes contactos físicos a los que estaba acostumbrada: tocar el brazo al saludar, acariciar el pelo ante un ejercicio bien hecho, apoyarse en alguien cuando se sentía muy cansada o muerta de risa. Cuando, al principio, lo había hecho de forma espontánea con algunos de sus compañeros, había visto cómo el brazo se tensaba o el hombro se retiraba perceptiblemente, como si esos gestos fueran extravagancias poco apropiadas al lugar. De ese modo había aprendido a contener las manifestaciones afectivas y ya no dudaba de que también ella comenzaba a ser aceptada como un miembro más de la Muy Seria y Respetable Cofradía de la Moderación.

También por ese contraste entre el seco protocolo del colegio y la intimidad de su conversación, el encuentro con el padre de Alba le había agradado tanto. Se habían despedido amablemente y cuando, antes de marcharse, le dio un beso a la niña, que había regresado junto a ellos cansada de esperar en vano una invitación para jugar, él le había dicho:

—Un día de estos iré de nuevo a recoger a Alba. Supongo que nos veremos por allí.

—Claro. Será un placer.

Al separarse, ninguno de los dos había mencionado la posibilidad de precisar una nueva cita, pero ella tuvo la íntima sensación de que se verían pronto otra vez y de

que tal encuentro ya no podía reducirse a un simple saludo.

Luego, mientras se alejaba caminando por la acera, sentía una especie de levedad que no se debía únicamente a los dos vermouths que había tomado. Cuando estuvo ante la puerta de su piso se sorprendió de haber llegado tan pronto. No recordaba haber hecho el camino, abstraída recordando sus palabras y sus gestos. De algún modo notaba como si la amplitud de su soledad se hubiera visto reducida en aquella media hora de charla. Desde la muerte de Gustavo Larrey estaba triste y comprobó —sin dejar de reconocer la dosis de egoísmo que esa comprobación revelaba— cuánto la ayudaba a soportarlo conocer otra clase de tristeza que no fuera la suya. De alguna manera, en aquel encuentro se había sentido como un ciego que, sentado en un banco de una calle, oye resonar otro bastón como el suyo acercándose por las baldosas de la acera. Era como si se hubieran reconocido y se hubieran puesto a hablar. Tenía veintiocho años y en su ambiente profesional —donde se pensaba que a toda confianza siempre le sigue la petición de un favor—, si no se resistía, no tardaría muchos más en entregarse al escepticismo y al recelo ante la aparición de súbitas confesiones de aquel tipo.

Se cambió de ropa, se lavó las manos y, mientras se miraba al espejo, descubrió que se sentía agradecida hacia él y que le gustaría hacer algo a cambio. Por vez primera en su vida la atraía un hombre que parecía desamparado, menos firme que ella. Intuía que a su debilidad y a sus estragos podría aportar un poco de seguridad y de consuelo. *Acaso me estoy haciendo vieja* y comienzo a sentir un ambiguo instinto maternal, le dijo al cristal con una sonrisa de coquetería.

Las últimas palabras le evocaron de inmediato el episodio de dolor y su boca volvió a cerrarse sobre los dientes. ¿Qué tipo de herida era aquella que, al regresar a su memoria, nunca parecía haber perdido profundidad ni virulencia y se negaba a dejarse cauterizar por el paso de los días? *No pienses, no pienses en eso* —se repitió—, *piensa en*. Se esforzó otra vez por recordar su nombre, sin conseguir evocar los sonidos o las sílabas que se asociaran a su rostro. Sabía que era un nombre sencillo, fácil de decir, pero no muy común, y probó algunos en voz alta, en vano. Vivía sola y nadie podía oírla.

Capítulo 13

Sus pupilas tardaron unos segundos en acomodarse a la brusca penumbra de la iglesia, un tiempo que siempre le producía un pequeño, pero intenso, brote de miedo: ya no veía lo que ocurría en la luz de la calle, pero aún tampoco veía nada del interior del templo. En ese momento de tránsito tenía la sensación de ser un ciego al borde de un precipicio a merced de cualquier vidente que quisiera empujarla al vacío. Cada mes que pasaba se sentía más torpe, más frágil y más lenta en reaccionar a cualquier estímulo, cada curso le costaba más esfuerzo controlar el frenético ritmo de los alumnos que día a día iban siendo más rápidos, más duros, más fuertes, más independientes.

A aquella hora de la tarde, las seis y media, el sol iba desapareciendo de los estrechos vinales y el pequeño templo contraía sus espadañas y se acurrucaba en la oscuridad como un caracol. Sólo la luminaria circular absorbía un poco de la cada vez más escasa luz exterior para dejarla caer lentamente sobre el atrio como una niebla húmeda y lenta que hacía bajar varios grados la temperatura.

Julita Guzmán retuvo un escalofrío y avanzó hacia la pila de agua bendita encastrada en una columna. Uno de los últimos rayos de sol rebotó en algún sitio y produjo extrañas chispas de reflejos en el agua, como si de la pila salieran mariposas. Se humedeció el corazón y se santiguó lentamente, dejando una pequeña mancha de humedad en su frente y en sus labios.

La iglesia estaba casi vacía. Sólo algunas figuras negras, de rodillas, parecían orar o pedir algo a la cruz o a los santos que las contemplaban impávidos desde sus hornacinas. Sin mirarlas, se dirigió hacia el sitio que ocupaba habitualmente, en el extremo de un banco de la mitad anterior, un pedazo de madera gastada que casi consideraba como suyo. Desde allí podía salir rápidamente a la calle en las contadas ocasiones en que el templo se abarrotaba, casi siempre misas de funerales por algún compañero muerto, pero también, en una ocasión, por un ex alumno del colegio, como aquél a quien habían expulsado y había terminado agonizando pocos años más tarde, víctima de una de esas enfermedades que ella nunca padecería y que tanta vergüenza le daba nombrar. Desde aquel asiento, además, estaba muy cerca del confesionario y podía ver si don Lucas se hallaba dentro. A ella le gustaba confesarse en días como aquél, días de entre semana, cuando no había que esperar y podía estar segura de que el sacerdote escucharía con atención sus pequeños pecados rigurosamente ajustados al catecismo. Los fines de semana el templo estaba demasiado concurrido, había mucha gente laxa que creía conseguir la salvación con la simple visita dominical, también algún turista apenas vestido, irrespetuoso y chillón. Sospechaba que los días festivos el sacerdote se impacientaba con ella, aburrido de escuchar siempre lo mismo. Julita Guzmán se decía que, puesto que todos

sus pecados eran veniales, don Lucas no quería entretenerse mucho con ella cuando los fines de semana llegaba a la iglesia tanta gente con el alma inquieta por ofensas, desprecios, robos, mentiras, por abandonarse al placer. Aunque, otras veces, esperando en su banco y viendo cuánto se demoraba con chicas o mujeres jóvenes, no lograba evitar las dudas y llegaba a pensar que la dejaba de lado para escuchar historias e intimidades más... Al fin y al cabo, el sacerdote era un hombre. Y estaba segura de que no existía ningún hombre sobre la tierra lo suficientemente disciplinado y casto como para resistirse a escuchar de labios de una mujer confidencias de ese tipo.

La mujer que ahora cabeceaba ante la rejilla era una anciana. No tardaría mucho. Julita Guzmán comenzó a rezar un padrenuestro, concentrándose para no equivocarse en los cambios del texto que aún era incapaz de mecanizar, atada al viejo orden de las palabras antiguas que seguían pareciéndole más solemnes y eficaces. Sin embargo, antes de terminar, su atención ya se había diluido en la placidez que le concedían aquellos momentos en la iglesia casi vacía, el único lugar público donde se sentía segura y encontraba la paz.

Aquella especie de agorafobia que siempre había sufrido se le había acentuado con los años y cualquier espacio donde se acumularan más de treinta personas le daba pánico, le hacía sentirse como una pluma a merced de una inminente estampida de búfalos. Cuando no podía eludir la asistencia a una aglomeración buscaba una pared donde apoyar la espalda, colocarse cerca de las salidas y rehuir cualquier contacto físico. A mujeres como ella, que nunca habían amado, a quienes nunca había tocado la dura mano de un hombre, tanta cercanía les resultaba insoportable. Había llegado a la conclusión de que el mundo estaba demasiado poblado y que por eso la gente tenía que apretarse —las bocas demasiado cercanas, el aliento y la saliva, las caderas rozándose al andar por las calles repletas, las nalgas y los vientres frotándose al esperar en las colas— dando lugar a tanta promiscuidad y a tanta violencia que podrían evitarse manteniendo vacío un espacio de seguridad. La cercanía, pensaba, es la primera condición para el contagio, y puesto que en todo ser humano hay virus, de índole física y moral, la mejor forma de profilaxis es la separación, cuando no un radical aislamiento.

Así que prefería las pequeñas y antiguas iglesias a la más solemne y ostentosa catedral, donde se sentiría apabullada por la abundancia de tumbas en el suelo y por la altura y grandiosidad de cúpulas, retablos, capillas, columnas, órganos, coros y rejerías. Aquéllas eran el ámbito idóneo en tamaño y decoración, porque, en el otro extremo, también despreciaba esas modernas parroquias de barrio construidas con cemento, pavés y ladrillo visto que prescindían de la nobleza de la piedra —*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

La anciana abandonó al fin el confesionario y Julita Guzmán fue a ocupar su sitio.

Se levantó un poco la larga falda gris para que no la incomodara al arrodillarse sobre la gastada pana roja del reclinatorio y repitió en voz baja las mismas palabras de siempre. A través de la rejilla oyó la voz cansada del sacerdote respondiéndole y, tras una pausa más larga de lo necesario, en su última frase creyó advertir los restos de un bostezo.

Siempre se confesaba en el mismo orden, repasando uno a uno los diez mandamientos para sentirse segura de que nada quedaba en el olvido. *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, y lo amaba y, si hubiera tenido poder, habría impuesto íntegros sus preceptos sobre toda la Tierra con la única ayuda de una legión de ángeles sin sexo, armados con los óleos y el cuchillo de los sacrificios. *No tomarás el nombre de Dios en vano*, y su boca sin labios sólo se atrevía a mencionarlo en la plegaria y en la catequesis, con tanta piedad que a veces, al susurrarlo, creía arder como una zarza. *Santificarás las fiestas*, y no sólo las fiestas, a menudo convertidas por la multitud ruidosa y perfumada en una mascarada de domingo, sino que casi todas las tardes iba a su iglesia a escuchar misa, desde hacía décadas, las mismas décadas que había empleado en adquirir un completo curriculum de bulas, jubileos e indulgencias con las que, sin embargo, no lograba sentirse totalmente segura de su salvación. *Honrarás a tu padre y a tu madre*, y aunque estaban muertos, cada día de Difuntos los evocaba con una memoria que aún no había dado la más mínima muestra de debilidad al recordar sus rostros, su rígida herencia moral. *No matarás*, y temía el color de la sangre y el contacto incluso con la de los niños más puros, y a nadie había matado, aunque en ocasiones se sorprendía de la turbulencia de su odio y deseaba que murieran algunos de sus semejantes. *No cometerás actos impuros*, desde hacía tantísimo tiempo, una mujer que nunca en su juventud abrió los muslos ni los labios, una mujer casta en una ciudad llena de lujuria. *No burlarás*, y nunca había robado un alfiler o una naranja, y ni siquiera cuando había podido hacerlo con total impunidad, en su trabajo de secretaria gestionando los fondos del colegio, había desviado a su bolsillo ni una sola peseta ni un regalo. *No dirás falso testimonio ni mentirás*, y a nadie mentía expresamente, si bien tenía que reconocer que no siempre decía toda la verdad, todo lo que sabía. *No consentirás pensamientos ni deseos impuros*, y de sus pesadillas había desaparecido todo lo que ella consideraba como *impuro*, los deseos de las lobas o la humedad de los cerdos. *No codiciarás los bienes ajenos*, y también cumplía ese último precepto, no tanto porque casi todo lo que necesitaba para su bienestar material presente y futuro lo había ido guardando ya en años anteriores cuanto porque lo necesario para su bienestar espiritual —no estar tan inmensamente sola y no tener tanto miedo— no eran objetos y, por tanto, no podría arrebatárselo a nadie sin que al cogerlo cambiara de sustancia.

Su confesión, pues, era un paseo triunfal por las avenidas de la virtud. Los pocos obstáculos que encontraba se reducían a pequeñas faltas veniales, a no haber

cumplido lo suficiente con el deber de caridad o a no haber luchado contra la pereza. De modo que no solía demorarse mucho en el reclinatorio. Porque lo que en verdad hubiera supuesto un conflicto irresoluble para don Lucas era un examen de conciencia sobre aquel undécimo mandamiento que no figuraba en las tablas de Moisés y cuya transgresión hacía estéril el acatamiento de todos los demás: y *al prójimo como a ti mismo*. A veces, con un atrevimiento sacrílego del que enseguida se arrepentía, Julita Guzmán se preguntaba por qué Cristo tuvo que añadir aquellas siete palabras, cuando sin duda también Él sabía que hay semejantes a quienes es imposible amar. O más aún, a quienes es difícil no odiar. Si bien ella procuraba aceptar *avant lettre* todos los pasajes de los dos testamentos, en aquellas siete palabras buscaba una alegoría que pudiera interpretarse en un sentido oculto o figurado. Porque era un precepto demasiado exigente, imposible de cumplir: si tanto esfuerzo costaba amar a un solo ser humano, ¡cuánto más suponía amar a toda una colectividad!

Pero pronto se reprendía por su falta de fe, por su flaqueza, por su arrogancia al dudar de la exactitud de los textos sagrados, precisamente cuando más necesario era ajustarse a la doctrina, en unos tiempos en que cada cual se atrevía a juzgar por su cuenta qué era o qué no era pecado.

Ahora ignoró de nuevo el último mandamiento y esperó la rutinaria absolución del sacerdote. La penitencia también fue la de siempre.

Don Lucas apartó la cortinilla granate y salió del confesionario. Lo vio subir la escalera del altar con paso cansino y esforzado. Algunas gentes más habían llegado para escuchar misa, pero a Julita Guzmán todavía le parecieron insuficientes. Los murmullos respondiendo a las primeras palabras del sacerdote no llenaban el espacio del templo, eran voces apagadas que hacían un desolador contraste con los gritos de los niños en el exterior, con los pitidos de los automóviles que penetraban en la intimidad de lo sagrado como una marea poderosa e indiferente a la solemnidad de la liturgia.

El acólito que lo asistía le abrió el libro por la página marcada y don Lucas, inclinándose muy cerca sobre él, comenzó a leer la parábola del día. *Presentáronle unos niños para que los tocase, pero los discípulos los reprendían. Viéndolo Jesús, se enojó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí y no los estorbéis, porque de los tales es el reino de Dios.*

Julita Guzmán se removió un poco en su asiento, incómoda, porque aquella tarde aparecían demasiados detalles inquietantes. ¡Y aún faltaba la hora de catequesis! Se había comprometido porque faltaba gente preparada que quisiera impartirla y don Lucas se lo había pedido con tanta insistencia que no hubiera podido seguir negándose sin revelar que no le gustaban los niños, que, como los discípulos en la parábola bíblica, prefería mantenerlos lejos de ella durante el mayor tiempo posible.

Porque, ¿cómo contarle al sacerdote que por su aversión y miedo hacia ellos se había vendido a Nelson cuando le propuso continuar en la secretaría, traicionando así dos décadas de amistad y confianza con el anterior director? ¿Cómo contárselo a nadie? Los niños eran seres diabólicos cuyos rostros tenían más atributos en común con las gárgolas de la cornisa que con los rosados angelotes que revoloteaban alrededor de la Virgen en los rompimientos de gloria de los cuadros del retablo. El primer artista que los pintó de ese modo tan inocente debía de desconocer su crueldad, su testarudez y su torpeza; estaba segura de que nunca se había encerrado durante cinco horas al día con veinticinco criaturas frenéticas por la excitación del juego, por las peleas y el contacto con los otros.

Acaso en algún tiempo habían sido de otro modo, dóciles y respetuosos; un tiempo en que se les podía azotar —sin saña, pero con la debida firmeza— sin que los padres vinieran a protestar como si hubieran recibido ellos los azotes, amenazando con denunciar y llevar el nombre y la foto del maestro a todos los periódicos del país, como si fuera un delincuente. Pero ese tiempo había quedado muy atrás, en una época dorada en que no había una sola palabra en todo el argot pedagógico que mereciera un mayor aprecio moral que la palabra *disciplina*.

¿Y qué podía hacer ella contra todo esto de ahora, contra niños y padres confabulados en la misma rebelión?

Don Lucas ya estaba ofreciendo la comunión. No lo había advertido y salió precipitadamente de su banco para llegar a tiempo antes de que terminara con las tres o cuatro mujeres comulgantes. La mano temblorosa del sacerdote puso en su lengua la oblea consagrada y Julita Guzmán se retiró despacio, con la cabeza agachada, sintiendo que el pan ácimo se le pegaba al paladar seco y gastado y que no tenía saliva suficiente para humedecerlo.

Se quedó sola en el templo cuando terminó la misa. Los niños no tardarían en llegar. Sentada en el banco, pensó en lo que iba a enseñarles ese día. A veces, antes de que Nelson ocupara el despacho, solía traer fotocopias de textos bíblicos, de poesías religiosas o de vidas de santos que hacía en la propia fotocopidora del colegio. Con De Molinos aquella pequeña infracción no constituía ningún problema; con su conciencia tampoco, puesto que no era su provecho, sino el apostolado, lo que la movía. Pero ahora no se atrevía a hacerlo. Aunque Nelson le había pedido que realizara su trabajo con la misma autonomía con que venía haciéndolo, ya no podía permitirse aquellas pequeñas libertades. Ciertamente que no era una cuestión económica, porque en definitiva las cantidades de dinero público desviadas para el servicio de la religión eran insignificantes, sino de comodidad. La última vez que había ido a una tienda de reprografía —tras el mostrador, chicas de labios rojos y uñas pintadas, indiferentes con ella, pero muy amables con los clientes masculinos, y sonrientes hasta el punto de que le habían hecho preguntarse por qué la gente sonríe tanto, qué

motivos de risa encuentra alrededor— a sacar copias de uno de sus viejos y amarillentos libros de oraciones y vidas de mártires, había sorprendido el gesto de sorna que se cruzaban las empleadas.

Don Lucas reapareció por la puerta de la sacristía. Se acercó a ella y le entregó una copia de la llave. Julita Guzmán adivinó cuáles serían sus siguientes palabras.

—Tengo que irme ya. Hoy me encuentro muy cansado. Cierre usted la puerta y mañana me da la llave.

No era la primera vez que ocurría, pero no podía negarse, y aunque al principio se había sentido orgullosa de aquel privilegio que se le encomendaba —custodiar la casa de Dios—, ahora ya no le gustaba nada quedarse sola en la iglesia. Cuando tenía que hacerlo, a medida que iba apagando las luces sentía crecer en ella el miedo al húmedo silencio de las piedras, a los huesos enterrados bajo las lápidas, al olor de los cirios recién apagados, a las cicatrices sangrantes de las viejas estatuas.

—¿Las clases van bien? —le preguntó el sacerdote de un modo que revelaba el deseo de escuchar sólo una respuesta afirmativa que no comprometiera su descanso.

—Bien. Aunque podrían mejorar si los niños pusieran un poco más de interés.

—El signo de los tiempos —replicó. La frase rutinaria de resignación y despedida que utilizaba siempre que no tenía nada que decir o no quería seguir hablando.

Julita Guzmán volvió la cabeza para verlo caminar hacia la puerta, oscuro y encorvado, de camino hacia la habitación que ocupaba en la casona parroquial. En momentos así le parecía tremendamente viejo y lamentaba la escasez de vocaciones que obligaba a la Iglesia a mantener en activo, sin jubilarlos, a ancianos decrepitos. Porque la gente joven seguía sintiendo un radical desdén hacia los templos y las sacristías. Y si había algunos que escuchaban la llamada interior que los convocaba en ayuda de los demás, dirigían esos impulsos hacia aquellas oenegés que en realidad tanto daño le estaban haciendo al apostolado, porque usurpaban desde el laicismo territorios tradicionalmente gestionados por los agentes del Vaticano.

De repente comenzó a impacientarse por la tardanza de los niños. La penumbra se había adensado y se precipitó hacia la sacristía para encender algunas luces. No había muchas bombillas ni eran muy potentes, pero su claridad la reconfortó enseguida. Introdujo unas monedas en el cepillo y encendió varias velas de un atril viejo y arrinconado entre los nuevos paneles de energía eléctrica. Le seguían gustando los añejos aromas a incienso y cera, aunque ahora ya apenas quedaban. Estaban siendo barridos por los agresivos olores de los productos de limpieza y por la mezcla de los perfumes que se ponían casi todas las mujeres, desde las jovencitas recién salidas de los colegios a las ancianas cuyos maquillajes no lograban ocultar que tenían edad para ser sus abuelas. Apagó la cerilla mientras oía las pisadas y las voces de los primeros niños. Al fin habían llegado.

Esperó a que se sentaran en los bancos y terminaran de charlar. Para ella, el

templo era, más aún que el aula, el lugar donde se guarda silencio, pero ni siquiera allí era fácil mantenerlos callados. Iba a santiguarse para iniciar la clase cuando advirtió la ausencia de Marta, la niña que con más atención la escuchaba siempre. A sus nueve años demostraba tanta bondad, inteligencia y fe en Dios que le había hablado de ella a don Lucas como una joya en bruto a quien debían cuidar para destinarla en el futuro al servicio de la Iglesia.

—¿Y Marta? —preguntó—. ¿Está enferma?

Los niños se miraron entre ellos, sin atreverse a responder.

—Beatriz —se dirigió a una de sus amigas—, ¿Y Marta?

—Ha dicho que no va a venir más —respondió la niña en voz baja.

—¿Que no va a venir... más? —preguntó con cautela, temerosa de lo que su pregunta podría desencadenar.

—No.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Sus padres se han hecho Testigos de Jehová.

—¿Testigos de Jehová? ¿Así, de pronto?

—Sí —repitieron varios, casi con vehemencia, como si, una vez comunicada la noticia, todos estuvieran impacientes por dar detalles.

Tuvo que sentarse en la silla que colocaba frente a los bancos, porque las piernas le estaban temblando. Una vez más tenía la evidencia de que, de un modo u otro —y a pesar de su larga edad, su jerarquía y el saber acumulado en treinta y cinco años intentando que no la engañaran—, en su relación con los niños ella siempre terminaba perdiendo.

Los alumnos callaron al ver en su rostro una decepción y un dolor que iban más allá de la impaciencia ante sus torpezas o su mal comportamiento. Como si ellos hubieran sido cómplices de la deserción de Marta, se quedaron inmóviles y silenciosos, un poco asustados de la forma en que la catequista los miraba, como si todos ellos fueran miembros de una secta. Un minuto más tarde, sin embargo, vieron cómo la profesora se levantaba con esfuerzo de la silla, se hacía un hueco entre ellos en el borde de un banco y se arrodillaba mirando hacia el altar. Luego escucharon sus palabras:

—Vamos a rezar todos un padre nuestro por el regreso de Marta al camino de la verdad.

* * *

Los niños ya se habían marchado. Recogió la silla y, al pasar frente al altar, se arrodilló, persignándose con lentitud. Estaba muy cansada. Apagó las luces en el interruptor de la sacristía antes de avanzar hacia la salida por la semioscuridad tan

grata a los murciélagos.

Ya en el exterior, hizo un esfuerzo para dar las cuatro vueltas a la llave de la pesada puerta. Todo estaba oscuro en la calle, como si el granito de los muros absorbiera la escasa luz de las farolas. Aligeró el paso hacia la avenida, donde aún había mucha gente caminando, a pesar del frío que llegaba anticipado en aquellos últimos días de septiembre. Cruzó un semáforo y, cuando estaba llegando a la otra acera, vio pasar a Moisés caminando junto a una chica. Iban cogidos de la mano. Él parecía no haberla visto y, contra su costumbre, Julita Guzmán miró unos segundos hacia atrás para comprobar si era la misma novia que tenía desde dos años antes. Claro que era ella. La chica vivía en un edificio frente al suyo y, unos meses antes, mientras hacía la compra en una tienda, había oído comentar que había roto con su novio. Julita Guzmán se alegraba de que todo fuera bien de nuevo.

Moisés le había causado desconfianza al llegar al colegio. Ciertamente que ése era un sentimiento que le producía cualquier ser humano capaz de hablar o de moverse bruscamente, pero con aquel muchacho tenía motivos para temer. Conocía a sus padres y sabía que desde que era un crío pasaba mucho tiempo solo en casa, porque ellos se dedicaban casi exclusivamente a atender el bar de su propiedad. A ella, que consideraba que la educación de un niño debía basarse en el control, la disciplina y el orden, tanta independencia desde tan pequeño le parecía una bomba de relojería hacia el futuro. Sin embargo, hasta el momento Moisés no parecía un muchacho proclive al descontrol o al escándalo. Ciertamente que no le gustaba su modo de vestir, ni el pelo tan rapado, ni aquel aro que llevaba en la oreja. Y aún le gustaba menos que fuera objetor de conciencia. A pesar de todo eso, no había tardado mucho en ganarse su aprecio durante el trabajo en el colegio. Con ella al menos, no era perezoso y solía cumplir sin protestas los pequeños encargos que desde la secretaría le encomendaba, incluso aquellos que no tenía por qué hacer, como sacar fotocopias o sellar los seiscientos libros de escolaridad, porque eran tareas catalogadas como de puesto de trabajo. En los recreos, cuando algún niño se lastimaba o se hacía una herida, Moisés —se negaba a llamarlo Momo, le parecía demasiado hermoso el nombre bíblico como para contaminarlo con un diminutivo de tan mal gusto— no tenía reparos en curarlos, en mancharse de sangre, algo que repelía a todos los profesores. Además, era muy limpio. Su pulcritud también la había sorprendido, porque siempre había asociado el cuero en el vestir y los pendientes en las orejas masculinas a una dejadez en la higiene que, al menos en su caso, estaba muy lejos de ser verdadera. De modo que no había tardado mucho en aceptarlo en el despacho y sabía que lo echaría de menos cuando se marchara al cabo de dos o tres meses.

También se alegraba de que hubiera vuelto con su novia, una chica que debía de ser algún año mayor que él y que acaso podría corregirle aquellos defectos de juventud que mostraba. Al terminar el curso pasado, y coincidiendo con el

comentario oído en el barrio, había llegado a sospechar que había algo entre él y Rita.

Ella nunca participaba en las fiestas gremiales que hacían sus compañeros. Sólo asistía a las cenas en las que se despedía a alguien que se jubilaba, porque ése era un acto casi solemne al que no se podía faltar sin que el homenajeado se sintiera ofendido. Las horas en el restaurante se le hacían siempre largas. No encajaba en aquel griterío de fiesta y alegría un poco beodas. No sabía sonreír a los chistes burdos y picantes que se contaban, ni se atrevía a levantar la voz con algún comentario ingenioso que, por otra parte, nunca se le hubiera ocurrido. Comía poco y no probaba el alcohol. Procuraba no moverse de su sitio y, si tenía que hacerlo, caminaba de puntillas. Nadie se ocupaba de ella y ella podía ocuparse de todos.

En la última cena de jubilación, Moisés y Rita se habían sentado cerca, y ella los había visto reír y había sorprendido desde su rincón sus miradas ocasionales, pero cómplices, por encima de las copas de vino, de los trozos de carne roja y de los ojos abiertos de los pescados, con una intensidad y confianza que apenas lograban disimular, poco convenientes entre una profesora y un jovencito objetor de conciencia. En las semanas que siguieron hasta final de curso, si alguna vez los veía cruzarse en el pasillo o coincidir en un despacho, procuraba observar el tono de sus voces o la calidad de sus miradas. Y aunque nunca volvió a advertir nada especial, había llegado a sospechar que eran... Se resistió a decirlo. Cómo la molestaba y la hería aquella palabra: ¡amantes! Le quemaba la boca, cada sílaba era un hierro al rojo vivo puesto entre sus labios.

Al final había terminado descartando sus sospechas, pero le había quedado una sombra de duda que las manos unidas de la pareja que ahora se alejaba por la acera, a sus espaldas, parecían borrar definitivamente.

Como si aquella pequeña revelación la hubiera vuelto más audaz, se desvió de la avenida y tomó un estrecho y oscuro callejón entre talleres cerrados y solares vacíos por donde acertaba el camino hacia su casa. Por allí no solían pasar coches.

Enseguida se arrepintió de haber elegido aquel itinerario. Algunas farolas estaban fundidas y las aceras sombrías y desiertas, sin portales de casas habitadas, le conferían un aspecto amedrentador. No quiso mirar hacia atrás. Apretó el bolso contra su costado y aceleró sus pasos. Su cansancio parecía haber desaparecido, pero cuando llegó al final y ya estaba en el cruce donde comenzaba su barrio, con las luces de algunos bares iluminando la calzada y el ruido de los automóviles que circulaban en ambas direcciones, se sintió agotada como un caballo viejo a quien se le ha obligado a correr una prueba para la que ya no tiene velocidad ni resistencia.

Entró en su casa, corrió los dos cerrojos y la cadena y, por primera vez en aquel reciente otoño, encendió el radiador para eliminar el temblor que la estremecía.

Capítulo 14

Era el primer día de clases por la tarde y tenía a Alba sentada junto a ella, codo con codo. Como las dos estaban cansadas en esa última hora, le había dado un folio y le había pedido que dibujara lo que quisiera, pero le había sugerido que quedaría muy bien un dibujo de su familia. En un primer momento, la niña había dudado, inmóvil ante el papel en blanco, como si una resistencia interna de sus músculos y tendones le sujetara la muñeca y su mano no pudiera avanzar libremente por el folio, como si intuyera una trampa en el intento de hacerle expresar con un lápiz lo que se negaba a expresar con palabras.

Rita se preguntó si no se estaba precipitando al pedirle algo que sólo le interesaba a ella. Desde el día en que Julián Monasterio —no había vuelto a olvidar su nombre; a la mañana siguiente se le había aparecido posado en la lengua, con aquella sílaba final tan contundente que, si bien al principio le sonaba un poco tosca, a medida que la pronunciaba iba adquiriendo una dulzura insospechada— y ella estuvieron en la terraza, mientras Alba jugaba sola en la arena del parque, lo había tenido presente en su cabeza. No de una manera permanente ni ostensible, sino como una sombra grata y sutil, como uno de esos delicados perfumes que sólo se hacen notar cuando un movimiento casual lo acerca al olfato, o cuando otro olor desagradable o agresivo hace que se recuerde y entonces se lleva la muñeca a la nariz para protegerse contra la suciedad de afuera. Su imagen entraba y salía de su cabeza sin que supiera bien bajo qué estímulos, pero sí sabía que siempre lo hacía por las zonas de luz, de una manera clara y diáfana, mostrando lo que llevaba en las manos, no como en el pasado lo habían hecho Nelson o Moisés cuando iban a su encuentro, siempre deslizándose clandestinos por las paredes en penumbra y dando la sensación —le parecía ahora— de llevar entre los puños objetos dotados de filo.

De modo que no había podido resistir la curiosidad de saber más cosas de él. Aquel... —cómo llamarlo: encuentro era demasiado poco, amistad era excesivo— con el padre de la niña había comenzado de una manera extraña, abordando su intimidad, o si no abordando, al menos inclinándolo a la confianza, cuando lo normal entre dos adultos hubiera sido comenzar hablando de lo trivial y dejar que poco a poco fueran aflorando, si surgían, las cuestiones más delicadas. Pero la conversación —y tampoco sabía precisar de qué forma— los había llevado directamente al corazón de sus preocupaciones y conflictos. Por eso, desde el día siguiente había sentido interés por conocer los detalles más sencillos de su vida cotidiana que equilibraran aquella inicial descompensación. No sabía casi nada más de él, de su trabajo, de su hogar, de sus gustos, de los lugares adonde iba en las horas en que no trabajaba o no se ocupaba de su hija. Sentía que había penetrado y conocía el interior de una casa de compleja arquitectura de la que, sin embargo, ignoraba lo

más sencillo y visible: la fachada, la puerta, las ventanas.

Sospechaba que, después de aquellas confidencias, tal vez se sintiera un poco incómodo, como quien durante una noche de alcohol o excitación habla demasiado de sí mismo y a la mañana siguiente se pregunta inquieto cómo utilizarán los demás esa información. No había vuelto a verlo en los seis días transcurridos desde entonces. Siempre era la mujer que la cuidaba —Alba le había dicho que se llamaba Rocío— quien venía a buscarla.

Así que se había decidido a pedirle un dibujo de su familia o de su casa, y la niña, al fin, había comenzado mientras ella abría un libro y simulaba leer.

Había dibujado en primer lugar, en el centro del folio, el rectángulo de una piscina cerrada con una doble línea, como si temiera que el agua pudiera salirse. Dentro, emergiendo del fondo, su propia figura. La limitada habilidad de sus dedos no había impedido plasmar una actitud de bienestar, el atisbo de una sonrisa de cuchara en su rostro entre un nimbo de gotas que caían del pelo.

Rita la había observado sin decirle nada, esperando la aparición del padre en el papel, confiando en que el dibujo ilustrara la idea que se había hecho de la relación de Julián Monasterio con su hija: la de una complicidad estrecha, excesiva y, por excesiva, poco conveniente para la serenidad de ambos. Una relación como una muralla frente al mundo exterior.

Efectivamente, su figura fue la siguiente en aparecer: de pie, fuera de la piscina, de frente mirando al agua. Alba había puesto bajo sus pies su nombre, PAPA, como si fuera consciente de la dificultad de los demás para identificarlo y quisiera dejar bien claro quién era quien estaba cerca de ella. El rostro del hombre no sonreía, pero tampoco mostraba nada amenazador o desagradable. Era tranquilo, inmóvil, neutro, y mantenía un notable equilibrio por la exacta simetría de sus extremidades. Sin embargo, advirtió que había pintado en los ángulos interiores de los ojos unos extraños semicírculos, como unos lacrimales excesivamente hinchados.

Cuando, incapaz de contener su curiosidad, la interrumpió para preguntarle qué eran, Alba contestó que los agujeritos por donde salían las lágrimas.

Retiró entonces del dibujo el dedo con que había señalado, con prevención, como si hubiera tocado sangre, como si hubiera llegado demasiado lejos con su curiosidad, conmovida por aquel detalle que revelaba una imagen del padre que sin duda había hecho una fuerte impresión en la hija. Aquellos dos lacrimales hinchados ponían una nota de tristeza, pero no contaminaban de pesadumbre el cuadro completo. Se alegró de que el retrato no lo evocara como uno de esos hombres aplastados por el fracaso que ya están impedidos para creer en la felicidad. No pudo evitar preguntarse cuántas veces lo habría visto llorar.

Dos niños aparecieron luego en la parte superior del folio, al fondo, con una pelota roja y verde entre ellos, jugando al fútbol, un poco ajenos a la atracción de la

piscina. Le preguntó quiénes eran y Alba le dijo el nombre de sus dos primos.

No le sorprendió que hubiera dibujado a su madre en último lugar. Sospechaba que el modo de pintarla —su detallismo o vaguedad, el tamaño de la figura, el hueco donde colocarla—, suponía el momento más conflictivo del trabajo. Alba se había quedado dudando y hubo un instante en que giró la cabeza hacia ella, como si fuera a decirle que ya había terminado o que no quería añadir nada más.

Pero ella había seguido con los ojos fijos en el libro que no leía, simulando que no advertía sus dudas y obligándola a tomar una decisión. La niña apoyó entonces el lápiz en la parte izquierda del folio y lo mantuvo unos segundos inmóvil. Luego volvió a levantarlo. Sobre el papel sólo había quedado un punto negro. Alba dibujaba muy bien y ella supuso que no era la dificultad técnica de plasmar la imagen de su madre —si se trataba de su madre— lo que la retenía, sino la duda misma de incluirla en un dibujo donde ya estaba su padre. Al fin, con un movimiento decidido, comenzó a delinear el tronco del que surgían las piernas, los brazos —de uno de ellos colgaba un paquete con apariencia de regalo— y la cabeza. Bajo su figura no escribió ninguna palabra.

—Estoy cansada —dijo al terminar.

—Vale. Ya no más. ¿Me cuentas un poco lo que has pintado?

—Papá —señaló con la punta del lápiz—. Yo. Mis primos. Mamá.

—¿Y la piscina? ¿Tienes piscina en tu casa?

—No. Es de mis primos.

—¿Te invitan?

—Algunas veces.

—¿Mamá te trae un regalo? —señaló su figura.

—Sí.

Se fijó en la figura de la mujer. La había colocado muy separada del padre, junto al margen izquierdo del papel, tan cerca del borde que el brazo derecho apenas le cabía dentro. Su pelo era largo y vestía una falda corta. Aunque su tamaño no era pequeño ni había descuido en perfilar los detalles, parecía una figura impostada en la escena, ajena al polo de atracción con que la piscina aglutinaba a los demás personajes, mirando hacia el exterior de la hoja, como si allí afuera hubiera algo que le interesara más.

—Es muy bonito. Me gusta mucho. ¿Me lo regalas?

—Sí.

—Lo voy a colocar en el panel —se levantó y lo clavó en el corcho con unas chinchetas—, para que todos vean lo bien que dibujas.

Alba esbozó una pequeña sonrisa y comenzó a guardar los lápices en su estuche, encajando cuidadosamente cada uno en el lugar que le correspondía en la escala cromática. Sonó el timbre. Rita le hizo una caricia en el pelo y dejó que saliera.

Encendió un cigarrillo y comenzó a fumar despacio, reuniendo las fuerzas necesarias para asistir al claustro. Estaba prohibido fumar en las aulas, pero ella sólo transgredía aquella norma al final de la tarde, cuando ya no entraban allí más niños y poco después venían las mujeres de la limpieza a abrir las ventanas, a barrer, a pasar la aspiradora por la moqueta.

Bajó la escalera y se dirigió hacia la sala de profesores. Ya estaban allí casi todos, callados o charlando en pequeños grupos afines. Era el primer claustro convocado desde la muerte de Larrey y, aunque durante días todos habían especulado y hablado mucho de él, ahora nadie evocaba su nombre en voz alta. La gran mesa rectangular los obligaba a verse las caras, precisamente en unos momentos en que todos trataban de pasar de puntillas y nadie quería ser objeto de la observación general. La sospecha de que entre ellos, codo con codo, pudiera haber alguien con las manos manchadas de sangre —o la posibilidad de que los demás lo pensaran de uno— enrarecía la reunión.

Pronto llegaron Nelson, Julita Guzmán y el pequeño grupo de rezagados que esperaban en el pasillo. Si en los claustros anteriores siempre se tenía que pedir insistentemente silencio, ahora todos parecían impacientes por escuchar las palabras de Nelson. Cualquier decisión que tomara sería analizada con atención, en tanto que revelaría —del mismo modo que, tras unas elecciones generales, los decretos del primer consejo de ministros revelan las intenciones de gobierno con más claridad que todo el programa electoral— cómo serían las decisiones que tomara en el futuro.

Julita Guzmán abrió el libro de actas para leer la de la reunión anterior, para su aprobación o no, pero Nelson le hizo un gesto de paciencia.

—Antes de nada, el equipo directivo quiere agradecer a todos el comportamiento y la serenidad que han mantenido en las dos últimas semanas, la dignidad con que han sobrellevado la desgracia que tanto nos ha afectado. Al expresar una vez más que todo se ha debido a un episodio de inseguridad ciudadana, provocado por alguien ajeno al colegio, creemos estar expresando la opinión de todo el claustro. También hemos agradecido al teniente la discreción con que está llevando a cabo su trabajo, procurando evitar la presencia de agentes en el centro, y así se lo hemos comunicado en una carta que está a disposición de quien quiera verla.

Hizo una pausa y deslizó los ojos sobre todos los maestros, como si comprobara que no sólo había captado su atención, sino que la había acrecentado con aquella nueva forma de llevar una reunión, ceremoniosa y solemne, con una expresión elaborada y un cuidado en los detalles que la diferenciaba sustancialmente de los modos de De Molinos, más tosco, autoritario y breve, dispuesto a eludir toda retórica y proclive a solucionar cualquier asunto por caminos más directos.

—Sé que todos seguimos afectados por la muerte de Larrey, y que aún nos afectará durante mucho tiempo. Pero un colegio se debe a sus alumnos y es fundamental que noten lo menos posible las consecuencias de lo ocurrido. La mejor

manera de lograrlo es volver definitivamente a la normalidad. Que el teniente haga bien su trabajo y nosotros hagamos bien el nuestro. Que las clases prosigan de la manera más eficaz, que los horarios se cumplan con rigor. Es la mejor ayuda que podemos darles. Por eso, aunque de ningún modo la olvidemos, este equipo directivo no volverá a tratar de un modo oficial el asunto de su muerte, a menos que surja una noticia objetiva en la investigación. Creo que el propio Larrey, que tanto se preocupaba por los alumnos, estaría de acuerdo.

Rita vio cómo había un asentimiento general de cabezas que, comenzando por la derecha de Nelson —como esas olas que recorren las gradas de los estadios de fútbol—, pasaba junto a ella y daba la vuelta a la mesa hasta morir en Julita Guzmán. Todos parecían compartir las ajustadas palabras del nuevo director que, en definitiva, podrían repetir luego fuera del colegio, acaso porque explicaban sus propios deseos mejor de lo que todos ellos serían capaces de explicar.

La secretaria comenzó a leer el acta de la reunión anterior, pero Rita no pudo prestar atención. Seguía pensando en las palabras de Nelson que invitaban oficialmente al olvido de Larrey, de un modo cortés, compasivo e incluso como un homenaje, pero a un olvido con el que todos parecían estar de acuerdo. Si su muerte en un principio había sido un acontecimiento brutal y doloroso, ahora, con el paso de los días, desaparecidos el dolor y la brutalidad y sin indicios sobre el homicida, sólo causaba una muy incómoda inquietud que era mejor apartar de lado hasta que otros —el teniente o el detective alto que un día rondó por el colegio— vinieran a eliminarla. Larrey estaba muerto y había que compadecer a su familia, pero para qué seguir lamentándose si al fin y al cabo todos ellos seguían vivos. Miró alrededor y se dijo que no era verdad que sus compañeros estuvieran tan afectados como Nelson había dicho. Dentro de pocas semanas nadie se acordaría de él, de la forma en que murió, de que no tuvo tiempo para que su cabello se volviera blanco. Escuchaban ya la lectura del acta que hacía Julita Guzmán y estaba segura de que ninguno se planteaba siquiera la posibilidad de pedir el traslado a otro centro que no estuviera manchado de sangre. Se sentían cómodos allí, en un destino tranquilo y rutinario en el que esperar la jubilación. Y si alguno de ellos, al retrasarse una tarde, con las clases terminadas, aún se inquietaba al caminar por un pasillo solitario y oscuro del colegio, su inquietud ya tendría menos intensidad que su pereza.

Julita Guzmán seguía leyendo rutinariamente el acta cuyos temas nadie recordaba. Rita sabía que no habría ninguna objeción, para terminar pronto e irse cuanto antes. En ese momento decidió que al menos ella sí pediría el traslado. No podía quedarse allí, conviviendo con la sombra de algo anómalo. Irse a cualquier ciudad dormitorio de una urbe grande y lejana, o tal vez a un pueblo de la costa donde en verano brillara mucho el sol y llegaran gentes rubias y altas que amaran el agua del mar y hablaran otro idioma, y en los inviernos fuertes ráfagas de un viento

salobre e higiénico ventilaran las aulas del colegio elegido...

A su lado oyó la voz de Matilde Cuaresma que le contaba a una compañera más joven un conflicto que había tenido en clase con uno de sus alumnos. La lectura del acta no era interesante y habían surgido ya algunos cuchicheos. Entre las palabras de la mujer de De Molinos distinguió claramente unas frases que allí —en la sala de profesores, en el lugar que debía ser el centro medular del colegio, de donde dimanara todo el fluido benéfico, como el altar en una iglesia o el reactor en una nuclear— le resultaban casi obscenas:

—En esos casos, lo mejor es ponerlos de pie en un rincón, mirando a la pared. Eso les duele mucho a los niños.

También Rita dejó de escuchar a la secretaria. Aquel comentario susurrado junto a ella incrementaba su malestar. Si a los niños se los veía como a enemigos molestos a quienes había que domeñar sin importar el modo, todas las decisiones tomadas en aquella sala de gestión no servían para nada. Papeles mojados para salvar las apariencias frente a la administración que se ignorarían en cuanto el maestro cerrara la puerta del aula a sus espaldas. Se dijo que no todos sus compañeros de profesión eran así, y que sería muy injusta si no supiera reconocerlos. Pero su estado de ánimo en aquellos momentos estaba demasiado bajo para ser ecuánime. Mientras Julita Guzmán leía las últimas líneas del acta, deslizó su mirada por los rostros colocados alrededor de la gran mesa rectangular, por las expresiones que apenas lograban disimular el aburrimiento y la impaciencia. Ésos eran los firmes pilares de la escuela pública. Tan seguros de estar haciéndolo bien como colectivo que ninguno de ellos sabía más de su profesión a los cincuenta años de lo que ya sabía a los veinte, tan satisfechos de su eficacia, preparación, entrega y resultados que la gran mayoría de ellos llevaba a sus hijos a la enseñanza privada. En una revelación repentina comprendió por qué los hijos de maestros casi nunca elegían continuar la profesión de sus padres. Además del poco aprecio social, desde sus primeros años debían de haberles oído quejas sobre su trabajo, sobre la ingratitud del entorno, sobre un malestar diario que se acercaba mucho a la amargura. Con mensajes así, era comprensible que ninguno de sus compañeros tuviera un hijo decidido a consolidar una tradición docente en la familia, como, en cambio, ocurría con tantos abogados, o médicos, o arquitectos, esas sagas profesionales cuyo prestigio va acrecentándose en la misma proporción en que las continúan varias generaciones.

De nuevo estaba hablando Nelson, abordando ya los puntos del orden del día: reuniones informativas con los padres, actividades extraescolares, detalles de organización interna, pequeñas modificaciones sobre burocracia y gestión.

Rita estaba esperando algo más, pero en quince minutos había terminado. ¿Eso era todo lo que tenía que decir? ¿Ésas eran las mejoras que a veces, cuando no era director, había expuesto como necesarias? Miró alrededor esperando algún

comentario, alguna pregunta, alguna sugerencia, algún atisbo de decepción que corroborara la suya y le indicara que no estaba sola, pero todos callaban satisfechos de que nada esencial cambiara. Hasta De Molinos parecía un poco sorprendido de que, en el fondo, aquel claustro se pareciera tanto a los que él había presidido hasta unas semanas antes.

Mientras hablaba, Nelson no había mirado ni una sola vez hacia ella, como si temiera encontrarse con sus ojos y ver en ellos la decepción.

Todo transcurría por los tranquilos cauces de la inercia cuando bajo el vago epígrafe de «Otros asuntos» se llegó al último punto previsto. Corona, el jefe de estudios, tomó la palabra para recordar las fechas de las celebraciones escolares y mostró algunas de las informaciones y convocatorias que se habían recibido.

—También ha llegado el flúor —añadió Nelson—. Os recuerdo que se les da semanalmente a los niños. El conserje os llevará una garrafa a cada clase.

—A la mía no es necesario que la lleve. No pienso ocuparme de eso. La salud de los niños es una responsabilidad de los padres y son ellos quienes deben encargarse.

Era la primera vez que hablaba De Molinos y todos miraron hacia él, extrañados por la dureza de su tono en un asunto tan baladí. Rita pensó que su intervención oponiéndose a Nelson se debía menos al pequeño trabajo de hacer que los niños se enjuagaran la boca con flúor durante un minuto que a la necesidad de rechazar alguna de sus propuestas y renegar así de su nueva condición de gregario.

—En todo caso, que venga alguien de Sanidad a dárselo. No es responsabilidad nuestra que a un niño le salga una caries. Será de los padres o de los médicos, pero no nuestra. Bastante trabajo tenemos con enseñar matemáticas, lenguaje y religión para además tener que encargarnos de sus hábitos de higiene.

Rita esperó que Nelson respondiera con alguna réplica rápida y brillante que anulara la oposición de De Molinos. Sus últimas frases la habían molestado profundamente. Por las especiales características de su propio trabajo, que a menudo se acercaba a lo terapéutico, se sentía aludida por ellas. Algunas veces había afirmado que enseñar a vivir respetando a los demás, odiando la violencia, manteniendo una mínima higiene... no sólo era tan importante como una ley física o un concepto de geografía, sino que ambos tipos de conocimientos no podían ser separados. Dudaba de que nadie pudiera amar las ciencias naturales, o las matemáticas, o el lenguaje sin amar al mismo tiempo los hábitos de limpieza, o el sosiego que se deriva de ordenar el mundo reservando un hueco para cada cosa y para cada ser vivo, o la confianza en el valor de la palabra frente a la fuerza. Y Nelson siempre había estado de acuerdo con ella. Por eso le extrañó la respuesta conciliadora y temerosa que ya estaba dando:

—Tal vez podamos arreglarlo de alguna forma.

Se irguió un poco en su asiento, curiosa por saber qué arreglo proponía. Miró a Manuel Corona, el jefe de estudios. Pero tampoco él, que siempre insistía en la

necesidad de cuidar la higiene en el centro y que daba ejemplo con su personal pulcritud, parecía dispuesto a intervenir.

—Tenemos flúor suficiente para todos los niños. Podemos escribir una nota a los padres. El que quiera, que traiga un recipiente. Se les entregan las dosis correspondientes a cada alumno y que cada cual las administre en su casa —propuso Nelson.

—Me parece lo mejor. Nadie puede obligarnos a hacer esas tareas —adujo alguien.

Estaba escuchando todo aquello con perplejidad y con un intenso sentimiento de vergüenza. No sabía si podían obligarlos a esa tarea en concreto, aunque sí a enseñar hábitos de salud. Del mismo modo, tampoco se decía expresamente en la programación que estaban obligados a atarle el cordón del zapato a un niño de tres años que se dispone a bajar una escalera de veinticinco peldaños, y lo hacían. Pero lo que aumentaba su irritación es que fuera precisamente Nelson quien había propuesto aquel... apaño. No encontraba una palabra mejor para nombrarlo.

—Bien. Entonces lo haremos así. Se repartirá el flúor a quien lo pida y nos olvidamos de ese asunto.

—Creo que no debemos olvidarnos de ese asunto —se rio de pronto negando sus palabras y esforzándose por contener la agresividad que sentía contra la mayor parte de los cuarenta rostros que la miraron sorprendidos por su reacción—. ¿Cuántos años lleva en marcha ese programa de salud? —preguntó.

—Diez o doce —dijo Manuel Corona.

—Y hasta ahora siempre se había cumplido.

—Sí.

—No creo que sea una buena idea abandonar uno de los pocos hábitos favorables que les hemos inculcado a los alumnos.

—Yo tampoco creo que diez o doce años sean suficientes para inculcarles un hábito —replicó una de esas voces incapaces de disociar el humor de la malicia o el sarcasmo.

—Por otra parte, sabemos que no vendrán a recogerlo precisamente los niños que más lo necesitan, aquellos cuyos padres no les han comprado nunca un cepillo de dientes —añadió, ignorando aquel comentario. En otros momentos hubiera sentido una cierta vergüenza al pronunciar palabras así ante tanta gente que fijaba en ella sus miradas, pero su exaltación las hacía coherentes con lo que antes había dicho.

Nelson se quedó mirándola como si calculara el camino más corto para atravesar un bosque, sin saber qué decisión tomar.

—Yo te dejo mi clase para que tú vayas a dárselo —oyó de nuevo a Jaime De Molinos, que había esperado un silencio para dirigirse a ella con una de esas réplicas malignas que siempre lograban dejarla sin palabras.

—De acuerdo, de acuerdo —intervino Nelson, conciliador—. Que cada cual haga lo que crea conveniente. Darlo en la clase o repartirlo para que se lo lleven a casa.

Distraída y debilitada, en silencio, ignoraba qué más temas se habían tratado, pero poco después vio que todos se levantaban para marcharse. No había escrito nada en el folio de la reunión: un papel en blanco que reflejaba mejor que ninguna otra cosa el vacío que sentía en su interior. Nadie había elevado la voz para apoyarla y aquella indiferencia general le recordaba que había más de un camino para llegar a herirla. Cerró su carpeta sin mirar a nadie, diciéndose que estaba sobrevalorando un asunto secundario que la irritaría de un modo inútil y demasiado duradero. Pero no podía olvidarlo. De acuerdo, se dijo, pediría el traslado dentro de unas semanas, en cuanto saliera la convocatoria.

De vuelta en el gabinete, estaba recogiendo su bolso cuando llamaron a la puerta y entró Nelson, cerrando a sus espaldas.

—¿Qué quieres?

—Has salido muy disgustada de abajo.

—Claro que sí. Y tú vienes a decirme que no me preocupe.

—Sí. A eso venía.

Lo miró a los ojos, buscando las palabras que no pudo decirle en la reunión.

—Me parece increíble cómo has cambiado. Si hace unas semanas me hubieran dicho que ibas a defender en un claustro a De Molinos, que ibas a estar de acuerdo con su pereza y con su forma de entender lo que es un niño y un colegio, no lo hubiera creído.

—No es así, Rita. Sabes que no es así. Un colegio no es un campo de batalla donde hay que aplastar al enemigo. A veces es necesario ceder en cuestiones pequeñas para no transigir con las más importantes.

—Eso ya lo he oído en otro sitio, y dicho con mejores palabras. Pero son precisamente las cuestiones en apariencia pequeñas las que diferencian a un colegio agradable y eficaz de una guardería o un reformatorio. Creía habértelo escuchado alguna vez.

—Lo que sé es que no merece la pena enfadarse por algo tan nimio. No está demostrada la eficacia del flúor.

—No, claro. Sobre todo en niños que sólo irán al dentista cuando tengan la boca podrida y ya sea irremediable. Este es un colegio público, no un internado de lujo. A algunos niños, o se les da aquí el flúor o no tendrán otra cosa. Sólo te falta repetir que a ti tampoco te importa que un grupo de alumnos tenga una caries más o menos.

Sentía tanta firmeza, tanta convicción en lo que estaba diciendo, que una cierta exageración en sus palabras carecía de importancia. Avanzó hacia la puerta para salir, pero Nelson no se movió. Vio cómo su mano —la mano zurda que tanto la había atraído en otro tiempo— se elevaba y le cogía suavemente el brazo.

—Creo que estás exagerando y que todo esto no te hace ningún bien. No puedes ser más severa con tus propios compañeros que con tus alumnos.

—Claro que sí puedo. No tengo motivos para ser severa con los niños —se soltó el brazo—. Déjame pasar, por favor.

—Rita, entiendo que estés nerviosa. Larrey era muy amigo tuyo y sé cuánto lo querías. Pero no entiendo que derives hacia mí tu malestar. Yo no lo maté y no tengo ninguna culpa de que lo mataran.

—Tú nunca tienes culpa de nada, Nelson. De nada —dijo en voz baja, sintiéndose de pronto muy cansada de luchar sola contra aquel malestar que debía de ser muy evidente y que, sin embargo, nadie venía a calmárselo. Lo apartó suavemente y salió.

Ya estaba oscureciendo y los niños que siempre se quedaban jugando en el patio también se habían marchado a sus casas, dejando las pistas desiertas. Caminó sola, recordando el comentario mordaz de De Molinos invitándola a que fuera a su clase a hacer su trabajo. ¿Por qué era inevitable encontrar en todas partes gente que hace daño?, se preguntó. ¿Por qué tantas veces terminaba en conflicto con quienes la rodeaban por el sencillo hecho de intentar ser honesta y cumplir bien con sus clases, cuando esas condiciones, al contrario, debían ser el pasaporte para ser querida? Desde la muerte de Larrey sabía que no iba a encontrar el mismo cariño en nadie del colegio, pero al menos esperaba que todos fueran corteses. Ella había llegado a Breda sin conocer a nadie, por motivos de trabajo. Atrás había dejado a su familia, su ciudad, a un grupo de amigos de los cuales algunos la habían defraudado. En general estaba segura de que en el nuevo lugar todo iría bien y no le haría mal a nadie y nadie tendría motivos para herirla. Y un día descubres, se dijo, que por todas las puertas se cuelan la maldad y el impulso de hacer daño sin que se haya hecho nada para provocarlo.

Estaba pasando por la terraza frente al parque donde seis días antes se había sentado con Julián Monasterio y de pronto lo recordó con una intensidad inesperada. Tanto que se detuvo en la acera unos segundos, pensando que en esos momentos le hubiera gustado mucho encontrarlo y estar con él charlando de cualquier cosa, sentada en una de aquellas sillas blancas con una bebida en las manos. Sentía la seguridad —sin nada concreto que la justificara— de que nunca, pasara lo que pasara, él hablaría contra ella de un modo que provocara las risas de los otros.

Retomó el camino hacia su casa, pero de pronto cambió de dirección para ir hacia su tienda, en una calle comercial cerca de la plaza. A través del escaparate lo vio sentado frente a un ordenador. En una mesa al lado había otro hombre, más joven que él, y supuso que era su empleado.

No tenía ninguna razón para estar allí mirando y ya iba a marcharse cuando él, al levantarse para coger algo, la vio en la calle, al otro lado del cristal. Fue hacia ella, abrió la puerta y salió afuera, como si adivinara que Rita estaba allí por algún motivo

que no incumbía a la informática y no quisiera que su empleado los oyera hablar. En su rostro, una primera y fugaz expresión de alegría al verla dejó paso a un gesto interrogativo, casi de preocupación, el mismo gesto de vulnerabilidad que ya le había visto en algún momento de los dos encuentros anteriores y que la inducía a tranquilizarlo. Comprendió que estaba temiendo que le dijera algo sobre Alba, que las clases no iban bien, o que había retrocedido en su avance. Se saludaron y Rita casi se precipitó a decir:

—Pasaba por aquí y me detuve un momento a mirar. Luego te vi dentro.

—¿Ahora sales del trabajo? —le preguntó señalando su carpeta.

—Sí.

—Es muy tarde.

—Hoy hemos tenido una reunión.

Julián Monasterio miró hacia dentro de la tienda, donde Ernesto seguía tecleando ante un ordenador. El suyo también estaba encendido.

—Tengo que terminar un pequeño trabajo y volver a casa para ver a Alba. ¿Te apetece que nos veamos después, para charlar un rato? ¿Para cenar? —sugirió.

—Sí —aceptó.

Acordaron la hora y el lugar y se despidieron con un hasta luego promisorio y reconfortante.

Capítulo 15

Durante las primeras semanas de su separación, si es que podía llamar separación al abandono, Julián Monasterio imaginaba los lugares donde Dulce estaría y donde él no estaría con ella: países que en otro tiempo habían deseado conocer juntos, montañas y playas, trenes y barcos a los que habían soñado subir y nunca tomaron. La imaginaba paseando por la arena de una playa, abrazada a la cintura de un hombre que a su vez deja reposar su antebrazo en la parte inferior de su espalda, en el sensual engranaje de sus caderas; o sonriendo para una fotografía en un rincón de piedras antiguas iluminadas por el sol; o durmiendo con la cabeza apoyada en el asiento del coche que el hombre conduce en un largo viaje hacia una de aquellas ciudades extranjeras adonde él debía haberse anticipado a llevarla: París, Venecia, Praga, Budapest, Estambul.

Sentía que seguía queriéndola incluso cuando la maldecía, cuando repetía una y otra vez *puta, puta, puta, puta*, hasta que las palabras que no se hubiera atrevido a decirle a la más sucia de las mujeres le quemaban los labios. Entonces retrocedía, asustado de su propia desesperación, y se quedaba mudo y adormecido por la rabia y el dolor y la vergüenza. Y dos o tres horas más tarde, cuando sonaba el despertador y tenía que reunir todas sus fuerzas para levantarse de la cama, antes incluso de preocuparse por las sábanas que ya habría mojado Alba, sus primeros pensamientos iban hacia su ex mujer. Hundido en el agotamiento, con los ojos aún cerrados, imaginaba que ese día Dulce se presentaba en casa de un modo imprevisto, en las manos las maletas donde traía lo que se había llevado, y que volvía a colocarlo todo en los armarios como si nunca se hubiera ido. Y él no sabía si perdonarla o si cerrarle la puerta con unas palabras de desprecio, las mismas palabras que unas horas antes le habían quemado los labios.

Pero con la llegada de la luz su dolor se atemperaba, como si el dolor fuera una baba que segregaba la oscuridad de la noche. Entonces se decía que, si ella volviera, sería capaz de transigir y olvidar esos meses en que lo había hecho desdichado, puesto que durante un tiempo más largo —toda una década— lo había hecho feliz. Sin aquellos diez años, se decía, la cama de Alba aún sería un árbol. Llegaba a la tienda y se entregaba con denuedo al trabajo, estimulándose a base de café y cigarrillos —apenas comía, le parecía tener la boca llena de ceniza—, forzándose a permanecer sentado ante los ordenadores que arreglaba o atiborraba de programas. Salía él mismo cargado con los equipos y los llevaba en su coche a los domicilios de los compradores, sudando por las encendidas calles de Breda en el corazón de aquel verano sonámbulo y blanquecino como una fotografía sobreexpuesta a la luz. Con la nuca y las axilas empapadas, llegaba hasta las puertas de clientes que tan sólo unas horas antes habían hecho el pedido y que lo miraban sorprendidos por su diligencia.

Quienes lo conocían y sabían el abandono de su mujer —con esa celeridad que Breda había ido afilando a lo largo de los siglos para expandir no sólo el banal chismorreó, sino la más dura calumnia— debían de pensar que con aquellos excesos estaba infligiéndose un castigo por alguna culpa que no era ajena a su fracaso, pero a él no parecían importarles las miradas de conmiseración o de burla. Advertía que todos le pagaban muy deprisa y sin discusiones, como si intentaran acabar cuanto antes con un contacto incómodo, o como si quisieran contribuir de esa manera a compensarlo por el peso que lo afligía.

Recogía el cheque o los billetes y salía de nuevo al calor de las calles quemadas, bajo un cielo duro y limpio. En lo alto de las iglesias, las cigüeñas eran atraídas como chapas de imán por las torres de hierro. Ahora que estaba comenzando el otoño y todo se doraba en las pupilas, podía decir hasta qué punto aquel verano Breda le había parecido un lugar pálido, sonámbulo, silencioso y aplastado por el peso de un sol ancho y vertical. En una ocasión se había detenido a limpiarse el sudor ante el escaparate de una librería; tras el cristal, rio brillar en un expositor varias estampas de los lugares más pintorescos de la villa: la iglesia y la torre con el gran reloj de péndulos de piedra, el palacio de la familia De las Hoces, un balcón con macetas llenas de geranios, unas piezas de artesanía... Tardó muchos segundos en reconocer que se trataba de Breda, extrañado de que las fotografías tuvieran más brillo y colorido que una realidad que él veía pálida, mediocre, aburrida, pobre y recortada.

Otra vez se había encontrado con un burro muerto. Ya lo había visto la tarde anterior vagabundeando por las calles circundantes al mercado de abastos, ajeno a los pitidos de los vehículos obligados a detenerse para dejarlo pasar con ese andar lento, digno y majestuoso que a veces concede la agonía incluso a los animales menos gráciles. Esa tarde ya no tenía ninguna señal ni mostraba otro aparejo que una sudada banda de cuero alrededor de su cuello, ancha y oscura como la cinta de afilar navajas de un barbero. La aparición de un burro en el centro de la ciudad le pareció anacrónica en los inicios del tercer milenio, un animal que comenzaba a ser casi prehistórico conviviendo con los ordenadores que contenían todos los saberes del mundo.

Apareció tumbado en el callejón por donde los camiones entraban al mercado, impidiendo su paso, con un batallón de moscas repartidas entre el ano y la boca entreabierta por donde se veían los dientes amarillentos, grandes como fichas de dominó. Los bomberos habían tardado mucho en venir a llevárselo. No supo por qué recordó el cuento de los músicos de Bremen e imaginó que el gallo, el gato y el perro habían abandonado a su compañero más ingenuo y torpe a merced de los truhanes para seguir una carrera en la que el burro era un estorbo.

Y al terminar el día de trabajo y llegar la noche, en el insomnio se preguntaba qué había necesitado Dulce que él no pudo darle. Repasaba recuerdos buscando detalles

reveladores que hubiera debido descifrar antes del abandono y no lograba encontrar momentos crueles o épocas de pesadumbre que pudieran justificarlo.

Otras veces pensaba en cómo sería el hombre con quien se había ido. Sólo en una ocasión lo había visto borrosamente desde el balcón de su casa, cuando Dulce vino a recoger a Alba y él se quedó esperando dentro del coche a que salieran. A través del parabrisas vislumbró un rostro moreno, pero no pudo observar más detalles sobre su físico, su edad o su actitud. Sin embargo, a ella la imaginaba con nitidez acostándose a su lado, la imaginaba desnuda adoptando las mismas posturas que había adoptado para él, y cuanto más excitantes habían sido aquellas posiciones y movimientos, más insoportables y dolorosas le resultaban las imágenes, pero también más difíciles de evitar en su imaginación.

Así una y otra noche, hasta que terminaba durmiéndose poco antes del amanecer sin haber hallado una respuesta satisfactoria entre una amplia gama de hipótesis igualmente agrias, sin saber si su fracaso era consecuencia de un déficit de ternura o de un déficit de palabras obscenas que rompieran más a menudo y con más decisión el decoro burgués con que en los últimos tiempos solían comportarse en la cama.

En aquella obsesiva búsqueda de errores, otra madrugada había recordado un pequeño suceso de muchos años atrás, cuando aún no estaban casados, poco tiempo después de comenzar su noviazgo. Un pequeño suceso que, después de todo lo que una década más tarde había ocurrido, ahora ya no sabía si calificar como una involuntaria indiscreción —como hizo entonces—, o como el hecho de que ella hubiera arrojado una piedrecita contra sus ojos para comprobar la rapidez e intensidad de sus reflejos. Pero no siempre los párpados se cierran a tiempo, no siempre las pestañas detienen las piedras, se dijo. La anécdota fue así: hacía unos días que no se veían, porque ella se había ido al norte a ver a su familia. Al regresar, él fue a buscarla a donde vivía con otras compañeras, uno de esos pisos llenos de tapices, cojines y carteles en las paredes, con muebles de mimbre y con las cortinas de la bañera transparentes. Se encerraron en la habitación y comenzaron a desnudarse con impaciencia. Dulce debía de haberse corrido sin que él lo advirtiera, y recordaba sus palabras susurradas en su oído con una naturalidad que lo sorprendió mucho: «Si quieres, ya puedes correrte». Era la primera vez que utilizaba aquella palabra, que aún tenía una dureza incómoda, casi obscena. Hasta entonces cuando hablaban de sexo —pero no necesitaban hablar mucho, les bastaba con practicarlo mucho—, lo hacían por caminos indirectos, utilizaban el lenguaje metafórico y particular que cada pareja va elaborando en secreto como un rito de su intimidad al que nadie más tiene acceso. Dulce la había dicho con tanta naturalidad que él había pensado que no era la primera vez que recurría a ella, aunque fuera la primera vez que él se la oía. Y no era difícil deducir que diferentes lenguajes implican siempre diferentes interlocutores. Pero por entonces él ya había aprendido a desconfiar de las mujeres que llegaban a la

madurez sin haber cometido alguna vez algún error y, con la seguridad que le daba su amor hacia ella, de errores calificaba todas sus historias anteriores a él. Se decía a sí mismo que también ella tenía una vida pasada en la que él ni siquiera existía, y que no podía aspirar a borrarla sin borrar al mismo tiempo algunas de las cualidades que lo habían enamorado. Sin embargo, y a pesar de todas sus reflexiones, había sentido un brote de celos tan intenso como para recordarlo ahora, diez años después.

Detalles así, lejanos y casi olvidados, le venían a la memoria aquellas noches de verano, mientras vagaba hambriento y borracho por la ciudad recalentada como una plancha de estaño, o mientras daba vueltas en la cama soportando el bochorno y cambiaba de lugar en un intento inútil de evitar el sudor. Llegó a pensar que siempre había existido en Dulce una parte oculta de su vida a la que él nunca había tenido acceso, como en los monasterios se les ofrece a los turistas la arquitectura más brillante y llamativa, pero les queda vedado un claustro recóndito o unos sótanos que permiten una perspectiva oculta del edificio sin cuya contemplación fundamental el viajero curioso no puede afirmar que lo sabe todo del recinto.

Sin embargo, Julián Monasterio no podía afirmar tajantemente que no hubiera sospechado su existencia. En algunas épocas había imaginado la posibilidad de un disturbio, aunque no imaginara cuándo ni en qué forma se presentaría. Algunas veces había entrevisto en Dulce su parte ignota, cuando entraba en una de aquellas fases de nerviosismo injustificado tan proclives a la depresión y al malhumor como al entusiasmo. En esas fases, Dulce no tenía término medio: pasaba de creerse la mujer más desgraciada a creerse la mujer más feliz; lo que tenía cerca, aunque fuera hermoso, bueno y resplandeciente, no le agradaba, y sólo lo oscuro y lejano le parecía atractivo; se levantaba una mañana con fuerzas para enfrentar los más arduos proyectos y a la tarde se sentía aplastada por la fatiga... Pero en cuanto volvía la serenidad y hacían el amor una noche llena de besos, él olvidaba aquellos atisbos de la desgracia.

* * *

Desde su marcha nunca se había citado con una mujer y el encuentro previsto con Rita para una hora después le imbuía un cierto miedo. Temía haberse convertido en uno de esos hombres que, tras un fracaso amoroso, no distinguen entre la mujer que lo traicionó y el resto de las mujeres.

Después de afeitarse se metió bajo el chorro de la ducha y dejó que el agua muy caliente le relajara los hombros y la nuca tensos por estar tantas horas ante los ordenadores. Se frotó a fondo hasta sentirse muy limpio. Tras el abandono de Dulce se había propuesto cuidarse físicamente, dejar de fumar, hacer deporte y viajes, diciéndose que si los hábitos más benéficos del progreso le habían sido útiles en el

bienestar, mucho más necesarios le serían en la desdicha. Pero no lo había cumplido. Era consciente de que en unos pocos meses había comenzado a ceder ante ciertos peligros de los solitarios: descuidar su higiene, ceder al desaliño, comer mal y deprisa, adquirir manías y egoísmos que la convivencia con los otros impide.

Aunque al ponerse el desodorante se dijera que todo ese cuidado corporal también lo haría para una cena con amigos o con su hermana María, en aquel meticuloso afán de pulcritud estaba presente la idea de gustarle a Rita, de parecerle atractivo y agradable. Alcanzar eso ya le parecía suficiente para esa noche. Cualquier otro objetivo más amplio no sólo lo veía imposible, también presuntuoso. Lo que hubiera de ser, sería, y en nada podría mejorarlo la precipitación. ¿Cuánto tiempo tendría que transcurrir aún hasta que volviera a hacer el amor?, volvió a preguntarse con una sorprendente ausencia de ansiedad para un hombre que, acostumbrado durante una década a dormir con una mujer, llevaba ahora varios meses viviendo solo. ¿Cuánto tiempo para besar y ser besado, acariciar y ser acariciado, para seducir y no alquilar una boca y unas piernas abiertas? No únicamente follar: eso estaba a su alcance en cualquier momento.

En una ocasión, una de aquellas noches de verano había dejado a Alba con su hermana, había cogido el coche y se había ido lejos, con la esperanza de que otras caricias le permitieran olvidar lo que aún la deseaba. Después de conducir dos horas se detuvo ante un local de carretera iluminado con muchas luces de colores: un lugar apartado del mundo. Dudó un momento, sin bajarse del coche que aparcó en un rincón en sombras. Allí, tan cerca, con el motor y las luces apagadas, no le resultaba tan consecuente la relación entre su soledad y el paso que iba a dar. Pero no había llegado hasta allí para regresar inmediatamente, de modo que entró intentando componer el gesto de seguridad e indiferencia que imaginaba en los clientes habituales.

La decoración, el mobiliario que no parecía rescatado de un rastro, la limpieza al menos aparente, la abundancia de luz y el propio aspecto de las mujeres más o menos jóvenes lo sorprendieron, porque lo había imaginado oscuro y sórdido y casi clandestino. Además, no se veía a ningún hombre vigilante o amenazador con aspecto de chulo. Las chicas que estaban solas esperaban en la barra o junto al *juke-box* y no se acercaron a él para agobiarlo con propuestas agresivas u obscenas, como había temido. Ni siquiera parecían mirarlo demasiado. Se quedaron a una distancia prudente, como si adivinaran que necesitaba un tiempo para tomarse un whisky y apaciguar el corazón que le palpitaba como un caballo. Sólo al cabo de diez minutos, cuando ya comenzaba a preguntarse si no debía ser él quien hiciera el primer gesto, una mujer joven y rubia, posiblemente teñida, que le pareció bastante guapa, aunque acaso fuera el whisky, la excitación que el ambiente comenzaba a ejercer y la camiseta escotada y la falda corta, se acercó a él, lo saludó con un beso en la mejilla y

le preguntó cómo se llamaba. Iba a decirle su nombre cuando un chispazo de prudencia lo empujó a mentir, convencido de que también ella estaba esperando la mentira. La mujer sonrió al repetirlo y le sorprendió la eficacia de su sonrisa, porque pensaba que una mujer que cada noche se deja follar por diez o quince hombres no tiene otro destino que llenarse de asco. Y había que ser muy hábil para disimularlo así.

Le pagó lo que le dijo, sin considerar si era una cantidad pequeña o excesiva, porque no sabía bien lo que estaba comprando, y la siguió por una escalera hasta una habitación anodina. Se fue despojando de la ropa mientras la mujer manipulaba con algo en el cuarto de baño. Lo dejó todo doblado en una silla y, descalzo, anduvo de puntillas hasta la cama. Las sábanas parecían limpias y se sentó en ellas, esperando sin prisas, mientras su sexo, ajeno a cualquier inquietud, el lugar desconocido y su inquietud, comenzaba a crecer.

Desnuda, la mujer había perdido parte de aquella exuberante ostentación que exhibía en la barra, y ahora le parecía indefensa y casi vulnerable. Acaso todo estuviera dispuesto así de forma intencionada y formara parte de una escenografía perfeccionada desde el origen de los tiempos para satisfacer al cliente: atrevimiento y promisión de placer abajo y mansedumbre y solicitud arriba. Con una sonrisa se tumbó junto a sus caderas y sin preguntarle deseos o preferencias, dando por supuesto que eso era lo que esperaba de ella, tomó su sexo por la base, desenrolló sobre él un preservativo y, del mismo modo en que algunos animales humedecen su comida antes de engullirla, lo fue lamiendo y untando de saliva antes de acogerlo vorazmente entre sus labios, como si tuviera hambre o sed.

El beso en la mejilla que le había dado al saludarlo fue el único beso de aquel encuentro. Fue entonces, mientras se secaba, con prisas por salir, cuando por primera vez se preguntó cuánto tiempo habría de pasar hasta hacer de nuevo el amor. No únicamente follar: eso estaba a su alcance en cualquier momento. Abrazar a una mujer, besarla sin prisas, desnudos los dos una noche entera para llegar al amanecer desnudos. Mientras conducía de regreso pensó que sin duda hay muchas cosas más o menos satisfactorias que un hombre que vive solo puede hacer, pero en aquellos momentos no tenía ninguna duda de que prefería las limitaciones del compartir a las más favorables expectativas de la soledad.

Oyó que se abría la puerta de la casa y enseguida el saludo de Rocío a Alba, que estaba en el salón terminando de cenar. La había llamado por teléfono desde la tienda para pedirle que viniera esa noche a quedarse con la niña y ella había aceptado sin poner ningún reparo.

Julián Monasterio salió del dormitorio, vestido y recién duchado, y Rocío lo miró sin apenas disimular su curiosidad. Desde la marcha de Dulce, era la primera vez que estrenaba una camisa nueva y que se vestía así para salir, pero no le comentó nada. La

mujer recogió el plato de Alba y lo llevó a la cocina.

—Tengo que irme ya si no quiero llegar tarde. Dame un beso. —Se inclinó hacia su hija.

—¿A la cena? —le preguntó otra vez. Era evidente que no le gustaba.

—Sí.

—¿Vas tú solo?

—No. Con unos amigos —mintió, y no porque Rocío los estuviera escuchando, sino porque ignoraba cómo reaccionaría su hija si le decía que iba con su profesora. Una vez más reconocía las dificultades que tenía para hablar con ella, para fijar el límite entre la prudencia y la mentira. Le estaba limpiando con la servilleta las comisuras de la boca manchadas de ketchup y en ese momento le hubiera gustado tener cerca a Rita para preguntarle qué debía hacer. De pronto se quedó inmóvil, con la servilleta en el aire, sorprendido por aquel impulso. Porque se daba cuenta de que era la primera vez que prescindía de Dulce en un asunto relacionado con su hija, cuando hasta entonces siempre la había tenido como referente. En momentos de indecisión sobre problemas cotidianos siempre se preguntaba qué haría su ex mujer si estuviera en su lugar, y calculaba su acuerdo o desacuerdo con la medida que él se disponía a tomar. Pero en aquella ocasión era la imagen de Rita la primera que había aparecido espontáneamente ante sus ojos.

—¿Tardarás mucho?

—Un poco. Pero Rocío se queda durmiendo en tu habitación, por si necesitas algo.

Alba no respondió y era evidente que, aunque la quería y se sentía segura con ella, de ningún modo podía sustituir la presencia de su padre. Julián Monasterio rechazó la imagen de las sábanas mojadas al día siguiente, le dio un beso y salió de casa.

El bar donde se habían citado no estaba lejos y fue hacia allí andando. Hacía un frío inhabitual para aquellos primeros días de octubre y las aceras estaban casi desiertas. Un viento fresco y ácido recorría las estrechas calles del centro y traía ya el aliento y los olores del otoño, como si al pasar por El Paternóster se hubiera cargado con sus aromas y, contagiado de su incipiente podredumbre, entrara luego en Breda a recordar a todos que el verano ya había concluido y que durante los próximos meses nadie debía esperar un clima bonancible.

Como el trayecto pasaba cerca de la tienda, se desvió una calle para comprobar que todo estaba bien. Lo hacía algunas veces, le gustaba ver el escaparate desde el exterior, cuando ya estaba cerrada, como un viandante cualquiera que se detiene unos instantes a curiosear precios y productos. Las luces estaban encendidas. Al fondo, su mesa y el asiento que ocupaba. Desde aquella misma posición, dos horas antes, Rita lo había mirado trabajando, acaso lo había observado con curiosidad durante unos

segundos hasta que él la descubrió. ¿Qué había visto ella?, se preguntó. Para camuflar una fea columna que coincidía en el centro del escaparate, la había hecho cubrir con un espejo. Ahora se movió un poco para mirarse en él. En los meses anteriores, su expresión de temor y desconcierto al verse en un cristal era a veces tan intensa que no reconocía en ella al hombre que había sido, como un explorador que después de muchos años perdido entre salvajes es rescatado a la civilización y se espanta de su cara al mirarse en el primer espejo que le ofrecen. Sin embargo, ahora, al observar el rostro que emergía por encima del duro cuello de la camisa que estrenaba, en su expresión encontraba inquietud, pero no miedo. Y eso mismo era lo que debió de ver Rita: un hombre de treinta y seis años, algo cargado de espaldas a fuerza de pasar muchas horas ante el ordenador, pero todavía firme, con el pelo duro y corto que sólo pueden permitirse quienes aún no necesitan disimular un inicio de calvicie, con un rostro donde acaso ninguna parte era especialmente seductora —los labios finos y la nariz un poco grande—, pero con ese atractivo que algunos hombres logran extraer del dolor y del ascetismo y que se manifiesta en una total ausencia de grasa y en surcos que no parecen tanto arrugas de la edad cuanto marcas fruto del esfuerzo, de la severidad consigo mismo y del exceso de emociones. Pero también había allí, en aquellos dos decímetros cuadrados de piel, una falta de energía y optimismo que no le gustaba. Con los ojos cerrados, se pasó la mano apretando la carne, como si quisiera borrar esos rasgos de su cara y volver a reconstruirla por entero a partir de su silueta. Sin embargo, al volver a abrirlos nada había cambiado. Se dijo: *Ése soy yo. He vivido ya treinta y seis años y aún estoy aprendiendo a ser feliz. A no ser en exceso desdichado.*

Llegó al bar y pidió una cerveza. Cuando la vio entrar pensó que también ella se había arreglado especialmente para la cita. Aunque su aspecto no era tan cuidado como el de alguien que va a una fiesta de gala, la piel le brillaba tenuemente y un discreto carmín cubría sus labios y suavizaba sus estrías como pequeñas incisiones que desaparecían al sonreír, como si quisiera decirle que se había arreglado para él y al mismo tiempo ocultárselo. Aquella discreción le gustó: los maquillajes y los vestidos femeninos especiales para las fiestas, por muy prestigiosa que fuera su firma, siempre le habían parecido de una incómoda estridencia.

Desde el momento en que habían acordado la cita, Julián Monasterio se había sentido inquieto: hacía muchos años que no salía con una mujer distinta de Dulce, y temía resultar aburrido o anodino, o caer en las torpezas que había cometido en sus primeras citas juveniles, cuando el afán por ser divertido lo empujaba a decir banalidades de las que luego terminaba arrepintiéndose.

Por otra parte, nunca había sido ingenioso ni hablador. Nunca había sido de ese tipo de hombres que siempre terminan haciendo suyas las anécdotas graciosas o las aventuras que los demás les han contado. Nunca había sido capaz de atribuirse un

lance ocurrido a otro. Se reía con los chistes, pero nunca los recordaba ni podía repetirlos con la misma gracia. Siempre había tenido buenos amigos que cumplían aquel papel con tan sobrado ingenio que a él le permitían mantenerse en segundo plano, donde siempre le había gustado estar. Además, en los últimos meses de soledad había visto crecer su tendencia al mutismo, a responder con monosílabos a los saludos y comentarios de gente conocida, como si el silencio de su hija tuviera vínculos con una oculta inclinación suya que hubiera rebrotado después de mucho tiempo enterrada.

Sin embargo, cuando Rita apareció en el bar olvidó todos sus temores. Un poco sorprendido, comprobó que desde el primer momento se sentía bien junto a ella, y que aquel bienestar facilitaba todo lo demás. En cuanto transcurrieron dos o tres minutos comprobó que no tenía que pensar dos veces lo que iba a decir y que contaba todo lo que se le iba ocurriendo. Terminaron sus cervezas y él propuso coger el coche para ir a cenar fuera de Breda, a un pequeño restaurante situado junto a El Paternóster, porque aunque durante el día era un sitio frecuentado por senderistas y gentes de paso que imponían una agitación excesiva, al atardecer quedaba sumido en una extraña paz agrícola, potenciada por el silencio y soledad de la Reserva. No estaba demasiado lejos, a unos ocho kilómetros, a una distancia desde la que podía afirmarse que la ciudad había quedado atrás, y esa relativa lejanía les daba la sensación de que no verían rostros conocidos que aquella noche no les apetecía ver.

Para Julián Monasterio había algo turbador en llevarla sentada a su lado en la oscuridad interior del coche. Había olvidado que su reducido espacio, tan vulgar y mecánico, tenía aquella capacidad de acercar tanto dos cuerpos extraños, de destacar el perfume que llevaran, de encerrarlos en un ámbito de intimidad. En aquellos ocho o diez minutos que duró el trayecto notó que volvían a cobrar vida la ansiedad, la emoción, el ligero nerviosismo, la validez de la insinuación, las dudas y la valentía de sus primeras citas juveniles, pero también la cautela, la advertencia y la cobardía de los últimos meses. En esos instantes, Julián Monasterio se sentía más joven, pero también más viejo, y si le hubieran pedido que lo explicara mejor no hubiera sabido hacerlo.

—Nunca he estado aquí —dijo Rita cuando llegaron.

—Creo que te gustará.

Salieron del coche y ella se quedó inmóvil junto a su puerta, observando la quebrada línea que separaba el cielo de las cumbres del Volcán y del Yunque. De vez en cuando caía una chispa fugaz, como escoria de materia incandescente que le sobraba a la armonía de las estrellas. El viento zarandeaba las ramas de los pinos y robles contra las tersas mejillas de la noche y su movimiento acrecentaba la sensación de frío. Rita cruzó los brazos protegiéndose de la brisa que le ondulaba el pelo con una incómoda insistencia. Julián Monasterio sintió el impulso de dejarle su chaqueta

para que se abrigara, porque no tenía ninguna prisa por entrar en el restaurante que se veía silencioso y solitario. Estaba bien allí, viéndola contemplar las oscuras montañas, confiada en el hombre que esperaba tras ella, ajena a las pequeñas amenazas del millón de animales que con la luz viven bajo el amparo de las piedras y que ahora habrían salido de sus madrigueras.

Cuando por fin entraron no había ningún cliente más en el pequeño comedor, y temieron que estuviera cerrado, porque algunas luces permanecían apagadas y varias sillas estaban colocadas encima de las mesas. Reinaba esa impresión a la vez de orden y caos que tienen las casas un día antes de comenzar una mudanza. Llamaron en voz alta y una mujer sorprendida salió a recibirlos.

—No los había oído —explicó.

—Queríamos cenar —dijo Julián Monasterio.

La mujer miró interrogativamente hacia atrás, hacia la puerta de la cocina, donde apareció un hombre vestido de cocinero que asintió con la cabeza.

—Íbamos a cerrar, porque no creíamos que ya llegara nadie. Pero siéntense —dijo separando dos sillas—. La suya será la última cena que serviremos esta temporada.

—¿No es todavía un poco pronto? —preguntó Rita.

—No. Desde principios de octubre ya viene poca gente por aquí. Pero no se preocupen —añadió al ver sus gestos de duda. Sacó un mechero del bolsillo y encendió la vela del centro de la mesa, con el mismo ofrecimiento con que un buen anfitrión encendería el fuego de la chimenea a su mejor huésped. Como dentro no hacía aire, la llama creció recta, sin temblar—. Ustedes son los últimos clientes de este año y no estaría bien que se fueran con el estómago vacío. Nos traería mala suerte. Prepararemos algo especial, aunque no esté completa la carta.

* * *

Cuando salieron del pequeño restaurante el frío había aumentado. Pero se sentían contentos, con esa leve euforia que da la conjunción del vino, la comida y las palabras precisas. Y sin duda también contribuía a su bienestar la soledad del restaurante, ellos dos los únicos comensales, agasajados por el cocinero que en una ocasión se acercó a preguntarles cómo estaba todo y por la mujer que les servía como a nobles de siglos pasados, como si hubiera adivinado la necesidad que ambos tenían de que aquella noche todo fuera apacible.

Al llegar junto al coche, Rita le dio de nuevo la espalda y se quedó inmóvil, en la misma postura y el mismo lugar que antes de la cena, contemplando las variaciones de la luz en las cumbres ansiosas de altura que ahora parecían más grandes, más verticales. El viento seguía sonando en las copas de los robles, y al moverlas creaba manchas borrosas y zoomorfas bajo la claridad de la luna, que se había alejado del

cráter del Volcán atraída por las duras estrellas de octubre.

Durante unos segundos Julián Monasterio se quedó parado, observándola. Era consciente de que, si daba un paso adelante, podría abrazarla, y esa posibilidad entrañaba un deseo muy superior al que había previsto antes de salir de casa. Además, sentía que todas las circunstancias, toda la plataforma en la que la noche los había alzado —la cena en el restaurante desierto, la luna y las montañas, la inquietante muralla de clorofila de El Paternóster, la soledad— hacían que en aquel instante sólo tuviera dos alternativas: la primera era quedarse inmóvil y esperar a que Rita se dirigiera al coche; la segunda era moverse, pero si se movía tendría que ser para abrazarla. Sin dudar más, se quitó la chaqueta y avanzó unos pasos hacia ella para ponérsela sobre los hombros y dejar allí apoyadas sus manos, sintiendo en los nudillos las caricias de los mechones de su pelo que la brisa movía.

Al tocar esa región desconocida y misteriosa que es cada cuerpo ajeno, sintió la ambigua sensación del conquistador que, al tiempo que pisa una nueva tierra esperando descubrir un paraíso donde instalarse, advierte que de algún modo está traicionando la patria que ha dejado atrás. Durante un instante, el recuerdo de Dulce se le hizo muy presente. Pero comenzó a retirarse en cuanto Rita se inclinó hacia atrás para apoyarse en él.

—Gracias —dijo al sentir la chaqueta sobre sus hombros.

Luego, los dos quedaron en silencio, casi abrazados, mirando la oscuridad y escuchando la sorda crepitación del aire en lo alto de los árboles.

—Todo parece un poco irreal esta noche —susurró junto a su oído.

—Es una noche extraña y maravillosa —replicó en voz baja, volviendo la cara hacia él.

Julián Monasterio supo que aquellas palabras lo aludían. A lo largo de la cena había visto cómo iba disminuyendo la distancia entre ellos. Pero ahora, allí afuera, sin la presencia del hombre y la mujer del restaurante, todo corroboraba la estrecha cercanía a la que habían llegado. Ya no podía dudar de que tenía ante él a una mujer a la que enamorar —en otro tiempo hubiera dicho seducir— y que podría enamorarla si se lo proponía. Aunque corriera algún riesgo, sin duda merecía la pena intentarlo: todo lo que en los últimos meses había esperado encontrar lo estaba viendo ahora en los ojos de Rita.

Se besaron despacio, abrazados, sin apenas hablar, de cuando en cuando separando sus bocas para unir sus mejillas frías, para acariciarse el pelo o la nuca, para mirar los labios que acababan de besar como si buscaran en ellos una dulzura visible.

—Vámonos —dijo de pronto. Ahora que había tomado una decisión se sentía sorprendentemente seguro de los siguientes pasos que tenía que dar. Como si de repente recordara cosas que había olvidado, ahora sabía que a los besos y a aquella

emoción que lo embargaba tenía que corresponder de un modo decidido, íntimo y profundo. No podía dejar que fueran apagándose, que se perdieran sin haberles extraído las promesas que auguraban. A pesar del temor que sentía a nuevas complicaciones semimetales y a que todo aquello, a la postre, no lograra superar la categoría de imitación de su vida con Dulce, sabía que si no pasaban la noche juntos, aquellos deliciosos instantes podrían no volver a repetirse y quedar disipados en la nada. Tal vez incluso no mereciera otra oportunidad por haber sido tan tibio, por dejar que escapara el ofrecimiento mientras se preguntaba una y otra vez si debía aprovecharlo. Intuía que era uno de esos momentos en que la pasión sólo acepta el avance o el retroceso y no permite a nadie permanecer inmóvil para continuar en otra ocasión, en el mismo lugar y en las mismas condiciones.

—Podemos ir a un hotel —sugirió, dispuesto a buscar un territorio siempre neutral. Podía imaginar cuatro o cinco razones por las que Rita no quisiera llevarlo precipitadamente a su apartamento y ninguna de ellas le parecía un motivo de alarma, por ninguna de ellas se sentía disminuido. Sin embargo, la oyó decir:

—Prefiero que vayamos a mi casa.

Subieron al coche y regresaron a Breda por la carretera casi desierta, algunas veces cogiéndose las manos y dejándolas reposar enlazadas sobre las piernas.

En el apartamento, se besaron y se ayudaron a desnudarse mientras se besaban; se detenían cuando una prenda revelaba una parte del cuerpo que merecía ser besada o acariciada por su belleza, por su ternura, como si quisieran ir gozándolo todo sin precipitación. Tenían toda la noche para los dos solos, con la seguridad de que, a su alrededor, en la ciudad dormida nadie preguntaría por ellos.

Julián Monasterio casi nunca había actuado a impulsos de emociones repentinas e intensas; a menudo, al recibir una fuerte impresión, se detenía y, antes de continuar, esperaba un mínimo tiempo para posibilitar un reajuste en su equilibrio emocional. Ahora, sin embargo, siguiendo la decisión tomada en el restaurante, se dejó llevar por aquel primer impulso. Ya estaban desnudos y el desnudo de Rita, lejos de inquietarlo, le daba una extraña sensación de paz.

Sus caricias tenían cualidades distintas. Las de él eran en parte cautelosas: iba tocando su cuerpo todavía algo desconcertado por la alegría y el agradecimiento, sin atreverse a darle a su boca el protagonismo que ya tenían sus manos. Las de Rita, en cambio, eran caricias que sin ser explícitamente osadas, sugieren y animan al otro a la osadía: la forma apenas insinuada de entreabrir los muslos cuando la mano se detiene en las rodillas, o la manera en que la punta de la lengua penetra entre los labios del amante, esa primera penetración aparentemente tan sencilla, tan sin consecuencias, pero que de un modo tan claro revela el grado de disponibilidad de los demás órganos.

Todo fue bien, lo suficientemente bien como para que la segunda vez resultara

aún mejor que la primera. Al volver a hacerlo, ambos se habían entregado ya sin reservarse nada, sin esa cautela inicial que, preocupada también por el placer del otro, impide dar rienda suelta al propio placer. De modo que cuando los susurros y los gemidos decrecieron, tenían la sensación de conocerse íntimamente, en cuerpo y carácter, porque todo acto de amor donde dos seres se entregan desnudos e inermes a la voluntad del otro, de un modo tan inocente y a la vez tan impúdico, es también una revelación del alma de quienes lo practican.

Julián Monasterio volvió del baño y se acostó a su lado. La sangre que había hinchado su sexo regresaba lentamente al corazón, y con ella un sosiego que temía haber perdido para siempre. Sorprendido, en esos momentos volvía a confiar en que, a pesar de todo, la palabra felicidad pudiera tener un significado real, que no fuera sólo el conjunto falaz de cuatro sílabas en cuya búsqueda el hombre se empeña inútilmente para olvidar la desdicha y mantenerse en pie. Encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Rita. Afuera, los ruidos de los coches habían desaparecido, las calles parecían haberse quedado desiertas, como si todos los habitantes de Breda descansaran dormidos. Sólo el rumor del viento seguía llamando a la ventana, más allá de las cortinas. Y ellos ya estaban hablando de lo que les había ocurrido aquella noche, procurando que ningún gesto ni palabra bajara el listón del lugar adonde lo había elevado la ternura entre dos cuerpos, la ciega confianza que permite que uno se abra por la mitad para recibir al otro. Hundidos en ese cansancio placentero que no es fatiga, conversaban y se acariciaban aún, se observaban desnudos, se señalaban sus propias faltas, sus carencias o sus excesos, pero esperando que el otro lo contradijera y besara la carne donde se indicó el defecto, porque en aquellos momentos de caricias lentas e indolentes que ya no tenían la avidez del deseo, de bienestar recostados en la cama que habían calentado sus cuerpos, intentaban transformar en hermoso todo lo que fuera imperfecto, o vulgar, o rutinario.

Capítulo 16

Cupido sacó la pistola de la funda y la acercó a su nariz. Tenía un olor a grasa un poco rancia y a hierro o acero, ese olor del fondo de la tierra que los metales fuertes se niegan a perder a pesar de todas sus manufacturas y limpiezas. No olía a pólvora, porque hacía mucho tiempo que no había disparado con ella en uno de aquellos ejercicios contra una silueta negra que muy de cuando en cuando practicaba en una galería de tiro de la capital. Nunca había disparado contra un hombre y tenía la seguridad de que nunca lo haría, por lo que a veces se preguntaba para qué quería entonces una pistola.

La guardaba encima del armario, sin excesivas precauciones; jamás había imaginado que pudiera ser víctima de un robo y en su piso no había niños que pudieran curiosear con ella. Una noche había conocido a una mujer dubitativa —las mujeres eran para él exactamente como el aire que respiraba: las necesitaba para vivir sin asfixiarse, pero no podía retenerlas dentro de su pecho— que le preguntó si, con su peculiar trabajo, no llevaba siempre encima un arma. Respondió que nunca iba armado, pero que tenía una pistola en casa. Si por un momento temió que ella se negara a acompañarlo, aquella posesión fue lo que pareció decidirla, como si el arma en sí misma fuera un objeto capaz de despertar un deseo con el que, en principio, no parecía tener ningún vínculo. De modo que habían ido a su piso y sin apenas preámbulos se fueron a la cama. Aunque Cupido esperaba que lo hubiera olvidado, la mujer —una mujer bella y joven, que ahora había perdido toda duda y sabía con claridad lo que quería— le pidió que le mostrara la pistola. Se resistió, como si su petición fuera una broma, pero la mujer siguió insistiendo, mirándolo de un modo que parecía sugerirle que, a cambio, haría por él todo lo que le pidiera. Cupido, que desde mucho tiempo atrás sabía que en la cama todo sale mejor cuando se está complacido, accedió al fin, aunque un poco incómodo, diciéndose que en el amor y en el sexo nunca llegaría a conocer todos los fetiches y que siempre seguiría sorprendiéndose.

Algunas veces había observado cómo cambia el rostro de la gente cuando tiene un arma entre las manos. Cómo aflora el miedo y la fanfarronería, el nerviosismo y a veces la violencia. La mujer había sopesado la pistola descargada, la había olido y elogiado su belleza, había acariciado tan lenta y sugerentemente el metal oscuro, denso y pavonado que el propio detective vio aumentar su excitación de un modo tan sorprendente que no tuvo reparos en aceptar sus siguientes sugerencias. La mujer le pidió que él cogiera la pistola y que no la soltara mientras hacían el amor, como si el arma —con aquella dosis de amenaza y poder que, aun descargada, conservaba— fuera el tercer componente imprescindible en aquel peculiar *ménage*. Y tenía que reconocer que no había estado mal el placer aquella noche, estimulado por el contraste entre el frío del metal y los cuerpos ardientes, por las palabras obscenas

provocadas por la doble intención del lenguaje, por el impúdico cumplimiento de las mudas promesas que la mujer le había hecho.

La dejó sobre la mesa y buscó en el archivador metálico la documentación de su licencia. Había caducado y pasaban ya cinco meses de los tres años reglamentarios. Sacó del sobre los nuevos impresos que había solicitado y comenzó a rellenarlos con la sensación de que todo aquello era superfluo y prescindible, porque nunca lograría resolver con un arma lo que no hubiera resuelto con el pensamiento y las palabras.

La instancia de papel timbrado lo obligaba a hacer de nuevo unos trámites que lo llenaban de pereza, toda una serie de requisitos tendentes a disuadir de su adquisición, a impedir que alguien encolerizado se hiciera con un arma antes de que se le hubiera calmado la cólera: certificados de aptitudes psicofísicas, de poseer los conocimientos necesarios sobre su conservación, mantenimiento y manejo, de no tener antecedentes penales. Esta última exigencia le había acarreado muchas dificultades la primera vez que la solicitó, y sólo al cabo de algunos meses pudo conseguir la licencia, fundamentando su petición en necesidades del trabajo que, por fortuna, nunca después la habían justificado. Rellenó el impreso del banco para el pago de las tasas y lo adjuntó todo a la guía de la pistola donde figuraba la marca, el modelo, el calibre y el número de serie: una tarjeta de identificación obligatoria con un sorprendente parecido con el permiso de circulación de un automóvil. Todo aquello, junto con la propia arma que debía ser revisada, se lo llevaría al teniente Gallardo para que le facilitara su tramitación. Tenía que verlo para preguntarle por la investigación en el banco y aprovecharía la risita.

Cuando tenía entre manos algún trabajo complicado, Cupido procuraba dedicarse exclusivamente a él, como ahora ocurría con la búsqueda de la pistola de Julián Monasterio. Se entregaba por entero a su resolución, con el mismo afán que un padre a quien le han robado o secuestrado a su hijo: no pensaba en otras cosas, no escatimaba hacer llamadas ni recorrer kilómetros, no tenía pereza en preguntar a todo el mundo con quien se cruzaba, no dejaba de llamar en ninguna puerta. Sin embargo, en algunas ocasiones, la propia esencia de una investigación —donde a periodos de intensa actividad, de dos o tres noches sin apenas dormir, le podían suceder estériles días de espera— lo empujaba a trabajar de forma parecida a esos profesionales por cuenta propia —albañiles, fontaneros, técnicos del hogar— que dependen de encargos ocasionales y que, por tanto, no pueden rechazar ninguno, porque a una racha de ocupación excesiva puede suceder otra de paro. Así, no dicen nunca que no a una demanda y alternan el trabajo en varios frentes, provocando a menudo la irritación de sus clientes. Excepcionalmente, Cupido aceptaba alguna tarea fácil que resolvía con una o dos noches en vela, escondido en la oscuridad de un rincón o entumecido en su coche, vigilando mientras los demás a su alrededor dormían, se divertían o se amaban. En la parada producida por la investigación entre los clientes

de las cajas de seguridad del banco, había solucionado un sencillo encargo de robos en una librería. La dueña estaba desconcertada, porque no lograba impedirlos a pesar de la constante vigilancia que ella y sus dos empleados ejercían sobre los clientes. Cupido se convirtió durante unos días en lector y bibliófilo muy interesado por todas las novedades, por los facsímiles, por los premios literarios, por las listas de títulos más vendidos y por las senatorias editoriales para copar los escaparates y las vitrinas más visibles. Siempre le había gustado leer y seguía leyendo mucho en cuanto su trabajo se lo permitía, de modo que le resultaba grato pasar allí algunas horas entre textos de escritores que admiraba. Hojeando libros encontró frases o versos que le provocaban sonrisas o le hacían pensar: «El crimen no es rentable», había leído en una de las tragedias de Eurípides. Y también: «Pues las preguntas que no tienen respuestas son estériles», en un poemario de Francisco Brines, sintiendo que, como le ocurría a menudo con la poesía, también aquélla lo aludía personalmente. El punto muerto en el que estaba con el trabajo de Julián Monasterio, sin saber por dónde avanzar, pendiente de las gestiones de un tercero, le hacía cuestionarse si lo había enfocado bien, si no estaba preguntando lo que no tenía respuesta y, en consecuencia, si no eran otras las preguntas y otras las personas a quienes debía dirigirse. Porque hasta ese momento sólo tenía datos aislados que no le servían para nada: un hombre muerto de un disparo el único día en que no vestía chándal, una pistola robada de un banco con la que probablemente habían disparado y una pequeña red de odios y ambiciones. Datos que parecían oscurecer el conjunto de la investigación, del mismo modo que las débiles bombillas de su infancia colgadas en las esquinas, al iluminar sólo un pequeño cono de la calle, hacían aún más impenetrable la oscuridad del resto. Ése era siempre el peor momento en una investigación, cuando teniendo un puñado de datos era incapaz de interpretarlos y deducir de ellos una hipótesis. Le hacía sentirse torpe.

Una tarde había visto a una mujer guardarse un libro dentro del jersey y, cuando iba a salir, chocó con ella de modo que se le cayera al suelo. Era un familiar de la propia dueña que a menudo pasaba por allí a saludarla. Ni siquiera habían pensado en ella como posible autora de los hurtos. Se produjeron unos momentos de vergüenza común que, como le ocurría a veces, terminaron contagiándolo y haciéndole despreciar su trabajo de detective.

Sonó el timbre de la puerta y durante unos segundos dudó en ir a abrir, resistiéndose a escuchar un nuevo problema de labios de un hombre o una mujer que terminaría implicándolo en sus angustias. Cuando al fin se decidió vio en el hueco al teniente Gallardo, vestido de calle y con un portafolios en la mano.

—Adelante —le dijo.

Pero ya había dado los primeros pasos hacia el interior, observándolo con la curiosidad sin disimulo de quien está acostumbrado a penetrar en todos los lugares

sin que nadie le impida el paso. Se sentó en el sillón de los clientes y esperó a que Cupido lo hiciera al otro lado de la mesa.

—¿De modo que es aquí donde trabajas?

—Sí. ¿Esperaba otra cosa? —replicó, viendo que también el teniente parecía inclinado a encontrar un lugar menos doméstico, más lleno de referencias a su oficio: una habitación con un ventilador de grandes aspas de madera y un perchero donde colgaban una gabardina y la funda de una pistola. Y en la antecámara, una secretaria con un aire impostado de mujer ingenua y sensual—. No se necesita mucho más para hacer este trabajo.

—¿Tú crees? Tú solo no irías muy lejos sin nosotros. ¿Crees que algún banco te entregaría a ti una relación de sus clientes?

—¿Ya los tiene?

—Sí.

—¿Y?

—Nadie del colegio, ni sus cónyuges, ni un familiar directo tiene contratada una caja de seguridad en ese banco.

La noticia hizo que Cupido volviera a sentir de nuevo la incertidumbre de aquel encargo, el temor a entrar en una fase de desaliento y desidia donde los días transcurrieran sin avanzar un solo paso. *Uno nunca termina de acostumbrarse a sufrir decepciones*, se dijo. Si no hallaba pronto algo más, esperaría media semana antes de ir a ver a Julián Monasterio y decirle que no sabía qué hacer ni cómo seguir adelante, que todas sus gestiones se habían estrellado contra puertas cerradas que ni siquiera parecían esconder tras ellas un enigma.

—Pero hemos encontrado un nombre —añadió el teniente amagando una sonrisa que no llegó a encerrar toda la ironía que hubiera deseado.

Cupido comprendió que la broma era un pequeño desquite y retuvo su impaciencia. Ahora sabía por qué el teniente no le había parecido enfadado en ningún momento desde que entró por la puerta. En diez años de contacto con ellos, sólo con verlos moverse podía adivinar cuándo una investigación funcionaba mal en el cuartel. Allí dentro no vivían filósofos y, por tanto, no eran gentes que pudieran soportar con flema el convivir con preguntas que no tienen respuestas. Cuando las cosas iban mal, el malestar interior terminaba afectando también a la población civil: una inflexible rigidez en las multas de tráfico, exhibición de mal humor por todos los agentes agobiados por el exceso de trabajo, automóviles oficiales circulando con luces y sirenas encendidas a una velocidad mayor de la permitida. Sólo su ansiedad le había impedido adivinar que Gallardo tenía algo y que por eso había venido hasta su casa.

—Saldaña tiene contratada una caja de seguridad en el mismo banco, en iguales condiciones que la de su cliente. Un campesino con una caja de seguridad —repitió, señalando su extrañeza.

Cupido la sintió también suya, porque aquél era el último nombre que esperaba encontrar en la lista. Pero si Saldaña había disparado contra Larrey, eso explicaría por qué se había quedado abierta la puerta del colegio —ya que él no tenía llaves— hasta que el conserje, al volver del hospital, la cerró pensando que alguien había olvidado hacerlo.

—Y en el banco, ¿no llevan un registro cada vez que alguien utiliza su caja fuerte? —le preguntó, agotando toda la información.

—No. Se limitan a hacer de guardianes del tesoro. Llega un cliente, se identifica, pide la otra llave que necesita y se la dan. Nada más. Es el propio juego del ocultamiento el que lo exige. ¿Nunca has entrado en un sitio de éstos?

—No.

—Aunque parezca mentira, yo tampoco hasta ahora. Incluso la cámara de vídeo que hay dentro la desconectan durante el horario de servicio a los clientes. Me gustaría mucho ver qué hay dentro de todas esas cajas, cuántos millones de dinero negro, cuántos documentos comprometedores, cuántos productos claramente ilegales, cuántas trampas.

—Y los empleados que estaban aquel día, ¿no recuerdan nada?

—Nada. Ya ha pasado un mes y medio. Además, era agosto y estaba trabajando un sustituto que no conoce a los clientes habituales. Pero recuerda bien a nuestro hombre, Julián Monasterio, y ha confirmado el incidente: su caja se quedó abierta hasta el día siguiente. Al menos sabemos que no le mintió al contárselo.

—Siempre supe que no mentía. Es una historia demasiado absurda para que, si no fuera cierta, alguien la inventara esperando que lo creyeran.

Pero lo importante en ese momento no era Julián Monasterio, sino Saldaña. Su nombre en la lista del banco parecía materializar su presencia entre Cupido y el teniente: la imagen de un hombre oscuro, entristecido, de manos toscas, pero con ese incipiente refinamiento de aspecto y costumbres que el uso de la tecnología estaba imprimiendo a muchas gentes del campo cuya piel ya no parece tener varios centímetros de grosor ni su pelo un parentesco cercano con el de los caballos; aun así, todavía conservan mucha fortaleza en sus brazos, y en el movimiento y el trabajo físico adquieren una dignidad y grandeza que pierden en la inmovilidad, en la que parecen disminuir y hacerse insignificantes.

—¿Y ahora? —preguntó Cupido.

—Voy a ir a hablar con él. Llevo una orden de detención.

Se levantó de la silla y se despidieron. Al detective le hubiera gustado acompañarlo, escuchar de labios del propio Saldaña su confesión o sus negativas, pero sabía que ni el teniente iba a invitarlo a una gestión oficial ni él podía pedirselo. Lo acompañó hasta la puerta y lo rio bajar la escalera, prescindiendo del ascensor. Todo parecía a punto de terminar sin que él hubiera tenido una actuación destacada,

pero eso lo llenaba de tranquilidad. Por un instante se sintió como el mozo de una compañía teatral en gira por provincias que, con la caída del último telón, sabe que debe empezar a embalar los decorados.

Volvió adentro, llamó por teléfono a Julián Monasterio y le contó adonde habían llegado con los datos del banco.

* * *

Alba había ido al chalé de sus primos, invitada al cumpleaños de uno de ellos, y Julián Monasterio estaba solo en casa. Le dolía la cabeza, pero aun así encendió un cigarrillo y salió al balcón a fumar. Un viento molesto y frío soplaba entre los edificios y se llevaba rápidamente el humo hacia los pájaros que volaban nerviosos de regreso a sus refugios en los árboles. En la calle, los conductores comenzaban a encender las luces de los coches en plena marcha, sorprendidos de la rapidez con que el otoño liquidaba el atardecer.

La llamada de Cupido lo había tranquilizado, lo inclinaba a un optimismo que, sin embargo, no llegaba a ser pleno. Al pensar en sus palabras veía que aún no estaba todo resuelto, y un regusto de desconfianza y de urgencia por acabar le impedía relajarse por completo.

Apagó la colilla en una de las macetas que aún quedaban en el balcón, llenas de tierra, pero ya sin plantas. Siempre las había cuidado Dulce y a veces la evocaba agachada sobre los rosales, los geranios, las margaritas, los ficus, la alta yuca que crecía y crecía en un gran tiesto y una planta —de la que no recordaba el nombre— de flores azules con los pétalos tan frágiles que parecían alas de mariposa. La recordaba manipulando con una bolsa de humus para renovar la tierra, con una regadera donde echaba una dosis de abono líquido, con un insecticida de vaporizador y unas tijeras con las que podaba hojas secas y ramas que introducía en bolsas de basura. Cuando terminaba, a él le gustaba abrazarla y besar y oler sus dedos, en los que las humildes y peludas hojas de los geranios habían dejado una fragancia deliciosa que se mezclaba con su propio olor corporal.

Cuidar sus plantas era una de las pocas tareas domésticas que a ella le gustaba, siempre renuente a la áspera rutina de lavar platos, recoger lo que desordenaba Alba, hacer camas o barrer, aunque sólo fuera durante los fines de semana, porque los demás días era Rocío quien se encargaba de todo. Con las flores la veía poner siempre algo de su parte, una forma de implicarse que no era exclusivamente manual. Entre el momento inicial de agacharse con las tijeras de podar sobre la primera maceta y el último, dos o tres horas más tarde, cuando tranquila y satisfecha fumaba un cigarrillo observando la tierra negra y removida, las plantas limpias de parásitos y excrecencias, como purificadas, por su rostro habían desfilado la decepción, la pena,

el entusiasmo, la duda, la desconfianza, el cálculo, la ilusión y la esperanza. Luego, durante varios días, seguía saliendo a la terraza a observar el progreso y los resultados de su trabajo, hasta que, poco a poco, las plantas iban perdiendo aquel esplendor fruto del abono y la poda y también ella dejaba de mirarlas hasta un próximo impulso. De modo que, como todas las aficiones —y de un modo más certero que el trabajo, o el vestido, o la casa—, su afición a las plantas se convertía en un fiel reflejo de su forma de ser.

Al marcharse, había dejado allí la mayoría de las macetas, aun sospechando que él iba a abandonarlas y que aquellos jardines en miniatura que había hecho florecer en los balcones de la casa terminarían marchitándose.

Y así había ocurrido. Él las había regado y abonado algunas veces, los días posteriores a su marcha, cuando aún creía que sólo era una locura pasajera y que no tardaría en volver. Entonces encontraría su casa como la había dejado, con sus frutas preferidas en el frigorífico, con el periódico del día en la cesta de mimbre, con las macetas estallando de flores y verdor en los balcones, con las dos almohadas en la cama hecha, tan limpias y tirantes las sábanas que podría hacer rodar por ella una manzana sin que surgieran arrugas.

Pero luego, según los días fueron pasando y comprendió que no regresaría, también abandonó aquel cuidado, del mismo modo que había dejado crecer su pelo por encima de las orejas, que no se compraba ropa ni apenas se lustraba los zapatos. En el abandono de las macetas, en el olor de las flores muriendo, encontraba una suerte de pequeña venganza contra ella. «Mira lo que he hecho con eso que tanto te gustaba», murmuraba a veces cuando salía al balcón a fumar un cigarrillo. Aplastaba con rabia la colilla contra la tierra reseca e imaginaba que la aplastaba contra su piel, la misma que había besado y acariciado con tanta pasión en los sueños de la noche anterior. Luego, de repente, se asustaba de aquella reacción y volvía deprisa al interior, arrepentido de haber cedido a un impulso de violencia que era totalmente ajeno a su carácter, con vergüenza de que alguien hubiera estado observándolo desde alguna ventana y por sus gestos pudiera adivinar sus pensamientos.

Uno de los fines de semana en que Dulce vino a buscar a Alba, cuando aún subía al piso y no se limitaba a llamar al portero automático y a esperarla abajo con cualquier excusa de prisas o de dificultades de aparcamiento, al pasar por el salón había visto las macetas abandonadas en las que sólo quedaban los tallos y algunas hojas secas. Durante unos instantes se detuvo a observarlas con una expresión que se acercaba más a la curiosidad de un botánico comprobando en un campo los efectos de la sequía que al dolorido interés del dueño. Él se quedó a su lado, esperando cualquier reproche, un mínimo comentario que le permitiera responder con agresividad. Había imaginado aquella situación y tenía bien meditadas las palabras de réplica que le mostrarán una parte de su dolor. Pero Dulce había vuelto la cabeza hacia otro lado,

como si fuera precisamente aquel abandono lo que había esperado de él. Su indiferencia le había dolido más que cualquier protesta o censura, porque con ella venía a decirle que ya no le importaba nada de la casa donde había vivido.

Así que la casa donde había vivido se había ido despoblando poco a poco de sus huellas. Si un día fueron las plantas de las macetas, más tarde les siguieron la bandeja en la que a ella le gustaba cenar sin levantarse del sofá, cuya presencia junto al televisor se le había vuelto insoportable. Otro día era una horquilla del pelo encontrada bajo un cojín, o un marco con una fotografía que ya no tenía sentido conservar, o las cartas comerciales y de servicios a su nombre que poco a poco iban dejando de llegar.

Julián Monasterio advertía que, si bien el dolor por su marcha no había desaparecido aún de un modo absoluto, al menos se había inmovilizado. Ahora se preguntaba cuánto había influido Rita en aquella tranquilidad y esperanza que a veces comenzaba a vislumbrar en el futuro. Después de los pocos días que llevaban viéndose, con todo lo que esa palabra podía significar, ella se había marchado el fin de semana a casa de sus padres, y ambos habían acordado llamarse el lunes, a su regreso. Pero ya había transcurrido la mayor parte de la tarde y ni ella le había telefonado ni él había hecho nada por localizarla. Los días que había estado sin verla lo habían llenado de prudencia y no podía evitar pensar en los inconvenientes de una relación demasiado precipitada, sin que hubiera tenido tiempo para protegerse contra sus riesgos. Temía haberse arrojado demasiado pronto a la profundidad, cuando aún no hacía muchos meses que vivía con otra mujer a la que amaba y con la que había tenido una hija. Tal vez eran los ocho años que los separaban, tal vez Rita estaba acostumbrada a aquella facilidad y rapidez en sus relaciones, se decía, resistiéndose al malestar que esa idea le provocaba, porque podía imaginar a otros hombres más jóvenes junto a ella. Acaso, llegó a pensar en algún instante, el viaje para estar con sus padres sólo era una excusa para verse con algún amigo de su ciudad.

Pero enseguida rechazó aquella imagen, diciéndose que tenía que hacer algo para alejar la falta de fe y el recelo que siempre estaban cerca de él, prestos a colgarse de su brazo y a susurrarle al oído un poco de veneno.

Por todo eso se resistía ahora a llamarla. No bastaría con preguntarle cómo le había ido en el viaje y en la fiesta de sus padres. También tendrían que hablar de ellos dos, mencionar el recuerdo durante la ausencia, la añoranza, la urgencia de concertar un nuevo encuentro, y era esa parte la que lo llenaba de inquietud. Porque si bien expresar con intensidad y precipitación cualquiera de aquellos sentimientos le haría parecer adolescente o inmaduro, no aludir a ellos de alguna forma le haría parecer frío, y siempre preferiría evitar esta última impresión.

Volvió al interior de la casa y abrió el mueble donde guardaba todas las medicinas buscando un calmante que le aliviara el dolor de cabeza. Estaba lleno de cajas de

tabletas y de frascos de jarabes o antibióticos, de analgésicos y de antiácidos con que Dulce siempre se automedicaba, a impulsos y en exceso. Cuando se sentía mal, enseguida recurría a un remedio que terminaba resultando inútil, porque nunca eliminaba la causa que le provocaba el malestar: pedía un jarabe contra la tos, pero no dejaba de fumar dos cajetillas diarias; o estaba indispuesta del estómago y tomaba un astringente, pero no prescindía de comer la fruta verde que tanto le gustaba o el manjar que la indisponía... *Todavía quedan en casa muchas cosas de ella; ¡es tan difícil vaciar, limpiar, eliminar todas las huellas y los residuos que una mujer ha dejado en el hogar donde vivió diez años! Diez años. Uno mira la fecha de caducidad de un medicamento y cree que el mes marcado tardará mucho en llegar, está seguro de que lo habrá consumido antes de esa fecha, pero pasa el tiempo demasiado rápido y también las medicinas caducan y lo que fue un recurso para el bienestar ya no sirve para nada, para nada, para nada, es un producto inútil, pensó.*

Puso dos aspirinas en medio vaso de agua y, mientras se disolvían, cogió una bolsa para tirar todo lo inservible o caduco. El cajón quedó casi vacío. La seguridad de que todo lo que acababa de arrojar a la basura era ya irrecuperable lo llenó de una tristeza suave, muy diferente de los arrebatos de dolor y odio que un episodio semejante le habría provocado unas semanas atrás.

En aquel vaivén emocional en que oscilaba, quería creer que si se estaba vaciando de tantas cosas pasadas era porque de algún modo estaba haciendo hueco para acoger algo nuevo y mejor. Había reunido la suficiente valentía para desprenderse de recuerdos y esperar, sin demasiada impaciencia ni cálculo ni incertidumbre, a ver qué pasaba. Una relación como la de Rita que en los meses de verano le hubiera parecido inimaginable, ahora le resultaba creíble y quizá en algún momento le llegara a ser tan necesaria como lo había sido su amor por Dulce. *Porque Rita no es ajena a este inicio de paz*, se dijo. Encendió otro cigarrillo pensando que ya se había demorado en exceso. Marcó su número.

—Hola. Iba a llamarte yo —dijo Rita con una voz amable que borró de golpe las sospechas fatalistas que había rumiado durante toda la tarde.

—¿Qué tal el viaje?

Rita comenzó a contarle anécdotas intrascendentes del fin de semana, deteniéndose en pequeños detalles familiares, citando por sus nombres a los miembros de su familia, como si él los conociera, con esa parsimonia y naturalidad de quien habla por teléfono como se habla cara a cara y que es fruto de una confianza absoluta en su interlocutor. Escuchándola, Julián Monasterio tuvo la sensación de que con ella debía abandonar el desolado pesimismo que le hacía esperar de cualquier novedad una mala noticia. Escuchando su voz que le hablaba como a un viejo conocido y le permitía acceder sin reservas a aquella parte de su intimidad que residía en su familia, pensó que el resto de su vida no tenía por qué ser sólo una sucesión

implacable de desdichas, que podía hallar momentos en que la felicidad apareciera con el esplendor repentino de un paisaje recóndito y maravilloso tras coronar una cumbre.

—¿Y tú? —estaba preguntándole—. ¿Qué has hecho?

Durante un segundo tuvo el deseo de responder: *Echarte de menos*, pero se contuvo, porque aquello, sin ser del todo falso, no era cierto. Se sentía más torpe y lento que ella en sus reacciones y, como la primera noche que pasaron juntos, en esos días había temido que todo aquello sólo fuera un experimento, porque sospechaba que los experimentos en el amor siempre terminan abrasando a los más incautos.

Pero al oírla de nuevo por teléfono se daba cuenta de hasta qué punto le apetecía verla. Y se dijo que si era precisamente ese detalle —la invariabilidad de los sentimientos independientemente de la ausencia o la presencia del otro— lo que diferenciaba el amor de una simple atracción física o de simpatía, él no estaba enamorado de Rita. Sus emociones estaban demasiado a merced de la cercanía o lejanía en que ella se encontrara, no tenían esa autonomía con que las fuertes pasiones parecen existir independientemente de la distancia, la voluntad o las circunstancias de quien las siente. De modo que se limitó a responder con vaguedades: trabajar bastante en la tienda, estar con Alba y llevarla a la piscina, ordenar algunas cosas de la casa.

—¿Nos vemos mañana? —le preguntó.

—Muy bien. ¿Sobre las nueve?

—Sí.

Acordaron el lugar del encuentro y se despidieron.

La casa se había quedado oscura, sin otra luz que la que entraba de las farolas de la calle atravesando los estores. Se recostó en el sillón, encendió un nuevo cigarrillo y puso los pies sobre la mesita, gozando de aquel momento de paz en la penumbra, recordando las palabras de Rita. Se sentía como si le hubiera devuelto el valioso regalo que días antes ella misma le había hecho y que él había perdido con su andar vacilante, con sus dudas, con su nerviosismo. Al entregárselo ahora, por segunda vez, Julián Monasterio tuvo la sensación de que aquella relación podría ser tan importante como para alterar su futuro, sus planes, sus modos de vida.

Apagó el cigarrillo cuando la brasa estaba llegando a la espuma y cerró los ojos, dejándose hundir en una tranquilidad abismada y gozosa. La cabeza había dejado de dolerle gracias a la doble dosis de analgésico. Debió de quedarse unos minutos adormecido y no supo por qué caminos de su memoria apareció de nuevo ante él la imagen de la escalera mecánica, el gran laberinto de cintas negras que emergían de los oscuros sótanos, se elevaban y se cruzaban en los aires hasta perderse en un fondo irreal y montañoso, como en algunos cuadros surrealistas donde las figuras humanas resultan insignificantes frente a la grandiosa magnitud de los objetos. Desde su posición veía cuerpos fragmentados, aunque nunca se apreciara una mancha de

sangre o una señal de violencia: una fila de cabezas que parecían avanzar sin un gesto de dolor, como calabazas en el tren de montaje de una fábrica, o una sucesión de piernas cuya visión se iba reduciendo al llegar a la confluencia de dos cintas que al cruzarse actuaban como tijeras, o una hilera de mujeres que de pronto y sin que se advirtiera ningún cambio en la altura de la cinta, comenzaban a disminuir de estatura, como si las estuvieran cortando a rebanadas. Él también iba subido en una de ellas, pero ahora ya no sentía que lo arrastraban en una dirección equivocada, hacia una tolva negra y profunda que giraba engulléndolo todo. En todo caso, y al menos en ese sueño, no podía comprobar el punto final de llegada. De pronto sintió un brusco parón y todo, las cintas y las figuras transportadas, se detuvo en un silencio insondable, como si alguien invisible y poderoso hubiera pulsado el interruptor de energía para que el mundo entero quedara inmóvil y en suspenso.

Capítulo 17

¿Qué podía hacer la ley contra él si ya estaba muerto? Había mentido sobre lo que pasó aquella noche y ahora ya no estaba muy seguro de que no pudieran averiguarlo. Pero, si lo hacían, ¿qué daño mayor podían causarle? Levantó la cabeza del arriate que estaba cavando y una vez más miró hacia la carretera, esperando la aparición del coche. Lo que sucediera entonces no iba a ser mucho peor que lo que ya había sucedido. La paz no le llegaría de ningún modo.

Durante los cuatro años transcurridos desde la muerte de su hijo hubo algunos momentos en que creyó que podría olvidarlo todo: alguna mañana en la que —después de girar cien veces sobre el barbecho, arando con el tractor, seguido por una bandada de garcillas blancas que se posaban en los surcos para devorar las succulentas lombrices que iba levantando— el cansancio, las vueltas siempre iguales y el ruido del motor le provocaban una sensación de aturdimiento que difuminaba el mundo exterior; algún atardecer entre los árboles, envuelto en el perfume de las frutas maduras bajo un cielo de nubes enrojadas como si la cumbre del Volcán les hubiera prendido fuego. Pero el dolor volvía pronto. Un dolor que no lograba reducir a pensamiento y, por tanto, renuente a ser combatido con ideas, con palabras o con el consuelo de los otros. Calculaba que aún viviría veinticinco o treinta años y estaba convencido de que permanecería allí, con él, hasta el último minuto, dispuesto a alimentarse de los más extraños estímulos. La última reunión del Consejo Escolar y el repaso de la gestión de aquel periodo lo habían renovado al hacerle recordar con una nitidez insoportable todos los detalles de la muerte de su hijo.

Y entonces, cómo iba a volver directamente a casa aquella noche y despreciar aquella oportunidad, solos los dos, sin testigos que interfirieran para aplacar la intensidad del odio y del desprecio. Cómo iba a regresar al campo —donde a todos ellos les gustaba tenerlo apartado— en silencio, si en aquella reunión se había producido un cambio de director que seguramente acarrearía otros cambios y acaso Corona ya no permanecería en aquel cargo desde donde había orquestado el expediente de expulsión.

Había visto que el jefe de estudios y De Molinos se demoraban unos instantes en el bar y él salió con los otros profesores, dejando al grupo de padres junto a la barra perfeccionando su inagotable capacidad para criticar en vano, para censurar la gestión del colegio, el exceso de vacaciones de los maestros, su tendencia a eludir responsabilidades: el eterno repertorio de quejas que nunca se decidían a expresar en voz alta y clara ni a exponer públicamente en un documento. Sabía bien dónde vivía Corona. En una ocasión lo había seguido. De modo que llegó antes que él y lo esperó en el vestíbulo del edificio, repitiendo en la oscuridad las palabras que tantas veces había pospuesto. Y cuando unos minutos más tarde vio su silueta grande y obesa

recortada en la puerta sobre la claridad de las farolas de la calle, despegó la espalda de la pared donde se había apoyado y estiró el brazo para encender la luz. Comprobó con agrado su sorpresa, el susto encharcándole los ojos. «Usted, ¿qué ocurre?», dijo. Y él no contestó al principio, se quedó allí mirándolo sin hablar, quizá durante un minuto, dejando que sintiera la inquietud y también el miedo de que algo irremediable iba a ocurrir y nadie podría impedirlo. La luz se apagó sola y de nuevo estiró el brazo para pulsar el interruptor. Al volver, Corona había dado un paso atrás, hacia la puerta, y se estaba frotando las manos blancas y gordas como si tuviera algo en ellas, suciedad o sudor. «¿Pero qué ocurre?», volvió a preguntar, y había ya súplica en sus palabras, pero también un miedo tan nítido que casi se podía ver, como si estuvieran subrayadas con ese intenso color rojo con que a ellos les gustaba corregir ferozmente los errores en los cuadernos de los alumnos. Lo observó en silencio. No tenía ninguna prisa en contestarle y acabar con su temor. Unos pasos enérgicos, de tacón masculino, se oyeron en la calle, acercándose por la acera. Corona giró un poco la cabeza, con la esperanza de que se detuvieran en la puerta y alguien entrara a romper aquella situación. Lo vio tan deseoso de huir que parecía que él era el dueño de la casa y Corona un intruso sorprendido dentro. Pero los pasos siguieron adelante, y cuando ya no se oían él había murmurado: «Todos los días me acuerdo de mi hijo. Esta tarde, en el colegio, lo recordé con más intensidad que nunca». De nuevo se quedó callado, pensando en lo extraño que era haberle dicho precisamente a él, a quien tenía más responsabilidad en su muerte, lo que a nadie le decía. «Nadie tuvo la culpa. Aquello fue una desgracia, nadie tuvo la culpa», le oyó replicar. La luz volvió a apagarse, pero esta vez se demoró un poco en encenderla, porque también él quería que ocurriera algo, que algo se moviera y le facilitara el momento de comenzar a hacerle daño. «Todos en el colegio sentimos cómo terminó aquello», insistió desde las tinieblas, como si no pudiera soportar al mismo tiempo la oscuridad y el silencio y hablara para que le respondiera y saber así que no se había acercado. O quizá sólo intentaba difuminar en el colectivo su responsabilidad individual. Y si bien era cierto, pensó entonces, que Corona no era el único culpable, que fueron muchos quienes en todos aquellos años tuvieron a su entera disposición a su hijo durante cinco horas al día para enseñarle lo que hubiera debido aprender y no aprendió, tantas horas que formaban tantos días y semanas y meses y tantos años para nada, sin embargo él no podía dejar que al menos uno de ellos, el más directamente implicado, sufriera un poco de dolor y humillación en nombre de todos los demás, los que siempre habían creído que por ser un campesino cuyo destino era alimentar a la ciudad, tener las manos sucias y el cuerpo endurecido por el esfuerzo podría soportar cualquier dolor. Sabía que ésa era la imagen que esperaban que diera: la de un labriego vestido de pana cuya máxima aspiración en la vida es ser fotografiado junto a un gran cerdo cebado o un enorme semental vacuno por cuya crianza le han dado el primer premio

en una feria ganadera.

Otra vez encendió la luz y aún esperó unos instantes. Estaba convencido de que, si se lo ordenaba, Corona no vacilaría en ponerse de rodillas y permitir que él le pasara por encima. Avanzó unos pasos y vio cómo extendía los brazos para protegerse. Cuando la luz volvió a apagarse lo golpeó con la mano abierta, un solo golpe humillante, no demasiado fuerte ni violento, sólo humillante. Luego se quedó un momento inmóvil, oyéndolo respirar aterrorizado a un metro de su mano, apoyado en la pared y esperando un nuevo golpe.

De pronto, sin embargo, todo aquello le pareció grotesco. El remedio a su dolor tampoco estaba allí. La venganza y sus extraños camaradas —la violencia, el daño, la sordidez, la vergüenza, la sangre a veces— eran un plato, si no amargo, sí insípido, y en todo caso nada placentero. En la oscuridad, tanteó la manilla de la puerta, la abrió y salió a la calle sin mirar atrás.

Y Corona había ocultado todo aquello, porque unos días después ni el teniente ni aquel detective alto se lo habían preguntado para confirmarlo. Nadie hizo ninguna referencia a aquel encuentro en el vestíbulo, y también él se calló. Desde ese momento comprendió que Corona prefería ocultar la humillación aun a riesgo de ser incluido en la lista de posibles implicados. Bien, que lo hiciera y prolongara así la angustia de sentirse vigilado y sospechoso, al menos hasta que todo se aclarara, si llegaba a aclararse.

Al agacharse de nuevo y clavar la azada en la tierra volvió a sentir el doloroso tirón en la parte posterior de sus muslos, como si desde la espalda se le tensara una cuerda que terminaba en un garfio pinchado en sus rodillas. Habían comenzado a inflamarse y en algunos momentos parecían negarse a sostenerlo en pie. Además, ahora que regresaba el frío —en la pared de la casa, a sus espaldas, sonaban de cuando en cuando los golpes del cable suelto del pararrayos movido por el viento— las molestias se intensificaban. Prescindió del dolor y volvió a cavar, porque desde unos días antes sentía de nuevo un extraño impulso de recuperar la parte ajardinada de la finca. Tras la muerte de su hijo había abandonado su cuidado, como si fuera algo obscuro e irreverente mantener el esplendor y el colorido de las rosas, los macizos de hortensias y los arriates con glicinas, lilos y geranios cuando el corazón estaba lleno de luto. La parte donde había estado el jardín, desde la verja a la casa, se había ido llenando de tantos hierbajos, matas y restos de flores muertas que un día estuvo a punto de hundir allí las rejas del tractor y arrasarlo todo, convirtiendo en polvo el trabajo de varias temporadas. Ahora, sin embargo, volvía a sentir el deseo de rehabilitarlo y se avergonzaba de aquellos arrebatos de destrucción. Las flores nunca habían sido incompatibles con los muertos; más aún, parecían su mejor compañía, el mejor signo de respeto. La mayor o menor cantidad de cosecha comenzaba a resultarle indiferente y a veces se sorprendía pensando que una rosa siempre olerá

mejor que una manzana, que un ramo de lilas siempre será más bello que una mazorca, que una amapola siempre brillará más luminosa que una espiga. Algo lo inclinaba a vincularse con lo frágil y efímero de las flores frente a la dureza del cereal. Se decía que, incluso al ser cortadas o al morir, las primeras entregan lo mejor de sí mismas, su perfume más delicado, mientras que todos los cultivos contables — el grano, las verduras, las frutas, las legumbres— se descomponen con una explosión de moho, de polvo, de podredumbre, de gusanos y ratones. ¡Cuántas horas le había costado entonces, robando tiempo a otras labores, tener un jardín esplendoroso que, sin embargo, al abandonarlo, había muerto de un modo fulgurante! En cambio, las jaras, los cenizos, los hierbajos, la grama y los juncos crecían solos, resistían con la misma indiferencia el frío y el calor, desarrollaban sin ayuda varas robustas como lanzas o afiladas como espinas. El mundo, se decía, no está hecho para seres sensibles; sólo los rudos soportan la dolorosa broca de la pulga, la mancha de la roya, la lapidación de los granizos, el abandono de sus dueños, las aguas negras.

Al levantar la azada en uno de los golpes vio una lombriz aterrorizada que intentaba esconderse de nuevo bajo la tierra con una lentitud lastimosa. La cogió y la puso en la palma de su mano. Entonces recordó la marca venenosa de las garras en el muslo frío y descarnado, y él mismo sintió como si le quemaran el suyo con un hierro candente. Acarició su dorso frío, bruñido y frágil y luego se agachó para dejarla con cuidado junto a la tierra removida.

—Ahora, haz tu trabajo —le dijo, observando cómo el pequeño cuerpo amarronado iba penetrando en el suelo con una obstinación espoleada por el miedo.

¿Por qué su hijo había hecho aquello? ¿Qué rencor lo había impulsado a llevarse de casa las tijeras de esquila, cortándole al perro algunos trozos de piel por su inexperiencia al manejarlas? El porqué de aquel salvaje ensañamiento seguía siendo una pregunta a la que nunca respondió. Le había enseñado a no maltratar en vano a ningún ser vivo, a respetar todo lo que latía a su alrededor, convencido de que todo aquél que intencionadamente hace daño a un animal indefenso está muy cerca de hacerle daño a un semejante. Y creía que lo había aprendido y aceptado, porque nunca lo vio ejerciendo una crueldad con ninguno. Creía que su hijo había conseguido establecer con ellos una sana relación natural, sin miedo, pero con prevención cuando era necesario, sin desprecio, pero también sin idolatría. Desde pequeño había ido inculcándole la obligación de evitar los sacrificios inútiles —no pisar un caracol, no tocar las alas de las mariposas ni cortar el rabo a los lagartos, no aplastar el diminuto cráneo de los pájaros—, porque en cada animal sacrificado en vano se estaba perdiendo a un aliado para cuando llegaran los animales verdaderamente dañinos. Y su hijo parecía haberlo aprendido y en ocasiones incluso le había reprochado a él algún descuido. Entonces, ¿por qué aquel odio hacia el perro de Corona, por qué tanta saña? A menos que el odio no se dirigiera hacia el perro y el

animal no fuera sino la víctima vicaria de otro odio hacia alguien para él invulnerable.

Oyó el ruido de un motor más allá de la curva y otra vez levantó la cabeza, esperando. Primero fue el capó verdosos, luego ya el parabrisas brillante tras el que no se distinguía nada y al fin todo el automóvil con la barra de luces apagadas en el techo y las bandas blancas alternándose con el color verde. Le pareció que circulaba con demasiada lentitud o cautela, brillando al sol, como si viniera flotando, sin comprender que era su propia impaciencia lo que ralentizaba aquel minuto de un modo insoportable y lo congelaba en una especie de espejismo al que no era ajeno el grasiento reverbero del asfalto.

El coche se abrió un poco para enfrentar la entrada a la finca, se detuvo ante la cancela y de él bajaron el teniente que lo interrogó tres semanas antes y dos números, uno de ellos una mujer.

Arqueó hacia atrás la espalda para olvidar la molestia de los huesos y dejó la azada en el suelo. La lombriz ya se había escondido bajo la tierra.

Al tiempo que el teniente abría la verja y avanzaba seguido por los otros dos, oyó a sus espaldas el ruido de la puerta de la casa. Giró la cabeza y vio a su mujer mirándolo con aquellos ojos que no habían vuelto a perder el miedo y cuyos párpados comenzaban a temblar en cuanto un desconocido llegaba a la finca. Junto a ella también asomaba su hijo pequeño. Su único hijo.

—Métete adentro. Y llévate al niño.

—¿A qué vienen ahora? —preguntó aún.

—Métete adentro. Con el niño.

Oyó confusamente lo que el teniente le decía de forma rápida e impaciente, como si hubiera esperado durante mucho tiempo el momento adecuado para hacerlo, pero comprendió su intención por las palabras sueltas de fórmulas legales que había oído a veces en las películas del televisor —detención, abogado, permanecer en silencio—. En todo caso, no hubiera sido necesario decir nada para que comprendiera a qué venían. También advirtió que el teniente le impedía al otro hombre que le pusiera en las muñecas unas esposas que parecían haber aparecido de pronto en sus manos mediante un truco de magia. Le permitieron que fuera a hablar unos segundos con su mujer —que había vuelto a aparecer en el porche—, pero rechazó el ofrecimiento y, caminando entre los dos guardias, se dirigió hacia el automóvil.

* * *

No sentía ningún miedo. ¿Qué podía hacer la ley contra él si ya estaba muerto? ¿Qué daño mayor podían causarle? Acostumbrado a estar solo y a esa paciencia campesina forjada en la calma con que se espera la eclosión de una semilla o la sazón

de un fruto, ni siquiera se impacientaba por llevar tres horas encerrado en aquella habitación sin ventanas ni espejos, solamente con una rejilla en la puerta por la que aún no había visto asomarse a nadie. Una mesa de hierro y tres sillas eran el único mobiliario. Bajo la que él ocupaba se había formado un círculo negruzco con la tierra que, al secarse, se había ido desprendiendo de sus botas. De vez en cuando escuchaba algún ruido de fuera, el motor de un coche, el eco de unos pasos que no sabía si se acercaban o alejaban, el gorgoteo de una cisterna y, una vez, el pensativo graznido de un cuervo. Pero no se impacientaba ni temía nada. Sólo sentía alguna curiosidad por saber qué es lo que ellos conocían y por qué habían tardado tanto en ir a buscarlo.

Se abrió la puerta y entraron los dos guardias que habían acompañado al teniente. La mujer tenía unos papeles en las manos y se sentó frente a él, pero el hombre se quedó apoyado en el quicio, observándolo de la cabeza a los pies. Parecía buscar junto a las manchas de tierra una hoz o una azada. Llevaba el cuello de la camisa desabrochado, como si tuviera mucho calor, y se había subido las mangas mostrando unos antebrazos fortalecidos por el ejercicio. Se separó de la puerta y arrastró una silla hasta un rincón. Tenía la apariencia de un boxeador dispuesto a comenzar un combate.

—¿Dónde está la pistola? —fue el primero en hablar desde allí, con una voz demasiado fuerte para una habitación tan reducida.

—¿Qué pistola? —replicó sin comprender a qué se refería.

El guardia movió la cabeza con resignación.

—No vas a salir de esta habitación hasta que nos digas dónde está o hasta que nosotros la encontremos. De modo que elige tú mismo. O nos lo cuentas y acabamos pronto o mandamos unas excavadoras a arrancar todo lo que tienes plantado en esa mierda de finca hasta dejarla convertida en un desierto. Seguro que la has enterrado debajo de cualquier frutal.

La amenaza lo dejó indiferente y miró al guardia con una frialdad que ni siquiera era desdén. No le importaba la finca porque nada le importaba. Desde hacía tiempo se levantaba cada mañana con la sensación de que todo era una tragedia irremediable y que, por tanto, cualquier movimiento que hiciera para eludirla en realidad lo acercaría al desenlace. No sentía cariño por nadie, ni por su mujer ni por el hijo que aún vivía. Tenía muerto el corazón y la imagen de sus cultivos y sus árboles arrasados no era lo suficientemente dura como para despertarlo de aquella indiferencia emocional. Sólo un leve y efímero chispazo de malestar brilló en su cabeza al pensar en los arriates del jardín que había estado cavando esa misma tarde.

—¿Dónde está la pistola? —seguía insistiendo el guardia.

—No tengo ninguna pistola. Nunca la he tenido —negó. Era una idea absurda, porque para cualquier cosa que hubiera querido hacer, una pistola le hubiera sido innecesaria.

—Vamos a comenzar desde el principio —intervino la mujer.

Leyó en silencio unas líneas de los papeles que tenía en la mesa, muy rápidamente, como si los hubiera estado estudiando en esas tres horas y al hallar un error quisiera que él la ayudara a corregirlo.

—En su primera declaración nos dijo que regresó directamente a su casa, sin detenerse en ningún sitio.

—Sí.

—Pero no es cierto. Al salir del bar no fue a su casa —dijo muy despacio.

—Mentí —replicó. A pesar de la apatía con que asistía a su propio interrogatorio, advirtió la tensión de la mujer y la inquieta mirada que le dirigía el hombre desde su rincón.

—Está bien. Nos mintió. Ahora vamos a olvidarlo, como si no se hubiera dicho. Y después todo quedará arreglado —le explicó. Con los papeles ante ella y un sencillo bolígrafo azul, tenía cierto aspecto de estudiante tomando apuntes. Ni siquiera la camisa verdosa del uniforme la privaba de aquel aire juvenil e inofensivo. Como si fuera un abogado, pensó recordando la propuesta que el teniente le había hecho desde el primer momento en la finca, alguien que por un puñado de billetes se pusiera incondicionalmente de su lado.

—¿Adónde fue al salir del bar?

—Fui andando hasta su casa y esperé en el portal a que llegara. Sé bien dónde vive. Lo había seguido otra vez —respondió con cansancio. Si habían ido a buscarlo, es que ya sabían la respuesta.

—¿A quién? —ahora también la mujer parecía desconcertada.

—¿A quién? A Corona.

—Querrá decir a Larrey —corrigió el hombre desde el rincón.

—¿A Larrey? No. ¿Para qué? Si en la reunión de aquella tarde había alguien que merecía respeto, ése era Larrey.

El guardia hizo ademán de levantarse de la silla, pero la mujer lo retuvo con un gesto de su mano.

—De acuerdo. Esperó en el portal a que llegara Corona. ¿Qué pasó después?

—¿No se lo ha contado él? ¿No han ido a buscarme por eso?

—Queremos que nos lo cuente usted.

Detectó el apresuramiento con que le había replicado, la avidez por saber, y el recuerdo de las primeras preguntas del hombre insistiendo sobre una pistola le trajo la sospecha de una trampa escondida en su amabilidad.

—Lo golpeé.

Los dos guardias se quedaron en silencio, demasiado sorprendidos para reaccionar, y en el silencio creyó oír un leve frufú de ropas al rozarse al otro lado de la puerta entreabierta. Sin alzar la voz, continuó:

—Una sola vez. En la cara. Con la mano abierta —dijo, y luego, con la seguridad de que no le faltaban recuerdos y podría citarlos, añadió—: Como ellos golpean a los niños.

—¿Quiénes?

—Los maestros.

—Los maestros en este país ya no pegan. Tampoco nosotros. Eso era hace mucho tiempo —replicó la mujer sin demasiada firmeza, mirando al número que seguía en su rincón, con las mangas de la camisa levantadas hasta los codos, las piernas separadas y la pechera un poco abierta.

—Sí golpearon a mi hijo. Aunque no lo hicieran en el rostro, lo golpearon muy fuerte —dijo.

La mujer volvió a mirarlo, sin esforzarse ya por disimular su desconcierto por aquellos sorprendentes giros en la conversación, esperando que en cualquier momento completara sus frases con palabras que incluyeran la palabra matar, la declaración definitiva que al fin lo explicara todo. Había repasado muchas veces el expediente de aquel primer caso en el que el teniente les había dejado participar a ella y a su compañero, aunque sabía que de Ortega no podía esperar mucho más que una ayuda rápida y eficaz en caso de acción o de violencia. Había repasado una y otra vez las declaraciones intentando hallar una contradicción, los posibles móviles y los datos públicos y privados de cada una de las personas relacionadas con Larrey, datos a veces tan exhaustivos que los propios protagonistas se hubieran extrañado de que la Guardia Civil los conociera. Y recordaba perfectamente lo leído sobre la expulsión del colegio del hijo mayor de Saldaña y el trágico final al que acaso aquel primer castigo lo había conducido. Aunque habían valorado toda aquella historia y en ningún momento la habían descartado, ni el teniente ni ella creyeron que fuera el móvil principal, puesto que Larrey nunca estuvo implicado en aquel viejo conflicto. Si es que lo era, dudó, porque sentía que aquel hombre de manos campesinas y botas embarradas que tenía frente a ella estaba diciendo toda la verdad. Tras la muerte, habían ido a interrogarlo y en ningún momento ocultó su odio contra el colegio y sus inquilinos, un rencor viejo y enconado y un poco sórdido, más proclive a la violencia rural, primaria y directa con que ese tipo de gente responde a las ofensas que al ocultamiento, el disimulo y la dilación en la venganza que parecían haber empleado con Larrey.

—Golpeó a Corona en el portal de su casa —repitió con la insistencia que le habían enseñado en la academia, repetir varias veces cada pregunta para impedir que ningún matiz, ningún hilo quedara suelto o enredado en el enigma. Insistir, sí, pero sin llegar demasiado pronto al acoso, recordando que tanto yerra la flecha que no llega al blanco como la que lo supera.

—Un solo golpe. En la cara. Con la mano abierta. Como ellos golpean a los niños

—repitió sin desafío ni remordimiento—. Un solo golpe para que sintiera el miedo.

—¿Y qué hizo Corona?

—Se quedó allí, respirando con ruido en la oscuridad, apoyado en la pared. Como un animal asustado.

Se dio cuenta de que se habían quedado de nuevo en silencio, sin saber qué decir. La mujer lo miraba ahora como una mujer mira a un anciano, o a un niño pequeño, no como a alguien de quien se teme un arrebató de violencia, y de pronto tuvo la certeza de la imagen que le ofrecía: la de un hombre reducido a todas las limitaciones del campesino. Un ser opaco, taciturno, sucio, con una esperanza de vida superior a la media y una capacidad de hacer daño físico difícil de controlar, pero anulada dentro de aquella habitación: precisamente la imagen de agricultor de la que tanto había huido. Cuando se marchó a vivir al campo era consciente de los riesgos, pero estaba seguro de conseguir que el aislamiento no lo privara de los privilegios de vivir en la ciudad. Se había imaginado un futuro de equilibrio donde él manejaba con igual pericia la segadora que el ordenador, la pluma que la azada. Había intentado armonizar los dos mundos, sin estridencias, sin pasarse al extremo de esos jefes tribales africanos que se hacen retratar descalzos, con la túnica y los collares de hueso de la tribu, pero también con un sombrero hongo en la cabeza y en la muñeca un Rolex de oro. Vivir en el campo podía ser duro, pero se convertía en un lujo si se llevaba allí todo lo que la codiciosa ciudad se reservaba para el interior de sus murallas.

—Y después, ¿qué hizo esa noche? —le preguntó de nuevo la mujer.

—Después volví a casa.

—¿Volvió? No, no volvió a casa —habló el hombre. Había apoyado los codos en las rodillas y lo observaba atentamente, con la cabeza adelantada, calculando su capacidad para mentir.

—¿Qué hizo cuando dejó a Corona? —repitió la mujer.

Se sintió un poco decepcionado de que también ella insistiera en la misma pregunta, pero aún tuvo la lucidez suficiente para pensar que el suyo era un oficio que empuja a la incredulidad.

—Volví a casa. Era tarde.

—Sí. Claro que volvió a casa. Pero antes pasó de nuevo por el colegio. Todavía no había terminado aquella noche su ronda y ya que había comenzado a saldar deudas, no era momento para detenerse. Vio abierto el colegio, entró y le disparó a Larrey. ¿Dónde está la pistola? —repitió el hombre.

Lo miró un momento antes de volver los ojos hacia la mujer, negándose a aceptar como interlocutor a alguien que no parecía escuchar lo que le decían: había estado observando todo el tiempo y, sin embargo, no había aprendido nada.

—¿La guardó al día siguiente en la caja de seguridad del banco?

Ahora ya no sabía de qué le estaba hablando. Tampoco le importaba, porque todo lo que quedaba fuera del círculo negro de su dolor y sus recuerdos le era indiferente y a veces incomprensible. Se sentía como un hombre derribado por un rayo: a partir del momento en que estaba abrasado en el suelo, ¿qué importancia podía tener de qué nube procedía? Hizo un esfuerzo para responderle:

—No sé a qué se refiere.

—¡No sabe a qué me refiero! ¿Tampoco sabe que tiene contratada una caja de seguridad en un banco? ¿Qué guarda dentro? ¿La pistola? ¿O va a decirme que allí se conservan mejor las semillas para la próxima cosecha?

El guardia había salido del rincón, se había puesto tras él y oía sus voces rebotando en su espalda, pero no se giró para mirarlo. Las horas de espera, el interrogatorio, la insistencia, las amenazas no lo habían hecho más vulnerable. Ni siquiera la amabilidad de la mujer, que de nuevo lo estaba observando como se observa a un niño o a un anciano.

—Vamos a comenzar desde el principio —oyó que decía uno de ellos, pero ya le era indiferente quién había hablado.

Luego, de pronto, la mujer se levantó de la silla sin decir nada, recogió sus papeles y salió dejándolo solo con el hombre.

* * *

El teniente estaba sentado en el pasillo, en un banco colocado cerca de la puerta entreabierta. Al verla aparecer, se levantó y dejó que ella lo siguiera hasta su despacho.

—No fue él —dijo la mujer al quedarse solos.

—¡Campesinos! —susurró el teniente—. Siempre así de complicados. Prefiero a un chorizo curtido en mil interrogatorios que a uno de estos labriegos testarudos y huraños. Con ellos son tan inútiles las amenazas como las promesas de olvido. Se callan durante horas, o repiten una y otra vez lo mismo, sin importarles si se les cree o no, sin apenas defenderse, como si les fuera indiferente la libertad o la condena.

—Creo que no fue él —matizó por respeto a la jerarquía del teniente, pero sin abandonar su tono de seguridad—. Cuando le preguntamos por la pistola nos mira extrañado, como si no supiera de qué estamos hablando. Como miraría una vaca que contempla el paso de un tren.

—¡Claro que no fue él! Seguro que Corona confirma que lo estaba esperando en el portal aquella noche. Un tipo así no inventa una historia de la que ni siquiera puede estar seguro de que le servirá de coartada.

—¿Quiere que llame a Corona? —se atrevió a sugerir ahora que su compañero no estaba allí con ella. Sentía que toda la investigación la había acercado al teniente.

Pensar en las mismas incógnitas durante aquellas semanas había establecido una corriente invisible entre ellos, una camaradería como la de dos soldados que sin conocerse velan juntos en un mismo frente de batalla.

—Ya he mandado a buscarlo. No tardarán en llegar.

—¿Y si confirma que es cierto?

—Entonces estaremos como al principio. Habremos perdido el tiempo buscando por un camino equivocado.

Comprendió que su propia decepción, aun siendo intensa y descorazonadora, era inferior a la del teniente, porque en su oficio siempre había una proporción directa entre el fracaso y la jerarquía. Al fin y al cabo, ella no había hecho más que obedecer órdenes y, por tanto, si había sido disciplinada, nadie le exigiría, además, otras virtudes. Pero ese pensamiento no le servía de consuelo. En los momentos de mayor optimismo había imaginado que sólo el teniente y ella llegaban a desvelar un enigma que los demás —incluido Ortega— eran demasiado torpes para descifrar. Y ahora, tras la enmienda a la totalidad que Saldaña había hecho a sus hipótesis, la vuelta al comienzo no podía ser considerada como una pérdida únicamente de tiempo.

—¿Le digo a Ortega que pare? —preguntó.

—No. Que siga un poco más. A ver si Saldaña espabila un poco y aprende que no puede ir por ahí golpeando a la gente cuando le dé la gana.

Capítulo 18

Hasta Ernesto, que siempre parecía mantenerse al margen de las anécdotas, comentarios, sucesos y calumnias que circulaban en Breda, lo saludó aquella mañana comentando la noticia que había alterado la ciudad: la tarde anterior, un tal Saldaña había sido detenido como autor de la muerte del maestro.

—¿Tú lo conocías? —le preguntó. Desde que el detective le había telefoneado para decirle que Saldaña era la única persona vinculada al colegio que también tenía contratada una caja de seguridad en el banco, había repetido tantas veces su nombre que ya casi le parecía familiar. Sin embargo, no sabía nada más de él.

—No.

—¿Por qué lo haría?

—Es el padre de un antiguo alumno del colegio. Cuentan que lo expulsaron y que el muchacho terminó suicidándose. Cuentan historias de drogas. Hablan de venganza.

—¿Y cómo han averiguado que fue él? —insistió, porque quería saber si había trascendido algo sobre la pistola y su dueño, si el teniente había mantenido el silencio pactado con Cupido.

—Cuentan tantas versiones diferentes que ninguna debe de ser cierta. Que ha ido a entregarse voluntariamente. Que lo ha denunciado su mujer. Que le han encontrado encima la pistola.

Julián Monasterio se sentó ante su mesa, sin concentrarse en el trabajo, esperando una llamada del detective que confirmara o negara los rumores. Había tomado tanta confianza en él que hasta que no escuchara de sus labios los detalles de lo ocurrido — el arresto, los interrogatorios, la posible confesión— no se sentiría seguro de nada. Pero no quería llamarlo delante de su empleado. Incapaz de seguir sentado, salió para comprar la prensa y leer las noticias tomando un café. Buscó las páginas de sucesos esperando una amplia información a cuatro columnas. Sin embargo, sólo aparecían unas breves líneas comunicando la detención y remitiendo a futuras ediciones para conocer más datos. El asesinato de Larrey volvía a estar de actualidad después de haber sido devorado por otras noticias que también murieron de forma efímera, sin que antes se hubiera podido extraer de ellas una lección útil, algo que le sirviera a alguien para no volver a equivocarse.

Dos hombres jóvenes, sentados en taburetes junto a la barra, hablaban con el camarero de los últimos rumores, de un arma enterrada entre los rosales, de un muchacho muerto por sobredosis.

—¿Se sabe algo nuevo? —les preguntó fingiendo ignorancia, precisamente él, que hubiera podido contarles todo sobre el origen de la pistola, sobre su peso y su equilibrio, sobre la sensación que provocaba tenerla en las manos.

—Claro. Cada hora que pasa se sabe algo más.

—¿Y?

—Lo han soltado. Yo mismo lo he visto salir hace una hora del cuartel. Sin afeitarse; calzado con unas botas de campo sucias de barro y con aspecto de estar muy cansado. Fue andando hasta la plaza y cogió un taxi. No ha faltado quien esperara su regreso para preguntarle al taxista el itinerario. Ha vuelto a su casa.

—Pero entonces, ¿por qué lo detuvieron?

—Nadie parece saberlo. Alguien dijo que le habían encontrado encima la pistola.

Julián Monasterio fue hasta el teléfono y marcó el número del detective, que ya había memorizado sin pretenderlo. Hacía unos minutos que Cupido había hablado con el teniente y le confirmó lo que había dicho el hombre de la barra: la inocencia de Saldaña y su consiguiente puesta en libertad.

—¿Entonces?

—Hay que volver al principio —le oyó suspirar, sin duda tan desconcertado como él. Después de un silencio, como si le debiera una explicación, añadió—: No se preocupe por el dinero. Eso ahora no cuenta. Lo único importante es aclarar quién cogió la pistola.

Parecía haber adivinado lo que estaba pensando, como si entre ambos —un vendedor de realidades virtuales y un investigador privado aferrado únicamente a la realidad más tangible— hubiera una subterránea corriente de inteligencia que trascendía la primera relación comercial —mi dinero a cambio de tu trabajo— que los había unido.

—Tendré que volver a hablar con el teniente y estudiar otra vez la lista de clientes del banco. Quizá nos precipitamos al ver un apellido conocido. Lo llamaré yo en cuanto haya algo nuevo.

Se despidieron y, si bien en un principio colgó tranquilizado por las palabras del detective, al regresar a la tienda lo embargaba una nueva preocupación en la que antes no había pensado: si el verdadero ladrón de la pistola llegaba a saber que habían apresado a Saldaña porque era cliente del banco, deduciría de inmediato que la Guardia Civil se hallaba por fin tras el rastro verdadero de la pistola y que, por tanto, también se estaban acercando a él. ¿Qué reacción tendría entonces? Probablemente, en el momento del robo habría mirado los papeles de la caja, el cuaderno de la doble contabilidad con su nombre en la portada. Si llegaba a sentirse amenazado, ¿lo implicaría a él de algún modo que ni siquiera podía imaginar?

De nuevo volvía a renacer el miedo a verse involucrado en un conflicto cuya primera víctima sería su hija. Y, con un egoísmo del que era consciente, pero por el que no sentía ningún remordimiento, se dio cuenta de que, frente a su propia angustia, le resultaba casi indiferente el hecho de que un hombre hubiera muerto asesinado.

* * *

Por la noche, Julián Monasterio dejó a Alba en casa de María y fue al apartamento de Rita, tal como habían acordado por teléfono, pero sin haber decidido lo que harían. En muy poco tiempo habían llegado a un punto de confianza en que no necesitaban programar distracciones ni excusas para verse, porque su mutua compañía comenzaba a bastarles.

La encontró vestida con ropas de estar en casa —un jersey y un gastado pantalón vaquero— y no parecía tener muchas ganas de cambiarse y salir. Afuera, el otoño seguía enviando ráfagas de frío y el interior del apartamento se volvía un lugar cálido y confortable que imitaba a la pereza.

Rita sacó un folio de la carpeta que siempre llevaba al colegio y le mostró un dibujo.

—¿Sabes quién lo ha hecho?

Julián Monasterio nunca había prestado atención a los dibujos de su hija, pero desde el primer vistazo lo reconoció como suyo. La piscina en el centro del folio y ella bañándose con el biquini rojo eran inconfundibles.

—Claro —respondió.

—Te ha sacado muy favorecido —dijo señalando su figura alta y erguida en primer plano. Pero no añadió nada sobre el exagerado lacrimal en los rincones de los ojos.

Se sentó junto a él en el sofá y apoyó una mano en su hombro para contemplar juntos el dibujo. Julián Monasterio sintió el olor que le llegaba de ella, que ahora no venía impregnado de su perfume habitual ni de los ecos del trabajo. Era una fragancia más peculiar e íntima, el olor que emanaba únicamente de su piel y que le quedaba cuando todos los demás olores habían sido eliminados. Prescindiendo del dibujo — intuía que Rita quería decirle algo a propósito, algo de lo que sería inevitable hablar, pero que podría esperar otro momento—, se apoyó hacia atrás en el sofá y, al mirar desde allí la habitación, tuvo por primera vez en su casa la sensación de que no era ajeno a aquel lugar. Se sentía en armonía con todos los detalles de la decoración, adaptado de pronto al mundo y al tiempo de ella, donde todo era un poco más lento que el rápido ajetreo de su vida. Recostado en el sofá, se dejó embargar por un sentimiento de felicidad apacible y sencilla que no estaba reñido con la exigente intensidad del deseo que notaba crecer en su vientre, porque aquella caricia de la mano de Rita en su hombro, llena de espontaneidad, le transmitía una corriente erótica insospechada. Con la mirada perdida en los detalles del dibujo, comprendió que para inflamarse de deseo no eran necesarias ni las palabras arrebatadoras, ni las situaciones de riesgo o de aventuras, ni descender torrentes peligrosos, ni acercarse a animales salvajes, ni contemplar crepúsculos inmortales en ciudades lejanas, como había creído en algún momento pensando en Dulce. La pasión más intensa también estaba allí, en el bienestar de un apartamento donde no había nada clandestino,

recostados en un sofá de *courtisane* mientras en el compacto sonaba un disco de Schubert. *Una historia de amor es una empresa tan osada que no necesita a su alrededor otros riesgos tributarios*, se dijo.

—Pero si no me estás escuchando —reclamó Rita su atención fingiéndose enfadada.

Si su vida en los últimos tiempos se había caracterizado por la ausencia de paz y por el poco estímulo que necesitaban sus peores recuerdos para saltarle al rostro, ahora parecían quedarse a ras de tierra mientras él los miraba desde arriba, como un niño en un balcón miraría al perro rabioso que le ladra desde el suelo. Esa noche hicieron el amor de una forma más profunda, más lenta y voluptuosa, porque ya tenían un sosiego en el que no necesitaban ser heroicos. Les bastaba con ser normales y felices. El bienestar que los rodeaba volvía sus diálogos intrascendentes y ligeros y sólo cuando en su conversación aparecieron espontáneamente las referencias a Saldaña, a su detención y posterior puesta en libertad, un tono de pesadumbre tiñó sus palabras. Ambos estaban unidos de forma muy distinta, pero igualmente indisoluble, a la muerte de Gustavo Larrey, y ninguno podía pensar en él sin sentir aún dolor o culpa.

—A veces creo que ya no se sabrá nunca quién lo hizo. Ni por qué —dijo Rita—. ¡Fue tan incomprensible!

—¿Lo conocías mucho?

—Mucho. Aunque creo que él me conocía mejor a mí. ¿Y tú? —le preguntó de repente.

—¿Quieres decir si lo conocía?

—Sí.

—No. Creo que no lo vi nunca.

—Era uno de esos hombres buenos que de cuando en cuando aún genera este país con tanta gente dañina: sin envidia, sin ganas de herir a quien está a su lado —explicó. Sus palabras hubieran resultado exageradamente dramáticas si no estuvieran atenuadas por la firmeza y sinceridad de su tono, de un modo que incluso a alguien sarcástico le hubiera sido difícil hacerlas objeto de burla.

Estaban en la cama, Rita cubierta hasta las axilas con la sábana, con ese gesto de pudor que muchas mujeres no pueden evitar incluso después de haber abierto y ofrecido unos minutos antes lo más íntimo de su cuerpo. Encendieron un cigarrillo y mientras le iba contando detalles de cómo era Larrey, mostraba un gesto de pesadumbre que nunca antes le había visto. Balbuceaba al intentar reproducir con exactitud frases suyas, sonreía tristemente al recordar alguna anécdota y tuvo que retener las lágrimas que humedecieron sus ojos.

Julián Monasterio permanecía callado escuchándola. Se sentía incómodo porque él —el dueño legítimo de la pistola— era en parte responsable de su dolor. Una

responsabilidad que lo dejaba en una situación ambigua, a medio camino entre la culpa y la inocencia. Las palabras de Rita, hacían germinar una vergüenza que empujaba su espalda hacia atrás, contra las almohadas del cabecero. Hasta entonces, cuando había oído hablar de Larrey, siempre fue a gente —el detective, los dos guardias civiles, su empleado— que no lo había conocido, o por las noticias de prensa que se limitaban a los habituales términos de elogio sobre todo inocente que muere de forma violenta y prematura. Pero hasta ese momento no lo había visto encarnado individualmente.

Se había ido deslizando hacia él y ahora tenía la cabeza apoyada en su pecho, de modo que no le veía el rostro. Estaban en silencio, aguardando a que pasaran las sombras. Por un segundo le cruzó por la cabeza la tentación de decirle todo lo que sabía, de confesarle su involuntaria participación en la desgracia, pero enseguida le pareció demasiado cruel y gratuito para llevarlo a los labios. Nada podía ya corregirse, todo estaba fuera de su alcance. De modo que a aquel efímero impulso de sinceridad le siguió uno mucho más intenso de prudencia. ¿Para qué iba a decírselo? ¿Cómo contarle que las manos que ahora la acariciaban habían acariciado unas semanas antes la pistola, seducidas por la belleza de su forma, por la temperatura del metal, por el equilibrio de su peso? ¿Cómo desvincular luego la caricia del momento de empuñarla, cómo no imaginar en los dedos que recorrían sus muslos el lejano olor de los cartuchos?

Claro que no podía decírselo, y temía que su silencio se convirtiera en un bloque de hielo entre los dos que nunca terminara de derretirse. Temía mucho ese callado punto de fricción que latía escondido en su mutuo bienestar, del mismo modo que algunos alimentos esconden bajo un sabor agradable un olor casi nauseabundo que sólo es descubierto casualmente un día al abrir un azucarero mucho tiempo cerrado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Rita, irguiéndose como si, al tener el oído junto a su corazón, hubiera notado un súbito cambio de latidos.

—Nada —forzó una sonrisa que supo poco convincente.

—No debí hablarte de todo esto.

—Al contrario —protestó—. Saber lo que te preocupa también me acerca a ti.

Pero en el resto de la noche cualquier otra conversación que iniciaban venía lastrada y moría rápidamente, sin adquirir esa ligereza que la felicidad daba otras veces a las palabras más intrascendentes.

* * *

Había hecho la declaración trimestral del tercer periodo y, como siempre, tenía que poner también al día el cuaderno de la doble contabilidad que guardaba en la caja fuerte del banco. Desde la pérdida de la pistola no había vuelto por allí. Lo había

evitado temiendo un recrudecimiento de sus preocupaciones y había solucionado todas las gestiones bancarias por teléfono, por Internet o bien enviando a Ernesto a solventarlas. Pero ahora ya no podía eludirlo.

Copió en un disquete la parte del balance cuyos beneficios no declaraba, la borró del disco duro y, guardando un fajo de billetes, se dirigió a la sucursal con su llave de seguridad.

El director lo saludó con su habitual cordialidad, sin hacer ningún comentario o gesto que indicara que también pensó en él cuando desde los juzgados le pidieron una lista de los clientes con cajas contratadas.

Lo acompañó hasta la puerta del búnker, le dio la llave del banco necesaria para abrir la caja y se marchó dejándolo solo. Al entrar, Julián Monasterio volvió a sentir la misma sensación de claustrofobia y de estar en una cueva llena de trampas, secretos y tesoros ocultos. En la caja todo estaba como la última vez, el disquete y el cuaderno de contabilidad, el saquito con las arras y las joyas de su padre y la pequeña cartera de cuero con los dos millones. Como la última vez, sólo faltaba el libro con la pistola. Cerró los ojos y se quedó inmóvil unos segundos, recordando cada uno de los gestos que hizo aquel día. Después de tanto tiempo, aún esperaba una luz que lo orientara con algún detalle olvidado. Estaba en tensión, como alguien encerrado vivo en una cueva que intenta adivinar de dónde viene una levísima ráfaga de aire que ha notado en su nuca. Pero la ráfaga que tan fugazmente había percibido no volvió a repetirse. Entonces extrajo de su cartera el disquete con la última declaración trimestral y el nuevo fajo de billetes. No resistió la tentación de acariciar el oro frío de las arras y de observar de nuevo las pequeñas joyas de su padre. Pensó en Rita y eligió un alfiler de corbata que siempre le había gustado para lucirlo ante ella en la próxima ocasión.

Luego cerró la caja, primero con su llave, después con la del banco, y comprobó dos veces que todo estaba en su sitio y que no había ninguna posibilidad de error ni de olvido. Salió y se despidió del director. Estaba llegando a la puerta de la calle cuando de nuevo tuvo la sensación —un leve soplo de aire en su nuca— de que, a pesar de toda su previsión y todos sus esfuerzos, olvidaba algo, de que había un detalle diferente de la última vez que se resistía a aparecer ante sus ojos.

De pronto, recorrido por una revelación dolorosa, se detuvo con los dedos aferrados a la manilla de acero inoxidable. Claro que no olvidaba nada material, ningún objeto. Al contrario, para evitar un nuevo error había tenido tan presentes todos los movimientos de aquel día que ahora, al salir, casi había mirado hacia atrás como si fuera a darle la mano a su hija, que se había quedado esperándolo fuera del búnker. Pero ahora Alba no lo había acompañado. Su hija estaba en el colegio, posiblemente con Rita, en aquella agradable habitación que no parecía formar parte del áspero edificio. Y ese recuerdo acarreaba tantas consecuencias, lo zarandeaba de

tal modo que antes que ninguna otra impresión había sentido un intenso estremecimiento de dolor. Porque sólo ahora advertía que su hija —que todo lo miraba con sus grandes ojos asustados, que sabía quedarse inmóvil y callada entre los adultos hasta hacerse casi invisible— tenía que haber visto desde el hondo sillón donde estuvo sentada quién era —un hombre, o una mujer, o un hombre y una mujer — quien esperaba junto a la puerta del búnker mientras él estaba dentro. Y si lo había visto, Julián Monasterio estaba seguro de que podría reconocerlo.

Caminó apresurado por la calle preguntándose por qué no había pensado antes en la presencia de su hija cuando tantas veces había pensado en todo lo ocurrido aquella mañana. Y se respondió que con su tajante decisión de mantenerla alejada desde el principio de todos sus problemas había levantado una barrera donde cualquier vínculo entre ella y sus conflictos quedaba sistemáticamente cortado. Siempre había procurado que no llegaran a ojos y oídos de la niña noticias de los destrozos de su vida. Podría soportar que lo acusaran de ser un padre imprudente por haberla llevado con él al banco, pero no de ser un padre infame.

Ahora le asaltaban las dudas sobre lo que debía hacer. Si contaba lo que acababa de recordar, Alba terminaría viéndose implicada en aquel desagradable asunto. Aunque se lo ocultaran al teniente, sin duda el detective querría hablar con ella, acaso le pediría que reconociera a alguien. No iba a ser nada agradable.

Estaba pasando junto a una cabina y en ese momento tomó la decisión. Ya bastaba de dudas. Continuar con aquella ocultación que contaminaba cada uno de sus actos, desde la relación con su hija hasta los mejores momentos con Rita, posiblemente le era a Alba más contraproducente que enfrentarla radicalmente de una vez. Quería darle a su hija toda la seguridad y el mejor refugio, pero no podría hacerlo mientras él mismo se sintiera débil y desprotegido. Sacó unas monedas del bolsillo, marcó el número y esperó a oír la voz de Cupido.

* * *

Cupido y Julián Monasterio llegaron juntos a la puerta del colegio unos minutos antes de la salida de las clases de la mañana.

El detective se sintió un poco desconcertado entre los grupos de madres que esperaban. Para él, que no tenía ni tendría hijos, aquél era un mundo que le resultaba singularmente extraño, en el que las mujeres tenían una función distinta de la que siempre les había otorgado: al entrar por la puerta de la valla, parecían desprenderse de toda sugerencia sexual, de toda coquetería; casi ninguna llevaba un maquillaje que pudiera considerarse un arma de seducción, ni vestía de forma provocativa, ni expandía un perfume que le hiciera volver la cabeza. Al contrario, el patio del colegio parecía una extensión del ámbito doméstico y familiar. El sentimiento de maternidad

—que él desconocía y cuya intensidad no podía imaginar— prevalecía borrando todos los demás.

El timbre anunciando la salida resonó con fuerza y hubo unos segundos de expectación, con todas las miradas dirigidas hacia la ancha puerta, hasta que comenzaron a aparecer los primeros niños que, al localizar a sus madres, se lanzaban corriendo hacia sus brazos.

No tardaron en ver a Alba. Traía en las manos una mariposa que habían hecho en clase recortando cartulinas y se la enseñó a su padre, llena de orgullo por su trabajo. No preguntó por qué había ido él a recogerla en lugar de Rocío —últimamente lo hacía con alguna frecuencia—, pero miró a Cupido con ojos interrogantes, casi desconfiados.

—Es un amigo mío. Se llama Ricardo —le explicó—. ¿No le das un beso?

Cupido se inclinó hacia ella, la besó primero y puso la mejilla hasta sentir el contacto breve y húmedo de sus labios y un olor a colonia infantil, a pegamento y goma de borrar.

Julián Monasterio decidió que lo mejor era ir a un sitio neutro, una cafetería o el banco de un parque, donde lo que iban a preguntarle no tuviera la apariencia de algo oficial o demasiado serio. Cuando, unos minutos después, se sentaron en la mesa de un bar y Cupido se levantó para pedir en la barra las consumiciones, Alba le preguntó en voz baja:

—¿Ese señor trabaja contigo?

—No —respondió—. Es un amigo mío y lo he llamado para que me ayude a encontrar una cosa muy importante que se me ha perdido.

—¿Una cosa muy importante?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—Un libro —contestó. Sin mirarlo, vio cómo Cupido volvía con las bebidas, se sentaba en silencio a su lado y los escuchaba con atención.

—¿De cuentos? —preguntó. Parecía que antes de iniciar cualquier frase necesitara comprender bien la anterior.

—Un libro de cuentos muy bonitos. Tú también tienes que ayudarnos. Si lo encontramos, te iré leyendo uno todas las noches.

—Vale —aceptó.

—Yo creo que lo dejé olvidado en el banco, una mañana que fuimos juntos. ¿Te acuerdas?

—El día que me perdí en la escalera del supermercado.

—Sí, ese día. ¿Te acuerdas de que yo entré en una habitación a guardar unas cosas?

—Sí —respondió, la ese silbando suavemente en las encías sin dientes.

—Y tú te quedaste fuera, esperándome, sentada en un sillón muy grande — explicó facilitándole el recuerdo, ahorrándole las palabras aún innecesarias, conduciéndola suavemente, sin apremiarla, hacia las últimas preguntas.

—Sí.

—¿Te acuerdas si cuando yo estaba dentro llegó alguien que también quería entrar y se quedó esperando a que yo saliera?

La niña miró a su padre y luego a Cupido, en silencio. Pero no parecía dudar, sino calibrar la necesidad de contar algo que su propio padre debía saber mejor que ella.

—¿Te acuerdas si había alguien esperando? —insistió.

—Sí.

—¿Quién? ¿Un hombre, una mujer?

—Un hombre y una mujer.

Cupido sacó del bolsillo de su chaqueta las fotos de Saldaña que habían aparecido ese día en los periódicos regionales.

—El hombre, ¿era éste?

Alba miró los recortes y respondió rápidamente:

—No. No es viejo.

—¿Lo conoces?

—Sí.

—¿Sabes cómo se llama?

—No.

—Pero has vuelto a verlo —dijo Cupido.

—Sí.

—¿Dónde?

—Algunas tardes. Cuando salimos del colegio.

—¿Trabaja allí? —preguntó Cupido con voz tranquila, paciente.

—Creo que no. Pero está allí algunas veces.

—Y si lo vieras esta tarde, cuando yo vaya a recogerte, ¿serías capaz de señalármelo? —le preguntó su padre.

—Claro.

Los dos hombres se miraron, seguros y esperanzados en lo que estaban oyendo, porque la niña estaba en esa edad en que ya se es lo suficientemente mayor para discernir la realidad de la fantasía, y demasiado pequeña aún para mentir intencionadamente, con malicia o con la intención de agradar a los mayores.

Capítulo 19

Sabía de memoria todo el proceso que hace que un trozo de plomo se convierta en una bala: el recorrido exacto del gatillo y el punto de tensión a que podía someterlo sin que saltara el percutor; la pulsación en el centro del ánima, que en aquella pistola no daba lugar a la posibilidad de un fallo mecánico; la inmediata deflagración de la pólvora, esa mezcla de celulosas y nitratos que se comprime dentro del casquillo durante dos milésimas de segundo para producir al fin una brutal expansión de gases que empujan a una velocidad de cuatrocientos metros por segundo el trozo de metal.

Sabía de memoria su número de serie y, sin mirarlo, lo acarició suavemente con la yema del índice mientras susurraba satisfecho:

—Efe ene cero cinco cinco tres siete.

Sabía de memoria y con los ojos vendados montarla y desmontarla, identificar cada una de sus treinta y dos piezas y reconocer cualquier tornillo o muelle intruso que alguien pusiera entre ellas, por muy grande que fuera su parecido.

Sabía de memoria su peso, su color, su textura pavonada para impedir la oxidación, la temperatura que adquiriría al ser disparada, las formas en que se habían concretado su equilibrio y su belleza.

Bien. Ahora que de nuevo tendría que utilizarla, era necesario engrasarla y reponer los cartuchos que faltaban en el cargador. El domingo anterior —para confundir sus disparos con los de los cazadores— había vuelto a practicar con ella en la finca de Mari Ángeles, en una zona aislada donde nadie podría sorprenderlo. Desde la muerte de Larrey no había vuelto a tocarla hasta ese día y luego no había tenido ocasión de estar a solas para recargarla. Ahora sería la última vez antes de perderla para siempre bajo las aguas del Lebrón.

Extendió un paño limpio sobre la mesa de la cocina y puso encima la pistola, el silenciador y la cajita con los cartuchos. Luego trajo el bote de aceite, la feminela y un trozo de tela. Lo miró todo antes de sentarse, comprobando que no faltaba nada con la misma atención con que los cirujanos repasan el estado de sus herramientas antes de comenzar una operación.

Era la una y media de la tarde y disponía de más de dos horas. Sin prisas, abrió una botella de cerveza y bebió la mitad de un solo trago. Siempre comía solo. Durante algunos años esa soledad le había resultado dolorosa: o perdía el apetito para ingerir lo que su madre le dejaba apartado en un recipiente —la misma comida que llevaba para las tapas y los aperitivos del bar—, o bien lo devoraba con ansia, con las manos, sin respetar ninguna norma de higiene o de decoro, limpiándose la boca con las mangas con movimientos parecidos a como se limpian las moscas con las patas. Al cabo, había terminado acostumbrándose, y ahora, a veces, le resultaba difícil comer con los demás, adaptarse a su ritmo, usar la servilleta antes de beber y utilizar

correctamente los cubiertos, no olvidar en ningún momento unas reglas de urbanidad en la mesa que hacía mucho tiempo que nadie le recordaba. Porque desde los diez años, en muy pocas ocasiones —una enfermedad, alguna celebración, un día de vacaciones— había compartido el mantel con alguien de su familia. A los diez años lo habían dejado solo. Sus padres habían comprado un bar y se habían olvidado de todo lo demás, él en la barra llenando vasos de vino y de cerveza con unos gestos profesionales cuya precisión siempre había admirado —el giro de la botella en el último segundo para evitar la pérdida de una sola gota, el subir y bajar la caña inclinada hasta el grifo del barril para batir y ajustar la cantidad adecuada de la espuma—, con una sonrisa hipócrita, fingiendo esa diligencia, griterío y buen humor —¡dos cañitas por aquí!, ¡marchando una de callos!— que tanto parecían agradecer los clientes habituales. Mientras tanto, su madre, en la cocina, se ocupaba de tapas y aperitivos con similar entusiasmo, de cuando en cuando asomando por la ventanilla la cabeza tocada con un limpio gorro, para comprobar la alegría de fuera, o el nivel de consumo de las bandejas, para añadir una fuente humeante de patatas fritas, de carnes o de vísceras.

Cuando en alguna ocasión, hacía años, se había atrevido a hacerles algún reproche por aquel abandono en que lo dejaban, sus respuestas siempre habían sido idénticas y al unísono, de modo que al oír en ambos un mismo discurso sin fisuras fue comprobando la inutilidad de sus débiles protestas: en esas horas no podían ocuparse de él; precisamente el mediodía es el momento cumbre del trabajo en un bar, el periodo de tiempo en que se llenaba la caja con la que pagaban sus ropas, su comida, su dinero de bolsillo, cuando los clientes salían del trabajo hambrientos, sedientos y cansados y no reparaban en gastos siempre que se les sirviera con rapidez, limpieza, eficacia y buen humor, sin hacerles esperar, sin ponerles caliente la cerveza ni las tapas rancias o miserables, sin permitir que se mancharan los codos en una barra sucia y pringosa.

Pero ese periodo no era sólo el de mayor crecimiento de la caja. También en esa franja de tiempo del aperitivo se fraguaba el prestigio o la ruina del bar para todo el resto del horario. En España no ocurría como en el extranjero donde a él lo habían nacido y donde vivieron aquellos duros años de emigrantes. En otros países había cafeterías y pubs que sustentaban su prestigio en los desayunos continentales, o en la sabiduría de sus cócteles, o en los artistas y escritores que los visitaban, o en las mujeres que frecuentaban su barra. Aquí, un bar —le decían los dos, cada uno a su lado, rodeándolo—, se enriquece o se hunde en las horas que van del mediodía a la siesta: el tramo de tiempo en que se puede brindar con una caña con tapa para renegar del trabajo que acaba y brindar enseguida con otra para bendecir el descanso que empieza. Ese es el momento que mejor lo define. En España, un bar puede servir el mejor café y tener la mejor decoración, la más profunda limpieza y la más apropiada

música ambiental, pero sin un buen servicio en las tapas nunca llegará a nada.

De modo que siempre terminaban callándolo y él aceptó como irremediable aquella soledad. Fue por entonces cuando comprendió que todo cuanto necesitara tendría que conseguirlo solo, sin ayuda. Cuando tenía doce años ya había aprendido a mentir con eficacia, a ocultar lo que pensaba, a engañar. Convencido de la inutilidad de las lágrimas, nunca volvió a llorar.

Luego, con el paso de los años, la situación se había invertido. Ya era él quien quería quedarse solo y renegaba de las ocasiones en que una enfermedad o una indisposición de sus padres los retenía en el domicilio. Había descubierto las ventajas de la independencia y el privilegio que representaba tener unas paredes y un techo a su entera disposición cinco años antes de lo que hubiera sido cumplir una ley natural. Invitaba a veces a sus compañeros —no amigos, amigos no tenía ninguno verdadero—, que le manifestaban su envidia por tanta libertad. Entraba y salía sin que nadie le marcara límites ni horarios, no tenía conflictos al elegir un canal de violencia en el televisor o al aumentar el volumen de los clips musicales. Había hurgado a fondo en los cajones de los armarios y conocía todos los pequeños secretos de sus padres, la cantidad de sus ahorros y las miserias de sus años de emigración, sus achaques corporales, sus vulgaridades y sus caprichos. En casa podía hacer todo lo que quisiera. Había perdido su virginidad en la misma cama donde dormía cada noche, con una ocasional vecina de su mismo edificio, una mujer casada de la que guardaba un recuerdo maravilloso, sólo velado por su sospecha de que todas las mujeres mayores que había conocido en la intimidad lo habían utilizado, delicada y cariñosamente, sí, pero sin tomarlo nunca en serio. Más tarde habían llegado otras muchachas que lo habían amado o habían fingido amarlo, y nadie lo había sorprendido nunca.

Todos los actos que repudiaba una ciudad provinciana como Breda —donde cualquier infracción de las reglas de buen comportamiento se convertía en una mancha que siempre alguien terminaría recordando— los había llevado a cabo con discreción y clandestinidad dentro de su casa. Y sabía que la fama de buen chico de la que, en general, gozaba en el barrio provenía de aquella circunstancia. Que sus padres siguieran en el bar para siempre, llenando la caja y acumulando billetes manchados de cerveza con su culto al aperitivo. Además de los beneficios en la herencia, aún le quedarían unos cuantos años para seguir disfrutando aquella gozosa autonomía de movimientos.

Ya tenía todas las piezas sueltas encima del paño y comenzó su revisión, limpiando, engrasando, sintiendo cómo los dedos resbalaban sobre el metal. Le gustaba aquel olor a taller mecánico que surgía en la mesa de la cocina. Le hacía sentirse como un especialista que maneja piezas de sofisticada precisión cuya utilidad y funcionamiento ignoran todos los demás.

Con todas las partes separadas daba la impresión de que, al montarla, resultaría un arma muy grande, casi imposible de camuflar debajo de una camisa. Pero no era cierto. El conjunto final era una pistola mediana, aunque muy potente, cuyo tamaño no guardaba una exacta relación con su calibre y que, al ser disparada, resultaba mortal sin necesidad de acercarse demasiado a la víctima. Al recibir el impacto, Larrey, con toda su estatura y fortaleza, se había derrumbado como un muñeco de trapo. Sólo al caer al suelo y oír su gemido había sospechado su error. Entonces, apretando el interruptor con el codo, había encendido la luz del despacho y había comprobado su equivocación, sin sentir, sin embargo, una excesiva ansiedad ni aturdimiento. Por fortuna, tuvo luego la suficiente lucidez para dejarla encendida y bajar las persianas —un kleenex en la mano—, de modo que todo el mundo buscara en una dirección equivocada al suprimir las circunstancias que podrían hacer pensar en un accidente o un error. Porque claro que no era a él a quien había ido a buscar. Larrey era el único profesor a quien apreciaba, un tipo que no le daba órdenes —tráeme del almacén un paquete de folios, limpia ese vómito de las escaleras, haz estas fotocopias, ordena ese armario, vete al estanco a comprar unos sellos— y que cuando se cruzaba con él lo saludaba llamándolo por su nombre y no por el de cualquiera de los anteriores objetores. Durante algunas clases en la pista le había ayudado sin pereza a colocar el listón del salto de altura, a medir la longitud en el foso de arena, a trasladar el plinto o el caballo y las colchonetas. A veces incluso pensaba que le habría gustado ser alumno suyo.

Aunque él hubiera disparado, no se sentía culpable de su muerte y achacaba toda la responsabilidad a Nelson. En todas las conversaciones que había escuchado la tarde de la elección, la mayor parte de los profesores aseguraban que él sería el nuevo director y, por tanto, quien unas horas después tenía que haber estado en el despacho. ¿Qué hacía allí Larrey, en la penumbra, qué había ido a buscar? Y, además, vestido con traje de calle. Siempre, siempre lo había visto enfundado en un chándal, y excepcionalmente esa tarde había ido a ponerse unas ropas que, en la oscuridad del despacho y con su parecida corpulencia, había provocado su equivocación.

* * *

Si tenía ocasión, pocas veces se resistía al íntimo placer de escuchar a los demás cuando los demás ignoran que están siendo escuchados. Por el interfono había oído tantas cosas en el colegio que, si fuera necesario, podría sacar a la luz tantas suciedades y secretos y miserias de sus ocupantes que podría llenar de mierda todas las pizarras de las aulas. Le bastaba estar solo en el despacho —cuando le encargaban pasar alguna lista al ordenador o cuando lo dejaban allí para atender las llamadas de teléfono— y apretar el botón correspondiente a cada clase para oír lo que ocurría en

ellas, el ruido de los niños o una conversación privada, de modo que aquel artilugio inicialmente pensado para avisar a alguien y ahorrar tiempo y carreras por los pasillos en un edificio tan grande, podía convertirse en un eficaz medio de control del quehacer de los profesores y, en cualquier caso, de espionaje.

Y por el interfono había escuchado una vez, en el curso anterior, al pulsar el botón con la pegatina Logopedia, las palabras amables, el turbador silencio que imaginaba lleno de caricias y el chasquido de un beso, mientras una ola de sangre le inundaba el rostro de rabia y de un odio que apuntaba también hacia ella, pero sobre todo hacia Nelson, a quien no podía dejar de ver como el rival experto, hábil y suficiente, tan pagado de sí mismo que no dedicaba ni un segundo de su tiempo a preocuparse por alguien a quien debía de considerar como a un niño. Lo había odiado. ¡Claro que lo había odiado! El odio era lo que le generaba aquel exceso de energía, el odio era lo que lo mantenía en forma, sin irse arrugando como todos ellos.

En las semanas siguientes los espiaba desde lejos, hablando en el patio, o saludándose al llegar por la mañana como si no hubieran vuelto a verse desde que salieron del colegio el día anterior, o subiendo la escalera entre las dos filas de niños, con una sintonía en sus pasos tan sugerente que se preguntaba cómo los demás podían no verlo. Sentía una rabia difícil de contener al comprobar lo seguros que estaban de su clandestinidad. Y él, que pese a sus pocos años podría haberles dado lecciones de ocultamiento y disimulo, tenía a veces deseos de gritar lo que ocurría, de señalar con el dedo los indicios que los demás no sabían ver.

Creía haber estado muy enamorado de Rita. La había echado de menos de una manera insoportable cuando se marchó de Breda durante el verano. En esos meses de calor se veía a sí mismo como el tercero en discordia a quien los otros dos habían abandonado mientras daban una gloriosa vuelta al mundo. Pero al comenzar el curso y verla de nuevo y deseársela se había jurado que no permitiría que otra vez lo trataran como a un niño.

La situación, sin embargo, no había mejorado: desde el primer día de septiembre supo que Nelson había presentado su candidatura a la dirección. Si ganaba, y todos lo daban por ganador frente a la ciega y pasiva confianza de De Molinos, el poder y el prestigio agrandarían más su figura frente a la de un simple objetor de conciencia cuya única credencial era su juventud. En aquellos primeros días de septiembre, con el curso ya comenzado para los profesores, pero aún sin los niños, fue cuando decidió en qué iba a usar una de las balas de la pistola.

Ahora sabía que sin la previa posesión del arma no hubiera pensado en matar. Ahora sabía que un arma en las manos induce a su manejo y que lo que sólo hubiera sido una fantasía, con una pistola pasa fácilmente de lo fabulado a lo posible. Al sopesar un cartucho había comenzado a descubrir la enorme fragilidad de un cuerpo humano, la gran cantidad de huesos, vísceras, glándulas, arterias y órganos en los que

el impacto de una bala es mortal. ¡Qué fácil sería acertar en ese tercio de la superficie factible de muerte! ¡Qué delgada la piel! La piel que se acaricia, se besa, se lame y se muerde y es tan tenue que no puede defender la vida si la atraviesa una pequeña astilla de plomo y antimonio.

Terminó de ajustar todas las piezas y encajó el cargador relleno en la culata. Entonces extendió el brazo armado y apuntó a la botella de cerveza que había bebido y estaba sobre la encimera. El pulso no le temblaba: estaba tranquilo y la tranquilidad sería una aliada imprescindible dos horas después. Incluso aunque tuviera una sola mano y un solo ojo y le faltara la mitad de los órganos del cuerpo, estaba seguro de que podría acertar en un blanco del tamaño de un hombre situado a treinta metros. ¡Qué agradable era estar armado! Se sentía poderoso con ella y, aún más, sentía que nadie podría herirlo, que, al empuñarla, su cuerpo era invulnerable y sus brazos se llenaban de vigor, como si de la pistola emanara una energía que recargaba la fuerza de sus músculos. *Son las armas las que conquistan y dominan el mundo* —se dijo—. *Una rosa nunca podrá ganar una batalla; en cambio, con una pistola un hombre decidido puede llegar a conseguirlo todo.*

La guardó bajo el jersey con la impresión de poder que había sentido desde el primer momento en que la empuñó, poco después de salir del banco. Aquella mañana había accedido a la petición de Mari Ángeles para que la acompañara a sacar de la caja de seguridad de sus padres unas joyas que ella y su madre iban a lucir en una fiesta de bautizo. En el búnker había varias cajas sin contratar, con las puertas entornadas. Al curiosear en una de ellas se había encontrado con una sorpresa que a cualquiera le parecería increíble: una cartera con dinero, un saquito con monedas y algunas joyas masculinas pasadas de moda que no le decían nada, un disquete de ordenador, un cuaderno con un nombre y un extraño apellido, Monasterio, y un libro viejo y demasiado pesado. Al ver la caja abierta, Mari Ángeles le rogó que no tocara nada, nerviosa por la cámara del techo, pero él la tranquilizó asegurándole que estaba apagada. Mientras ella abría la suya, él había curioseado el libro y, al levantar la tapa, vio su contenido: una pistola, un silenciador y una pequeña caja cuadrada con la munición. Sin que su noria lo advirtiera, lo cerró, lo introdujo bajo el pantalón y la camisa y se dispuso a escucharla. Estaba tan emocionada viendo cómo por vez primera él mostraba entusiasmo por el collar de perlas, los pendientes a juego y el broche de zafiros que se pondría el día que se casaran —como si él hubiera decidido ya aceptar un trabajo en la nueva carnicería que sus hipotéticos suegros les habían sugerido como regalo de bodas— que no se dio cuenta de lo que se llevaba pegado al ombligo. ¡Qué fácil le había resultado coger el libro con la pistola, ese objeto con el que había soñado tantas veces!

Hasta más tarde, cuando pasaron los días y en la prensa local —que publicaba puntualmente una exhaustiva relación de los delitos denunciados— no apareció

ninguna referencia al robo, no sintió curiosidad por ver el rostro del dueño. Sólo había visto fugazmente su espalda y su nuca al salir del búnker, no su rostro. Entonces comenzó a preguntarse por qué escondía la pistola, por qué no había denunciado su hurto, a qué se dedicaba, quién era. En la guía de teléfonos encontró varios números pertenecientes al apellido Monasterio, el mismo que figuraba en la tapa del cuaderno. Pero no fue más allá en sus averiguaciones hasta que uno de los primeros días de septiembre en que estaba solo en el despacho de dirección, pasando al ordenador una lista de nombres de alumnos que le había encargado Julita Guzmán, la vieja cotilla, había vuelto a ver el apellido: Monasterio Pina, Alba.

De nuevo se había sorprendido de lo fácil que le resultaba moverse en el colegio, en esa ocasión para buscar en el registro escolar de matrículas una información que era confidencial. El padre de la niña se llamaba Julián, el nombre que entonces, al verlo, recordó perfectamente. También figuraba el nombre de la madre, las edades de ambos, las profesiones, la dirección y el teléfono. Y sobre todo la fotografía de la alumna.

Una foto pequeña, de tamaño carné, que sin embargo le hizo recordar con un estremecimiento dónde la había visto: la niña también estaba en el banco aquella mañana, sin eluda esperando a su padre, sentada en uno de los sillones del vestíbulo. Le había llamado la atención verla allí sola, tan pequeña, casi hundida en el cuero negro del asiento, mirando a todos lados con ojos de alerta, como si de un momento a otro temiera un atraco. Desde que la reconoció en la foto había procurado evitar el contacto con su clase, el encuentro en los pasillos, porque sospechaba que, del mismo modo, la niña podría recordarlo a él esperando para entrar en el búnker.

A pesar de todas sus precauciones, había sido inevitable cruzarse alguna vez cuando ella salía por la tarde. Y nunca había mostrado el mínimo indicio de que lo identificara, nunca lo había mirado con curiosidad o sobresalto. Para ella debía de ser uno más de los adultos que frecuentaban el colegio por motivos que una niña de seis años no aspiraba a comprender. De modo que, hasta esa mañana, había llegado a creer que también ese peligro había caducado.

Hasta concurrir las circunstancias que provocaron la confusión de Larrey con Nelson, siempre había tenido la seguridad de que el azar era su aliado. Y por azar entendía no esa suerte aleatoria entre un millón de probabilidades con que se rigen los juegos, sino una concepción más íntima y más drástica, el tipo de azar que cabe en una moneda: cara o cruz, ahora o nunca, blanco o negro, arriba o abajo, izquierda o derecha; el tipo de azar que no admite vuelta atrás ni deja margen para acabar en tablas ni para otra alternativa que no sea la victoria total o la derrota total. Lo había llamado muchas veces en años anteriores, había forzado su concurso y siempre lo había tenido de su parte: cara, ahora, blanco, arriba, derecha. Esa tarde lo reconfortaba encontrarlo de nuevo codo a codo con él: no era sino el azar lo que

había permitido que unas horas antes viera desde una ventana al detective alto y al padre de la niña esperándola juntos.

A primeros de octubre, Nelson le había asignado otra vez el horario de tarde, de modo que pudiera ayudar en el traslado y control de todo el material necesario en las actividades extraescolares: deportes, idiomas, música, pintura, teatro... Sin embargo, a veces tenía que cambiar el turno, cuando su concurso era más necesario por la mañana. Y ese día había tenido que acompañar a un profesor que salía del colegio con su clase para ir a ver una exposición de olores y perfumes, con lo que le había quedado libre el resto de la jornada. Si se ocupaba de que nadie lo viera, y había conseguido una copia de la llave del cuarto de calderas, nadie podría decir que esa tarde había estado en el colegio.

Capítulo 20

A las cinco, Cupido estaba esperando de nuevo junto a Julián Monasterio la salida de Alba. En unos minutos, posiblemente la niña identificaría al hombre que, acompañado de una mujer, había entrado en el búnker al salir su padre. Esperaban discretamente, tras los grupos de madres, conteniendo la impaciencia. Julián Monasterio fumaba con movimientos nerviosos, el dedo índice golpeando repetidamente el cigarrillo, la ceniza corta, sin duda temeroso de ese momento que tanto había tratado de evitar en que su hija tendría que levantar el índice para señalar a un hombre. El detective le había dicho, en un intento de tranquilizarlo, que no había por qué temer nada, que eran ellos los que llevaban la iniciativa. Pero no podía evitar sentir miedo. No lograba mantener quietos sus pies, como si el suelo estuviera ardiendo y un calor insoportable atravesara sus zapatos.

Ya habían salido todos los niños y sólo aparecía algún rezagado que venía corriendo, pero aún no habían visto a Alba. Se acercaron hasta la puerta y se dirigió al conserje:

—No hemos visto salir a Alba Monasterio. De primer curso.

—Un momento.

Lo vieron marcharse por el pasillo y regresar —pero sin Alba, y eso era lo terrible — al cabo de un minuto acompañado de su tutora, Matilde Cuaresma, con la que sólo había hablado una vez para escuchar de sus labios que su hija era una alumna complicada.

—Estábamos llamando ahora mismo a su casa para ver si había llegado. Una voz de mujer nos ha dicho que no ha ido allí, pero que tal vez estaría con usted, con su padre.

—¿Qué quiere decir?

—Creemos que su hija se ha escapado de nuevo. Ha debido de aprovechar un momento en que toda la clase sale al cuarto de baño. Pensamos que habrá intentado ir a su casa, como la otra vez. ¿No ha aparecido?

—No. ¿Pero es que ha ocurrido algo extraño en clase?

—Al contrario. Está empezando a encontrarse a gusto con los demás niños.

—Alba no se ha escapado —respondió, con tanta tensión en la voz que Cupido le puso una mano en el brazo para calmarlo.

—Pueden haberse cruzado en el camino. Acompáñeme, por favor, vamos a llamar de nuevo por teléfono.

Fueron al despacho de dirección y el detective se quedó junto a la puerta. Dentro sólo estaba Julita Guzmán, sellando unos papeles y archivándolos en carpetas. Julián Monasterio marcó el número de su casa, habló brevemente con Rocío y colgó enseguida.

—Mi hija no se ha escapado del colegio —repitió, pero ya la ansiedad había dejado su lugar al miedo—. ¿Dónde está el director?

Ante aquellas palabras reaccionó la secretaria; pulsó en el interfono el número del conserje y le pidió que él y Moisés buscaran a Nelson. Por el auricular oyeron la voz del portero explicando que tendría que buscarlo él solo, porque el objetor no estaba esa tarde. La había cambiado por el turno de mañana.

—¿Hoy ha faltado alguien al trabajo? —preguntó Cupido. Había estado en silencio hasta ese momento, pero ahora comprendía que era el único que sabía lo que había que hacer.

—Hoy no hemos tenido ninguna baja —le respondió la secretaria con un tono apropiado para la lectura de un parte de guerra—. Todos hemos estado aquí.

—Llaman por teléfono a Moisés.

—Pero Moisés no es profesor —dijo. Miró al detective y todavía dudó unos segundos, antes de comprender por qué estaba él allí, antes de saber que su petición no aludía únicamente a Alba, que la desaparición de la niña estaba ligada de algún modo oscuro y terrible al disparo en la nuca de Larrey. Se acercó entonces al teléfono, consultó una lista de números pinchada con chinchetas en un panel de corcho y marcó cuidadosamente con un dedo que no podía evitar el temblor.

—No contestan —dijo al cabo de muchos segundos.

—¿Dónde vive? —preguntó Julián Monasterio. No podían solucionar nada desde el despacho y sentía que se ahogaba allí dentro mientras su hija estaba retenida en algún lugar, hundida en el terror, esperando a que él fuera a buscarla, a rescatarla de un paraje aislado y desierto, de una cueva que imaginó llena de huesos de animales. Con un estremecimiento de pavor, no pudo evitar pensar que en Breda todavía se mataba en el campo, que la barbarie aún evitaba el centro de la ciudad.

—Creo que... habría que consultar todo esto con el director —intervino Matilde Cuaresma.

—Claro que sí. Pero ahora no tenemos tiempo para esperar. ¿Dónde vive Moisés?

La secretaria buscó una agenda y les dio la dirección. Cuando salían por la puerta los detuvo:

—Si no lo encuentran allí, creo que deberían buscarlo en la finca de la chica con la que sale. Muy cerca de El Paternóster.

Con la precisión a la que estaba acostumbrada, les dibujó en un folio las indicaciones para llegar.

* * *

Al menos no había gritado. No era de esas niñas cuyos histéricos alaridos al ver

un insecto o al recibir en el patio un pequeño golpe le habían resultado insoportables durante todos aquellos meses. Tampoco lo había hecho cuando la obligó a salir con él por la puerta de las calderas del colegio, apenas resistiéndose al decirle que iban a ver a su padre, que la estaba esperando, aunque era posible que no lo creyera.

Ahora estaba en el fondo del refugio, con las manos atadas a la espalda, no porque temiera su huida, sino para que no se arrancara de la boca la cinta con que la había amordazado. Sólo quedaban libres los grandes ojos asustados que, sin embargo, no estaban llorando.

Una buena parte de su vida había vivido solo y se había visto obligado a tomar decisiones sin recibir ayuda ni consejo. En esa soledad y secreto había comprendido la inevitabilidad de ciertos actos crueles que no pudo eludir, puesto que no había a su alrededor nadie en quien delegarlos. Lo que ahora tenía que hacer —borrar de aquellos dos ojos la mirada insoportable— tampoco le agradaba, pero era inevitable. Si el intento de matar a Nelson fue un duelo voluntario con el riesgo, ahora se trataba solamente de defenderse y sobrevivir. Cuando la niña desapareciera, nadie más sería capaz de identificarlo. Comenzaba a estar cansado de todo aquel conflicto en el que se había metido por una mujer que había dejado de importarle. Todo lo que había hecho por ella no había servido para nada. El día en que le propuso ir otra vez a su apartamento, Rita había contestado gritándole, humillándolo, negándose a darle ninguna explicación convincente de su desdén, ese odioso privilegio de silencio que creían tener sobre él todas las mujeres que lo superaban en edad. Ahora necesitaba reposo, dejar atrás el ruido y la furia de los últimos meses. En pocas semanas terminaría su prestación social en el colegio y quedaría libre de cualquier obligación con todos aquellos profesores que no podían vivir sin dar órdenes, con los seiscientos niños que nunca dejaban de chillar y de mover alocadamente los brazos y las piernas. Quería olvidarlos a todos y considerar que aquel año había sido como un curso escolar más que le hubieran obligado a repetir. Cuando terminara, se dedicaría durante unos meses a estar solo con Mari Ángeles, quizá a hacerla feliz en ocasiones, porque sabía qué poco necesitaba para lograrlo. Puede que incluso se dejara convencer para ayudar a sus futuros suegros en la carnicería e ir aprendiendo el oficio: cómo trucar sus mágicas balanzas, cómo afilar aquellas terribles hachas y cuchillos, cómo cortar chuletas y filetes, cómo separar las vísceras sin que sus agrios jugos mancharan el resto de la carne. Y quizá también aceptara casarse con ella, a pesar de que sabía que nunca llegaría a parecerle hermosa. En ocasiones, al verla desnuda, no podía evitar pensar que ella misma era como uno de los productos de su padre: el peso generoso y opulento, la abundancia de sangre cuando se hacía una herida, el tono rosado de su piel, las mismas vetas de magro y grasa que las piezas colocadas en bandejas de plástico bajo la dura luz de los expositores, la sensación al tocarla de que tocaba carne cruda. Pero una prudencia demasiado intensa como para

no escucharla le decía que camuflarse tras ella era lo más inteligente que podía hacer ahora. Con excesiva rapidez había llegado el momento de acabar con la diversión. Hacerse viejo es agarrarse para siempre a una herramienta, pensaba, y después de todo a él le había correspondido el cuchillo de carnicero.

Se limpió las manos llenas de tierra en el pañuelo y comprobó que se le había pasado el agarrotamiento de cavar el hoyo. Desde el final del verano el terreno estaba endurecido, limpio de vegetación. Aun así, había buscado entre dos grandes rocas un lugar donde hacer un profundo hoyo que luego cubriría también con piedras para evitar todo imprevisto. Nadie podría encontrarla nunca, las ovejas y cerdos confundirían cualquier resto de olor, cualquier pista, y él quedaría al margen para siempre.

Con las manos limpias sacó la pistola de su cintura. No quería que la niña sufriera más, de modo que, de espaldas a ella, para que no viera nada, comenzó a enroscar cuidadosamente el silenciador. Todo sería corto y limpio. Entonces, antes de volverse hacia las sombras, oyó el ruido del motor de un coche que comenzaba a acercarse.

Capítulo 21

Durante los dos días anteriores había soplado un fuerte viento. Un viento incansable y molesto que parecía empeñado en desnudar de golpe a todos los árboles y que sólo se detenía de cuando en cuando para contemplar los efectos de su soplo en las ramas peladas y en el suelo cubierto de hojas. Pero esa mañana parecía haberse agotado y una paz fresca y limpia inundaba el éter, las últimas nubes huyendo cielo arriba y torrentes de sol bajando entre sus huecos. Por fin podría salir a correr.

Siempre que terminaba uno de aquellos complicados asuntos le gustaba dedicar el día siguiente a una larga y agotadora excursión en bicicleta. Por la mañana se vestía con la *culotte*, llenaba un bidón de agua y otro de glucosa y atiborraba los bolsillos posteriores de la camiseta con pequeños bocadillos y galletas energéticas. Así preparado, salía a recorrer una ruta minuciosamente programada la noche anterior —pero que luego no siempre seguía, dejándose llevar por un vagabundeo improvisado—, con la sensación de que durante siete horas y ciento treinta kilómetros el esfuerzo, el sudor y el viento que rompía en su cara y en su pecho lo iban limpiando de las palabras y mentiras acumuladas durante la investigación. Con aquellas excursiones finales le parecía que —como la tortuga que hunde la cabeza en la concha, atraviesa un pozo negro, se sacude un poco y logra salir limpia— dejaba definitivamente atrás un nuevo episodio de desdicha y maldad; le parecía que él mismo volvía a la sombra y al anonimato de donde había salido. Si tuviera que contarle a alguien —boca a boca o por escrito, en una carta o en una novela de cien mil palabras— lo que había hecho en las últimas cuatro semanas, sabía que él no importaría apenas en el resumen final, que Larrey y Moisés y Rita y Julián y Alba Monasterio tendrían más peso en su relato, porque siempre son más interesantes y humanos y creíbles los culpables y sus víctimas que los héroes; siempre más sus clientes que él, al fin y al cabo un oscuro y solitario detective privado; siempre más los sentimientos, las emociones y las zozobras del alma que una más o menos rutinaria intriga policial. A la manera de un reactivo necesario para desencadenar un proceso químico, cuyo papel queda en el olvido tan pronto como ha cumplido su función, así era su oficio, y hubiera rechazado con una mueca de ironía cualquier sugerencia ajena para concederse más protagonismo.

De hecho, desde el mismo momento en que dedujo que había sido Moisés quien se había llevado a Alba, llamó al teniente para dejar en sus manos una operación que a él ya no le correspondía, de modo que todos los laureles y el prestigio de la liberación de la niña y del esclarecimiento de la muerte de Larrey recayeron sobre Gallardo y sobre sus dos ayudantes, en particular sobre el agente que «arriesgando su integridad física —según la manoseada prosa de la prensa provincial— abatió de dos disparos al raptor». Porque aquel tipo de acciones violentas a Cupido ya no le

interesaban. No le daban miedo, pero no le interesaban.

Bastante esfuerzo tenía que hacer para salir indemne y no cubrirse de asco cada vez que entraba en contacto con la sordidez y el odio. De nuevo había comprobado que para hacer daño o matar no era necesaria la intervención de una guerra, ni de las mafias, ni de cualquier otro tipo de delincuencia surgida alrededor de motivos económicos o de poder. De nuevo había comprobado que los sentimientos contrariados que se pudren en el alma causan más víctimas que cualquier otro móvil. En la Europa occidental en la que vivía, tan pertrechada contra las plagas, las catástrofes y las incertidumbres, donde ni había guerras ni eran previsibles en un futuro cercano —con lo que parecía cumplirse aquella increíble utopía de que una generación entera de hombres y mujeres pasaran toda su vida sin oír estallar una bomba—, el servicio militar había dejado de ser obligatorio. Y sin embargo era contradictorio e inquietante que alguien que oficialmente había optado ante la sociedad por no tocar un arma hubiera alimentado el odio suficiente para apretar el gatillo.

Estaba terminando los preparativos cuando sonó el teléfono. Era el teniente Gallardo.

—Ayer pasé a ver a tu cliente. Julián Monasterio. En su tienda A decirle que debía habernos entregado la pistola desde el primer día, pero que ya todo había pasado y no tenía que preocuparse más. Nadie sabrá nunca dónde la había conseguido el objetor. ¡Precisamente un objetor! —exclamó.

—Gracias —dijo Cupido mientras comprendía que era eso, el no haber eliminado de su trabajo diario la compasión, lo que mantenía aquella extraña amistad entre un oficial de la Guardia Civil y un detective privado.

—Con él estaba ya su hija. La niña. Parece un buen padre. Y un buen hombre —añadió con voz más baja, consciente de que aquellas palabras no le correspondían ni a él ni a su oficio.

—Lo es. Y creo que nunca más querrá saber nada de pistolas.

—Eso espero. A propósito, cuando quieras puedes pasarte por aquí a recoger la documentación de tu licencia. Concedida. Confío en que tampoco tú tengas que utilizarla nunca —dijo al despedirse.

Raras veces había llegado a sentir por un cliente un deseo de protección tan claro como con Julián Monasterio; pocas veces había tenido tanta seguridad en la inocencia de quien lo contrataba. Por eso se alegraba de contribuir a su bienestar. El día anterior lo había visto paseando con la profesora del colegio y con su hija, y en la cadencia y lentitud de sus pasos, como cuando no se huye de nadie ni se quiere llegar pronto a ningún sitio, había una serenidad interior que también a él lo reconfortaba, como si ambos, sin saberlo, le estuvieran ofreciendo un acto de fe, la certidumbre de que, a pesar de todo, también era posible encontrar algo agradable y benéfico en aquella

profesión donde el pesimismo y la primacía del mal eran casi absolutos.

Se estaba retrasando en la salida. Terminó de vestirse y bajó al garaje donde guardaba la bicicleta. Montó, pedaleó sin prisas y no tardó en dejar atrás la villa que iba abandonando su viejo apelativo para sustituirlo por el de ciudad, como si en aquél se contuviera algo arcaico y poco prestigioso.

Se sentía muy bien físicamente. No hacía apenas viento y en el cielo el sol utilizaba sus rayos como cuñas para abrir las nubes y penetrar luego entre ellas con un esplendor inesperado. Puso el plato pequeño y comenzó a pedalear con ganas hacia la sierra, que, al fondo, parecía un decorado con el Yunque y el Volcán como principales bambalinas. Apenas cruzaban coches por la carretera y no se oía nada. Cuando en algún tramo de descenso contenía la respiración y dejaba de pedalear, sólo percibía el fino susurro del caucho de las ruedas al deslizarse sobre el asfalto.

Toda la tierra brillaba vestida con un traje hecho con los púrpuras remiendos del otoño. A medida que iba subiendo, la roja cabellera de las viñas daba paso al bosque lindante con El Paternóster. Allí, antes de la compacta, oscura e inquietante muralla de clorofila de la Reserva, las hojas rojas y naranjas movidas por una suave brisa sin malicia hacían pensar que robles y castaños estaban ardiendo. Ahora que iba cumpliendo años, aquellos cambios en la faz de la naturaleza comenzaban a tener la misma capacidad de emocionarlo que una mujer al cambiarse de vestido.

* * *

Terminó de cavar los arriates del jardín que unos días antes había abandonado. Ahora ya todo estaba dispuesto para plantar las nuevas flores: removido y abonado el suelo, propicio a la lombriz y a la semilla, aplastados los terrones y extirpadas las raíces muertas. Pero eso ya no lo haría él.

Se echó la azada al hombro y se dirigió hacia la casa, sintiendo al andar el dolor manso y conocido, replegado en las articulaciones de la rodilla. Estaba solo en mitad de la mañana. Como cada día, su mujer había ido a trabajar a la ciudad y a llevar a su hijo pequeño al colegio, de modo que aún no volvería en varias horas. Estaba solo, vacío y cansado de rehuir la tentación del lazo. Necesitaba un reposo prolongado durante tanto tiempo que al despertar no hubiera ya a su alrededor ningún motivo de pesadumbre. Sentía que había sufrido más en los cuatro últimos años que en los cuarenta y ocho de su vida anterior.

De un seco tirón arrancó el cable del pararrayos que se había soltado de la tierra y que llevaba ya algún tiempo golpeando la pared y reclamando su atención. Ahora ya sabía lo que quería decirle. La otra punta del cable cayó desde lo alto ondulándose como una serpiente y le golpeó ligeramente el rostro. Comprobó la facilidad con que se deslizaba, la resistencia que le daba la conjunción del plástico y el cobre.

Soportaría su peso sin problemas.

Entró en la casa y, sin dirigir una sola mirada al salón, a las fotografías de la chimenea y a todo lo que dejaba atrás, bajó la escalera de la bodega. De las vigas del techo colgaban todas las frutas que había ido recogiendo en el último mes: melones sujetos con un lazo hecho con cuatro juncos, judías verdes ensartadas en hilos, ajos, uvas, pimientos, guindillas, ramas de laurel. En el suelo, extendidas en parvas diferentes sobre una lona, higos pasos, manzanas, patatas y membrillos. La mezcla de los aromas de los diferentes frutos madurando llenaba la bodega de un olor denso y dulzón.

Antes, cuando en aquella casa todos sus ocupantes vivían y todos tenían apetito, recogían muchas de las frutas que colgaban de los árboles, brillantes sin necesidad de barnices, gordas como bombillas de colores, toda la finca iluminada por el resplandor de peras, melocotones, cerezas y manzanas. Aquellas reservas de alimentos llegaban hasta la Navidad. Pero en los últimos años, aunque las cosechas habían disminuido y guardaban poco para su consumo, al final tenían que tirar una buena parte que ellos dos y su hijo pequeño no habían agotado. Los frutos secos se les hacían una bola imposible de tragar; sentían que todas las peras y membrillos se habían vuelto amargos, que las uvas negras les dejaban el paladar teñido de humo y las cerezas la boca llena de huesos. Cuando vivía su hijo mayor aquello no ocurría. Cuando estaba su hijo mayor todo lo recogido durante la temporada parecía poco. Antes de comenzar a morir llegaba a casa lleno de energía, siempre con hambre, y si la comida tardaba, bajaba a la bodega y se servía los frutos que le apetecían. Pero en los últimos años tanta previsión ya no tenía sentido.

Muy despacio, casi con mimo, hizo el nudo corredizo y comprobó varias veces que el cable se deslizaba bien antes de sujetarlo a una de las vigas del techo.

* * *

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén —respondieron todos los niños después de hacer el signo de la cruz con que invariablemente terminaban sus clases.

Sabía que no debía rezar fuera del horario de religión, y menos aún si, como era su caso, había tres niños que no daban la asignatura. Aquel gesto, el persignarse al comienzo y al final de sus clases, era una imposición que incumplía las normas, pero al que no estaba dispuesta a renunciar, porque al hacerlo tenía la seguridad de levantar barreras para proteger su trabajo de la maldad exterior. Todos —profesores y padres— sabían aquella única exigencia suya, y ni Nelson le había dicho nada al asumir la dirección ni los padres de sus tres alumnos ateos habían venido a protestar.

Sin embargo, aquel silencio la inquietaba tanto como una protesta formal.

Comenzaba a sospechar que había en él algo de la indiferencia con que el hombre sereno y seguro de sus creencias ignora los argumentos del fanático y renuncia a entrar con él en discusión, algo de la condescendencia con que se les da la razón a los idiotas o se transige con las manías de los ancianos. Porque los tres alumnos que no asistían a religión no pertenecían precisamente a esas familias gritonas, sucias, incultas y marginales que desprecian cualquier gesto que huelga a sacristía, sino que —como había ocurrido con Marta— eran alumnos excelentes, limpios, aplicados, inteligentes, cuya deserción la irritaba más que si hubieran sido niños mediocres. Podía soportar que algunos soldados rasos se pasaran al enemigo; no podía soportar que lo hicieran sus más brillantes generales. ¿Qué estaba ocurriendo en el mundo para que precisamente los mejores, los más laboriosos y educados, los menos violentos, prescindieran de la doctrina con tanta indiferencia, no con odio ni desprecio ni rabia, sólo con indiferencia? Esa era la terrible consecuencia de haber permitido la voluntariedad de la asignatura.

Pensando en todo eso, en el frecuente desajuste entre religión y comportamiento, a veces llegaba a admitir que hay gente que, sin aceptar ninguna guía espiritual, es más digna, más bondadosa y más justa que muchos de sus más píos correligionarios. Se decía entonces que no importa la religión que se tenga, sino la forma en que se cumplen los preceptos de esa religión.

Pero aquellos periodos de tolerancia no duraban mucho tiempo y pronto reconstruía una línea recta entre el Sinaí y Breda. Se consideraba ya demasiado vieja para dudar de lo que siempre había tenido como cierto, para cambiar de criterios y creencias sin provocar una hecatombe en su cabeza, y volvía, recalcitrante, a regir su conducta por la inflexible taxonomía del catecismo. Entonces se imaginaba a sí misma como una antigua vestal que mantiene encendida la llama sagrada de la devoción mientras afuera se emborrachan, fornican y blasfeman los bárbaros.

Los niños fueron saliendo en fila de la clase y ella se dirigió al despacho a tramitar algunos documentos pendientes. No estaba Nelson y le resultó un poco extraña la presencia de De Molinos, porque desde su relevo evitaba aparecer por allí. Estaba inmóvil, mirando por la ventana, con las manos cruzadas en la espalda, en un gesto que hacía muy a menudo, un gesto de origen seminarista que no podía evitar ni siquiera cuando hablaba con alguien, como si guardara algo o quisiera ocultar un muñón. Incluso al amonestar a los alumnos mantenía las manos allí atrás, aunque entonces no parecían esconder nada: entonces a Julita Guzmán le hacían recordar a otros maestros de su infancia que en esa postura expresaban una intensa sensación de amenaza, como si en cualquier momento fueran a extender una de ellas para golpear el rostro sin que el alumno pudiera adivinar por qué lado llegaría el golpe.

Desprovisto de su jerarquía anterior, ahora le pareció viejo y débil, y tuvo que contener un impulso de lástima. Hizo ruido con la silla para advertirle de su

presencia.

—Ah, eres tú.

—Sí —respondió con la cabeza agachada, temerosa de transparentar el sentimiento de vergüenza y traición que, desde que aceptó continuar en la secretaría, la embargaba cuando estaba junto a él.

—¿Y Nelson?

—En el Ayuntamiento. Esta tarde tenían una reunión en la concejalía sobre el desarrollo de las actividades extraescolares. Quieren ampliarlas —explicó, pensando que a él le gustaría aquella deferencia de recibir información antes que los demás.

—Entonces díselo tú cuando venga. Mañana llegaré un poco tarde y faltará un par de horas. Tengo una cita con el médico —dijo.

—¿Algo grave? —le preguntó con amabilidad.

—Nada. Rutina —respondió secamente.

Una intensa sensación de soledad la inundó cuando De Molinos abandonó el despacho. Por mucho que a veces renegara del trabajo, el colegio la mantenía viva y despierta, era todo su mundo, el único lugar de contacto con sus semejantes. Y si bien con el principal protagonista, el niño, tenía una evidente incapacidad para comunicarse —como esos pintores cortesanos de segunda fila que en todos sus cuadros comprendieron y pintaron mejor a los lebreles y a los caballos que a los monarcas que los protegían—, no estaba impedida para establecer vínculos amistosos con algunos de sus colegas. De Molinos y su mujer, Matilde Cuaresma, habían sido durante años sus más cordiales compañeros, aquéllos con quienes comentaba recuerdos y anécdotas, achaques físicos e intrigas, confidencias sobre padres de alumnos o conocidos. Sin marido, sin hijos, sin familia, ahora también se había quedado sin ellos.

* * *

Era terrible: ni uno solo de sus mejores pensamientos había surgido de un diálogo con alguien que estuviera cerca de él; ni uno solo de sus proyectos era fruto de la colaboración. Si en algún momento había llegado a creer que ser director del colegio le posibilitaría un trato, amistad y relaciones más profundas con los otros, se había equivocado. Al contrario. Aunque el cargo había satisfecho su vanidad al elevarlo a un pequeño escalón por encima de sus compañeros, a cambio lo había dejado más solo. En apenas un mes había comprobado que la solidaridad y el compañerismo son frutos delicados y agrestes que sólo crecen alejados de la contaminación del poder.

Los nuevos modos que había intentado introducir, más dialogantes, su amabilidad en el trato y sus deseos de tomar decisiones, si no consensuadas, sí consultadas con todos, de nada le habían servido para impedir el distanciamiento. Había abolido la

vieja rigidez de De Molinos, a quien siempre se le acusaba de dirigir el colegio como si fuera un cuartel, pero nadie parecía agradecersele. Ni siquiera había logrado evitar el desdén de aquélla a quien más apreciaba. De hecho, no había vuelto a hablar a solas con Rita y sabía que ya no habría otra ocasión. Había visto al padre de la niña esperándola una tarde a la salida y los tres se habían ido juntos paseando.

Como al principio, sólo le quedaba Mozart. Fue al estudio y cerró la puerta, temiendo que su mujer viniera a molestarlo; hablaba tanto en el colegio, se esforzaba tanto por ser amable con la gente que al menos en su casa podía permitirse una hora de soledad y silencio.

Pero esa tarde no tenía ganas de tocar y ni siquiera sacó el clarinete de la funda. Lleno de humildad, convencido de su propia insignificancia, se limitó a colocar el disco y a admirar la trascendencia que su creador lograba darles a compases aparentemente frívolos. Recostado en la *chaise longue*, cerró los ojos para que nada lo distrajera, convencido de que aquella música era un regalo que se le daba al hombre sin haberlo merecido.

* * *

—Vamos, pasa.

Le abrió la puerta y tiró ligeramente de la correa. El perrito se resistió a entrar, asustado por los olores medicinales de la casa y por el largo pasillo en penumbra que veía ante él. Lo empujó suavemente con el pie y cerró la puerta. El cachorro avanzó un poco, se detuvo de nuevo y, como si hubiera estado esperando llegar a la casa para hacerlo, soltó un chorro de orina antes de que pudiera impedirsele.

—No seas cochino —le riñó, pero sin severidad. Ya habría tiempo para enseñarle su lugar de dormir, su plato de comer y las cosas que estaba prohibido hacer dentro de la casa.

—¿Viene alguien contigo? —preguntó su padre desde el salón.

—Sí.

Llegó hasta la puerta y le mostró el cachorro. Aún no le había puesto nombre. Como había ocurrido con *Bruno*, no quería precipitarse hasta encontrar el adecuado.

—¿Otro perro?

—¿Por qué no?

Después de la sórdida muerte de *Bruno* había creído que nunca más acogería a otro animal. Pero unos días antes el conserje del colegio había aparecido con dos cachorros de cocker de un familiar suyo que no había encontrado compradores. Ni quería criarlos ni se atrevía a abandonarlos. Las últimas —y persistentes— noticias de furiosos ataques de perros a niños habían retraído a mucha gente. El propio conserje iba a quedarse con uno y ofrecía el otro a quien lo quisiera.

Lo había dudado un día, pero a la mañana siguiente se decidió. Desde que se había aclarado la muerte de Larrey —y también desde el suicidio de quien le había golpeado el rostro—, le parecía que todos aquellos dolorosos episodios quedaban muy atrás y cerraban de modo definitivo una etapa de su vida. De repente le parecía que comenzaban a ser muy antiguas y dejaban de tener tanta importancia las razones por las que hasta entonces había sido desdichado.

Ahora tendría que acostumbrarse a vivir sin más proyectos ni esperanzas que continuar vivo, sin posibilidad de mudar de oficio, sin otro cambio que alternar cada quince días la visita a la peluquería y al prostíbulo. Y aquel cachorro de color canela que se estaba frotando contra sus zapatos no sería un mal compañero de espera.

—Petra ha vuelto a romper un plato.

—Se le habrá caído.

—No. Yo creo que los rompe a propósito. Pronto no tendremos dónde comer.

—No te preocupes por los platos, papá. Ya compraré otros —respondió, conciliador.

—Como somos dos hombres, cree que puede hacer con nosotros lo que quiera. Si tu madre viviera no le permitiría tantas libertades —insistió.

—Que no, papá, que no.

Ahora que en la vida de fuera todo parecía pacificado, le resultaba muy molesto que en su propia casa persistiera aquella tensión creada por motivos tan tontos. Las quejas de su padre se hacían cada día más obsesivas. Todo le parecía mal, se enfadaba por cualquier detalle o demora y hasta el Nembutal iba perdiendo con él su eficacia sedante, por lo que no se preocupaba si alguna noche se excedía y dejaba caer en su vaso dos o tres gotas más de las prescritas. Ciertamente era su padre y que seguía estremeciéndose de piedad al ver que el cáncer lo iba devorando con la misma furia con que el fuego devora un leño seco, al ver su rostro, donde los ojos se escondían en el brocal de las cuencas como si algo tirara de ellos hacia adentro, o su cabeza, tan hundida entre los hombros que parecían faltarle algunas vértebras. Pero cada día le resultaba más difícil sobrellevar sus exigencias. A veces se decía que un enfermo atrapado en un malestar permanente, aunque sea un padre, no tiene derecho a zaherir a los demás, como si ellos fueran los culpables de su malestar.

Y por eso a veces también imaginaba su muerte, una muerte dulce como las que había visto en el cine, en la que se le caía un libro o una fotografía de las manos y se quedaba inmóvil en el sillón como si estuviera dormido.

* * *

Se despertó sobresaltado en el sillón donde se había quedado dormido. Le ocurría con demasiada frecuencia: reclinar la cabeza un instante al volver del colegio y

perder la conciencia durante unos minutos de sueños turbulentos.

Contrajo los párpados y bostezó profundamente. Luego abrió los ojos, aún aturdido por los filamentos de una pesadilla en la que alguien lo conminaba a ir a talar un bosque inmenso con unas tijeras de podar. En la pared, frente a él, estaban colgados un retrato suyo y otro de su mujer. Enfocó la mirada en el año, 1978, y en la firma del pintor, Alcántara. Los cuadros habían sido su regalo de aniversario tras diez años de matrimonio, pero también un intento de igualarse a las tradiciones y privilegios de los Cuaresma. Porque en su familia nunca hubo un pintor que los inmortalizara. El sólo conservaba algunas monótonas fotografías en blanco y negro, sin sellos ni fechas ni indicación de quién era la persona retratada. Pero los Cuaresma llevaban varias generaciones poniéndose delante del caballete con ese gesto arrogante que dan el abolengo y la riqueza. Sin embargo, le parecía que sus retratos tenían ese brillo falsario de las monedas de dudoso curso, ese brillo excesivo que contrastaba dolorosamente con el esmalte agrietado de los antiguos. Al ver su rostro sospechaba que no estaría durante mucho tiempo en la pared y que, en cuanto muriera, alguien lo arrinconaría discretamente en el desván.

Su mujer apareció en la puerta y le dijo:

—Voy a casa de mi hermana. Hace unos días que no la veo.

—De acuerdo. No hace falta que cojas las llaves. No voy a salir.

Le sobraba tiempo desde que había dejado la dirección y estaba libre de reuniones, pero no sabía en qué ocuparlo. Al terminar las clases, se ponía la chaqueta y salía casi sin despedirse de nadie. Aunque muchas veces había maldecido del trabajo y había deseado que llegara el momento de la jubilación, últimamente se preguntaba si entonces no lo echaría de menos. Había conocido a gente que se pasó cuarenta años deseando descansar y alejarse de los niños, y cuando al fin lo conseguían se sentían paralizados, sin apenas poder mover los brazos, como si tuvieran rotas las clavículas. De pronto descubrían que aquello de lo que tanto habían renegado es lo que les había hecho ser más o menos felices. A pesar del anhelado descanso, ese día comenzaban a morir, incapaces de adaptarse a una situación de inactividad y olvido en la que nadie escuchaba ni obedecía a alguien cuyo oficio consistió precisamente en ser obedecido y escuchado.

¡Claro que él no sufriría tan intensos arrebatos de nostalgia profesional! Pero sospechaba que de alguna forma más suave, pero igualmente pertinaz, echaría de menos aquella tarea a la que había entregado cuatro décadas de su vida y en la que, a pesar de todas las dificultades, aún era posible mantener la disciplina, la lógica y el orden frente al asalto generalizado del caos.

* * *

—¿A las ocho?

—Sí.

—¿Te espero en casa?

—Me gustaría que vinieras a la mía.

Sonrió, aunque era consciente de que él, al otro lado del teléfono, no podía ver su sonrisa. Se alegraba mucho de que la invitara a su casa; lo llevaba esperando algún tiempo y le parecía que con aquella invitación todo terminaba por hacerse claro y transparente.

—¿Te apetece venir? —le oyó preguntar, porque había prolongado el silencio. Pero los silencios ya sólo traían una mayor confianza entre ellos.

—Mucho.

—Entonces, a las ocho. Luego nos vamos desde aquí al cine.

Algunas veces había sentido miedo de llegar a ser una de esas mujeres que tienen muchos amores precisamente porque no tienen ninguno verdadero. Sin embargo, no se consideraba casquivana, por más que en el curso anterior hubiera estado con dos hombres muy distintos entre sí, y uno de ellos casado. No era de esas mujeres tan predispuestas a las aventuras que cualquier hombre les vale. Lo que ocurría es que todas sus relaciones, no sabía bien por qué motivo, solían terminar siendo de una u otra manera conflictivas. No tenía esa capacidad de algunas amigas suyas de acostarse con diez hombres distintos sin que nadie —al menos ninguno de ellos— se enterara y sin que dejaran en su vida y en su cuerpo otra señal que un borroso recuerdo del placer. No. Por su carácter, a ella ninguna relación sentimental se le hundía en el olvido ni la dejaba indiferente a los cinco minutos de haberse separado.

Ahora se sentía extrañamente segura de que todo iría bien con él. No imaginaba ningún lugar del mundo donde uno de ellos no fuera capaz de seguir al otro, ni ningún motivo para la desesperación o el cinismo. Desde la primera cita había comprobado hasta qué punto se simplificaban todos los problemas cuando estaban juntos. Claro que alguna vez aparecerían dificultades que habría que superar, pero ¿con qué hombre no las habría?, ¿qué pareja eran tan perfecta como para no haberse herido alguna vez, o no haber sentido que no se recibía tanto como se estaba dando, o no haber deseado huir en algún instante del ambiente coercitivo que aparece en toda relación?

* * *

—No soy capaz de atraparlo con ningún programa —dijo Ernesto—. No encuentro dónde se esconde.

—Déjame intentarlo.

Julián Monasterio se sentó frente al ordenador y comenzó a teclear códigos

mientras su ayudante, inclinado sobre la mesa, seguía con atención sus pasos. Por la pantalla desfilaban largas columnas de claves, cifras y signos incomprensibles para quien no fuera muy experto en el misterioso contenido de sus entrañas.

De vez en cuando se paraba a reflexionar, leía los datos y borraba o introducía uno nuevo para volver a esperar, como el cazador que persigue una pieza por un bosque y se detiene a observar su reacción a cada uno de sus movimientos.

Odiaba a la gente que creaba los virus. Y no tanto por las molestias y contratiempos que les acarreaba en el trabajo cuanto por la forma alevosa de introducir el caos y el conflicto en el mundo de los demás desde la lejanía y el anonimato. También por la maldad gratuita que conllevaba aquel mecanismo de daño y confusión: sus autores no conseguían ningún beneficio al hacer que los ordenadores comenzaran a enloquecer y que las palabras que antes eran claras y sencillas, capaces de comunicar ideas, deseos y sentimientos, se volvieran un jeroglífico indescifrable de signos babilónicos.

—¡Ahí está! —exclamó, señalando con el ratón una línea de letras y números que aparentemente no se diferenciaba en nada de los demás apartados—. Nuestro amiguito se le ha colado dentro de la barriga.

Introdujo en la torre un cederrón y volvió a teclear varias veces, asintiendo con la cabeza a cada uno de los mensajes que le devolvía la pantalla.

—Se acabó. No volverá a molestar —dijo al fin, levantándose para dejarle el sitio a su empleado.

—Debías decirme cómo lo has hecho. Ha habido un momento en que me he perdido.

—Mañana. Ahora tengo un poco de prisa. Ya casi llego tarde. Cierra tú —dijo poniéndose la chaqueta para salir.

Había quedado con Rita para llevar a Alba al cine y no quería retrasarse con ninguna de las dos ni quería que las prisas turbaran la tranquilidad que lo rodeaba desde unos días antes. Ahora, por fin, todo estaba resuelto y el futuro no se presentaba como una de esas paredes que hay que escalar y en cuya cima han clavado astillas de cristal. Ya no tenía deudas con nadie. La tragedia de la pistola, una vez desencadenada, había terminado para él de la manera menos mala. Además de Cupido y del teniente, nadie más sabía dónde había conseguido el arma el objetor. Por supuesto, también lo ignoraba Rita, y seguiría ignorándolo, porque sabía cuánto cariño le tenía a Larrey y temía que al contárselo pusiera una sombra entre ellos para siempre. Se decía a sí mismo que a esa edad que ambos tenían, un hombre y una mujer que se encuentran y deciden seguir juntos llevan ya en su pasado secretos que no pueden revelar sin que su relación se resienta. Siempre había desconfiado de las mujeres que llegaban a la madurez sin haber cometido algún error, y, en justa medida, podía permitirse a sí mismo una igual indulgencia. En todo lo demás, si el amor exige

una dosis de empeño y de voluntad de querer, él estaba dispuesto a empeñarse por entero. Sabía cuánto podía llegar a hacer por una mujer a quien amara.

En cuanto a Alba, tenía la esperanza de que aquella tarde no la hubiera marcado de un modo definitivo e irremediable. Había indicios de que aquel episodio tan cercano al terror podía terminar actuando sobre ella como un resorte que, después de obligarla a bajar hasta lo más profundo, la elevara hacia la luz. Ahora comprendía que no era la violencia física lo que más miedo podía causarle a su hija, sino la infelicidad y el desasosiego de haberse sentido en algún momento sin ellos. Ante aquel temor, ningún otro podía golpearla con demasiada virulencia.

Llegó a casa y abrió la puerta con su llave. Rocío estaba esperándolo y se despidió hasta el día siguiente.

Alba vino corriendo por el pasillo y él se agachó a darle un beso. Al sonreír, vio en sus encías el reflejo fugaz de una manchita blanca. Sorprendido y esperanzado, se arrodilló ante a ella, le cogió la cara con las manos y la levantó un poco para recibir mejor la luz. Con los pulgares, suavemente, le bajó el labio inferior para comprobar que no era una pizca de pan ni un resto de leche o de yogur. Allí estaba. Había comenzado a asomar el incisivo que habían esperado tantos meses. Lo tocó con el índice y notó en la yema el pequeño filo dentado.

—Muerde un poquito —le pidió.

La niña apretó las mandíbulas y Julián Monasterio dio un grito y se dejó caer hacia atrás exagerando el dolor en su dedo.

—¡Te ha salido otro diente! —exclamó abrazándola—. Ya no puedes morder a nadie. Ya eres una niña mayor.

Tenían los rostros mejilla contra mejilla y sintió la risa de su hija. Mantuvo aquella posición, invadido por una fragante sensación de felicidad y alivio. Luego se puso en pie y le dijo:

—Vamos a vestirnos. Rita va a llegar muy pronto.

Mientras le abrochaba los cordones de las deportivas recordó una antigua adivinanza que treinta años antes le había contado su padre.

—¿Tú sabes cuál es el animal que tiene más dientes? —le preguntó muy serio.

—El león.

—No.

—El cocodrilo.

—No.

—El tiburón.

—No.

—El lobo.

—No.

—¡Los perros! —exclamó, comenzando a impacientarse.

—No.

—¡Venga, dímelo!

—¡El ratoncito Pérez!

Alba frunció las cejas unos instantes, desconcertada, y luego, de pronto, soltó una risa ancha y feliz que a Julián Monasterio le pareció un prodigio.



EUGENIO FUENTES. Escritor español nacido en Montehermoso, Cáceres, en 1958. Se ha especializado en novela negra y policíaca, especialmente con la serie de narraciones protagonizadas por el detective Cupido.

Como narrador ha sido ampliamente galardonado con, entre otros, el Premio Cáceres de Novela Corta (por *Las batallas de Breda*, 1990), el Premio Internacional de Novela Ciudad de San Fernando (por *El nacimiento de Cupido*, 1993), Premio de Extremadura a la Creación “José Antonio Gabriel y Galán” (por *Tantas mentiras*, 1997), Premio Alba/Prensa Canaria (por *El interior del bosque*, 1999) o el Premio Extremadura a la Creación (por *Venas de nieve*, 2006),

También como articulista ha recibido el Premio del Consejo Asesor de RTVE en Extremadura, el Premio “Francisco Valdés”, el Premio Nacional de Periodismo “Julio Camba”, el Premio “Carmen de Burgos” y el Premio “Manuel Azaña”.

Sus novelas han sido publicadas en más de una docena de países, siendo considerado por la crítica como uno de los renovadores del género policíaco en Europa.